


Gemma Herrero Virto

# Ojo de gato

## Gemma Herrero Virto

**NOTA DE LA AUTORA.**

En un momento de la novela, uno de los personajes asegura que el cuack de un pato no produce eco. Esto puede sorprender al lector, tal y como me sorprendió a mí la primera vez que alguien me lo comentó. Después de mucho buscar en Internet las bases científicas para este hecho, encontré comentarios a favor y en contra de dicho fenómeno y acaloradas discusiones acerca de si los experimentos realizados para demostrar o rechazar esa hipótesis tenían validez o habían sido manipulados. Así que, tras un par de días buscando una confirmación, decidí tomar esta afirmación como cierta e incluirla en el libro.

Sin duda como lector te estarás planteando a quién puede importarle si los sonidos de un pato producen eco y que tendrá que ver eso con una novela de investigación y fenómenos paranormales. Incluso es posible que te estés preguntando qué clase de sustancias ilegales había consumido la autora a la hora de escribir esta nota. Paso a explicarlo.

No hay ninguna razón científica para que el cuack de un pato no produzca eco, tal y como lo produce cualquier otro sonido en la Tierra. Pero parece ser que así sucede o, al menos, yo soy del grupo de gente al que le gusta creer que algo tan ilógico puede suceder. Vivimos en un mundo ordenado, explicado por leyes físicas, e invadido por adelantos tecnológicos. Todo rastro de magia y misterio parece haber sido expulsado de nuestras vidas. Debido a eso, cualquier cosa que parezca haberse escapado a esas leyes me hace entusiasmarme y hacerme creer que lo ilógico también tiene cabida en nuestro mundo.

Por eso he querido crear un lugar en el que se pueda creer en hechos inexplicables, en espíritus que buscan el contacto con los vivos, en piedras mágicas, bosques sombríos y casas encantadas... Esta novela trata un poco de todo eso, de dejar a un lado los hechos científicos y adentrarse en un mundo que, sin dejar de ser real, pueda tener su dosis de magia. Si el viaje te interesa, si estás dispuesto a creer que el cuack de un pato no producirá eco aunque no haya explicación lógica para ello, dame la mano e internémonos en Erkiaga.

## PRÓLOGO.

Los altos y oscuros bosques de robles y hayas se extendían a ambos lados de la carretera. Los primeros troncos aparecían al borde del camino y sus frondosas ramas se extendían por encima, creando un túnel de sombras que producía una leve sensación de claustrofobia. Zubeldia abrió las ventanillas y dejó que el aire fresco y limpio llenase el coche. Parecía increíble que aquel paraíso se encontrase a sólo un cuarto de hora del humo y las aglomeraciones de Bilbao. Ese podría ser un buen slogan para su próxima urbanización: "Erkiaga, un paraíso cercano".

Divisó la señal que marcaba el desvío hacia el pueblo. Ya llegaba. Se moría de ganas de ver como comenzaban las obras. Para esas horas era posible que hubiesen terminado de arrancar los árboles y que estuvieran acabando con la limpieza del terreno. Todavía quedarían meses de trabajo antes de que pudiese ver la urbanización terminada pero quería contemplar el terreno despejado e imaginar como iban a quedar las hileras de chalets adosados, las parcelas de jardín, el pequeño parque comunal que había planeado...

Su coche pasó por encima de un antiguo puente de piedra. Paró un momento y bajó para observarlo. Parecía que nadie se había ocupado de restaurarlo en años. El suelo era muy irregular y algunas de las piedras que formaban las paredes laterales habían desaparecido. Se acercó a uno de los bordes y miró hacia abajo. Los pilares parecían en buen estado pero, aún así, mandaría reforzarlos. Durante los próximos meses por ese puente iba a pasar mucha maquinaría pesada y era posible que la estructura interna no lo resistiese. Por debajo corría un río poco profundo y transparente. Se sorprendió de la limpieza del agua. No era algo habitual en Vizcaya. Eso les iba a encantar a los futuros compradores: un río en el que sus pequeños podrían bañarse en verano. Se felicitó de nuevo por su compra y volvió al coche, pensando en los arreglos que iba a hacer en el puente una vez acabasen las obras. Por ejemplo, unas barandillas de madera para darle un aspecto más rústico. Lo convertiría en una especie de frontera simbólica. Cuando la gente lo cruzase dejaría atrás el estrés de la vida en la ciudad para volver a un pasado más tranquilo y feliz.

Arrancó de nuevo y siguió hacia el pueblo. La carretera seguía bordeada de enormes robles, dándole la impresión de estar conduciendo por el interior de un túnel verdoso. Por fin llegó a la plaza, disminuyendo la velocidad de

su coche para observarla con atención. Tenía que cambiar todo aquello. A pesar de que el sol brillaba con fuerza y que el día era azul y luminoso, el pueblo tenía un aspecto apagado y enfermizo. Paró el motor y volvió a bajarse para echar un vistazo. Una docena de casas antiguas y amarillentas rodeaban la plaza. La pintura de las paredes aparecía desconchada y la mayoría de las puertas y ventanas estaban cerradas. Muchas de esas casas debían de estar abandonadas desde hacía muchos años. El pueblo sólo contaba con unos cuarenta habitantes, repartidos entre los edificios de aquella plaza y algunos caseríos en las afueras. Compraría las casas vacías y las rehabilitaría. Seguramente habría gente dispuesta a pujar por ellas para convertirlas en prósperos negocios cuando la zona se diese a conocer: restaurantes, hoteles rurales, tiendas...

Mandaría arreglar también la plaza, resultaba deprimente. En aquel momento era sólo un cuadrado de tierra apelmazada y amarillenta en el centro del cual se elevaba una fuente grisácea y agrietada de la que no manaba agua. El fondo estaba cubierto de musgo y toda la piedra aparecía manchada por un moho verdoso. En una esquina divisó una cabina de teléfonos. Los cristales habían desaparecido y la pintura azul estaba descolorida y cuarteada. Seguramente no funcionaría. Giró observando el pueblo. El aspecto de desolación era general pero no se deprimió por ello. Lo cambiaría todo y lo convertiría en su sueño. Todo ello dominado por la gran mansión en lo alto del pueblo que había mandado rehabilitar para su uso personal y a la que ya debían estar dándole los últimos retoques. Pasaría por allí después de echar un vistazo a las obras.

Volvió a entrar en el coche y se dirigió hacia el fondo de la plaza. A la izquierda habían abierto un ancho camino de tierra entre los árboles para acceder a los trabajos de la futura urbanización. Las huellas de grandes camiones surcaban el suelo. Lo siguió mientras se planteaba si debería arrancar alguno de los árboles del camino para conseguir más iluminación. A él le gustaba pero podría haber gente que considerara el bosque demasiado oscuro y espeso, demasiado inquietante. El bosque terminó repentinamente, para dar paso a una enorme explanada pelada. Aparcó al borde del camino y salió del coche para observar el desarrollo de las obras. En un primer momento el ruido y la actividad le sorprendieron por su contraste con la quietud anterior. El sonido de las maquinas era ensordecedor. El rugir de los motores se mezclaba con los gritos de los hombres dando órdenes. El olor a humo y aceite de motor le golpeó y el polvo que impregnaba el ambiente le dio ganas de estornudar. Avanzó lentamente evaluando el avance del trabajo. Parecía que todo iba según el plazo previsto. Todos los árboles habían desaparecido y la gran explanada aparecía limpia. En la esquina más alejada algunos trabajadores eliminaban

las últimas piedras y matorrales y nivelaban el terreno. Un hombre con traje y casco blanco se le acercó a la carrera y, cuando estuvo a su lado, le tendió la mano:

— Buenos días, señor Zubeldia— le saludó, nervioso—. No esperábamos verle hoy por aquí.

— Me gusta pasarme de vez en cuando para observar cómo van las cosas— contestó él, con voz firme—. ¿Están encontrando algún problema?

— Ninguno por el momento. Como puede ver estamos terminando de limpiar el terreno y esta misma mañana esperamos empezar a cavar para colocar los primeros pilares. La excavadora debe de estar al llegar.

Los dos quedaron en silencio, observando a los hombres. Un camión cargado de piedras y ramas pasó por su lado, levantando una espesa nube de polvo a su paso. El ingeniero le hizo señas de que se apartase y le siguiese hasta uno de los cobertizos que se alineaban unos metros más adelante. Zubeldia le siguió mientras se sacudía las ropas. Entraron en el cobertizo y cerraron la puerta tras de sí, consiguiendo amortiguar el estruendo del exterior. El ingeniero recogió los planos que abarrotaban la mesa, intentando dar al lugar un aspecto más ordenado y después le invitó a sentarse. Él lo hizo y cogió uno de los planos del montón, dedicándose a observarlo mientras el otro hombre preparaba café para los dos.

Se sentaron uno enfrente del otro y pasaron los siguientes minutos discutiendo sobre la viabilidad de los nuevos cambios que Zubeldia quería hacer en el pueblo para convertirlo en parte del proyecto. El ingeniero tomaba notas mientras él iba explicándole sus ideas. Después empezó a dibujar diferentes bocetos de la plaza.

— Mire, podríamos remodelar la plaza pero manteniendo todo el ambiente rústico, colocando unos bancos de piedra y sustituyendo la fuente por una pequeña glorieta de madera rodeada de jardines— sugirió tímidamente.

— ¿Pero no quedaría la plaza demasiado saturada?

— No, podemos pedir al ayuntamiento que la declare peatonal y habilitar una zona de aparcamiento detrás de las líneas de casas— le explicó mientras seguía dibujando—. De esa manera quedaría también espacio para instalar un par de bares con terraza. ¿Qué le parece?

El ingeniero levantó la cabeza de los papeles, extrañado por el silencio de Zubeldia. Éste estaba quieto, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la puerta, como si escuchase.

— ¿Pasa algo?— le preguntó, extrañado.

— ¿No lo oye?— contestó enfadado. El ingeniero negó con la cabeza—. Las maquinas han parado.

Se levantaron y se dirigieron a la puerta. El silencio era absoluto, no se oían los motores ni los gritos de los trabajadores. El contraste con el estruendo anterior hacía que aquel silencio resultase opresivo. Abrieron la puerta y salieron. Los hombres se habían reunido en círculo al fondo de la explanada. Parecía que observasen con atención algo que había en el suelo. Zubeldia empezó a andar hacía allí, seguido del ingeniero, preguntándose qué podía ser aquello que les llamaba tanto la atención. Uno de los hombres se había separado del grupo y corría hacia ellos. Cuando llegó se dobló durante unos segundos, tratando de recuperar la respiración. Después se irguió de nuevo y señaló hacia el círculo.

— Tienen que venir. Hemos encontrado algo— dijo con la respiración entrecortada.

— ¿Qué es?— preguntó Zubeldia.

No recibió contestación. El hombre había vuelto a correr hacia allí, girando la cabeza cada pocos pasos para ver si lo seguían. Cuando llegó al final de la explanada, ocupó su lugar en el círculo. Zubeldia y el ingeniero le siguieron a paso rápido, intentando vislumbrar lo que observaban. Los hombres rodeaban un agujero en el suelo y murmuraban entre sí. Cuando ellos llegaron, se separaron y les dejaron asomarse.

— ¿Se puede saber qué es lo que miran?— preguntó Zubeldia, molesto.

— No lo sabemos con seguridad— contestó el hombre que había ido a buscarles señalando el fondo del hoyo—, pero creen que puede ser un cuerpo humano.

Zubeldia se asomó más al borde del agujero y examinó el fondo. La tierra removida dejaba ver un viejo trozo de tela estampada con pequeñas flores azules del que sobresalía algo que parecía un largo hueso amarillento.

## CAPÍTULO UNO.

Laura se giró, extendiendo su brazo para abrazar el cuerpo dormido de David pero su mano chocó contra una fría pared. La extrañeza la sacó del sueño. ¿Dónde estaba él? ¿Por qué la cama era tan pequeña? Entreabrió los ojos y, a la cegadora luz de la mañana, recorrió con la mirada las estanterías repletas de libros, su escritorio, el sofá en el que estaba tumbada... Se giró para fijar su mirada en el techo, intentando frenar su memoria, no pensar. Había dormido en el estudio, como todas las noches desde hacía dos semanas, pero aún así cada mañana pasaba por el mismo proceso: el desconcierto inicial, la llegada de los recuerdos, el intento de negarlos y, por fin, la sensación de vacío que ya no la abandonaría en todo el día.

Sus movimientos hicieron que Rahu, que había dormido toda la noche entre sus piernas, se despertara y se sentase para observarla con sus enormes pupilas amarillas. Se estiró lánguidamente, clavando las uñas en la manta y después caminó sobre el cuerpo de Laura hasta quedar sentado sobre su pecho. Ella levantó su brazo derecho y le acarició el lomo.

— Al menos tú sigues aquí. Todavía puedo contar con alguien.

El gato se tumbó encima de ella, ronroneando y entrecerrando los ojos. Laura siguió acariciándolo de forma mecánica y el movimiento y el calor hicieron que volviese a quedar adormilada. Se encontraba tan cansada últimamente... Por las noches le era imposible conciliar el sueño, pasaba horas con la vista fija en el techo y la mente perdida en recuerdos que sólo provocaban dolor. Y por la mañana el cansancio y la falta de fuerzas para afrontar otro día parecían encadenarla a la cama.

Abrió de nuevo los ojos y apartó a Rahu para incorporarse. El gato la miró resentido y caminó hasta los pies del sofá para empezar a lamerse. Laura se sentó y se frotó la cara, intentando despejarse. Se levantó torpemente y caminó hasta la ventana para contemplar la calle. El cielo aparecía azul y despejado, con el intenso brillo de los primeros días de Junio. Abrió la ventana y una brisa cálida le acarició la cara. El paseo que quedaba bajo su ventana aparecía lleno de gente que caminaba, hacía footing o descansaba sentada en un banco para contemplar la ría y las gaviotas. Deseó poder cambiarse por cualquiera de ellos, poder sentarse en uno de aquellos bancos a contemplar el paisaje dejando que la mente divagase sin el peligro de que sus pensamientos le hiciesen daño. Volvió a cerrar la

ventana y le dio la espalda. El hermoso día contrastaba con las tormentas que se producían en su interior, parecía querer decirle que aún había vida fuera, que debería luchar para empezar de nuevo. Pero ella no quería verlo, no quería empezar nada.

Se acercó a  la silla en la que descansaban la mayoría de sus ropas y eligió un pantalón, una camisa y un juego de ropa interior. Al comenzar a vestirse, se planteó cuantos días llevaba sin ducharse y no pudo recordarlo con claridad. Se vistió de todas formas. Las paredes de la casa empezaban a echársele encima, agobiándola. No se veía con fuerzas para pasar allí dentro el tiempo que tardaría en arreglarse. Quizá a la noche, cuando volviese.

Abrió la puerta del estudio, dejándola entornada por si Rahu quería salir a pasear por el resto de la casa. Del resto de habitaciones no salía luz ni sonido alguno. Caminó por el oscuro pasillo, acechada por los recuerdos de las risas compartidas y los momentos felices, que la perseguían como fantasmas. El pasillo se le hizo inmenso. Lo cruzó con la cabeza baja, sin mirar a los lados en los que se abrían las habitaciones llenas de las cosas de los dos, de actividades interrumpidas. Abrió la puerta de la calle y, respirando profundamente para darse fuerzas, salió al descansillo.

Tras cerrar con llave, miró su reloj y, a pesar de que tenía tiempo para ir andando hasta la universidad, decidió coger el coche. No le apetecía caminar en la soleada mañana, cruzarse con gente de aspecto alegre y despreocupado. Entró en el ascensor y utilizó la llave que la llevaba al garaje. Éste estaba lúgubre y vacío, más acorde con su estado de ánimo. Entró en su coche, evitando mirar la plaza de aparcamiento vacía de su lado, y arrancó.

No había demasiado tráfico a esa hora. La mayoría de la gente ya debía estar en su puesto de trabajo desde hacía rato. Se planteó la mañana que le esperaba. Realmente no tenía nada que hacer en la universidad. Las clases ya habían terminado y sus alumnos estaban estudiando para los exámenes finales, así que sería muy difícil que alguno de ellos se acercase hasta su despacho. La antropología no era una asignatura que plantease muchas dudas de última hora, simplemente se trataba de memorizar la teoría. Así que se pasaría toda la mañana sola en el despacho, cambiando una y otra vez los exámenes que había diseñado o conectándose un rato a Internet para curiosear acerca de los últimos avances en su campo. Las perspectivas no eran las más adecuadas para animarla pero al menos aún tenía algo que hacer, algo por lo que levantarse. Temía lo que pasaría a la semana siguiente, cuando los exámenes hubiesen pasado y se le plantease la

perspectiva de que hacer con más de tres meses libres por delante.

Llegó a la universidad y aparcó dentro. Salió del coche y caminó hacia el edificio en el que estaba su despacho. El camino asfaltado estaba bordeado de rosales cuyas flores ya abiertas llenaban el ambiente de un suave y dulce aroma. Rosas amarillas, sus favoritas desde siempre. Se permitió una irónica sonrisa. El símbolo de los celos, que apropiado.

Los jardines aparecían llenos de estudiantes tumbados al sol que repasaban a solas o reían en grupos, disfrutando de los primeros rayos de aquel verano adelantado. Laura se paró un segundo para disfrutar del lugar. Las flores, los altos árboles, el verde brillante del césped, el azul radiante del cielo, el sol arrancando destellos en la ría y reflejos dorados en la fachada de titanio del museo Guggenheim. Todo era perfecto pero no logró encontrar eco en su interior.

Siguió caminando y llegó a la entrada. Nada más cruzar la puerta, se sintió reconfortada por la sombra y el frescor de las antiguas piedras. Caminó por los largos pasillos, iluminados por patios interiores abiertos, llenos de flores y palmeras. Al pasar frente a la entrada de la biblioteca, el incesante murmullo le hizo girar la cabeza. Las altas e imponentes escaleras de piedra estaban repletas de estudiantes que habían salido un momento a despejarse. Ése era el lugar de la universidad en el que podía encontrarse más actividad en aquella época del curso. Por un momento pensó en subir, buscar un sitio y sentarse a leer algo para evitar la soledad de su despacho, pero siguió caminando. Sería imposible encontrar un hueco y además tampoco se veía capaz de soportar durante mucho tiempo la compañía de otros seres humanos.

Terminó de recorrer los pasillos de piedra y llegó a la unión con el edificio nuevo. La decoración cambiaba de forma drástica. Materiales modernos, luces indirectas, amplios espacios. Cruzó frente a la cabina de cristal de los bedeles, respondiendo a su saludo con un mecánico movimiento de cabeza y se dirigió a los ascensores. Subió hasta el segundo piso y llegó a la zona de despachos. Al aproximarse a su puerta divisó a un grupo de alumnos que parecían esperarla. Cuando estuvo más cerca reconoció a algunos de ellos. Eran estudiantes de segundo de psicología. Había olvidado que el día anterior había colgado en el panel de notas las calificaciones correspondientes a sus trabajos prácticos. Les saludó y ellos se apartaron para permitirle abrir. Ella entró y se sentó en su mesa, indicándole al más cercano que entrase y cerrase la puerta tras de sí. Tendría que pasar varias horas contestando a las quejas y lloros de aquellos chicos pero, al menos, eso mantendría su cabeza ocupada hasta el final de la mañana.

Cuando el último chico cerró la puerta, Laura se reclinó en el asiento y cerró los ojos, intentando no pensar en nada durante unos minutos. Aquello, que meses atrás habría resultado para ella un simple trámite, se había convertido en una tortura. Le resultaba tan difícil mantener la concentración en lo que le estaban diciendo... Se veía incapaz de entablar una conversación normal y mucho menos de discutir los enrevesados argumentos de aquellos chicos. Había acabado por subir las notas de algunos de ellos sólo porque era incapaz de hilvanar en su mente las argumentaciones necesarias para mantenerse en su postura. Abrió los ojos y suspiró cansada. Imaginaba lo que vendría a continuación. Empezaría a extenderse el rumor de que la profesora de antropología se había vuelto loca y que bastaba insistirla un poco para que te diese la razón. Por la tarde, la puerta de su despacho sería un hervidero.

Abrió su bolso y sacó el móvil. Lo llevaba apagado desde la noche anterior porque no quería que nadie la molestase. Lo encendió y al de pocos segundos le llegó un aviso. Diecisiete llamadas perdidas. Dejó el teléfono sobre la mesa, sabiendo perfectamente de quien eran. El teléfono volvió a sonar. El nombre de David destellaba en la pantalla. ¿Por qué no podía dejarla en paz? Rechazó la llamada, apagó el teléfono y lo metió en su bolso. Salió del despacho y cerró la puerta. Ya había trabajado suficiente por aquella mañana.

Caminó hasta los cuartos de baño y entró en uno de ellos. Al salir, se acercó al lavabo para lavarse las manos. La imagen que le devolvió el espejo confirmó sus peores temores. Totalmente chiflada. Había adelgazado mucho en los últimos días. Siempre había sido delgada pero ahora aparecía demacrada, excesivamente alargada. De la coleta que se había hecho para recoger su corta melena castaña, habían escapado varios mechones, dándole un aspecto desaseado. Intentó rehacerla mientras observaba lo marcados que aparecían sus pómulos, lo pálida que estaba su cara en la que la única nota de color eran los círculos oscuros que rodeaban sus ojos marrones. Su aspecto era vulgar, enfermizo. No aparentaba los treinta y cuatro años que tenía sino muchos más. Se preguntó si haría mucho tiempo que presentaba ese aspecto, si llevaría meses siendo vulgar y poco deseable, si parte de la culpa de lo que había pasado no habría sido suya.

Salió del baño y volvió a bajar en el ascensor. No tenía nada de hambre pero sabía que debería comer algo, así que se dirigió a la cafetería. Cuando abrió la puerta, el sonido de cientos de voces la golpeó. Estaba abarrotada por estudiantes que peleaban en la barra por conseguir un bocadillo. No se

sintió con fuerzas para luchar con ellos así que volvió a salir y desanduvo el camino hasta la zona de las máquinas expendedoras. Sacó un café con leche y un paquete de galletas y volvió a su despacho.

La tarde se le hizo eterna. Con cada estudiante que entraba se sentía más cansada, menos capaz. Miró su reloj mientras una chica le repetía una y otra vez lo injusta que estaba siendo con ella. Ya eran las seis de la tarde, no tenía porque seguir aguantando aquello un minuto más. Se levantó y abrió la puerta, invitando a la chica a que abandonase su despacho con un gesto.

— Lo lamento pero la nota es correcta.

La chica la miró sin comprender pero empezó a levantarse. Al llegar a la puerta, se giró y lo intentó por última vez:

— Creo que usted no ha entendido la orientación que le he dado a mi trabajo. Si me permite explicárselo de nuevo...

— No es necesario. Creo que la he entendido a la perfección y no me parece válida. Pero no te preocupes, te queda el examen final. Si sacas buena nota, aún puedes aprobar— le dijo con una sonrisa mientras apoyaba una mano en su espalda para empujarla suavemente hacia la salida.

La chica salió furiosa y se alejó a paso rápido por el pasillo, con la cabeza muy alta y los puños apretados. Otro estudiante intentó entrar pero Laura se interpuso en su camino.

— Lo siento mucho pero las tutorías han terminado por hoy. Si alguien más tiene alguna reclamación que hacer, las atenderé mañana de once a una.

Cerró y se sentó de nuevo, esperando hasta que el murmullo enfadado del otro lado de la puerta desapareció. Suspiró agradecida, no se sentía capaz de soportar aquello un solo minuto más. Por otro lado, se sintió culpable. Aquella tarde, su mal humor había hecho que se mostrase inflexible con sus alumnos, negándose a cambiar una sola décima de su puntuación. Se preguntó cuántos de ellos tendrían razón en sus reivindicaciones, cuán injusta habría sido.

Se levantó de nuevo, se acercó a la puerta, abrió despacio y miró fuera. El pasillo aparecía desierto. Recogió su bolso, lo abrió y sacó su móvil apagado. Lo miró durante unos segundos preguntándose si quería encenderlo. No sabía si el hecho de que él siguiese siendo tan insistente la

alegraba o la entristecía, si quería recibir sus llamadas o no. Lo encendió, no serviría de nada no saber. Catorce nuevas llamadas, todas suyas. Como sospechaba, aquello no le produjo ninguna emoción, sólo más cansancio.

Salió de la Universidad, casi vacía a esas horas. Sus pasos resonaron en el suelo de piedra, arrancando ecos a los altos muros, creando la ilusión de una silenciosa compañía. El cielo seguía azul y la brisa era agradable e invitaba a un paseo por la orilla de la ría. Entró en su coche y condujo hacia casa, sufriendo ante la perspectiva de volver a encerrarse en el estudio, de no tener nada que hacer más que pensar, de temer recorrer cualquier otra habitación de la casa por miedo a los recuerdos. Pero tampoco se le ocurrió que otra cosa hacer, no había nada que le apeteciese, nada para lo que le quedasen fuerzas.

Al entrar en el garaje, frenó su coche en seco. La plaza de aparcamiento de David estaba ocupada. Él debía estar en casa, tal vez con la disculpa de haber ido a recoger algunas de sus cosas. Se sintió furiosa. ¿No le había dicho que no quería volver a verle? Primero las llamadas continuas a casa y al móvil y ahora, al ver que ella seguía negándose a que volviese a entrar en su vida, decidía presentarse allí. ¿Es que no se daba cuenta de lo que le dolía su presencia, de lo que lo odiaba?

Giró el coche en redondo y volvió a salir a la carretera. No volvería a casa en unas horas. Él se cansaría y tendría que marcharse, no podría esperarla eternamente. Se planteó adónde ir, dónde podría encontrar un lugar totalmente vacío de recuerdos de su vida pasada. No se le ocurrió ninguno, así que simplemente siguió conduciendo, sin rumbo fijo, intentando huir de él y sabiendo que era imposible porque le llevaba dentro.

Dos golpecitos. Silencio. Otros dos golpecitos. ¿Qué era aquello que intentaba sacarla del sueño? ¿Y por qué algo en su interior le rogaba que no le hiciera caso, que siguiera inconsciente?

Los golpes se repitieron, aún con más insistencia. Laura abrió los ojos y miró alrededor, desorientada. Estaba en su coche y se sentía incapaz de recordar por qué había dormido allí. Al otro lado de la ventanilla un ertzaina le indicaba por señas que bajase la ventanilla. Se frotó los ojos intentando ganar tiempo para aclarar sus pensamientos y pulsó el botón que abría la ventanilla de su lado. El agente se agachó para hablar con ella.

— Buenos días, señora. ¿Algún problema?

— No, ninguno. Decidí parar anoche un momento porque estaba muy

cansada. Supongo que me quedé dormida. Lo siento.

— No se preocupe. Siempre es preferible parar a tener un accidente— el hombre la observó de nuevo. Su aspecto no pareció tranquilizarle—. ¿Está segura de que podrá llegar a casa?

— Sí, claro. Ahora mismo estoy un poco desorientada pero en unos minutos estaré bien. Muchas gracias.

El ertzaina se despidió con un gesto de la cabeza y caminó hasta su coche, aparcado unos metros más atrás. Paró al lado de su compañero, que le esperaba apoyado en el capó y, después de intercambiar unas frases, ambos subieron al coche y arrancaron. Al pasar a su lado, el agente que había hablado con ella sacó un brazo por la ventanilla y la saludó. Laura contempló como desaparecían tras la primera curva y después abrió su puerta y salió.

El aire frío del amanecer la despejó. Caminó unos pasos, frotándose los brazos para intentar entrar en calor. El cielo aparecía claro y despejado pero el sol aún no había salido. Se detuvo al borde del acantilado, mirando las olas grises que chocaban contra las piedras, llenando el aire con una lluvia de espuma blanca. El sonido rítmico de las olas y la inmensidad del océano hicieron que lo olvidase todo por unos minutos, que sus problemas se convirtiesen en algo pequeño y lejano que nada tenía que ver con ella. El sol apareció, una esfera incandescente que llenó el mundo de matices anaranjados. Laura cerró los ojos y extendió los brazos, dejando que el aire frío le acariciase la cara y removiese sus ropas, rogando que los rayos del sol la llenasen de su fuerza. Por primera vez en muchos días su ceño se relajó y en sus labios apareció una sonrisa. Se sintió con fuerzas para enfrentarse a su vida, a su soledad. Se giró y caminó de nuevo hacia el coche. Volvería a casa, se daría una ducha y se cambiaría de ropa. Y después, incluso se prepararía un café caliente y podría tomarlo en el salón, delante del ventanal, contemplando como Bilbao volvía a la vida. Nada de seguir prisionera en el estudio. La casa era suya, no tenía porque seguir temiendo a los recuerdos. Siempre había sido una luchadora. Diez días de autocompasión eran más que suficientes. Empezaría con buen pie ese nuevo día, esa nueva vida. Arrancó el coche y condujo de vuelta a casa.

Al abrir la puerta, la oscuridad y el silencio volvieron a sumir su ánimo en la negrura, esfumando en un solo segundo el aroma del mar, el sonido de las olas y el brillo del sol. ¿A quién pretendía engañar? No tenía fuerzas para seguir, no se veía capaz de enfrentarse a nada. Entró en su estudio, el

único lugar de la casa que sentía como su refugio, quizá porque en los cuatro años en los que había compartido la casa con David aquel siempre había sido su lugar, su santuario. Rahu se acercó a ella, maullando y restregando la cabeza contra sus piernas. Laura se agachó y le cogió en brazos, acariciando su cabeza. Se sentó en el sofá, con el gato aún en brazos, preguntándose qué hacer, cómo seguir adelante. Todo había parecido tan fácil en el acantilado... Se reclinó en el sofá, buscando esa energía que siempre la había caracterizado, esas ganas de luchar. Pero no estaban. Habían desaparecido, como David, como todos los recuerdos hermosos que habían compartido juntos. Ya sólo quedaba el dolor.

Se levantó con esfuerzo. Se encontraba cansada, enferma. Tenía el cuerpo dolorido por haber pasado toda la noche en el coche. No podía continuar así. Aunque no tuviese fuerzas, debía hacer algo. Necesitaba esa ducha y un buen desayuno y recuperar las horas de sueño perdidas. Si pudiese recuperar esos mínimos hábitos quizá conseguiría pensar con más claridad.

Cogió algo de ropa del montón, se dirigió al cuarto de baño y entró. Se desnudó con rapidez, de espaldas al lavabo en el que aún aparecían ordenadas sus cosas: su espuma de afeitar, su colonia, su cepillo de dientes... Intentó no pensar en los hermanos gemelos de aquellos objetos que aparecían ahora en otro baño, en otra casa que quizá él compartía con otra persona.

Abrió el grifo y se introdujo debajo sin esperar a que el agua se calentara. Un chorro frío golpeó su piel como una descarga pero aguantó, deseando que algo le hiciese reaccionar, que la sacase de aquel mal sueño. Fue enjabonándose mientras el agua se calentaba, cayendo por todos sus miembros doloridos, haciéndole sentir el cansancio en cada uno de sus músculos. Terminó y cerró el agua. Tenía que dormir. No podría aguantar todo el día en la universidad en ese estado.

Se puso la camiseta que había traído y salió del baño. Volvió al estudio y sacó el móvil de su bolso, con el gato rozándose contra sus piernas desnudas. Encendió el teléfono. Más llamadas perdidas. ¿Hasta cuándo iba a durar aquella pesadilla? Marcó el número de la secretaría de la Universidad.

— Universidad de Deusto. Buenos días— contestó una voz femenina al otro lado.

Pensó unos segundos, tratando de reconocer la voz que sonaba al otro lado.

— Ana, soy Laura Ugalde. ¿Podrías hacerme un favor?

— Sí, claro. Dígame.

Laura volvió a quedar en silencio, sin estar del todo segura de que quisiera pasar todo el día alejada de la Universidad, sin nada en lo que pensar. Al fin, el agotamiento pudo más que el miedo y contestó:

— No me encuentro bien esta mañana así que no creo que pueda pasarme por mi despacho. ¿Podrías colgar un papel en la puerta para avisar a los estudiantes de que hoy no habrá tutoría?

— Sí, claro, sin ningún problema.

— Gracias, Ana. Hasta mañana.

— Hasta mañana. Espero que se recupere.

Laura colgó sin decir nada más y se tumbó en el sofá. Rahu saltó sobre ella, maullando. Ella intentó acariciarle pero el gato volvió a saltar al suelo y corrió hacia una esquina en la que siguió maullando desesperado.

— ¿Qué te pasa?— preguntó ella, volviendo a levantarse para andar hacia él.

El gato la miraba fijamente, maullando en voz cada vez más alta. Ella se agachó a su lado y examinó su cuenco de comida.

— No tienes comida ni agua. Pobrecito mío. ¿Cuánto tiempo llevarás así?

Rellenó los dos cuencos y volvió a colocarlos en la esquina. Rahu se lanzó hacia ellos desesperado. Aquello le hizo sentir más culpable que el hecho de no estar rindiendo bien en su trabajo o la posibilidad de haber sido injusta con alguno de sus alumnos. El pobre animal no tenía la culpa de lo que hubiese pasado entre David y ella. Debía cuidar de él aunque no se sintiese capaz de cuidar de sí misma. Al menos aún tenía a alguien que la necesitaba, no debía defraudarle. Le acarició el lomo con suavidad y volvió al sofá. Se tumbó de medio lado observando a Rahu mientras comía y, en unos segundos, se quedó dormida.

Despertó varias horas más tarde. Los rayos del sol entraban con fuerza a través del cristal, calentando la habitación. Laura se levantó del sofá y abrió la ventana. Hacía muchísimo calor allí dentro. El aire que entraba también era cálido, pero al menos sería aire limpio y se llevaría aquel ambiente cargado.

Se agachó para recoger algo de ropa que ponerse y tuvo que apoyarse en una pared para evitar caerse. Se sentía débil, mareada. No podía recordar la fecha de su última comida en condiciones. Moviéndose con cuidado se sentó de nuevo en el sofá para esperar a que el mareo desapareciese. Al cabo de unos segundos se sintió mejor y volvió a levantarse. Iría a la cocina y, aunque no tuviese hambre, se prepararía un buen desayuno: un gran tazón de café con leche y unas tostadas calientes rebosantes de mantequilla y mermelada de melocotón. Salió del estudio y atravesó el oscuro pasillo preguntándose cuándo se encontraría con fuerzas para volver a dejar entrar la luz del sol y la vida al resto de habitaciones de la casa, cuándo podría enfrentarse al reto de recoger todas las cosas que habían pertenecido a David. Intentó imaginarse metiendo en bolsas todas sus ropas, sus libros, sus discos y llamándole para que viniese a recogerlas, para echarle por fin de su vida. No se veía con fuerzas para cerrar la última puerta a la esperanza, todavía no estaba segura de que quisiese de verdad una vida sin David a su lado.

Entró en la cocina y caminó a oscuras hasta la ventana. Levantó la persiana. La luz del sol penetró a raudales, expulsando las sombras, reflejándose en las superficies cromadas de los armarios. Cogió el bote de café de una de las baldas y se dirigió a la cafetera. Extrañada, descubrió que no estaba allí. Se giró y la vio encima de la mesa. Al lado de la cafetera había una taza vacía y un cenicero rebosante de colillas. Aquel rastro de la presencia de David la hirió como un puñetazo en la boca del estomago. Debía haberla esperado durante horas la noche anterior. Se sentó en la misma silla que él había ocupado, intentando tranquilizarse. Le pareció percibir un leve rastro de su aroma en el ambiente y pensó que, si cerraba los ojos, aún podría imaginar que él estaba allí.

Se levantó de la silla, sintiéndose furiosa con él, consigo misma. Así nunca podría superarlo, seguiría torturándose toda la vida. Ni siquiera podía realizar una acción tan simple como desayunar sin que se convirtiese en un castigo. Se dirigió a la puerta de la cocina a grandes zancadas. Se vestiría y buscaría algún bar en el que le sirviesen un desayuno por el que no tuviese que pagar un precio tan alto. Al llegar a la puerta se detuvo y se quedó parada sin saber qué debía hacer. Estaba volviendo a rendirse, un pequeño rastro de su presencia bastaba para echarla de casa, de su casa. No podía continuar huyendo. En algún momento tendría que volver a mirar hacia delante. Si salía de la cocina, tardaría días en volver a encontrar el valor para entrar en cualquiera de las habitaciones. Sabía que cada vez que se rindiera, cada huida, alargaría varios kilómetros el viaje de retorno a la normalidad. Tenía que darse la vuelta y continuar tal y como lo había planeado. No era tan difícil: un vaso de café con leche, unas tostadas.

Millones de personas podían hacerlo cada mañana. No podía permitir que una taza vacía y un montón de colillas le impidiesen hacer algo tan sencillo.

Se giró y caminó hacía la nevera para buscar una caja de leche. La abrió y el mal olor la golpeó. La mayoría de la comida que había dentro se había echado a perder. Tendría que tirarla, limpiar la nevera e ir de compras. Aquello estaba resultando mucho más difícil de lo que había pensado en un principio. Volvió a cerrar la nevera y sus ojos tropezaron con una nota, sujeta a la puerta con un imán.

*He estado esperándote hasta las tres de la mañana. ¿Por qué sigues escondiéndote de mí? Esto es de locos, Laura. Necesito hablar contigo pero no contestas a mis llamadas ni apareces por casa. Empiezo a estar preocupado. Llámame, por favor, a cualquier hora. Te echo de menos.*

*David*

Laura cogió el papel y volvió a sentarse, con la vista fija en su letra, en sus palabras. Sintió un nudo en la garganta y en el estomago. Los ojos le ardían pero no iba a llorar, no por él. No lo merecía. Y no tenía derecho a decirle que la echaba de menos, ni que estaba preocupado. ¿Por qué no se preocupó antes de hacerle daño?

Los recuerdos volvieron a invadir su memoria, sin freno ni censura. David en el salón, sentado en el sofá con la cabeza agachada, sin atreverse a mirarla mientras le confesaba que le había sido infiel, que acababa de terminar una aventura que había durado meses. Arrugó el papel entre sus manos, sintiéndose furiosa de nuevo, deseando no recordar, no saber.

Tampoco aquella noche había querido saber nada. Se había levantado sin dejarle terminar, incapaz de aguantar un segundo más sus sollozos de arrepentimiento, sus explicaciones. No quería remordimientos, ni promesas de enmienda. Lo único que deseaba era que aquello no hubiese sucedido y eso ni él ni nadie podían concedérselo. Así que le había pedido que recogiese sus cosas y que no estuviese en casa cuando ella regresara y había salido.

No recordaba dónde había estado aquella noche, ni cuánto tiempo había estado conduciendo. Sólo recordaba el brillo de las luces nocturnas de las calles de Bilbao a través de una cortina de lágrimas. Luego había vuelto a una casa en la que él ya no estaba pero que tampoco era ya la suya y había dedicado los diez últimos días a intentar olvidar, a no dejarse vencer por el llanto nunca más.

Fue rompiendo su nota en pedazos pequeños. No iba a llamarle, le había dejado muy claro que no quería volver a verle, que no tenían nada de que hablar. El sonido de su voz, la mirada de sus ojos o una simple sonrisa harían que tuviese que volver a empezar de nuevo el camino hacia el olvido. Y estaba resultando un camino muy duro.

## CAPÍTULO DOS.

Laura se sentó en su mesa mientras esperaba a que los últimos estudiantes ocupasen sus pupitres para empezar el examen. Los observó, pensando que algunos de ellos ofrecían el mismo aspecto cansado y enfermizo que debía tener ella. Abrió su maletín y sacó las copias de los exámenes, mientras sobre la clase iba abatiéndose el silencio. Se levantó con los papeles en la mano y avanzó unos pasos hasta el borde de la tarima.

— Buenos días— les saludo—. Necesito cuatro voluntarios, uno por fila, para repartir los exámenes.

Esperó unos segundos hasta que los estudiantes que estaban sentados en los primeros pupitres se levantaron y se acercaron a  ella. Entregó un grupo de folios a cada uno para que empezaran a repartirlos.

— Bien, a partir de este momento exijo silencio. Os van a entregar los exámenes boca abajo. No quiero que nadie les dé la vuelta hasta que yo lo indique. El examen consta de cuatro preguntas y tenéis hora y media para terminarlo. Os avisaré cuando quede un cuarto de hora para que podáis repasarlo. Los resultados aparecerán publicados a principios de la semana que viene y, a partir de ese momento, tendréis una semana para reclamar— esperó hasta que el último de los estudiantes estuvo sentado—. El examen empieza en este momento. Buena suerte.

Volvió a dirigirse a su mesa y se sentó. Estaba muy cansada y el solo hecho de haber acudido aquella mañana a la universidad la había agotado. Apuntó la hora de comienzo en su agenda y calculó la hora a la que debía acabar. Tenía hora y media por delante para pasar en silencio, sumida en sus pensamientos. Sacó unos artículos de antropología de su maletín para intentar distraerse. Empezó a leer el primero y al cabo de unos minutos, apartó la vista de la lectura. No conseguía concentrarse, llevaba leído medio capítulo y no había entendido una sola palabra.

Paseó la mirada por la sala. Los estudiantes leían sus exámenes con atención, sin levantar la cabeza. Poco a poco, algunos de ellos empezaron a levantar la vista, fijando sus ojos con atención en ella. Laura les miró extrañada. ¿Por qué ninguno escribía? ¿Por qué la miraban de aquel modo? En unos segundos todos los estudiantes habían dejado de leer y la miraban. Un leve murmullo fue extendiéndose por la clase, subiendo de intensidad. Laura se levantó y volvió a dirigirse al borde de la tarima:

— ¿Puedo saber qué pasa? ¿Por qué no estáis contestando?

El silencio volvió a adueñarse de la clase. Laura fijó sus ojos en el estudiante más cercano, exigiendo una respuesta. Éste miró un momento hacia atrás, como si esperase una confirmación de sus compañeros. Algunos de ellos asintieron. El chico volvió a girarse y la sonrió, como si se disculpara:

— Perdone pero pensamos que el examen está equivocado.

— ¿Cómo que está equivocado? ¿En qué?— preguntó Laura bajando de la tarima. Se acercó al pupitre del chico y le arrebató el examen de las manos.

— Sí, bueno... No coincide con la materia que hemos dado este curso— siguió explicando el chico.

Los murmullos volvieron a extenderse por la clase mientras ella pasaba su vista por las preguntas. Le pareció distinguir algunas risitas burlonas. El chico decía la verdad. Ese examen era el que había preparado para el día siguiente, para los estudiantes de cuarto de filosofía. ¿Cómo demonios podía haber sido tan descuidada? Volvió a la tarima y dejó el examen encima de su mesa:

— Silencio, por favor. Ruego me perdonéis por este error. Id pasando el examen hacia delante y entregádmelos. Os repartiré los vuestros en unos minutos.

Se sentó en la mesa y abrió su maletín para sacar los exámenes correctos. Empezó a sentir una oleada de calor que le subía por la cara. Lo más seguro es que los bedeles se hubiesen olvidado de conectar el aire acondicionado.

Los chicos acabaron de pasar las hojas y los estudiantes de las primeras filas subieron a la tarima para entregárselos y se quedaron a su lado esperando a recibir los adecuados. Laura rebuscaba dentro de su maletín, sintiéndose cada vez más nerviosa. ¿Dónde estaban? No era posible que se los hubiese dejado en casa, tenían que estar allí. Empezó a sacar las hojas que abarrotaban el maletín, dejándolas a un lado en un intento de organizar la búsqueda. El murmullo subía de intensidad a cada momento, haciéndose más fuerte y poderoso, llenando su cabeza e impidiéndole pensar con claridad. Levantó la cabeza y miró a los chicos que estaban de pie al lado de su mesa. La miraban con extrañeza y algo más que no supo precisar. ¿Burla? ¿Pena?

— No los encuentro— dijo encogiendo los hombros—. Creo que

me los he dejado en casa.

El murmullo se amplificó, convertido en una corriente colectiva de irritación. El calor aumentaba por momentos. Le pareció sentir gotas de sudor corriendo por su espalda. Necesitaba salir de allí y no volver, no tener que seguir enfrentándose a ellos.

— Sólo tardaré una media hora en ir y volver. Si sois tan amables de esperar aquí hasta que los traiga... — les dijo intentando que la voz no se le quebrase por los nervios.

Se levantó mientras le llegaban las airadas protestas de los estudiantes. La clase se le había ido de las manos, no podía hacer nada para tranquilizarlos. Si se quedaba a dar más explicaciones, acabaría perdiendo la poca dignidad que le quedase. ¿Qué iba a hacer para complacerlos? ¿Regalarles puntos? Tenía que salir de allí cuanto antes. Ya vería de dónde sacaba luego las fuerzas para volver.

Empezó a caminar hacia la puerta seguida por el sonido de las voces que se agolpaban en su cabeza, fundiéndose como una marea, volviéndose ininteligibles. Se sintió muy débil y le pareció que la puerta se encontraba muy lejos, su imagen fundiéndose en una extraña neblina blanca. El calor aumentaba por momentos, volviéndose sofocante. Parecía que el aire caliente se negase a llegar a sus pulmones. Cada paso se le hizo más difícil. Parecía que la puerta se acercase y alejase, como si bailara. La niebla se espesaba llenándolo todo con un brillo blanco, lechoso. Mientras el sonido de las voces se alejaba, convertido ahora en un zumbido continuo, sintió que el suelo se fundía en aquella blancura y desaparecía bajo sus pies.

Abrió los ojos con dificultad y paseó su mirada alrededor. En un primer momento no supo dónde se encontraba ni cómo había llegado allí. Una redonda cara de mujer dominada por unas enormes gafas de concha apareció en su campo de visión:

— Vaya, parece que ya despierta. ¡Menudo susto nos ha dado!— la mujer sonrió, rodeó sus hombros con un brazo y la ayudó a incorporarse— Intente aguantar unos minutos sentada a ver si no se marea.

— ¿Qué me ha pasado?— preguntó Laura, desorientada—. ¿Dónde estoy?

— En la enfermería. Sus alumnos la trajeron desmayada hace unos diez minutos— contestó la mujer sentándose en la cama a su lado.

La luz se abrió paso en la mente de Laura, recordándole el examen, el enfado de los alumnos. ¿Así que se había desmayado en clase? Lo que faltaba para disparar los rumores... Ya lo estaba imaginando: que estaba embarazada, que padecía una grave enfermedad terminal...

— Tengo que volver a clase— dijo tratando de levantarse.

Consiguió posar ambos pies en el suelo pero la habitación pareció tomar vida propia y todo empezó a girar de nuevo. Se sentó en la cama agarrándose la cabeza, mientras la enfermera volvía a sujetarla para obligarla a tumbarse.

— No, usted no va a ir a ninguna parte en este estado. Se va a quedar aquí hasta que se le pase el mareo. He pedido que le traigan algo de comer y no se moverá de aquí hasta que esté recuperada.

— Pero tengo un examen. Mis estudiantes me están esperando— protestó Laura.

— No se preocupe por eso. Ya hemos avisado al rector. En estos momentos ya debe estar todo solucionado. Ahora solamente tiene que relajarse y permanecer aquí un rato.

Laura intentó protestar de nuevo pero la mujer hizo un gesto negativo con la cabeza y se alejó. Laura se quedó mirando al techo, sin moverse, sintiendo que los pensamientos volvían a invadir su cabeza sin freno. ¿Qué se estaría diciendo de ella en la universidad en ese momento? ¿Qué habría pasado con el examen? ¿Cómo se tomaría todo aquello el rector? Seguro que ya había habido comentarios acerca de su aspecto y su extraña manera de comportarse en los últimos días. Aquello sería la gota que colmara el vaso. Había esperado poder mantener las formas hasta que acabase el curso para que nadie notase el infierno por el que estaba atravesando, pero su cuerpo no había sido capaz de resistir la tensión. La había traicionado, como todo en los últimos tiempos.

Unos pasos acercándose a su cama le hicieron volver la cabeza. El rector se aproximó y la saludó con una sonrisa preocupada.

— ¿Qué tal estás, Laura? ¿Te encuentras mejor?

— Sí, gracias. Bastante mejor— contestó Laura intentando incorporarse. Él se lo impidió poniendo una mano en su hombro—. Ha debido ser una bajada de tensión por el calor pero ya ha pasado.

— No intentes levantarte— le dijo él mientras se sentaba a su lado—. La

enfermera dice que necesitas reposo.

— Pero tengo que volver al examen— protestó ella.

— No te preocupes por eso. Le hemos pedido al profesor Ortueta que te sustituya y ha accedido encantado. Ya sabes que él impartió tus asignaturas antes de que llegaras. No será ningún problema para él realizar tus exámenes y algunos becarios podrán ayudarle a corregirlos.

Laura le miró durante unos segundos sin comprender. ¿Cómo que otro iba a examinar y corregir a todos sus alumnos? Sólo había sufrido un desmayo, eso no le impedía seguir desarrollando su trabajo. La mirada del hombre parecía cargada de comprensión, no de enfado. Entonces, ¿a qué venía aquello de apartarla?

— Laura, sé que no te encuentras bien— respondió el hombre a la muda pregunta de sus ojos—. Hace unos días que te pasa algo, tu deterioro físico ha sido evidente para todos.

Ella apartó la mirada. No se sentía con fuerzas para dar explicaciones sobre el infierno en el que se había convertido su vida privada. En aquel momento, tumbada en una cama y sin fuerzas para moverse, se sentía como una niña desvalida y asustada y sabía que, si decía una sola palabra, perdería el poco control que le quedaba.

— No tienes por qué darnos ninguna explicación si no quieres. Todos lo respetaremos pero, por tu bien, creo que deberías empezar desde ahora las vacaciones y volver cuando estés recuperada. Ya te he dicho que podremos pasar estos últimos días sin ti.

Ella asintió, sin fuerzas para discutirle nada. No se veía capaz de rebatirle todo lo que estaba diciendo, de decirle que se encontraba bien y que tenía fuerzas para seguir adelante porque sabía que no era cierto. ¿Cómo iba a convencerle de que podía manejar a un grupo de estudiantes si no se veía capaz de afrontar un nuevo día? Él le sonrió y se levantó.

— Bien, entonces nos veremos de nuevo en Octubre. Cuídate mucho.

El rector salió y Laura volvió a quedarse a solas. Aquella conversación había disipado sus peores temores. La universidad la apoyaba y no tendría que afrontar la tensión de la época de exámenes. Además, el verano de por medio haría que todo aquello se olvidase para cuando volviesen a comenzar las clases. Toda aquella presión desapareció pero la tranquilidad que debía conllevar no llegó. Parecía que le hubiesen quitado una enorme losa de encima dejando en su lugar un enorme vacío. ¿A qué iba a dedicar ahora su

tiempo, su pensamiento? ¿A David, a su traición, a la manera en que toda su vida se había destrozado? Cerró los ojos, deseando volver a caer inconsciente, olvidarse de todo. El futuro próximo la aterraba. Era como un abismo sin fondo que la inmovilizaba. No se sentía con fuerzas para levantarse, para abandonar aquella cama y enfrentarse al resto de su vida. Y sabía que se vería obligada a hacerlo antes de encontrar esas fuerzas.

## CAPÍTULO TRES.

Laura cambió de postura intentando no molestar a Rahu, que dormía placidamente sobre sus piernas. Un desagradable hormigueo empezó a subir por ellas a medida que la sangre volvía a fluir. ¿Cuánto tiempo llevaba en la misma postura? No fue capaz de responderse, ni de recordar en que había estado pensando durante ese tiempo. Sólo había dejado que su mente vagase mientras acariciaba al gato, sintiendo bajo sus dedos su leve ronroneo. La reconfortaba que él se sintiese a gusto sobre ella, que se confiase tanto como para quedarse dormido en su regazo. Le miró dormir, enroscado sobre sí mismo. Parecía tan pequeño... Era como su niño, el que nunca había tenido, el que ya nunca tendría...

Miró por la ventana. El tráfico ya había disminuido y se habían encendido las farolas que flanqueaban la ría. Cada vez había menos gente por la calle. Quizá fuese un buen momento para salir a dar un paseo y respirar algo de aire. Y quizá encontrase algún lugar abierto en el que comprar algo de comer. Aún no había reunido las fuerzas suficientes para hacer una lista de la compra y salir a buscar un supermercado para reponer la nevera.

Se levantó con cuidado, abrazando a Rahu para depositarlo con delicadeza encima del sofá. El gato abrió un momento los ojos, molesto por el movimiento, pero volvió a quedarse dormido de inmediato. Laura rebuscó entre las ropas amontonadas en la silla algo que no estuviese demasiado sucio o arrugado. Toda la ropa empezaba a presentar un aspecto lamentable. Tenía que plantearse poner una lavadora o salir a comprar algo de ropa nueva pero no tenía ganas de hacer ninguna de esas cosas. Se prometió que empezaría al día siguiente. No podía continuar así mucho tiempo más. Tenía que recuperar las rutinas mínimas para mantener una vida decente.

Se vistió, recogió su bolso y salió a la calle. El aire empezaba a refrescar, disipando el bochorno que había invadido Bilbao durante todo el día. Se quedó parada delante de la puerta del portal durante unos segundos, preguntándose adónde le apetecía ir. Al fin, tomó el camino de la universidad. A esas horas se cruzaría con poca gente. Cruzó la carretera y empezó a caminar por el borde de la ría, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida un par de baldosas por delante de sus pasos. Unos metros después elevó la mirada, intentando que el paisaje evadiese su mente de los mismos pensamientos de siempre. El cielo empezaba a oscurecerse y algunos retazos de fulgor rojizo bordeaban las montañas. La

ría se había convertido en una cinta negra en la que se reflejaba el brillo de la ciudad. Siguió caminando pensando que todo aquello ya no le decía nada. Quizá debería marcharse a algún sitio de vacaciones. Había muchísimos lugares a los que siempre había querido ir y al menos en un buen hotel no tendría porque preocuparse de sus necesidades primarias. Pero siempre había soñado en ir con David, siempre habían hecho planes para conocerlos juntos y su recuerdo la seguiría asaltando por muchos kilómetros que pusiese entre los dos.

Su paseo la llevó frente a la Universidad. Estaba cerrada a esas horas. Pasó por delante con la mirada baja, avergonzada aún por la escena que había protagonizado unos días antes. En un primer momento le había dolido tener que marcharse sin terminar su trabajo pero ahora se daba cuenta de que no habría sido capaz de seguir adelante. Si el solo hecho de cuidar de sí misma le estaba resultando imposible... Levantó de nuevo la cabeza y respiró con fuerza. Ya estaba autocompadeciendose otra vez. Tenía que dejar de decirse continuamente que todo era imposible o que no se veía capaz de empezar a hacer cosas.

Mientras cruzaba el puente de Deusto, intentó hacer una lista mental de las tareas que debía hacer al día siguiente: ir de compras, poner la lavadora, recoger la cocina, darse una ducha... No podía seguir retrasando todo aquello, se estaba comportando como una muerta en vida. Debía aprender a existir sin él y para ello tenía que echarle de verdad de su vida. Por el momento le había echado de su casa, había evitado su presencia física pero su recuerdo se había vuelto omnipresente, dominaba toda la casa, todo su pensamiento, cada segundo de sus días.

Volvió a prometerse que empezaría esa nueva vida al día siguiente. Empezaría por poner un poco de orden en su casa y después buscaría alguna actividad para realizar en el tiempo libre, algo que mantuviese su cabeza ocupada: quizá apuntarse a un gimnasio o volver a practicar la escultura. Y, cuando ya se sintiese un poco más fuerte, recogería todas las cosas de David y las metería en cajas. Después planearía un fin de semana en algún lugar tranquilo, quizá un pueblecito de la costa, y le llamaría para que fuese a recogerlo todo mientras ella no estuviese. Y después ella podría volver y tomar de nuevo posesión de la casa, libre por fin de todo rastro de su presencia. Bajó la mirada de nuevo, sabiendo que no sería capaz, que ni siquiera sabía si quería hacerlo y que ninguno de aquellos gestos sacaría la presencia de David de su pensamiento.

El fuerte sonido de un claxon la sobresaltó. Dio un salto atrás, pensando que, en su ensimismamiento, había estado a punto de ser atropellada pero

continuaba en la acera. Miró alrededor y vio que un coche blanco aparcaba a su lado en doble fila, mientras volvía a pitar. Se acercó para mirar quién era y una mujer rubia se bajó del coche y se dirigió hacia ella, sonriendo y con los brazos abiertos.

— Laura, ¡qué sorpresa!— le dijo mientras la abrazaba— ¡Cuánto tiempo sin verte!

Laura hizo un esfuerzo por recordar. La mujer le resultaba muy familiar. Intentó ubicarla pero su mente no funcionaba a la suficiente velocidad. Pelo largo, ojos oscuros, alta y delgada, muy elegante... Por mucho que se esforzaba no conseguía recordar. La mujer se separó y la observó durante unos segundos.

— Has cambiado mucho, por un momento he pensado que me había equivocado de persona. Estás muchísimo más delgada— le dijo sonriendo.

Al observar su sonrisa se hizo la luz en la mente de Laura. Aquella separación entre los dientes delanteros era inconfundible a pesar de que hubiese cambiado el pelo corto y oscuro por aquella llamativa melena rubia.

— Marta, no te había reconocido con el pelo así— le dijo, devolviéndole la sonrisa—. Tú también  has cambiado mucho.

El ruido de otro claxon llamó su atención. El coche de Marta estaba dificultando el paso de una furgoneta. Marta caminó hacia su puerta mientras le indicaba con un gesto que la siguiera.

— ¿Ibas a algún sitio?— Laura negó con la cabeza— Te invitó a un café. No te lo vas a creer pero llevaba días pensando en llamarte. Tengo muchísimas cosas que contarte.

Laura paseó la mirada por la cafetería mientras esperaba a que Marta volviese de la barra. Las paredes, recubiertas con paneles de madera blanca envejecida, hacían que el lugar pareciese amplio e iluminado pero, aun así, el sitio le resultaba agobiante. Todas las mesas estaban ocupadas por grupos de mujeres que habían ido de compras a Bilbao o por parejas de ejecutivos que tomaban una última copa mientras discutían los negocios del día antes de volver a sus casas. Del equipo de sonido surgía una música suave que quedaba ahogada por el continuo murmullo de las conversaciones entrecruzadas. Marta apareció sonriente, con una taza de café en cada mano.

— ¿Te gusta el sitio?— le preguntó mientras se sentaba— Yo suelo venir mucho por aquí.

— Un poco ruidoso, pero es bonito— contestó Laura ocultando tras su sonrisa las ganas de marcharse.

— Me parece increíble haberte encontrado. ¿Cuánto tiempo llevábamos sin vernos?— continuó Marta.

— No lo sé... — reflexionó Laura— La última vez que nos vimos fue en aquel seminario de identificación de restos óseos, ¿no?

— Sí... Estábamos en el último curso de carrera, así que deben haber pasado diez o doce años— empezó a echar el azúcar en su café mientras negaba con la cabeza—. ¡Cómo pasa el tiempo! No sabes lo que me acuerdo de aquel seminario. Parece que fue ayer cuando tuve que pasar por aquella pesadilla. No me he aburrido tanto en todos los días de mi vida.

— Ya me acuerdo. Te pasabas el día insistiendo para que hiciese pira contigo— comentó Laura, sonriendo.

— Sí, y tú nunca querías acompañarme. Creo que eras la única persona de toda la clase que disfrutaba con aquel rollo. ¿Seguiste por ese camino?

— Bueno... Sí y no... Realicé mi tesis doctoral sobre identificación, a partir de un trabajo de campo en el que estuve colaborando en una fosa común de la guerra civil descubierta en Burgos pero, cuando acabé la tesis, abandoné esa área de trabajo. Ahora me dedicó a la enseñanza. Soy profesora de antropología en la universidad de Deusto. ¿Y tú a qué te dedicas? ¿Sigues trabajando para la Ertzaintza?

— Claro— Marta la miró durante unos segundos, como si considerase si debía seguir hablando—. Cuanto más me hablas, más me parece que el destino tiene que haberte puesto hoy en mi camino.

— ¿A qué te refieres?— preguntó Laura, inquieta.

— A un caso en el que estoy trabajando. Creo que quizá podrías ayudarme.

— ¿Yo? ¿Colaborar con la Ertzaintza? La verdad es que no veo en que os podría resultar de utilidad.

Marta se echo hacia atrás en su asiento, mirando a Laura fijamente, como si aún estuviese evaluándola. Unos segundos después asintió y se agachó para recoger el portafolios que descansaba a su lado, en el suelo. Lo abrió y rebuscó entre los papeles hasta encontrar una carpeta de cartulina verde que

sacó y colocó sobre la mesa.

— Mira, este es el expediente de un caso que me pasaron la semana pasada. Se descubrió un cadáver en unas obras. Al parecer el cuerpo había sido enterrado en un bosque hace años y nadie lo habría encontrado si no hubiese sido porque a alguien se le ocurrió talarlo para construir una urbanización. Yo he estado examinando el cuerpo para intentar encontrar la fecha y la causa de la muerte y, a ser posible, conseguir una identificación de la víctima. Y ahí es donde entras tú.

— Sigo sin entenderte. Tú llevas más de diez años trabajando como especialista forense para la Ertzaintza. Estoy segura de que no hay un solo campo de tu trabajo en el que yo pueda superarte.

— Pues te equivocas. Como seguramente podrás recordar de mi desastroso paso por aquel seminario, a mí los huesos no me dicen absolutamente nada. Yo necesito hematomas, manchas de sangre, heridas... Con eso puedo decirte casi cualquier cosa. Pero unos huesos... Ni siquiera sé por dónde empezar.

— ¿Y qué quieres que haga yo? Ya te he dicho que hace años que no me dedico al trabajo práctico y, además, el caso del que me estás hablando no tiene nada que ver con el trabajo de reconstrucción que yo realicé.

— ¿Cómo que no tiene nada que ver? Se trataba de identificar cadáveres, igual que ahora— insistió Marta.

Laura suspiró, intentando encontrar la manera de explicarse y dejar la conversación. Empezaba a sentirse muy cansada de nuevo y la perspectiva de seguir hablando con Marta y acabar comprometiéndose le aterraba.

— Las reconstrucciones que realizamos eran bastante más fáciles que lo que me estás pidiendo. En aquella ocasión contábamos con el testimonio de familiares y testigos, con archivos policiales... Conocíamos la identidad de los desaparecidos y lo único que debíamos hacer era emparejar adecuadamente cada cuerpo con su nombre. En el caso del que me estás hablando tendría que trabajar a ciegas. No creo que pudiese hacer nada.

— Por eso precisamente necesito que me ayudes. Para mí sí que es trabajar a ciegas pero sé que para ti sería más fácil— insistió Marta—. Por Dios, Laura. Recuerdo como trabajabas con aquellos huesos... Parecía magia, casi como si los cadáveres hablasen contigo. Yo soy incapaz de diferenciar un fémur humano de un hueso para el caldo.

Laura rió, su primera carcajada en muchos días. Miró de nuevo a Marta,

sintiéndose agradecida por ese rato de distracción. Suspiró, dispuesta a dejar zanjada la cuestión. No quería investigar nada ni buscar soluciones a enigmas. No tenía la energía necesaria para ello.

— Eres una exagerada. Estoy segura de que lo harás bien, tal y como acabaste haciéndolo en el seminario. Lo único que necesitas es confiar más en ti misma— terminó su café de un trago y empezó a levantarse—. Si me disculpas, he quedado dentro de veinte minutos y no me gustaría llegar tarde.

Marta la agarró del brazo, obligándola a sentarse de nuevo. La queja que Laura iba a pronunciar quedó interrumpida por la expresión de urgencia de la cara de su amiga.

— No puedes irte. En serio, necesito tu ayuda— suplicó Marta.

— ¿Pero por qué es tan importante? Sólo es un caso más.

— Lo sé pero no puedo sacármelo de la cabeza. Si en unos días no consigo ninguna evidencia de que se cometió un crimen o no descubro la identidad de la víctima, el caso será archivado y el cuerpo será enterrado en alguna tumba anónima. No sé por qué pero no puedo permitir que eso suceda— agachó la cabeza, clavando la mirada en la mesa mientras seguía hablando en un susurro—. Tengo pesadillas todas las noches, me levantó agobiada por la sensación de que debo hacer algo, estoy dejando el resto de mi trabajo de lado...

Laura se acercó y le agarró la mano, intentando tranquilizarla. Marta levantó la cabeza, avergonzada y volvió a suplicarle con la mirada que la ayudase. Sin poder evitarlo, Laura se sintió furiosa con ella. ¿Quién se creía que era para aparecer tanto tiempo después y suplicarle que la ayudase en recuerdo de una amistad en la que ninguna de las dos había pensado durante años? Ella era quien necesitaba ayuda, era también un cadáver con el que se estaba cometiendo una gran injusticia. Pero además, a ella aún le dolía y no parecía que hubiese nadie dispuesto a obsesionarse por ayudarla.

— Creo que deberías tomarte un descanso. No es bueno que tu trabajo te afecte de esa manera— la consoló, intentando que su voz sonase tranquila y no reflejase la rabia—. De verdad que lo siento pero no voy a poder ayudarte con la identificación de esa chica.

Recogió su bolso y volvió a levantarse, dispuesta a marcharse. La voz de Marta le hizo volver a girarse.

— ¿Cómo sabes que el cadáver corresponde a una chica?

— Me lo has dicho tú... — contestó Laura volviendo a sentarse.

— No, yo no he dicho nada sobre su sexo o su edad. Y no es posible que hayas visto algo en los periódicos o en la tele porque la noticia no ha trascendido a la prensa.

— Pues no te lo puedo explicar— contestó Laura, desconcertada, intentando recordar en qué momento de la conversación Marta había dejado entrever alguno de aquellos datos—. Simplemente lo sabía.

Marta la miró con extrañeza y después volvió a sonreírle, mientras le ponía delante la carpeta con el expediente.

— ¿Ves como tienes que ayudarme? Ni siquiera estás en el caso y ya conoces datos que a mí me costó horas averiguar. Anda, échale un vistazo.

Laura lo pensó de nuevo con la vista fija en la carpeta abierta frente a ella. Aquella casualidad la había intrigado y sabía que sería positivo ocupar su tiempo con una actividad que en el pasado la había apasionado, pero seguía sin estar segura de tener las fuerzas suficientes para embarcarse en aquella investigación. Finalmente cerró la carpeta y se la tendió a Marta.

— Toma, guárdala— volvió a sonreír ante el gesto de frustración de su amiga—. Prefiero ser totalmente objetiva y que tus conclusiones no influyan en lo que observe.

— ¿Eso quiere decir que aceptas?— preguntó Marta ilusionada.

— Quiere decir que buscaré un hueco mañana para ir a echarle un vistazo al cuerpo— contestó Laura mientras sacaba una libreta y un bolígrafo de su bolso—. Es lo máximo a lo que puedo comprometerme por el momento. Dime dónde encontraron el cuerpo.

## CAPÍTULO CUATRO.

El sol brillaba a través de las frondosas ramas de los árboles que rodeaban la carretera, dibujando una danza de sombras cambiantes. Hacía rato que Laura había abandonado la carretera principal y empezó a plantearse que quizá había seguido mal las indicaciones que Marta le había dado el día anterior. Paró en la cuneta para volver a consultar el rudimentario mapa que ella le había dibujado. Había tomado el desvío adecuado pero Marta le había dicho que encontraría un puente en uno o dos minutos y todavía no había visto nada. Salió del coche y echó un vistazo alrededor. No había nadie a la vista a quien pudiese preguntarle. Mirase donde mirase solo podía ver una larga carretera polvorienta bordeada por cientos de árboles, tan cercanos los unos a los otros que no dejaban pasar la luz del sol, convirtiendo el bosque en un lugar oscuro y amenazador. Un poco más adelante observó un desvío. Marta no le había dicho nada acerca de que la carretera se bifurcase. ¿Se habría equivocado de salida en la autopista? Y, en caso de estar en la carretera correcta, ¿debía seguir recto o tomar aquel otro camino? Sacó su móvil para preguntarle a Marta, arrepintiéndose más a cada segundo de haberse dejado envolver en algo que no la concernía en absoluto. Lo encendió e, ignorando los avisos de llamadas perdidas, marcó el número de su amiga.

El móvil de Marta sonó sin interrupción durante casi un minuto sin que nadie respondiese al otro lado. Laura colgó enfadada y arrojó el teléfono al asiento del copiloto. Caminó unos pasos hasta sentarse en el capó del coche, planteándose qué hacer a continuación. No le apetecía perderse en aquel lugar y pasarse el resto de la mañana dando vueltas. Una brisa cálida acarició su rostro. Echó la cabeza hacía atrás dejando que el aire jugase con su pelo mientras algunos rayos de sol calentaban su piel. El canto de algunos pájaros en el bosque era el único sonido perceptible. No había coches ni gritos. Era tan diferente de Bilbao... Casi como si hubiese sido transportada a un mundo paralelo en el que todos sus problemas habían dejado de tener sentido. Temió que algún otro coche llegase en aquel momento, disipando el hechizo, pero no fue así. Durante varios minutos permaneció en aquella postura, disfrutando de la paz y la magia del lugar. Por fin abrió los ojos y volvió al coche. Arrancó y tomó el camino que se bifurcaba a la derecha, internándose entre los árboles. No le importaba perderse y permanecer en aquel lugar unas horas más. Después de todo, tras revisar el lugar donde había sido encontrado el cuerpo e ir a la central de la Ertzaintza a echarle un vistazo, no tendría nada más que hacer en todo

el día.

Unos metros más adelante distinguió una casa entre los árboles, a unos metros del camino. Condujo hacia allí y paró delante. Se bajó y echo un vistazo a su alrededor, buscando a alguien que pudiese indicarle dónde encontrar el pueblo. Caminó unos pasos pero no pudo encontrar a nadie. Se paró delante de la casa, contemplándola. Sólo contaba con un piso y era antigua, con paredes de piedra gris por las que trepaba la hiedra. En mejores tiempos, la parte delantera parecía haber estado adornada por un jardín porque aún se podían distinguir algunos parterres de madreselvas, fucsias y dientes de león medio ocultos entre las ortigas y los tréboles. A ambos lados de los escalones de entrada crecían dos matas de dondiego de un metro de altura. Se acercó y arrancó una de las flores. Estaba cerrada y Laura pensó con pena que no esparcirían su aroma hasta el atardecer y que para ese momento ella ya se habría marchado. Rodeó la casa, dejándose llevar por la sensación de paz que le transmitía. En la parte trasera, que quedaba en sombra debido a las tupidas ramas de un almendro, la hierba estaba muy crecida y las enredaderas trepaban por las paredes medio derruidas de un pequeño pozo.

Cuando hubo rodeado toda la casa, volvió a su coche. Parecía que no iba a encontrar a nadie allí que pudiese indicarle por dónde debía seguir. Abrió la puerta y miró por última vez a la casa, apenada por tener que marcharse. Algo en la ventana de la parte delantera hizo que volviese a acercarse. En su primera vuelta a la casa no se había fijado en aquel cartel, quizá debido a que la suciedad de los cristales casi lo ocultaba. Escrito a mano con grandes letras aparecía un anuncio de “Se vende” junto a un número de teléfono. Volvió al coche, sacó el móvil y lo marcó. Escuchó varios tonos de llamada antes de que una agradable voz de mujer contestase desde el otro lado:

— ¿Diga?

Laura se quedó un momento callada, sintiéndose ridícula por haber llamado a aquel número sin saber bien el por qué.

— Buenos días. Le llamaba acerca de un anuncio que he visto sobre la venta de una casa.

— ¿Qué casa? ¿La de Erkiaga?

— Sí, exacto— contestó Laura.

— ¿Y dónde ha visto el anuncio?— la mujer parecía extrañada— Hace años que dejamos de intentar venderla.

— Bueno, estoy ahora mismo frente a la casa. La verdad es que estaba buscando Erkiaga y me he perdido— confesó Laura, avergonzada—. Si fuese tan amable de indicarme cómo llegar hasta allí...

— Claro. Puede retroceder hasta el desvío y conducir unos quinientos metros hasta llegar a un puente de piedra. Si lo cruza, estará en el pueblo. También puede seguir por el desvío que tomó pero si va en coche no podrá cruzar el puente que lleva hasta la iglesia. Es de madera y está muy viejo y dudo que los vecinos lo hayan arreglado.

— Muchas gracias.

— Entonces, ¿no está interesada en comprar la casa?— por su tono, la mujer parecía defraudada.

Laura se giró y volvió a mirarla, no sabiendo qué decir. El calor del mediodía hacía que el paisaje temblase y dotaba a la imagen de un tono dorado, convirtiéndola en una vista de ensueño. Se parecía a los recuerdos de su infancia, cuando todo era más bello y más fácil.

— ¿Comprarla?— contestó por fin— No estoy segura. ¿Podría alquilarla?

— Bueno, no lo habíamos pensado. La casa necesitaría algunas reformas y nosotros no habíamos planeado arreglarla. Dependería del tiempo que quisiera quedarse.

— Pues eso no lo sé. Tendría que pensarlo.

— Mire, la verdad es que la casa es de mi marido. La heredó hace muchos años de un tío suyo. Creo que debería hablar con él. Puede llamar por la tarde y preguntar por Luis.

— Está bien. Lo pensaré y volveré a llamarles. Y muchas gracias de nuevo por la indicación— se despidió Laura.

— De nada. Adiós.

Laura entró en el coche, apagó el móvil y lo guardó en el bolso. Cerró la puerta y arrancó. Giró para dirigirse de nuevo al desvío, pensando que era una idea ridícula alquilar una casa allí, no se le había perdido nada en aquel pueblo dejado de la mano de Dios. Sin embargo, no pudo despegar sus ojos del retrovisor en el que la imagen de la casa iba haciéndose cada vez más pequeña hasta que desapareció tras la primera curva.

Media hora después aparcó en la zona de las obras y salió del coche. No se veía a nadie por allí al que pudiese preguntarle pero, nada más mirar

alrededor, supo que al fin había llegado. Una gran zona aparecía pelada y agujereada, como si fuese el escenario de una cruel batalla. Algunos camiones estaban aparcados a la derecha del camino, como gigantescos guardianes dormidos. Se acercó a la zona de los cobertizos y llamó a la primera de las puertas. Al cabo de unos segundos sin recibir contestación probó en el siguiente. Pocos minutos después se convenció de que estaba sola en la obra. Le pareció extraño que no hubiese ningún vigilante cuidando de la maquinaria abandonada. Era probable que sí hubiese uno pero que se hubiese cansado de estar allí vigilando la nada y hubiese decidido ir al pueblo a tomar algo.

Empezó a caminar hacia la zona acordonada al límite del bosque de la que le había hablado Marta, cruzando en diagonal el solar. Intentó darse prisa. Aquel lugar le ponía nerviosa. Allí el silencio, sólo quebrado por el zumbido de algún insecto y el sonido de sus pasos sobre la tierra seca, no resultaba tranquilizador sino amenazante. Se sentía expuesta en aquella explanada vacía, como si mil seres invisibles vigilasen sus movimientos desde el bosque.

Al fin llego al cordón que rodeaba el agujero y pasó por debajo, acercándose al borde. El hoyo no era muy grande, no tendría más de un metro de profundidad. Tocó la tierra que había amontonada a un lado. Estaba muy húmeda y cientos de pequeñas hierbas y raíces se mezclaban en ella. Guardó un poco en una de las bolsas de plástico que llevaba en su bolsillo. Le pediría a Marta que analizase la calidad del terreno si no lo había hecho ya. Necesitaría conocer esos datos para poder calcular el tiempo que había pasado el cuerpo enterrado allí.

Se planteó si debía introducirse en el agujero para recoger algo de tierra del fondo y buscar alguna evidencia. En realidad era una tontería. El equipo de la policía científica que se hubiese encargado del levantamiento del cadáver ya habría revisado la zona a conciencia. No era posible que ella consiguiese nada aparte de ponerse la ropa perdida. Además, le ponía nerviosa la idea de meterse en aquella tumba sin nadie cerca a quien pedir ayuda. Sin embargo, era posible que desde dentro pudiese percatarse de alguna cualidad especial del terreno que la ayudase en la investigación. Se sentó al borde del agujero, sin creerse del todo las explicaciones racionales que su mente se empeñaba en fabricar. La tierra que había recogido arriba provenía de aquel mismo agujero, no iba a sacar nada metiéndose allí pero algo que no podía explicar la obligaba a bajar y aquello la ponía aún más nerviosa.

Se deslizó hacía el fondo del agujero y sacó otra de las bolsas para

introducir una muestra de tierra. Se agachó para recoger un puñado, introduciendo sus dedos en la superficie húmeda y fría. La sensación le gustó y, casi sin darse cuenta, se arrodilló y empezó a mover la mano, apartando a los lados la tierra que iba removiendo. En una parte muy lejana de su mente seguía presente la sensación de incomodidad por estar metida en aquella tumba, por haber bajado y estar escarbando en el suelo sin ninguna razón lógica. Pero esa voz había dejado de ser la dominante. Se sentía adormilada y sus pensamientos brotaban inconexos, como en los estadios previos al sueño. La única idea principal era seguir removiendo la tierra y palpando todo el suelo del agujero, deslizando sus dedos como si buscase algo.

Su mano derecha tocó un objeto aún más frío y aquello la sacó del trance. Se sentó y elevó la mano a la altura de sus ojos para examinar lo que había descubierto. Era una cadena y al final de ella colgaba una piedra redondeada pero estaba tan cubierta de tierra y suciedad que no pudo precisar los materiales. Intentó limpiarlos frotando y, en ese momento, una voz proveniente de lo alto del agujero le hizo sobresaltarse.

— ¿Se puede saber que hace ahí, señora?

Laura se giró mientras guardaba la cadena en el bolsillo de sus pantalones apresuradamente. Observándola desde el borde del agujero había un hombre joven en cuclillas. Llevaba un uniforme de vigilante, con la camisa arremangada. Por su gesto, Laura adivinó que no le alegraba haberla encontrado allí.

— Soy antropóloga. Trabajo para la Ertzanza en la identificación del cadáver que encontraron aquí— empezó a explicar Laura—. Estuve llamando a los cobertizos pero no me contestó nadie.

— Sí, bueno... Fui al pueblo un momento a buscar algo para comer. ¿Podría enseñarme su identificación?

— No tengo ninguna. Es que he empezado hoy y todavía no he pasado por la central para recogerla. Pero puede usted llamar...

— Lo siento, pero si no tiene una autorización, no puedo permitirle que continúe en la zona. Bastante hemos hecho ya al permitirles parar las obras por unos simples huesos... — el hombre se levantó, se acercó aún más al borde y le tendió la mano— Vamos, la ayudaré a salir.

Laura la agarró y, apoyando sus pies en las paredes del agujero, dejó que el hombre la izara, preguntándose cómo había sido tan tonta como para haber bajado. Le habría resultado difícil salir de allí si el vigilante no hubiese

aparecido. Una vez fuera, sacudió sus ropas intentando desprender la tierra adherida. El vigilante empezó a cruzar la explanada hacia el lugar en el que ella había dejado estacionado su coche.

— Sígame, por favor. Si se marcha ahora, no daré aviso al señor Zubeldia.

— ¿Es el dueño de la constructora que ha planeado la urbanización?— preguntó Laura mientras le seguía.

— Sí, y últimamente no está de muy buen humor así que yo me creeré eso de que colabora con la policía. No tengo ganas de explicarle cómo pudo usted llegar hasta el agujero.

— Está bien. Gracias— contestó Laura.

Ella llegó a su coche y entró. El hombre caminó hasta la puerta de uno de los cobertizos, la abrió y se quedó mirando hasta que Laura arrancó el coche y se alejó hacia el pueblo.

Tras un par de minutos en la sala de espera, Marta acudió a buscarla. Entró en la sala con una gran sonrisa y los brazos abiertos, como si todavía no se creyese que hubiese aceptado ayudarla, pero se detuvo a un par de pasos, observándola.

— ¿Se puede saber dónde has estado metida? Te has puesto perdida.

Laura bajó la mirada y observó las manchas de tierra rojiza que ensuciaban su ropa. Por suerte para ella, el pantalón era negro y no resultaban demasiado evidentes pero era muy posible que aquel fuese el último día para la blusa blanca de seda. Se encogió de hombros y sonrió ante la cara de desconcierto de Marta.

— Estuve en Erkiaga, en la zona en la que encontrasteis el cadáver. Quería recoger una muestra del terreno para que la analizarais.

— Pero si ya lo hemos hecho. Tienes los resultados esperándote. Sígueme— Marta salió de la sala de espera y la guió por un largo pasillo hacia la zona de ascensores—. No sabes lo que lo siento, debería habértelo dicho.

— No te preocupes. La excursión me ha gustado. Por cierto, el vigilante de las obras me encontró allí sin autorización y no se lo tomó

demasiado bien. Quizá llame para confirmar mi identidad.

Marta pulsó el botón de los ascensores y se giró hacía ella mientras esperaban.

— No puedo creer que te dejasen pasar.

— Bueno, cuando llegué el vigilante no estaba así que entré pero, en cuanto me descubrió, me pidió que abandonase la zona.

Uno de los ascensores paró en su planta y se abrió. Ambas entraron y Marta pulsó el botón de una de las plantas inferiores.

— Eso me parece más normal. No están muy contentos con la investigación y han estado molestándonos desde el primer día.

— ¿Y eso por qué?— preguntó Laura.

— Desde que se descubrió el cuerpo las obras han estado paralizadas y continuaran así hasta que yo determine que la causa de la muerte no fue un asesinato. Mientras sea una posible escena del crimen no podemos permitir que se contamine.

El ascensor paró y las puertas se abrieron. Marta la guió por un pasillo muy iluminado, con despachos acristalados a ambos lados. El ambiente de modernidad y eficacia sorprendió a Laura que había esperado algo más parecido a una mazmorra medieval para un departamento forense.

— El dueño del terreno, un tal Zubeldia, lleva presionando desde el primer día para que terminemos la investigación— siguió explicando Marta —. Según él, cada día que la obra está parada, pierde miles de euros, así que está llamando a ciertos políticos amigos suyos para que nos metan prisa— se paró, poniendo una mano en el brazo de Laura para que ella también se detuviera—. Bueno, es aquí.

Marta se había parado delante de una puerta blanca cerrada. A su lado, una placa metálica indicaba que correspondía a la sala de autopsias número cuatro y prohibía el paso al personal no autorizado. Su amiga abrió la puerta y encendió las luces. Ambas entraron y Marta le señaló la mesa en la que descansaba el cuerpo, cubierto por una sabana.

— ¿Te importa que me quede contigo? Puedo ir apuntando los resultados— se ofreció Marta.

— Como quieras pero, si tienes más trabajo que hacer, puedes marcharte.

— No, no te preocupes. Me gustaría quedarme y ver trabajar a la maestra. Además, prefiero no dejarte sola aquí.

— Puedes estar tranquila. No voy a robarte nada— bromeó Laura.

— No seas boba, es sólo que ya te he dicho que este caso me pone nerviosa y prefiero quedarme contigo.

— Parece mentira que lleves toda la vida trabajando con muertos. Estoy segura de que éste no se va a levantar— Laura decidió dejar de bromear al ver la expresión seria de Marta—. Está bien, puedes quedarte.

Marta sonrió y le pasó una bata de laboratorio. Mientras Laura se la ponía, cogió otra para ella y después sacó un bolígrafo y un cuaderno de anotaciones y se sentó. Laura se acercó a la mesa y destapó el cadáver. Los huesos parecieron brillar con la descarnada luz de las lámparas fluorescentes. El cuerpo estaba completo y perfectamente reconstruido. Como siempre que había tenido que trabajar con restos humanos intentó no pensar en la persona que había sido y concentrarse sólo en números, medidas, hipótesis... No era agradable pensar que aquellos despojos habían tenido vida, ni que su propia vida terminaría así.

— ¿Me puedes pasar los resultados de los análisis del terreno?— le preguntó a Marta.

Ella rebuscó en el cajón de un fichero, los sacó y se los tendió. Laura se mantuvo unos minutos en silencio mientras los leía, levantando ocasionalmente la mirada para echar un vistazo al cuerpo.

— Bueno, por el estado de conservación del cuerpo y teniendo en cuenta las características de humedad y acidez del terreno, calculo que debe de llevar enterrado entre diez y quince años. No creo que pueda ser más precisa.

— Yo había sacado la misma conclusión. No hemos encontrado ningún documento en la víctima que pueda ayudarnos a concretar más la fecha de la muerte.

Laura le devolvió los papeles y se colocó delante del cuerpo. Cogió un metro de una mesita auxiliar colocada al lado del cadáver y empezó a medirlo.

— El esqueleto mide en total un metro con cincuenta y cuatro centímetros— empezó a recitar en voz alta los resultados para que Marta pudiese apuntarlos—. A esto habría que sumarle diez u once centímetros

por el tejido conjuntivo perdido. Eso nos da una persona de alrededor del metro sesenta y cinco. En cuanto al sexo, las cinco vértebras sacras son más anchas y la cavidad es más pronunciada así que acertaste al determinar que se trata de una mujer.

— Muchas gracias, profesora. ¿Eso quiere decir que estoy aprobando?— bromeó Marta.

— Por el momento, sí. Intentemos descubrir que edad tenía— Laura se acercó a la cabeza del cadáver y separó con cuidado la mandíbula para observar la dentadura—. No hay muelas del juicio y la dentadura no está desgastada así que debía tener menos de dieciocho años.

Volvió a cerrar la mandíbula con cuidado y se giró hacía uno de los brazos para observarlo. Se sintió aliviada al dejar de observar la cabeza del cadáver. Tenía ganas de marcharse de allí. Desde que había entrado en aquella sala, se sentía muy cansada, como si el aire de aquel lugar fuese más pesado y denso. Intentó ignorar aquella sensación. Era sólo una consecuencia de la vida que estaba llevando en las últimas semanas.

— Veamos el proceso de osificación para determinar su edad— agarró el brazo y observó la muñeca—. Hay espacios sin osificar en ambos extremos del radio aunque está casi fusionado en la parte del codo.

— Sí, ya me había fijado. Eso sigue confirmando que era una persona muy joven pero yo no he sido capaz de concretar la edad que tenía — dijo Marta.

— Bien, en las mujeres la fusión de la muñeca se completa a los veinte años y la del codo hacia los diecisiete.

— Eso quiere decir que tendría dieciséis o diecisiete años en el momento de la muerte, ¿no?

— Eso es. ¿Ves como no era tan difícil?— depositó de nuevo el brazo sobre la camilla y siguió observando el cuerpo—. No creo que vaya a poder aportarte más datos para la identificación. Tendrías que buscar en las fichas de desapariciones de hace diez o quince años.

— Ya lo están haciendo pero no confían en encontrar nada. También están intentando lograr una identificación dental pero es muy probable que una persona tan joven y con la dentadura en perfectas condiciones no acudiese nunca al dentista y no exista ninguna ficha con la que comparar.

— Entonces no entiendo en que más podría ayudarte.

— Necesito concretar la causa de la muerte— contestó Marta—. Lo más probable, dadas las circunstancias en que se encontró el cuerpo, es que se trate de un asesinato. Nadie entierra un cuerpo en un bosque si no tiene nada que ocultar. Pero, si no consigo pruebas de ello en tres días, el caso será archivado.

Marta se levantó de su silla y se colocó a los pies de la camilla contemplando el cuerpo. Parecía preocupada y cansada. Laura se acercó y le colocó una mano en el hombro.

— Quizá sea lo mejor. No creo que sea bueno para ti que te obsesiones de esta manera.

— Lo sé, nunca me había sucedido antes. No te estoy pidiendo que te preocupes tanto como yo. Tan sólo quiero agotar todas las posibilidades, hacer todo lo que esté en mi mano para solucionarlo— le dirigió una sonrisa triste—. Si no puedes encontrar nada, no te molestaré más. Al menos, inténtalo.

Laura asintió y aumentó la presión de su mano sobre el hombro de su amiga, intentando comunicarle su apoyo. Marta volvió a su asiento y recogió el cuaderno y el bolígrafo. Laura se agachó hacía el cadáver y empezó a observarlo con atención, atenta a la más mínima pista que pudiese contarle como murió. Los minutos fueron pasando en silencio mientras iba observando todos y cada uno de los huesos sin resultado. La sensación de cansancio había ido acrecentándose. Cada movimiento le resultaba más difícil, como si estuviese moviéndose a través de un espeso líquido. Iba sintiendo una opresión en el pecho que se acrecentaba a cada segundo. Su respiración se hacía más costosa, como si algo maligno estuviese creciendo en su interior, invadiéndola de negrura y angustia, creando un nudo en su garganta, provocándole el escozor de las lágrimas en sus ojos. Se irguió y apoyó sus manos en la camilla, intentando que el aire entrase de nuevo en sus pulmones. Le pareció que desde muy lejos llegaba el ruido que hacía Marta al levantarse para ayudarla. Un muro de oscuridad absoluta se adueñó de la estancia mientras sentía como el suelo se abría bajo sus pies.

## CAPÍTULO CINCO.

Unos ligeros golpecitos en la mejilla la sacaron de aquel sueño. Abrió los ojos despacio y, a medida que la bruma se fue disipando, distinguió las facciones preocupadas de Marta. Intentó incorporarse ayudada por su amiga. Seguía en la sala en la que se había desmayado. El brillo de las luces fluorescentes sobre sus ojos le hizo entrecerrarlos. Marta la guió hasta una silla y la ayudo a sentarse.

— ¿Te encuentras bien?— le preguntó preocupada— ¿Quieres un vaso de agua?

— Tranquila, ya estoy mejor. Sólo ha sido un mareo.

— Creo que debería acompañarte a la enfermería.

— No, no, tranquila... Es sólo cansancio... Últimamente he trabajado demasiado... Los exámenes finales, ya sabes.

— ¿Estás segura de que no quieres que te vea un médico?— insistió Marta.

— Sí, no me pasa nada. Tengo todo el verano por delante para descansar.

— Pobrecilla... Por si no tenías suficiente con lo tuyo, aparezco yo para agobiarte con mis problemas. Cuando te vi, me di cuenta de que parecías enferma pero no me atreví a preguntarte nada.

— Ya te he dicho que no estoy enferma. Es sólo agotamiento, se me pasará en unos días— Laura sonrió intentando convencer a su amiga de que se encontraba bien.

Marta la observó preocupada durante unos segundos más. Al fin, se quitó la bata y recogió su bolso.

— Está bien, te creo. Pero no voy a dejar que sigas trabajando después de esto sin que comas algo primero. Vamos a la cafetería.

Laura pensó en protestar pero asintió y se dejo llevar. No le apetecía seguir en aquel pequeño cuarto y todavía se encontraba desorientada y débil. Le vendría bien tomarse un café. Se quitó la bata y siguió a Marta al pasillo.

Marta colocó una bandeja con un desayuno completo enfrente de ella y se

sentó a su lado con un café con leche.

— No pensarás que voy a comerme todo esto ahora, ¿verdad?— le preguntó.

— Por supuesto. Y no vas a moverte de aquí hasta que lo hayas terminado a no ser que hayas cambiado de idea acerca de que te vea el médico.

— No sé cómo tengo que decirte que me encuentro bien y que sólo ha sido un mareo sin importancia...

Marta la ignoró, dedicando su atención a echar el contenido del sobre de azúcar dentro de su taza de café. Laura suspiró y pegó un sorbo a su zumo de naranja. La sensación de hambre, ignorada desde hacía muchos días, reapareció con toda su fuerza. Empezó a comer, sintiéndose mejor al instante. Marta la observó durante unos minutos, sin decir nada.

— ¡Qué obediente eres! Tampoco era necesario que lo devorases a esa velocidad. ¿Quieres más?

— No, gracias. Ya estoy bien. No me había dado cuenta del hambre que tenía.

— Oye, Laura... Ya sé que hace mucho tiempo que no nos vemos y que no tienes por qué confiar en mí pero, ¿estás segura de que no te pasa nada?

Laura levantó la mirada de su plato para encontrarse con la expresión preocupada de Marta. Durante unos segundos, dudo sobre si debía contarle lo que le había sucedido, deseó poder liberar su alma de aquel peso. Sabía que se sentiría mejor si podía compartir la carga de culpa e inseguridad que llevaba torturándola desde la traición de David. Pero no se sintió con fuerzas. Se encontraba demasiado avergonzada por lo que había sucedido como para contárselo a alguien. Negó con la cabeza y volvió a mirar a su plato.

— Sí, estoy bien— le sonrió intentando parecer convincente—. Por cierto, volviendo a lo que estábamos haciendo antes de mi mareo... ¿Crees que podría echarle otro vistazo dentro de un rato?

— ¿Por qué? ¿Has encontrado algo importante?— preguntó Marta, interesada.

— No, por eso me gustaría volver a mirarlo— dejo los cubiertos en

el plato y se limpió los labios con una servilleta de papel antes de seguir hablando—. Como tú misma dijiste la causa de la muerte no puede haber sido natural. Había alguien interesado en que ese cadáver no se descubriese y eso sugiere un asesinato.

— Claro, todo eso es muy lógico pero si no encontramos una prueba irrefutable de que sucedió algo que pueda ser considerado un delito, el caso se cerrará. ¿No has encontrado el menor indicio?

Laura negó con la cabeza y suspiró. No entendía por qué aquel cuerpo empezaba a preocuparle también a ella de manera personal pero sabía que nunca había percibido delante de ningún cuerpo las extrañas sensaciones que le habían sobrevenido mientras estudiaba aquél. Intentaba convencerse a sí misma de que su desmayo se había debido al agotamiento de los últimos días, a la fuerte tensión emocional a la que había estado sometida pero sabía que no era cierto. La sensación de angustia que había sentido segundos antes de desmayarse no tenía su origen en algo físico. Había sido como si algo externo torturase su alma, como si hubiese podido sentir el dolor y el miedo de los últimos momentos de aquella chica muerta tantos años atrás. Aquello le decía que su muerte había sido violenta con más seguridad de la que tendría con un infinito conjunto de evidencias físicas. Pero no podría ayudar a Marta, ni a aquella chica, con aquella seguridad proveniente tan solo de sus sensaciones.

— No, no he encontrado nada pero eso no quiere decir que no lo haya. La mayoría de las evidencias físicas que probarían un asesinato quedan grabadas en la piel, en los músculos, en los órganos internos y todo eso ha desaparecido. Sin embargo, un análisis más minucioso quizá pueda revelarnos algo: una pequeña muesca de arma blanca en algún hueso, alguna pequeña fractura... No lo sé y, si quieres que te sea sincera, tengo muy poca confianza acerca de poder encontrar algo, pero me gustaría intentarlo una vez más.

Marta asintió mientras le sonreía agradecida. Acabó su taza de café de un trago y se levantó de la mesa.

— Está bien. Si te sientes con suficientes fuerzas, podemos ir ahora mismo. Todavía puedo dedicarle algo de tiempo esta mañana sin que mi jefe ponga el grito en el cielo.

Un par de horas después Laura salió de la central de la Ertzaintza con paso cansado. Seguían sin encontrar nada y, por el momento, no se le ocurría

qué más podía investigar. Le había encargado a Marta que realizase unos análisis con el microscopio electrónico para el día siguiente en busca de cualquier pequeña muesca que pudiese indicarles algo y le había dejado que volviese a su trabajo después de hacerle prometer que la llamaría si conseguía algún resultado.

Llegó hasta su coche y metió la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar las llaves. Algo resbaló entre sus dedos y cayó al suelo, provocando un leve tintineo metálico contra el asfalto. Laura se agachó a recogerlo. Era la cadena que había recogido en el lugar donde habían encontrado el cuerpo. No se había acordado de ella en toda la mañana. La frotó un poco más, intentando quitar la tierra adherida. La cadena parecía de plata y de ella colgaba una pequeña piedra brillante, un cristal verduzco y opaco.

Pensó en volver a buscar a Marta para entregársela pero desechó la idea y se metió en el coche. Su amiga estaría muy ocupada en aquel momento y además tendría que dar muchas explicaciones acerca de cómo había llegado a su poder y por qué no había dicho nada sobre ella en toda la mañana. Después de todo, no iban a obtener mucha información de esa cadena. Parecía una joya vulgar, sin valor. Debía haber miles así por toda la provincia. De todas maneras, se aseguraría de ello. Iría a una joyería y preguntaría por la piedra y, en caso de que resultase valiosa para la identificación del cuerpo, se la daría a Marta al día siguiente. Arrancó el coche y condujo hacía el centro de Bilbao.

Pocos minutos después se adentró en la Gran Vía y empezó a buscar aparcamiento en las calles adyacentes. La época de vacaciones empezaba a notarse en el tráfico de Bilbao así que no tardó mucho en encontrar un lugar. Bajó del coche y caminó hacia una joyería cercana. Cuando llegó, llamó al timbre para que le abriesen la puerta de seguridad y entró. La joyería estaba vacía. Una joven muy elegante la saludó desde detrás del mostrador.

— Buenos días. ¿Qué deseaba?

— He traído una joya para limpiarla y quería saber si podían tasármela también— contestó Laura sacando la cadena de su bolsillo y tendiéndosela.

La joven la agarró con mucho cuidado, como si tuviese miedo de mancharse con la tierra adherida y la miró extrañada.

— Bueno, es posible que la cadena sea de plata pero la piedra no parece tener ningún valor. Es sólo bisutería. La limpieza le va a salir más

cara de lo que vale la pieza.

— Es igual. Tiene valor sentimental— mintió Laura—. ¿Sabe de qué piedra se trata?

La chica volvió a mirar la cadena como quien observa un insecto desagradable y negó con la cabeza.

— Parece cuarzo pero no estoy muy segura. Lo único que puedo decirle con exactitud es que no tiene ningún valor como piedra preciosa. Parece de ese tipo de piedras que se utilizan para hacer amuletos— volvió a fijar la mirada en Laura, sonriéndole—. Claro que, si usted quiere, podríamos cambiarle la piedra por otra de más valor. Podría enseñarle un muestrario ahora mismo.

— No, déjela como está. Tan sólo me gustaría que la limpiasen. ¿Para cuándo podría estar?

— Dentro de dos días— contestó la dependienta, metiendo la cadena en un sobre—. ¿A nombre de quién la pongo?

— No pueden ser dos días, tengo muchísima prisa. Pagaré más si es necesario.

— Espere un momento. Tengo que preguntar al chico que se encarga de los arreglos.

La joven recogió el sobre con la cadena y entró en un cuarto trasero, dejándola sola. Laura se dedicó a mirar las vitrinas en las que decenas de joyas expuestas sobre terciopelo negro lanzaban brillantes destellos. De la habitación contigua le llegaba el murmullo de una conversación. La joven volvió a salir con el sobre, sonriendo de nuevo.

— Está bien. El chico me ha dicho que el cierre está roto y que habrá que cambiarlo por otro nuevo pero, como tampoco es un trabajo muy difícil, podrá tenerlo en una hora. ¿Me da sus datos, por favor?

Laura se los facilitó y salió de la tienda. Empezó a caminar sin rumbo, planteándose como llenar esa hora. Casi no le daba tiempo a conducir hasta casa y volver y, además, tampoco tenía muchas ganas de ir. La casa era un desastre y lo único que conseguiría yendo allí sería volver a deprimirse. Llevaba todo el día sin acordarse de David y quería que siguiese siendo así, al menos un rato más. Lo mejor que podía hacer para evitar pensar era seguir activa así que aceleró sus pasos en busca de un supermercado. Aquella nueva fuerza que había encontrado podía ayudarle a poner un poco

de orden en su vida y el lugar que necesitaba más orden en aquel momento era su nevera.

Una hora después, y con el maletero del coche lleno de comida, Laura volvió a dirigirse a la joyería. Estaba sorprendida de cómo estaba resultando el día, de esa energía que parecía llenarla e impulsarla a hacer cosas que poco tiempo atrás le habían parecido inalcanzables. El solo pensamiento de haber entrado en un supermercado, haber buscado productos en sus interminables pasillos y haber esperado su turno le habría parecido una pesadilla hacía unos días. Pero había podido hacerlo, había sido capaz de comprar cosas solo para ella, sin tener en cuenta a David, sin que él resultase una variable imprescindible en la ecuación de su vida.

Entró en la joyería y la misma joven le entregó el sobre cerrado en el que estaba la cadena. Laura pagó y salió del establecimiento. Una vez en la calle abrió el sobre y observó la joya con detenimiento. La fina cadena de plata medía unos cincuenta centímetros y, al final de ella, colgaba una piedra ovalada muy brillante de color amarillo verdoso de unos tres centímetros de largo. Toda la pieza brillaba ahora, como si fuese nueva. Acarició la piedra con los dedos, sintiendo el frío de su contacto. ¿Qué significaría? No sabía por qué pero se negaba a creer que fuese sólo un adorno, que hubiese llegado a su poder sólo por casualidad.

Recordó que dos calles más adelante había una tienda de artículos esotéricos. Nunca había entrado pero se había quedado parada frente al escaparate muchas veces, admirando los brillos de las pirámides de cristal que tenían expuestas. Volvió a meter la cadena en el sobre y se dirigió hacia allí.

La tienda estaba situada en la esquina de dos calles y, a ambos lados, tenía escaparates abarrotados de los más variados y extraños objetos: velas de colores, estampas de santos, bolas de cristal... Paró delante de uno de ellos y observó la balda en la que se exhibían los amuletos. Había cientos de piedras distintas, algunas engastadas en collares y anillos y otras sueltas, sin tallar. Debajo de cada una de ellas habían colocado una tarjeta con su nombre pero había tantas, y algunas eran tan parecidas entre ellas, que podría pasarse el resto del día delante del escaparate sin conseguir nada. Además, no aparecía ninguna indicación acerca de sus supuestas propiedades como amuletos, así que decidió entrar a preguntar. En el cristal de entrada aparecía grabado, con caracteres retorcidos, un anuncio de los servicios que se ofertaban en el interior:

*Ideana*

*Vidente. Tarotista.*

*Rituales de magia blanca.*

Sonrió con ironía y entró. Nada más abrir la puerta un olor dulzón y penetrante la envolvió. La tienda estaba en penumbra pero pudo distinguir cientos de objetos extraños abarrotando las paredes. Se acercó al mostrador en el que una vara de incienso encendida esparcía un sofocante humo grisáceo y espeso. Una mujer morena, íntegramente vestida de negro, la saludó desde el otro lado.

— ¿Ideana?— preguntó Laura.

— Sí, soy yo— dijo la mujer, asintiendo—. Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo?

— Pues la verdad es que no lo sé— contestó Laura—. Me han regalado una joya y quería saber qué tipo de piedra es y qué propiedades tiene.

A Laura le pareció que la mujer fruncía el ceño, como si le molestase el hecho de que ella sólo hubiese acudido allí a buscar información así que Laura se apresuró a seguir hablando mientras sacaba el sobre de su bolsillo.

— El problema es que no estoy segura de que esta piedra sea la apropiada para mí y, en caso de que no lo sea, me gustaría que me vendiese alguna más adecuada.

El semblante de la mujer se dulcificó de nuevo. Tendió una mano repleta de anillos de plata hacía el sobre que ella le tendía. Mientras lo abría, Laura no pudo evitar fijarse en sus larguísimas uñas, también pintadas de negro. Aquella mujer la ponía nerviosa, seguro que estaba delante de una timadora que acabaría vendiéndole media tienda. Se planteó que había sido una estupidez acudir a aquel lugar y que lo mejor sería comprar la primera baratija que le ofreciese y marcharse. La mujer sacó la cadena, se colocó unas gafas que llevaba colgadas al cuello y se acercó a una lámpara para observar mejor la piedra.

— Es una variedad de cuarzo conocida como ojo de gato, una piedra poderosa. Que sea adecuada para usted o no depende de lo que quiera conseguir de ella.

— ¿Conseguir?— preguntó Laura, vacilante— Pues no lo sé. ¿Para qué puede servir?

— Para muchas cosas. Estimula la capacidad de razonamiento y la creatividad y aporta seguridad, valentía, confianza y claridad mental — la mujer separó un momento la mirada de la piedra y fijó sus ojos en ella—. Y también sirve para aumentar la conexión con el mundo de los espíritus, para poder comunicarse con ellos. ¿Es eso lo que usted está buscando?

Laura se quedó tan sorprendida que no supo qué contestar en un primer momento. No podía separar los ojos de la piedra, como si la viese por primera vez.

— ¿Yo?— contestó por fin— ¿Comunicarme con los muertos? La verdad es que no.

— Ése es el problema de nuestra profesión, que hay mucha gente que no tiene escrúpulos con tal de vender algo— dejó la cadena encima de la mesa y se quitó las gafas antes de seguir hablando—. Veamos, yo suelo recomendar un amuleto que intensifique las cualidades positivas del signo zodiacal de la persona. ¿Cuál es el suyo?

— Escorpio, creo.

— ¿Cómo que cree?— el leve gesto de enfado volvió a aparecer en la cara de la mujer— ¿Cuál es su fecha de nacimiento?

— El uno de noviembre.

— El día de Todos los Santos, Samhain... Es posible que la piedra sea más apropiada para usted de lo que había pensado en un primer momento. Los Escorpio suelen ser grandes médium— la mujer la observó durante unos segundos, evaluándola—. Su aura es fuerte y revela un espíritu con gran sensibilidad hacía el más allá. Estoy segura de que ya ha tenido más de una experiencia paranormal.

Laura negó con la cabeza. Aquella mujer la ponía más nerviosa a cada momento. ¿A qué venía todo aquello del contacto con los espíritus? ¿Qué era lo que pretendía? ¿Venderle un curso de espiritismo? ¿Reclutarla para una secta? El aroma del incienso parecía intensificarse e inundarlo todo, haciendo que sintiese un leve mareo.

— No, no he tenido ninguna. La verdad es que a mí nunca me habían atraído mucho estos temas— respondió Laura tajante—. Como ya le he dicho sólo quería saber para qué servía la piedra que me habían regalado.

— Bien, pues ya se lo he dicho. Si usted es escéptica y no quiere tener ninguna experiencia con el más allá, esta piedra resulta de lo más

inapropiada e incluso peligrosa ya que intensificará esas capacidades en las que usted no cree ni quiere creer— la mujer recogió la piedra del mostrador y volvió a introducirla en el sobre—. Personalmente le recomendaría un ágata ya que proporciona estabilidad o una obsidiana, que ayuda a deshacer bloqueos interiores. Ambas son perfectas para una Escorpio y además le ayudarían a superar el mal momento emocional que está pasando.

Aquella última frase la hirió como un lanzazo. ¿Qué sabía esa mujer de su situación emocional? ¿Y con qué derecho se atrevía a opinar acerca de lo que podría ayudarla? Con un rápido gesto, recogió el sobre que la mujer le tendía y se dirigió a la salida.

— Gracias. Ya lo pensaré.

Nada más abrir la puerta de la calle, se sintió como si hubiese salido a un mundo diferente. A pesar de que el aire de mediodía era cálido y pegajoso, le pareció que le despejaba la cabeza y hacía que se desvaneciese el extraño malestar que la había invadido allí dentro. Caminó a paso rápido hacia la calle en la que había dejado su coche, intentando alejarse lo más pronto posible de aquella mujer y sus extrañas palabras.

Unos metros más adelante se sintió estúpida e incluso se permitió una pequeña sonrisa. ¿Cómo había podido asustarse de aquella manera? Ella, que presumía de ser una persona racional y científica, había salido espantada ante las palabras de aquella comediante, se había dejado deslumbrar por un poco de incienso y un decorado en penumbras.

Su sonrisa se ensanchó aún más. Durante un momento se lo había creído todo, le había parecido que todas aquellas tonterías acerca de comunicarse con los muertos podían ser verdad. Había pensado que todo encajaba, que el espíritu de aquella chica le había entregado aquel amuleto para que pudiesen comunicarse. Era totalmente lógico: a ella, que era una gran médium aunque no lo hubiese sabido hasta ese día.

Y la última frase había sido magistral, aquella alusión a su malestar emocional. Por unos segundos había estado convencida de que aquella mujer tenía poderes, de que realmente sabía de que estaba hablando. ¿Cómo podía haber caído en un truco tan fácil? No era necesaria una intuición sobrenatural para darse cuenta de que no estaba pasando por un buen momento. Su aspecto lo anunciaba a gritos. Todo el mundo a su alrededor se había dado cuenta de ello: Marta, el rector, sus alumnos... Y ninguno de ellos tenía poderes paranormales, de eso estaba segura.

Llegó a su coche, aún sonriendo por lo tonta que había sido. Arrancó y se

dirigió hacia su casa. A pesar de que llevaba todo el día sin parar un segundo y del mal rato que había pasado en la tienda, se encontraba con fuerzas y buen humor. Quizá debería aprovecharlo y seguir por el camino que se había trazado aquella mañana. Volvería a casa y colocaría en su lugar todas las provisiones que había comprado. Después se prepararía algo de comer y dedicaría el resto de la tarde a poner un poco de orden en la casa.

Condujo con velocidad hasta el garaje y metió las bolsas en el ascensor. Al abrir la puerta de casa, Rahu salió y se lanzó a toda velocidad a rozarse contra sus piernas, ronroneando.

— Vaya, parece que me has echado de menos. Te estás acostumbrando demasiado rápido a que me pase todo el día en casa— Laura sonrió y fue pasando las bolsas del ascensor al recibidor, con cuidado de no pisar al gato—. Si puedes esperar un segundo, enseguida te haré caso. Además, me he acordado de ti y te he traído la comida que te gusta.

Cerró la puerta de la calle y llevó las bolsas hasta la cocina, con el gato precediéndola por el pasillo. Abrió la puerta de la nevera para empezar a guardarlo todo y el fuerte olor de la comida en mal estado la golpeó con fuerza.

— Vaya, parece que esto nos va a llevar más tiempo del que habíamos pensado. Esta nevera necesita una limpieza a fondo.

Pasó la siguiente media hora vaciando y limpiando la nevera. Cuando hubo terminado, guardó toda la comida que había traído y terminó por limpiar el resto de la cocina mientras se cocía algo de pasta y la cafetera iba llenando la estancia con un agradable aroma.

— Bueno, esto empieza a parecer de nuevo un hogar. ¿No te parece, Rahu?

Por toda respuesta el gato restregó su cabeza contra una de las banquetas de la cocina y después se tumbó boca arriba en el suelo, mirándola con sus enormes ojos amarillos. Laura rió mientras buscaba uno de sus cuencos en el armario.

— ¡Qué zalamero eres! Has visto como guardaba tus latas de comida, ¿verdad? Había pensado que me esperarías para que comiésemos juntos pero ya veo que no puedes más.

Colocó la comida delante del gato y, mientras la suya terminaba de prepararse, recogió toda la ropa que estaba esparcida por su estudio y la

metió en la lavadora. Antes de ponerla en marcha pensó en que quizá sería conveniente lavar también las sabanas de su cama. Aquel pensamiento volvió a ponerla triste. No se sentía capaz de eliminar aquel rastro de David, de borrar el aroma de su perfume, el recuerdo de su cuerpo en la cama que habían compartido durante tanto tiempo... Además no serviría de nada. Sabía que no sería capaz de volver a dormir allí, al menos no en mucho tiempo.

El recuerdo de David volvió a sumirla en la melancolía. Sus energías renovadas desaparecieron en un segundo, como si se hubiese pinchado el globo en el que estaban contenidas. Debía darse cuenta de que toda aquella fuerza solo era eso: aire, humo, ilusión... El recuerdo de David la perseguiría siempre, robándoselo todo, convirtiendo su mundo en una larga serie de días monótonos y sin brillo.

Se sentó a la mesa y pasó unos minutos revolviendo en su plato, ya sin ganas de comer. Rahu se subió a su regazo y ella le acarició sin pensar mientras maldecía su recuerdo, la manera en que cualquier detalle relativo a él le robaba las ganas de vivir. La única manera de sacarle de su mente, al menos de manera temporal, era mantenerse continuamente ocupada pero, ¿cómo iba a conseguir eso? El caso que Marta le había propuesto había conseguido interesarla y distraerla pero dentro de dos días estaría cerrado y ella volvería a encontrarse con un largo verano que soportar en soledad. Si pudiese mantener el caso abierto algunos días más... Estaba segura de que con el tiempo suficiente podría llegar a descubrir algo pero, ¿cómo podía convencer a los superiores de Marta de que esperasen?

Metió la mano en su bolsillo, abrió el sobre y sacó la piedra. La dejó colgar de la cadena para que la piedra quedase flotando delante de sus ojos. Rahu se erizó en su regazo, clavando ligeramente las uñas en sus piernas a través del pantalón antes de salir disparado por el pasillo. Laura observó extrañada como se marchaba y le llamó:

— Rahu, Rahu... Ven aquí, pequeño— sonrió mientras se encogía de hombros—. Nunca entenderé a este bicho. Ni que fuese un ojo de gato de verdad.

Volvió a observar la piedra, dejándola girar al final de la cadena para observar sus matices. La luz reflejada en su superficie provocaba brillos amarillentos. Pensó que era una piedra muy bonita. Le tranquilizaba observar sus reflejos cambiantes a pesar de las siniestras propiedades que aquella bruja le había atribuido. Volvió a sonreír. Comunicarse con los muertos, menuda tontería. Si una piedra tuviese esas propiedades, Marta y todos sus compañeros de departamento las comprarían a toneladas.

Guardó de nuevo la piedra en el sobre, lo metió en su bolsillo y se forzó a comer un poco más. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que en realidad volvía a tener hambre así que terminó su plato y después conectó el lavavajillas y la lavadora. Se preparó una taza de café y se dirigió a su estudio. Rahu estaba allí, enroscado en el sofá. Laura se sentó frente a su escritorio y buscó algo de música para escuchar. Fue pasando uno a uno todos sus discos hasta que por fin eligió uno de música clásica que nunca había escuchado. Las notas llenaron la habitación, haciéndole sentirse más relajada. Hacía muchísimos días que no escuchaba música por miedo a que alguna canción le trajese recuerdos. Pero aquella música no le hacía daño, parecía elevarla y llenarla de nuevo con un soplo de fuerza. Cerró los ojos y se dejó llevar, moviéndose sólo para tomar algún sorbo de café. Quizá más tarde se sintiese con fuerzas para continuar arreglando sus cosas, quizá incluso pudiese ducharse y arreglar un poco su aspecto. Lo dejó pasar, más adelante se ocuparía de cómo llenar el resto del día. En ese momento sólo quería disfrutar del primer momento de paz en las últimas semanas.

## CAPÍTULO SEIS.

El timbre del teléfono la sacó del sueño. Se levantó de un salto del sofá y, aún medio dormida, corrió hacia la cocina para contestar a la llamada preguntándose si sería Marta con nuevas noticias sobre el caso.

Miro la pantalla digital durante unos segundos. Era David de nuevo, insistiendo en volver a entrar en su vida. Descolgó el auricular y, sin acercárselo siquiera, cortó la llamada. Después dejó el auricular apoyado sobre la mesa y se sentó en una de las banquetas de la cocina, mirando el teléfono como si fuese un enemigo.

El reloj de la pared marcaba las ocho y media de la mañana. Se sentía cansada y adormilada pero sabía que no podría volver a conciliar el sueño. Había pasado la noche intranquila, con extrañas pesadillas que ahora no podía recordar. Sólo le había quedado una ligera sensación de que tenían algo que ver con el caso de Marta, con aquel cadáver del que no conseguían descubrir nada. Se forzó a recordar, apretando las sienes con sus dedos mientras se concentraba. Algo le decía que no había hecho lo correcto, que se había equivocado en algún punto importante pero, ¿en qué se iba a haber equivocado si por el momento no había descubierto nada?

Pensó en la piedra y la verdad se abrió paso en su cabeza. La cadena, el cierre roto... Ahí habían tenido la prueba de que la causa de la muerte había sido violenta. El agresor podía haber roto el cierre mientras forcejeaban o al haber intentado estrangularla. E incluso era posible que la piedra hubiese conservado alguna huella del asesino durante todos esos años. Su superficie era lisa y brillante y una huella podría haber quedado marcada con toda claridad. ¿Y qué había hecho ella con la única prueba del crimen? Mandar que la limpiasen en una joyería donde habrían usado productos químicos que habrían eliminado todas las posibles huellas del asesino y todos los materiales del terreno que probaban que la piedra había salido de la misma fosa que el cadáver. Y además había permitido que cambiasen el cierre, destruyendo así el único indicio de violencia física del que disponían.

Enterró la cabeza entre sus manos, sintiéndose estúpida y culpable. ¿Era esa su manera de ayudar a Marta a resolver un caso? Con aquella prueba podrían haber ampliado el plazo de la investigación pero ahora, gracias a su genial intervención, se cerraría sin que pudiesen descubrir nada. No podía contarle a Marta lo que había hecho, no tenía justificación ninguna. ¿Qué

iba a decirle? ¿Que había destruido la única evidencia que podría haberles ayudado pero que no se preocupase porque a cambio tenían una piedra que les permitiría comunicarse con la víctima para que les dijese quién la había asesinado?

Se levantó de la banqueta y caminó nerviosa de un lado a otro de la cocina intentando encontrar alguna solución. Si pudiese dar marcha atrás... Nunca había estudiado la identificación mediante huellas dactilares en profundidad, no sabía hasta que punto podrían recuperarse. Ése nunca había sido su campo pero recordó que le habían pasado unos apuntes sobre el tema mientras colaboraba en la identificación de los cadáveres de la fosa común descubierta en Burgos. Debían estar en alguna caja en los armarios de su estudio.

Se dirigió hacia allí, se sentó en el suelo y abrió las puertas. Varias cajas estaban apiladas, de manera ordenada, conteniendo la mayoría de los apuntes de sus tiempos en la universidad. Rahu, que había estado durmiendo sobre el sofá, se estiró arqueando el lomo y bostezando y después saltó al suelo e intentó meterse dentro del armario para investigar qué estaba haciendo Laura. Ella le empujó suavemente hacia atrás mientras sacaba una de las cajas.

— Ahora no, Rahu. Estoy muy ocupada.

El gato salió indignado de la habitación mientras ella seguía sacando cajas, carpetas, libros... Al fin la encontró: una gran caja de cartón en cuya tapa había escrito "Burgos, verano de 1994". La colocó delante de ella, sacándola casi con veneración. Aquella caja despertaba muchos recuerdos en ella, recuerdos de una Laura que parecía haberse extinguido, que se había ido quedando en el camino sin que se diese cuenta. Las imágenes de aquel verano volvieron a su cabeza: las noches al lado del fuego, los sonidos de las risas y los cantos. Se había sentido plenamente feliz, rodeada por otros estudiantes, trabajando todos juntos en un campo que les apasionaba, compartiendo obligaciones, pasiones y sueños. En aquellos días ni siquiera conocía a David, ni sabía lo que era el miedo a quedarse sola para siempre, ni la culpabilidad de pensar que quizá no hizo todo lo que estaba en su mano para conservar las cosas que de verdad valían la pena, ni el pánico de pensar que todo su futuro carecía de sentido.

Abrió la caja y empezó a buscar los apuntes que necesitaba, intentando ignorar el nudo que empezaba a atenazarle la garganta. Fue sacando todos los libros, las copias de los informes... Después de varios minutos sin encontrarlos, trató de recordar qué podía haber hecho con aquellas hojas. Eran un grupo de fotocopias grapadas que un amigo del campamento al que

le encantaba el tema le había pasado una tarde. Volvió a mirar entre las docenas de objetos que había desparramado por el suelo pero no estaban allí. Era posible que no las hubiese considerado lo bastante importantes como para guardarlas y que las hubiese tirado cuando organizó todo aquel material.

Se quedó sentada mirando al techo mientras buscaba una solución. Podía ir a la biblioteca de la Universidad y buscar libros que hablasen sobre el tema o intentar hallar algo en Internet pero sabía que la información que buscaba sería muy difícil de encontrar y casi no tenía tiempo. A la mañana siguiente el caso estaría cerrado y ella ni siquiera sabía qué datos necesitaba, no sabía con que producto habrían limpiado la piedra. Le resultaría imposible descubrir lo que necesitaba saber, lo mejor sería ser sincera con Marta y comentarle lo que había pasado.

Su cuerpo parecía resistirse a levantarse y encaminarse hacia el teléfono. Después de todo, tampoco arreglaría nada siendo sincera. Si había estropeado la única prueba que tenían, el cadáver sería inhumado al día siguiente y todo el mundo lo olvidaría. Todo el mundo menos ella, que había tenido en sus manos la única esperanza de aquella chica de que se hiciese justicia y no había hecho nada. Si pudiese encontrar una manera de subsanar su error... Fue guardando las cosas en la caja de nuevo mientras el problema seguía dando vueltas en su cabeza. Cuando hubo terminado, tapó la caja y la metió de nuevo en el armario. Al ir a cerrarlo se dio cuenta de que había olvidado meter uno de los cuadernos de apuntes. Volvió a sacar la caja y se estiró para recogerlo. Al leer el titulo, escrito con su letra en la portada, la respuesta se abrió paso en su cabeza. *Métodos de reconstrucción facial desde Gerasimov a la actualidad.*

Se levantó del suelo, con el cuaderno aún en las manos. Aquella era la respuesta, la manera en la que podría reparar el daño. No sabía si sería fácil convencer a los superiores de Marta pero al menos debía intentarlo. Después de todo, estaban dispuestos a cerrar el caso y olvidarse de aquella chica para siempre. Quizá incluso agradeciesen que alguien se ofreciese a intentar resolverlo por ellos. Además, aquel trabajo, que ya en sus tiempos de estudiante la fascinó, la ayudaría a sentirse útil, llenaría su vida de un sentido del que carecía en aquel momento. Cuanto más lo pensaba, mejor idea le parecía, así que se dirigió veloz hacia la cocina para llamar a Marta.

Ya estaba anocheciendo cuando Laura pudo abandonar por fin la central de la Ertzaintza. Caminó hacia su coche con paso rápido, como si aún temiera que pudiesen arrepentirse y quitarle aquella caja que tanto esfuerzo le había

costado conseguir. Abrió la puerta del copiloto y la depositó con cuidado. Mientras andaba hacia su puerta contempló el atardecer, sintiéndose satisfecha. El día acababa pero no había sido otro día perdido. Se paró unos segundos a contemplar como el sol doraba la cumbre de las colinas que rodeaban Bilbao cubriéndolas de tintes rojizos, como si en el cielo se hubiese desatado un devastador incendio. Sonrió y abrió el coche.

Una vez dentro su mirada volvió a quedar fija en la caja. Se moría de ganas de abrirla, de confirmar que, después de horas de discusiones y papeleos, habían cedido y le habían entregado lo que pedía. Cuando se le ocurrió la idea, había imaginado que sería difícil pero no hasta ese punto. Después de todo, les estaba haciendo un favor descargándoles de la responsabilidad de la identificación de esa chica a la que pensaban enterrar y olvidar al día siguiente. Ahora ella sería la única responsable y lo único que les había pedido a cambio era que esperasen uno o dos meses para enterrar el cadáver y poder disponer mientras tanto de su cráneo para realizar un proceso de reconstrucción facial.

Puso una de sus manos sobre la caja, preguntándose aún si debía abrirla. No le gustaría que alguien mirase por la ventanilla y se la encontrase contemplando una calavera humana. Sería mejor abrir la caja en casa. Arrancó el coche y condujo por la ribera de la ría intentando concentrarse en el tráfico, en los reflejos rojizos de las aguas, pero su vista escapaba a la caja que reposaba a su lado una y otra vez.

Por fin llegó al garaje. Aparcó el coche a toda velocidad y se dirigió al ascensor con la caja bajo el brazo. Abrió la puerta de casa y Rahu salió a recibirla. Maullaba nervioso y, en lugar de restregarse contra sus piernas como solía hacer cuando ella llegaba, se giró y volvió a toda prisa hacia la cocina. Laura cerró la puerta de la calle y se dirigió al estudio. Entró, despejó la mesa de papeles y depositó la caja encima. Extendió de nuevo las manos para abrirla pero los maullidos de Rahu desde la cocina le hicieron volver la cabeza. Había algo extraño en la casa, algo que habría notado nada más entrar si no hubiese estado tan centrada en lo que traía.

Salió al pasillo y caminó hacia la cocina. La luz estaba encendida aunque ella estaba casi convencida de que la había apagado al marcharse. Se sintió asustada e intentó que sus pasos fuesen más silenciosos. Un aroma conocido la asaltó de repente, una mezcla de colonia masculina y humo de cigarrillos. Aquel olor evocaba una presencia imborrable en su memoria, traía de vuelta la sensación de estar en casa y a salvo, de un pecho en el que apoyarse por la noche hasta caer dormida. Sin embargo, en las últimas semanas, se había convertido en el aroma de la traición, en un recuerdo a

desterrar para siempre de su mente.

Se quedó parada en la puerta de la cocina, esperando aún que todo aquello no fuese más que un nuevo método de tortura de su imaginación. Pero no era así. David estaba allí, sentado en la cocina con Rahu en las rodillas, acariciándole con la mano derecha mientras en la izquierda sostenía un cigarrillo. No supo qué decirle, a pesar de las horas que había pasado en vela imaginando conversaciones llenas de reproches. Él le sonrió tímidamente mientras le señalaba uno de los taburetes:

— Hola, Laura. Me alegro mucho de verte. Pensé que hoy tampoco vendrías.

Laura se sentó en la silla que le había indicado sin saber qué contestar. No podía separar la mirada de él, como si temiese que fuese a desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, aunque su mente no cesaba de repetirle que sería lo mejor, que él no tendría por qué estar ahí, que no estaba preparada para que se encontrarán de nuevo.

— Llevo muchas horas esperándote. Espero que esta vez me permitas hablar.

Laura permaneció en silencio, observándole. Unos cercos oscuros rodeaban los ojos marrones de David. Parecía que también había perdido peso pero, al contrario que ella, él había seguido cuidando su aspecto personal y seguía ofreciendo el mismo aspecto eficiente y atractivo de siempre: alto, atlético, bronceado... Estaba impecable con su traje gris, incluso llevaba la corbata perfectamente anudada. Si no fuese por el gato, que continuaba sentado en su regazo, habría parecido que continuaba en su trabajo, hablando con algún cliente al que iba a defender. La diferencia era que esa vez a quien tenía que defender era a sí mismo y Laura no pretendía ser un jurado fácil. Él debió percibir aquello en sus ojos porque apartó la mirada y dedicó unos segundos a sacar un nuevo cigarrillo. Le ofreció a Laura el paquete abierto:

— ¿Quieres uno?

— Sabes que lo dejé hace años. Parece que no has tardado mucho en olvidar.

— Laura, por favor. ¿No podríamos hablar un momento como personas civilizadas?— sacó un cigarrillo para él y lo encendió. El gato pareció molesto por el humo ya que se bajó de sus rodillas y salió de la cocina.— Llevó días llamándote por teléfono, buscándote para que podamos hablar. Creo que al menos merezco que me escuches después de todo lo que me ha

costado encontrarte.

— A lo mejor deberías haber deducido que no quiero hablar contigo, que no me importan los esfuerzos que hagas para verme ni lo que tengas que decirme— le cortó Laura.

Le pareció percibir un brillo de desilusión en los ojos de David que sólo consiguió enfurecerla más. ¿Acaso había pensado que sólo por presentarse allí ella iba a olvidar su traición? ¿Es qué no se daba cuenta de que lo único que conseguía con su presencia era provocarle más dolor y más rabia? Él dio un par de caladas a su cigarrillo y suspiró, como si se tomase tiempo para tranquilizarse y volver a empezar.

— Escucha, he estado pensando mucho en nuestra conversación del último día y creo que ninguno de los dos se comportó como era debido. Tú no debiste marcharte sin dejar que me explicase cuando yo estaba abriéndote mi corazón y yo no debí rendirme como lo hice. Al marcharme de casa sin haber acabado de explicarme, sólo he conseguido que la situación se envenenase aún más.

— ¿Aún más? Me estabas explicando cómo habías pasado meses engañándome con otra persona. Creo que eso ya tenía toda la dosis de veneno que puedo tolerar.

— Si pudieses comprender lo que paso... Déjame explicarte— suplicó David.

— No, no tienes derecho a explicarme nada. Perdiste todos tus derechos al traicionarme.

— Pero quiero arreglarlo, quiero estar contigo...

— Quizá deberías haberte planteado eso antes de hacerme daño.

El silencio se adueñó de la cocina. Laura bajó los ojos y miró su reloj sin verlo, dedicando su atención a darle vueltas en su muñeca. Se planteó que quizá estaba siendo demasiado dura con David, que tampoco iba a perder nada por escucharle. Estaba cerrándole la puerta a una oportunidad sin saber si realmente quería prescindir de ella. Pero, ¿qué iba a poder decirle él que borrase el daño que le había hecho? No había disculpa posible, lo que le explicase sólo serían datos con los que confeccionar nuevos remordimientos y preguntas, más temor y odio. No quería escuchar aquello.

— Laura, he venido esta noche por ti, para pedirte perdón— insistió David, suplicante.

— No recuerdo haberte reclamado que me pidieses perdón, ni siquiera recuerdo haberte dicho que vinieras.

— Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Cómo voy a arreglarlo si no me dejas?— preguntó él, aplastando su cigarrillo en el cenicero.

Laura se levantó de la silla y le dio la espalda, fijando su mirada en el pedazo de cielo nocturno que se veía por la ventana.

— Para mí no hay arreglo posible. Lo único que quiero es que salgas de mi casa y no volver a verte en el resto de mi vida.

Las últimas palabras de Laura provocaron un silencio absoluto, como el que reina en una cripta tras cerrar la losa, como si acabasen de enterrar todas sus esperanzas de futuro juntos, todos los sueños comunes que hubieran compartido alguna vez. Laura permaneció de pie, de espaldas a él, esperando escuchar el sonido de sus pasos al salir de su vida para siempre, deseándolo y temiéndolo al mismo tiempo.

Una eternidad después escuchó el sonido que hacía su silla al arrastrarse. Ya estaba, se marchaba para siempre, sin luchar por ella. La dejaría sola para enfrentarse a un futuro que no podía afrontar. Sintió el escozor del llanto contenido en su garganta amenazándole con ahogarla y deseó con todas sus fuerzas poder darse la vuelta y abrazarle, ser capaz de olvidar lo sucedido en las últimas semanas o al menos poder engañarse a sí misma y fingir que nunca había ocurrido. Escuchó el sonido de sus pasos y agachó la cabeza, intentando no pensar, apretando con fuerza los puños para no obedecer a los gritos interiores que le ordenaban que le abrazase y le retuviese a su lado.

La sensación de su cuerpo tras ella, a menos de un paso, la sobresaltó. David posó sus manos en los hombros de Laura y le susurró, muy cerca de su oído:

— Dímelo mirándome a los ojos y me iré para siempre. Demuéstrame que eso es lo que quieres de verdad.

Laura se mantuvo de espaldas a él, con la mirada clavada en el suelo, sin contestar. Él intentó girarla pero ella se resistió aunque no impidió que siguiese sujetándola por los hombros. David deslizó las manos, acariciándole los brazos, y apoyó la barbilla en su hombro izquierdo para seguir susurrando, aún más cerca de su oído:

— Sabes que te quiero, que siempre te he querido. Déjame arreglarlo, déjame estar a tu lado...

El aroma de su cuerpo la envolvió, embriagándola. Podía sentir su aliento rozándole la piel, casi como un suave beso en el cuello. Se dio cuenta de que estaba temblando, a pesar de sentir el calor del cuerpo de David, tan próximo, emanando en oleadas.

El miedo y el rencor se diluyeron en el sudor que empezaba a bajarle por la espalda, desapareciendo para dejar paso a mil sensaciones que creía desterradas. Su mente se vio invadida por ese calor, por una luz brillante que le impedía pensar en otra cosa que no fuese en su cuerpo, su abrazo, su olor, en la sensación de sus labios quemándole el cuello, en la cadencia hipnótica de sus palabras...

David volvió a intentar girarla y esta vez ella no se resistió. Dejó que él la abrazase y la besase. Los límites de su cuerpo y del universo se difuminaron para convertir aquella boca en todo su mundo, en un océano en el que perderse, en el que hundirse sin buscar ni desear una salida. Percibió una leve fragancia, algo fresco, con olor a flores. Pretendió ignorarla en un primer momento y volver a perderse en los besos y las caricias de David pero su mente apresó esa sensación y la analizó. Era un perfume femenino y estaba segura de que no era el que ella usaba. ¿Lo estaría imaginando? ¿Su mente paranoica estaba tratando de jugarle una mala pasada? David no sería capaz de venir a pedirle perdón después de haber estado con aquella otra mujer. O quizá sí.

Empujó a David para apartarle de su lado. Él la miró extrañado, sin comprender qué le pasaba. Ella se separó un par de pasos y se colocó bien la ropa, intentando ganar tiempo para que su respiración se tranquilizara. Le daba igual si esa colonia estaba impregnada realmente en el cuello de David o si sólo la estaba imaginando. No quería tener que plantearse eso cada vez que él la besara, no podría hacer el amor con él mientras tuviese esas dudas.

— Quiero que te vayas— le dijo con voz firme.

— ¿Por qué?— preguntó él, suplicante—. Pensé que me estabas perdonando, que estabas entrando en razón...

— Habías venido a hablar y no es eso lo que estábamos haciendo— contestó ella—. No estoy preparada para esto y tampoco quiero hacerlo.

— ¿Y qué se supone que debo hacer yo?— se quejó David—. Marcharme de nuevo y quedarme en casa esperando a que quieras hablar conmigo. Tenemos que arreglar esto.

— Sí, pero esta no es la manera— insistió ella.

— ¿Y cuál es?— ella permaneció en silencio—. Está bien. Si quieres que hablemos, hablaremos. Vendré mañana a buscarte al mediodía y saldremos a comer. ¿Me escucharás entonces?

Ella asintió y se giró hacia los armarios de la cocina, dando por terminada la conversación. Él recogió su tabaco y salió al pasillo, murmurando maldiciones entre dientes. El portazo que dio al salir hizo que retumbasen los cristales de la ventana. Laura se quedó parada unos minutos en la cocina, sintiéndose injusta con él a pesar de pensar que había hecho lo correcto. Le pareció que un peso enorme se adueñaba de todos sus miembros, que el aire de la casa se volvía espeso e irrespirable. No era justo lo que estaba haciéndole sentir. Cogió a Rahu y se lo llevó al estudio, cerrando la puerta tras de sí como si pudiese hacer que el resto del mundo se desvaneciese tras ella. Se tumbó en el sofá sintiéndose vencida y se dedicó a acariciar al gato, intentando no pensar en nada.

## CAPÍTULO SIETE.

Laura abrió los ojos sintiéndose aún agotada a pesar de que debía haber dormido durante muchas horas. Las persianas estaban cerradas pero, aún así, unos potentes rayos de sol se filtraban por los resquicios y caían sobre el sofá, mostrándole el estudio con una suave penumbra dorada. Se sentó y ocultó la cara entre las manos, queriendo esconderse del mundo, poder seguir durmiendo. David llegaría en unas horas. No estaba preparada para enfrentarse a él. La noche anterior había estado a punto de caer en sus brazos. ¿Cómo iba a evitarlo si volvía a tenerle delante, suplicándole arrepentido, jurándole que la quería? Tenía tanta necesidad de creerle, de olvidar... Pero sabía que no sería tan fácil, que las dudas la perseguirían siempre.

Apartó las manos y se enfrentó al reflejo que le devolvía el espejo de la pared. Le mostraba a la misma Laura de las últimas semanas, demacrada, cansada... Pero había algo más, algo que había cambiado la noche anterior. Se sentía vencida y eso se veía en aquella imagen a la que no podía mantener la mirada. ¿Qué había sido de todo su rencor, de su orgullo herido, de las frases recriminatorias ensayadas en sus horas de insomnio? Él había estado a punto de borrarlo todo con su sola presencia, con el sonido de su voz, con unas promesas a las que ya había fallado una vez. Y, si volvía a estar con él, caería en sus brazos como una estúpida.

Se levantó y empezó a vestirse, con los oídos atentos a cualquier ruido de la casa que le indicase que él había vuelto. No podía enfrentarse a David en aquel momento, no podía imaginar cómo reaccionaría. Había pensado tantas veces en su traición, en el dolor que le había causado que creyó estar protegida del influjo de sus ojos, del hechizo de sus palabras pero no era así y eso le hacía sentir rabia contra ella misma pero sobre todo contra él, por demostrarle lo débil que era, lo mucho que le necesitaba. Sentía ganas de llorar, de destrozarlo todo pero consiguió controlarse, ayudada sobre todo por el miedo a que él llegase a casa y pudiese comprobar por si mismo lo patética que podía llegar a ser, hasta qué punto le hacía daño...

Salió del estudio al pasillo silencioso y oscuro, seguida por Rahu. Laura se agachó y le acarició suavemente el lomo. Después le cogió en brazos y, reconfortada por su presencia, se dirigió a la cocina. Abrió la puerta y, en contraste con la penumbra del pasillo, la brillante luz que entraba por la

ventana abierta la cegó. Se cubrió parcialmente la cara con una mano, mientras dejaba que Rahu bajase de un salto al suelo. La taza de café y el cenicero que él había estado usando la noche anterior seguían encima de la mesa, como un recordatorio de su presencia. Se sentó en la silla que David había ocupado, con la mirada perdida en la ventana. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a decirle que no le quería en su vida? ¿Cómo iba a convencerle de que eso era lo que de verdad deseaba si no era capaz de convencerse a sí misma?

Apoyó los brazos en la mesa y hundió la cabeza en ellos, derrotada. Quizá debería dejar que las cosas siguiesen su curso, quizá él decía la verdad y podía arreglarlo. Quizá debía darse cuenta de que no podía vivir sin él. El recuerdo de la noche de su confesión volvió a su mente, como un latigazo. El dolor seguía presente, al igual que los pensamientos que le habían torturado desde aquel momento. No podía perdonarle, no podía rendirse y actuar como si nada hubiese pasado. Sabía que no podía olvidar el daño que le había hecho, su deslealtad a todo lo que un día les había unido, sus mentiras durante meses... ¿Cómo podría olvidar todo eso y volver a confiar en él? Tendría que ser capaz de perdonarle primero, necesitaba tiempo para que sus heridas cicatrizasen. Sólo después podría plantearse si había algo entre ellos que se pudiese salvar, pero no antes, acuciada por el miedo a la soledad y confundida por los sentimientos contradictorios que inundaban su mente. Y él debería entenderlo.

Empezó a caminar por la cocina, frotándose las sienes, intentando pensar con claridad. Sentía un nudo en su interior que le impedía respirar, la cocina parecía cada vez más pequeña y oscura, como si las paredes estuviesen acercándose para aprisionarla. Sintió que la vista se le nublaba y se agarró al respaldo de una silla para no caer. Debía tranquilizarse y pensar. Concentró toda su atención en respirar más despacio y profundo. La sensación de mareo fue pasando pero la casa seguía pareciéndole demasiado pequeña, demasiado opresiva. No podía permanecer allí, tenía que escapar de aquellas paredes, de una relación que sabía que no podría resistir pero a la que tampoco sabría decir que no.

Salió de la cocina y corrió hacia la habitación. Abrió el armario y, poniéndose de puntillas, alcanzó una gran maleta de cuero marrón. La dejó abierta sobre la cama y fue sacando ropa de las baldas y cajones, sin fijarse bien en lo que metía, hasta que estuvo llena. La cerró y la llevó casi a rastras por el pasillo, dejándola al lado de la puerta de entrada. Paró unos segundos, intentando recuperar el aliento. Tenía que tranquilizarse y pensar en las cosas imprescindibles que debía llevarse. Volvió a la habitación y metió en su bolso las tarjetas de crédito, el móvil, sus documentos y su

agenda telefónica. Dejó el bolso sobre la cama y corrió hacia la terraza, donde tenía guardada la caja para transportar a Rahu. Éste se había tendido en el alfeizar de la ventana de la cocina, adormilado por los rayos de sol, y la contemplaba con una mezcla de sueño y curiosidad.

— ¿No pensarías que te iba a dejar aquí? Vamos, te vienes conmigo.

El gato se resistió a entrar pero Laura le empujó con firmeza y cerró la caja. La dejó en la puerta, al lado de la maleta y después corrió a vaciar los cuencos y la bandeja de Rahu. Lo metió todo en una gran bolsa de basura, recogió su bolso y volvió a la entrada. Ya estaba todo, no debía permanecer mucho más tiempo allí o no tendría valor para marcharse. Aquello era una locura y la parte más sensata de su cerebro empezaba a decírselo a gritos pero no se le ocurría que otra cosa hacer. Sabía que aquella huida era la prueba final de su cobardía, de su incapacidad para afrontar la situación como una persona adulta y, sin embargo, no encontraba otra salida.

Abrió la puerta y llamó al ascensor. Mientras éste subía, fue sacando sus cosas, incapaz de mantenerse inactiva un segundo. Cuando por fin llegó, cerró la puerta de la casa, lo metió todo en el ascensor e introdujo la llave del garaje. Mantuvo la vista en las puertas metálicas, obligándose a no pensar, a seguir adelante. Una vez abajo, metió las cosas en el maletero y dejó a Rahu en el asiento del copiloto. El gato la miraba extrañado y olisqueaba los barrotes de la puerta de su caja. Laura abrió su puerta, se sentó e introdujo la llave de contacto pero no arrancó. Le faltaba algo importante y no podía recordar qué era. Se forzó a recordar. No quería olvidar algo que realmente necesitase y tener que volver a por ello para encontrarse con que David había tomado posesión de la casa.

Pasó un par de minutos esforzándose pero no consiguió acordarse. Empezó a plantearse que quizá no era más que miedo, un último truco de su mente para retenerla y obligarla a pensar. No iba a permitirlo. Giró la llave en la cerradura y pisó el embrague. La caja de Rahu dio un bandazo. Paró e intentó asegurarla con el cinturón. El gato asomó el hocico por las rejas de la portezuela, intentando descubrir qué hacía. Laura lo miró y los ojos de Rahu brillaron por un segundo con un espectral fulgor verde. Entonces recordó. La piedra, la caja y toda su documentación sobre reconstrucción facial. No podía creerse que hubiese olvidado hasta ese punto algo que la había tenido totalmente obsesionada el día anterior.

Salió del coche a toda prisa y volvió a subir en el ascensor. Abrió la puerta de la casa y corrió hacia el estudio. Le invadía una urgencia cada vez más apremiante, como si algo fuese a detenerla. Intentó calmarse mientras rebuscaba entre sus papeles toda la documentación que iba a necesitar,

diciéndose que su única enemiga en aquel momento era ella misma, que podría continuar adelante si mantenía la calma, que no podía ser tan cobarde como para rendirse incluso en una huida. Una vez tuvo todos los libros y papeles, los dejo encima del escritorio, al lado de la caja. Le faltaba la piedra y no era capaz de recordar dónde la había dejado. Pensó en marcharse sin ella, después de todo ya la había estropeado como prueba para la investigación y no tenía ningún valor material. Agarró la caja dispuesta a irse pero algo se lo impedía. Debía llevarse la piedra, sentía que era importante.

Volvió a dejar la caja sobre la mesa e intentó recordar dónde podía haberla dejado. Tenía que estar en el bolsillo de los pantalones que había usado dos días atrás. Empezó a revolver entre la ropa que había amontonada encima de una silla. Allí estaban. Metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre de la joyería en el que estaba guardada la piedra. Lo metió en su bolso, recogió los papeles y la caja y volvió a salir de la casa.

Cada vuelta de llave fue una confirmación. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Permaneció unos segundos contemplando la puerta cerrada, un símbolo de una etapa de su vida que dejaba atrás y a la que quizá no volvería, a pesar de estar ya echándola de menos. Sintió las lágrimas agolpándose en su garganta y supo que, si permanecía allí un solo segundo más, no sería capaz de irse. Se dio la vuelta y entró en el ascensor. Al llegar al garaje, abrió una de las puertas traseras del coche y dejo allí la caja y los documentos. Cerró y volvió a subir al coche. Rahu empezó a revolverse en su caja, maullando nervioso.

— Tranquilo, ya estoy aquí. No te he dejado solo tanto tiempo como para que te pongas así.

El gato continuó luchando por escapar, mordiendo las rejas de la portezuela. Laura intentó meter un dedo para acariciarle la cabeza pero el gato agarró las rejas con las patas delanteras, mostrando sus uñas.

— Tranquilo, no pasa nada— le dijo Laura con voz dulce, intentando tranquilizarle—. No te preocupes, no vamos al veterinario.

Esperó unos segundos pero pareció que el gato no quería calmarse. Seguía empujando contra las paredes de la caja, maullando con voz lastimera, como si estuviese asustado. Laura pensó que seguramente le había contagiado su nerviosismo y decidió ignorarlo. Ya se le iría pasando a lo largo del viaje. Aquello le hizo plantearse una nueva duda. ¿El viaje a dónde? No se le ocurría ningún sitio a donde quisiera marcharse. Necesitaba un lugar tranquilo, en el que poder pensar pero, ¿dónde podía

encontrar algo de paz alguien que llevaba el infierno dentro?

Intentó recordar algún sitio en el que se hubiese sentido tan a gusto como para desear volver pero todos los sitios que le venían a la memoria estaban teñidos con los recuerdos de David. ¿Es que no había ningún lugar en el que se hubiese sentido bien estando sin él? El recuerdo la asaltó de repente: un lugar solitario cuajado de flores, borroso por la bruma dorada del sol de una mañana de verano. Un paisaje de infancia, de cuento de hadas. Abrió su bolso, sacó el móvil y buscó el número. Esperó unos largos tonos de llamada hasta que la misma voz de mujer contestó al otro lado:

— Buenos días— saludó Laura—. ¿Está Luis?... Sí, llame el otro día para interesarme acerca de la posibilidad de alquilar la casa que tienen en Erkiaga.

Laura hizo girar su coche al llegar al desvío para internarse por el estrecho sendero entre los árboles, siguiendo al coche gris que la guiaba. A pesar de que había insistido varias veces en que no era necesario que Luis la acompañase hasta allí, ahora se alegraba de que él no le hubiese hecho caso. No estaba muy segura de haber sido capaz de encontrar de nuevo el pequeño camino que conducía a la propiedad que acababa de alquilar.

Miró hacia el fajo de folios posados sobre la guantera. El contrato de alquiler,  los papeles de alta de la luz y el agua... Todo a su nombre. Les había llevado toda la mañana pero había merecido la pena. Por fin tenía un espacio únicamente suyo, libre de la presencia de David. Suspiró deseando que su mente también estuviese libre de sus recuerdos.

El coche de Luis paró a un lado del sendero y, mientras él bajaba, Laura estacionó detrás. Él caminó hasta el sendero de piedra y se quedó parado mirando hacia la casa. Laura le siguió, observándole. Era curioso lo que podían engañar las voces por teléfono. Cuando había hablado con él había pensado que se trataba de un hombre mayor, de más de cincuenta años. Sin embargo, debía tener más o menos su edad. Sus vaqueros y las zapatillas deportivas le daban un aspecto juvenil pero no podían ocultar los lugares en los que el pelo empezaba a escasear ni la redondez que se insinuaba en su cintura. Laura se situó a su lado pensando que aquellos defectos le hacían parecer más cercano, más agradable. Le sonrió pero él continuó en silencio, con los ojos entornados. Parecía que sus pensamientos se encontrasen muy lejos.

— No te estarás arrepintiendo de habérmela alquilado, ¿verdad?— bromeó

Laura.

Él salió de su ensimismamiento y sonrió mientras negaba con la cabeza.

— No, no es eso. Es que son tantos recuerdos... Hará unos diez años que no venía por aquí.

— ¿Ése es el tiempo que lleva la casa cerrada?— preguntó Laura.

— No, mi tío murió hace sólo dos años— respondió él mientras empezaba a caminar hacia la casa—. Yo solía venir a pasar aquí todos los veranos desde que era un crío hasta que tuve veinte años.

— ¿Y por qué dejaste de venir?— se interesó Laura.

— Bueno, las cosas cambian, ya sabes...

Luis pareció incomodo con la pregunta. Evitó mirarla a los ojos dedicándose a buscar la llave de la casa en su bolsillo. Laura temió haber sido demasiado indiscreta pero él continuó hablando.

— Quizá sean las otras personas las que cambian, quizá uno mismo... Llega un momento en que uno decide dejar atrás el pasado y los errores de juventud y empezar su vida de manera diferente. Y para ello tienes que abandonar a ciertas personas, dejar ciertos sitios... Aunque luego te duela lo que dejaste en el camino...

Laura asintió como si entendiese de qué estaba hablando y esperó al lado de la puerta a que él abriese. Luis dejó que ella pasase primero y entró detrás. Ella dio dos pasos en el interior de la casa y miró alrededor, asombrada. No era la casa en ruinas y cubierta de polvo que había esperado. El sol entraba por los cristales limpios y bañaba la estancia con una luz dorada. Todo estaba ordenado y limpio. En el ambiente flotaba un tenue aroma a jabón y lejía.

— Esto no está como yo pensaba— comentó perpleja—. Cuando vine la otra vez ni siquiera pude ver el interior porque los cristales estaban cubiertos de polvo. Pensé que el resto de la casa estaría igual.

— Y lo estaba— respondió Luis—. Mientras nosotros dos arreglábamos todos los papeles, mi mujer ha venido a adecentarlo un poco ayudada por dos señoras del pueblo.

— Pero no tenían que haberse molestado. Podía haberlo limpiado yo misma.

— No es molestia, no te preocupes— replicó él, quitándole importancia al tema con un encogimiento de hombros—. ¿Te enseño la casa?

Laura asintió y él señaló la estancia en la que estaban mientras iba explicando.

— Ésta es la parte principal de la casa. Como puedes ver, esa zona es la cocina. No tiene nevera ni lavadora porque estaban muy estropeadas y las tiramos así que tendrás que conseguírselas tú misma. El resto de la estancia se utiliza de comedor— señaló hacia una esquina de la sala—. Ahí tienes la chimenea. Ahora no te hará falta pero si esto te gusta y decides quedarte más tiempo, te resultará muy útil.

Laura caminó hacia la enorme chimenea de piedra gris que ocupaba todo un rincón del comedor. En la repisa estaban labradas varias hojas de hiedra. Cerca de la chimenea había una enorme mesa de madera oscura y a ambos lados estaban situados dos bancos del mismo material. La decoración la completaba una enorme alacena vacía, también de madera. Todos los muebles llevaban grabado el mismo relieve de hojas de hiedra. Laura acarició el borde de la mesa, pasando suavemente su dedo por el contorno del dibujo.

— ¿Qué significa este relieve?

— Nada, creo. Mi tío era carpintero y le gustaba darle su toque personal a todo lo que hacía. El dibujo de la chimenea le gustó así que se dedicó a grabarlo en todos los muebles. Todos están hechos por él.

Laura asintió sonriendo mientras paseaba de nuevo la mirada por la sala. Tenía un aire rústico y acogedor que la tranquilizaba. Casi podía imaginarse sentada frente al fuego en un atardecer de otoño, mientras la lluvia caía fuera. No hacía ni cinco minutos que había entrado en aquella casa y ya la sentía más suya que la que había abandonado aquella misma mañana.

Luis se encaminó hacia una puerta y la abrió, señalando para que ella pasara. Dentro se veía una enorme cama de matrimonio con un dosel de madera labrada, cubierta por una gruesa colcha de lana de diferentes colores.

— ¿Y esa colcha?— preguntó extrañada.

— Bueno, es un detalle de mi mujer— contestó Luis, azorado—. Pensó que quizá no habrías traído ropa de cama así que cambió las sabanas y puso esa colcha. Si no te gusta, puedes guardarla en el armario.

— Me gusta mucho. Es sólo que parece hecha a mano. Debe costar bastante dinero.

— Sí, es hecha a mano. Mi suegra las teje sin parar. Creo que incluso teje mientras duerme— bromeó Luis—. Cada mes nos regala una o dos de estas colchas. Si no vamos deshaciéndonos de ellas poco a poco, acabarán por invadir toda nuestra casa.

Laura sonrió y siguió contemplando la habitación. Había un gran armario de dos puertas y una pequeña cómoda adornada por un espejo redondo, también labrado. Luis rozó su brazo, indicándole que le siguiese.

— Acompáñame. No queda mucho más que enseñar.

Salieron de la habitación y, a mano izquierda, Luis abrió otra puerta que daba a un pequeño cuarto de baño en el que destacaba una antigua bañera de loza.

— Ya siento que no puedas disponer de una ducha— se disculpó Luis señalándola—. Nos pasamos años intentando convencer a mi tío de que instalase una pero, en algunas cosas, seguía anclado en el pasado. Por eso no habíamos pensado en alquilar la casa. Exige muchos gastos para pasar sólo una temporada.

— No te preocupes. La bañera me encanta y los electrodomésticos que faltan tampoco costaran mucho— salió de nuevo al salón y sonrió—. La verdad es que toda la casa me parece perfecta.

— Pues todavía queda una habitación— Luis se acercó a una esquina del salón y agarró una larga vara que estaba apoyada allí. La enganchó en una argolla del techo y una parte de éste se deslizó hacia abajo, revelando una escalera de mano—. Tú primera.

Laura subió con agilidad y se encontró en un dormitorio abuhardillado, iluminado por una claraboya abierta en el techo. Una de las paredes estaba ocupada por un pequeño sofá—cama. El armario y un amplio escritorio estaban realizados en madera de color claro.

— Ésta era mi habitación durante las temporadas en las que venía aquí— comentó Luis mientras terminaba de subir la escalera—. Mi tío hizo todos los muebles especialmente para mí, sobre todo el escritorio. Siempre me quedaban un par de asignaturas para septiembre, así que mi tío se empeñó en prepararme un lugar para que estudiara. Creo que está sin estrenar.

Luis sonrió y pasó la mano por encima de la superficie del escritorio, como

si lo acariciara.

— Si quieres llevarte alguno de los muebles como recuerdo, puedes hacerlo sin ningún problema— le ofreció Laura.

— No, tranquila. Sé que los cuidarás bien. Lo único que te pido es que no tires nada. Si quieres cambiar algún mueble, guarda el antiguo en el cobertizo. ¿Lo has visto?— Laura negó con la cabeza— Está en la parte de atrás de la casa, pegado a la pared. Lo usábamos para almacenar herramientas y leña para el invierno.

— No te preocupes, así lo haré. De todos modos, no creo que vaya a cambiar nada, la casa es perfecta.

— Bueno, bajemos entonces. Se va haciendo tarde y mi mujer me estará esperando para comer— dijo Luis empezando a bajar por la escalerilla.

Laura le siguió y le acompañó hasta la puerta. Luis le entregó las llaves de la casa con una sonrisa.

— Espero que pases una estancia agradable. Si tienes cualquier problema, ya sabes mi número.

— Muchas gracias por todo— dijo ella mientras le estrechaba la mano.

Luis se dirigió hacia su coche y, tras abrirlo, se despidió agitando la mano. Segundos después, tanto el coche como el ruido de su motor habían desaparecido. Laura continuó apoyada en la puerta unos minutos más, disfrutando del silencio, de la caricia de la brisa en su cara, del olor fresco de la hierba. En aquel momento David parecía un mal sueño cuyo recuerdo se desvanecería. Sabía que no sería así pero, al menos en ese momento, se sentía liberada, tranquila.

Caminó hacia el coche, lo abrió y empezó a transportar sus escasas posesiones al interior de la casa. Después de dejar la maleta en el dormitorio, recogió a Rahu del asiento delantero, lo llevó al salón y le abrió la portezuela para que saliese. El gato olisqueó el ambiente durante unos segundos, extrañado, antes de atreverse a dar unos pasos fuera de la caja. Laura le acarició la cabeza para que se tranquilizase.

— Todo va bien, ésta va a ser nuestra nueva casa. Ya verás como te gusta, vas a poder correr por ahí fuera y seguro que hay un montón de gatitas esperando a un gato tan guapo como tú.

Rahu empezó a caminar por el suelo del salón, mirando a todos lados como

si estuviese desorientado. Después se giró hacia ella y maulló lastimeramente. Laura rió, se agachó y lo cogió en brazos para seguir acariciándole.

— No llores. Éste lugar te va a encantar. Tendrás que estar encerrado un par de días hasta que te acostumbres a que ésta es ahora tu casa pero después vas a poder correr por donde quieras.

Cuando el gato estuvo un poco más tranquilo, Laura lo dejó de nuevo en el suelo para que siguiese explorando la casa y volvió al coche a recoger el resto de las cosas de Rahu y la caja de la Ertzaintza. Cuando la tuvo en las manos, le pareció imposible que todavía no la hubiese abierto. Los acontecimientos en las últimas horas habían sido tan confusos, se habían sucedido a tal velocidad, que no había tenido tiempo de pensar en el trabajo al que se había comprometido. Metió todo en la casa pensando que allí encontraría la tranquilidad necesaria. Quizá empezase esa misma tarde. Trepó por la escalerilla y dejó la caja en el escritorio. Aquel era un lugar perfecto para trabajar. La luz del sol entraba con fuerza por la ventana del techo y además estaba separado del resto de la casa lo que le permitiría impedir que Rahu entrase a revolverlo todo. Además, le parecía muy tétrico imaginarse reconstruyendo un rostro sobre un cráneo humano en medio del salón en el que iba a pasar la mayor parte de su tiempo y tampoco quería que alguien del pueblo pudiese mirar por una ventana y descubrir en qué clase de actividades ocupaba su tiempo libre.

Bajó de nuevo al salón y cerró la trampilla de la buhardilla. Volvió al dormitorio y abrió la maleta para guardar su ropa en el armario. Al empezar a sacar las cosas que había traído se preguntó en qué estado de enajenación mental había preparado aquella maleta. La mayoría de las prendas eran de invierno, su ropa de verano debía continuar amontonada sobre la silla del estudio o en la lavadora. Revolvió un poco entre los jerséis de lana y los pantalones de paño antes de aceptar que nada de aquello le iba a resultar útil para un verano en el campo. Volvió a colocar toda la ropa dentro de la maleta, la cerró y la dejó en un rincón del suelo del armario.

Volvió a la sala preguntándose qué hacer. Eran las tres de la tarde, tenía hambre y no había nada en la nevera. Sonrió. Ni siquiera había nevera. Ni platos, ni cazuelas, ni cubiertos... Necesitaba muchísimas cosas para convertir esa casa en su hogar y estaba segura de que no encontraría nada en el pueblo. Recordó que Marta le había comentado que tenía esa tarde libre. La invitaría a comer y después podrían irse juntas de compras. Preparó los cuencos de comida y agua de Rahu, le acarició el lomo como despedida y salió de nuevo hacia su coche.

## CAPÍTULO OCHO.

Ya había anochecido cuando regresó. Abrió la puerta, cargada con varias bolsas y cajas y, tras buscar durante unos segundos, encontró el interruptor de la luz. Por suerte, la compañía eléctrica se había dado prisa y todo funcionaba. Rahu la miró desde el sofá en el que estaba tumbado y maulló de forma lastimera. Laura dejó las cajas sobre la mesa del comedor y se agachó para acariciarle.

— ¿Me has echado de menos? Ahora no puedo hacerte caso porque tengo que sacar las cosas del coche. Voy a dejar la puerta de la calle abierta pero no se te ocurra escaparte, ¿vale?

Volvió al coche. El gato la siguió unos pasos y se quedó en el dintel, observándola pero sin atreverse a salir. Laura realizó varios viajes más para vaciar el maletero. Después, cerró la puerta y examinó las cosas que había comprado: una vajilla, una cristalería, un juego de cazuelas y sartenes, ropa de cama, varios juegos de toallas, una radio, montones de ropa nueva... Si juntaba a aquello el precio de los electrodomésticos que le traerían al día siguiente, se había gastado en aquella tarde mucho más de su sueldo de un mes. Por suerte tenía bastante dinero ahorrado, pero se prometió a sí misma que no volvería a ir con Marta de compras. Aquella mujer era un torbellino, una compradora compulsiva que la había arrastrado por todo el centro comercial dejándola agotada. Miró de nuevo las cajas. Estaba demasiado cansada para colocar todo aquello en su sitio, así que decidió dejarlo para la mañana siguiente.

Recogió las bolsas de ropa y las llevó a la habitación. Vació su contenido sobre la cama y se planteó de nuevo cómo se había dejado convencer por Marta para comprarse todo aquello: pantalones vaqueros, camisetas de colores vivos, un par de bañadores, zapatillas deportivas... Aquella ropa no tenía nada que ver con la Laura que había sido hasta aquel día. Con una sonrisa empezó a guardarlo todo en el armario. En aquel lugar podía ser una nueva Laura, cambiar todo lo que había sido, dejar atrás a aquella mujer gris, triste y agobiada. Recogió de la cama el vestido blanco que Marta había insistido en que se comprase. Aquello si que no tenía nada que ver con ella. Era corto y ajustado y dejaba la espalda al descubierto. Sabía que nunca reuniría el valor para ponerse aquello y además dudaba que en aquel pueblo encontrase la ocasión para lucirlo pero Marta había insistido

tanto en que le quedaba perfecto que no había podido negarse. Miró el vestido por última vez y, suspirando, lo guardó en lo más profundo del armario junto con las sandalias de altísimo tacón que había comprado a juego. Tenía que aprender a no dejarse llevar por Marta o acabaría arruinada, pero los gastos de aquel día habían merecido la pena. Se había divertido de verdad, dejándose llevar por su alocada amiga de tienda en tienda, gastando sin preocuparse, libre por fin de los grises pensamientos que la habían acompañado los últimos días.

Guardó el resto de la ropa en armario, dejando fuera una camiseta azul y unos vaqueros. La ropa que llevaba puesta no era apropiada para esa época del año y, después de aquella tarde frenética, se le había pegado a la piel haciéndole sentir sucia e incómoda. Deseaba con todas sus fuerzas darse una ducha pero recordó que en aquella casa era imposible. Se consoló pensando que a la mañana siguiente se daría un larguísimo baño y se cambió.

Una vez vestida, se acercó al espejo para observar su aspecto. Por un momento, no se reconoció. Se había olvidado de la mayor locura que Marta le había obligado a realizar aquella tarde. La había arrastrado a una rápida visita a la peluquería para cambiar lo que según ella era “un aspecto anticuado que no le hacía justicia”. Su pelo, de un color más claro ahora, estaba peinado en una melena corta y despuntada y unos cuantos mechones sueltos caían hasta sus cejas. Se veía extraña pero tenía que reconocer que estaba mejor y que la ropa informal le hacía parecer mucho más joven. Peinó un poco la melena con sus dedos y, satisfecha con el resultado, salió de la habitación.

Rahu continuaba en una esquina del sofá, mirándola inquieto. Ella se acercó para acariciarlo pero el gato saltó al suelo y se escondió bajo la mesa donde quedó quieto y agazapado, dirigiéndole una mirada de reproche. Laura se encogió de hombros y abrió la puerta de la calle.

Dio unos pasos fuera y se sentó en los escalones de la entrada. Al instante quedó asombrada por el cielo nocturno. Nunca habría pensado que se pudiese ver un cielo así en Vizcaya. Cientos de estrellas lo salpicaban, con un brillo que ella nunca había visto. Permaneció totalmente quieta, con la mirada clavada en lo alto hasta que un dulce aroma la sacó de su fascinación. Giró la cabeza hacía uno de los arbustos de flores que crecían a los lados de la escalera. Las flores, de un color rosa fuerte, se habían abierto totalmente y esparcían su olor en el cálido aire del anochecer. Laura alargó su mano y arrancó una de las flores. La acercó a su cara y aspiró con fuerza. Los pétalos en forma de campana vibraron a causa del aire,

trayéndole el recuerdo de las fiestas en casa de su abuela cuando era niña. Su jardín también había estado lleno de aquellas flores y todos los nietos solían jugar a sostenerlas pegadas a la nariz sólo con la fuerza del aire. Miró en derredor con una sonrisa en la cara. No había nadie por allí así que, ¿por qué no? Acercó aún más la flor a su nariz, aspiró con fuerza y la soltó. La flor quedo suspendida mientras ella contenía la respiración. Permaneció así unos segundos, aún sonriendo, hasta que el sonido de una voz la sorprendió.

Respiró de nuevo por la sorpresa y la flor cayó, quedando tirada a sus pies. Miró alrededor, entre los árboles, buscando a la persona a la que había oído. No se veía a nadie, ni escuchaba aquella voz que la había sobresaltado. ¿Habría alguien espiándola desde el bosque? Permaneció quieta, atenta a las sombras de los árboles y a los mil sonidos de la noche, pero sólo pudo percibir el trino esporádico de algún pájaro, el canto rítmico de los grillos y el lejano croar de las ranas. Era posible que lo hubiese imaginado pero la sensación de paz, de estar en un espacio totalmente suyo, se había esfumado.

Se levantó para volver a entrar en la casa y entonces volvió a oírlo. Sí, era sólo un susurro lejano traído por la brisa pero, sin duda, era una voz humana. Percibió algo más que en un principio no pudo identificar. Parecía una guitarra, unas notas dulces y tristes. ¿Qué hacía alguien cantando en el bosque en mitad de la noche?

Empezó a caminar hacia los árboles, siguiendo el sonido. La luna brillaba redonda y clara, iluminando sus pasos. Se introdujo en el bosque, guiada por aquella voz, sintiéndose parte de una leyenda de Bécquer, como si estuviese viviendo uno de aquellos cuentos en los que extrañas voces pierden a los viajeros o los guían a países de hadas y duendes donde quedan atrapados para siempre. Siguió caminando, intentando evitar el ruido de sus pisadas sobre las hojas y ramas caídas. No quería asustar al extraño que cantaba, quería verle y escucharle a escondidas. La voz parecía más cercana, ahora podía oír con claridad la triste melodía de la guitarra y aquella voz masculina que hablaba de un amor perdido en una canción que ella no había oído nunca.

Laura escuchó la letra de la canción, que seguía hablando de la traición de alguien que se había ido y de la pena del que queda esperando aunque toda esperanza se hubiese desvanecido. El chico cantaba en susurros, con una voz triste y suave que la conmovió, mientras sus dedos arrancaban lentos arpegios a las cuerdas de la guitarra. Al fin, el chico calló, continuó tocando durante unos segundos y la canción terminó.

Fue como si el efecto de un hechizo se hubiese desvanecido, como si un silencio absoluto se hubiese adueñado del bosque. Los demás sonidos volvieron poco a poco para llenar ese vacío pero Laura siguió sin mover un músculo, esperando que él volviese a tocar, suplicando la vuelta de la magia. Esperó durante muchos minutos, hasta que se convenció de que él no volvería a tocar. Se sintió incomoda, sola en medio del bosque, y se resignó a volver a casa, deseando haber tenido el valor suficiente para haber seguido andando y descubrir cómo era, para haberle rogado que cantase otra canción.

Una vez en casa, sacó de las bolsas de la compra unos paquetes de arcilla y subió con ellos a la buhardilla. Los dejó junto a la caja y sus apuntes y se sentó enfrente en una silla. Quizá debería seguir organizando la casa antes de empezar a trabajar pero lo que le apetecía ahora era contemplar la cabeza, empezar a imaginar sus rasgos, diseñar el proceso de reconstrucción. Abrió la caja con cuidado y sacó la calavera. La contempló, moviéndola a la luz para familiarizarse con sus contornos. La cabeza era muy pequeña, daba la impresión de pertenecer a una niña. Laura sabía que esa impresión era engañosa, que sin el recubrimiento de los músculos y la piel, todas aparentaban un aspecto menor que el que habían ofrecido en vida. Sin embargo, aquellos huesos frágiles y diminutos seguían inspirándole compasión.

Le pareció escuchar el ruido de una puerta al cerrarse. Se sobresaltó por un momento, hasta que se convenció de que debía haber sido otra cosa, seguramente las ramas del almendro golpeando contra las paredes de la casa al ser movidas por el viento. Siguió girando el cráneo entre sus manos, exponiéndolo a la luz. Entonces lo escuchó más claramente, el ruido amortiguado de unos pasos subiendo la escalera de la buhardilla, el movimiento sigiloso de alguien que intentaba no ser descubierto. Se quedó paralizada, aferrando con fuerza la calavera con ambas manos, sin saber qué hacer. La casa estaba apartada en medio del bosque, no serviría de nada gritar. Cualquier ayuda estaba a más de un kilómetro de distancia.

Una cabeza empezó a aparecer por el agujero de la buhardilla. Laura siguió contemplando cómo aparecía, preguntándose si habría algo a mano con lo que poder golpearle. El chico sacó la mitad superior de su cuerpo por el hueco y observó a su alrededor. Se quedó paralizado cuando vio a Laura. Laura le contempló en silencio, planteándose si parecía peligroso. Debía rondar los veinticinco años, era moreno, con el pelo largo y ondulado. La ropa negra le hacía parecer muy pálido y delgado. Pensó que no debía ser un atracador ni un asesino en serie. La guitarra que llevaba colgada a la espalda debía complicar bastante la práctica de ambas profesiones. Debía

ser el chico que cantaba en el bosque y eso la tranquilizó, como si se tratara de un antiguo conocido.

— ¿Quién eres?— preguntó él con voz asustada.

— La nueva inquilina de esta casa— contestó ella—. La cuestión es quién eres tú.

— Vivo en el pueblo— dijo él, terminando de subir la escalera—. Tengo las llaves porque el dueño es un antiguo amigo de mi hermano y me pidió que le echara un vistazo a la casa de vez en cuando, por si se estropea algo o entra alguien.

— ¿Luis?— preguntó ella—. Debió de avisarte que me había alquilado la casa pero, como fue todo tan rápido, se le habrá olvidado. Si quieres, puedes llamarle mañana para preguntárselo.

— Tranquila, te creo— él sonrió y le tendió la mano—. Soy Ander. ¿Y tú?

— Laura— contestó ella, dejando la calavera dentro de la caja para responder al saludo.

— Ensayabas Hamlet, ¿verdad?— dijo él, señalando la caja.

— No, no... — ella no pudo contener la carcajada—. No soy actriz.

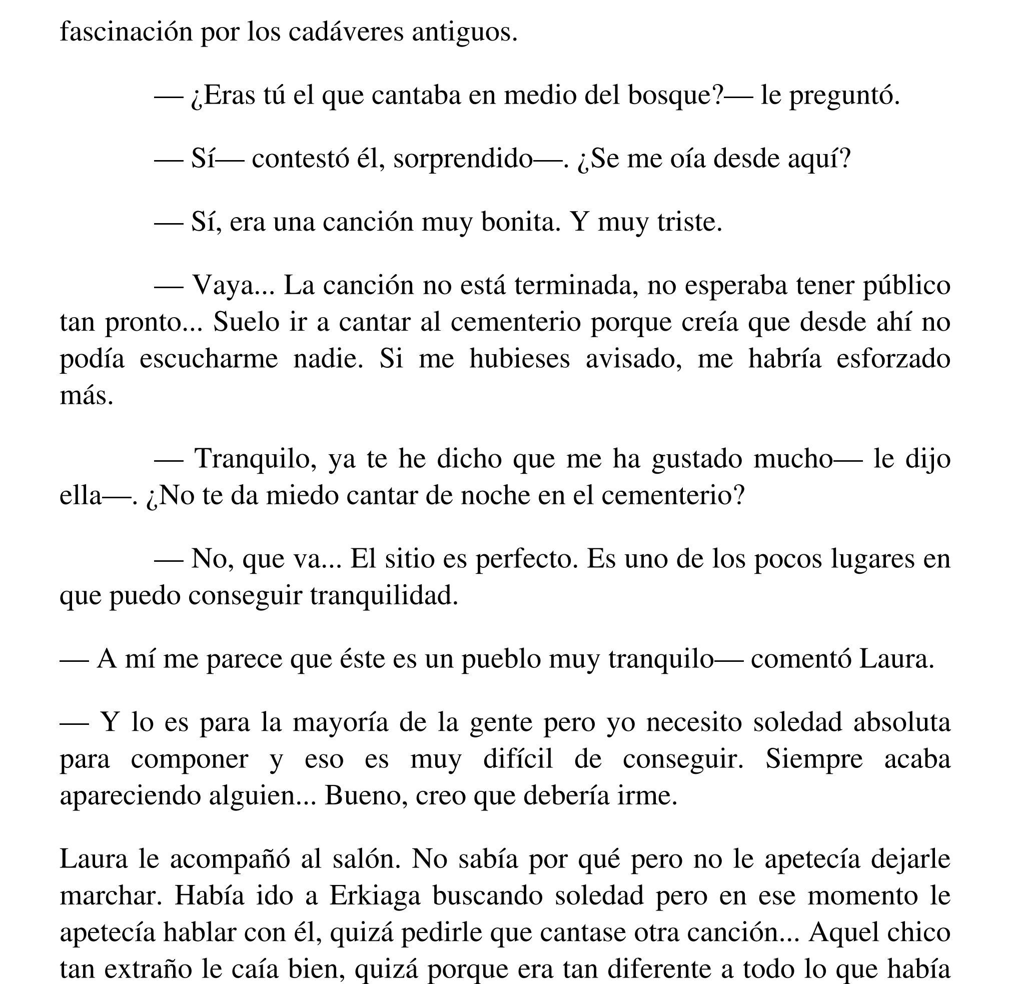
— Vaya, eso me intranquiliza— comentó él, extrañado—. Era la única explicación que había encontrado para que tuvieses una calavera en la mano que no indicase que eres una loca o una asesina.

— Soy antropóloga— explicó Laura sin parar de reír—. Voy a hacer la reconstrucción facial del cadáver que encontraron en la urbanización que se está construyendo a las afueras del pueblo.

Él asintió con expresión de desconcierto y se acercó a la caja para observar la calavera más de cerca. Laura metió las manos dentro de la caja y se la tendió para que la cogiera.

— No, gracias— dijo él, estremeciéndose—. No me gustan esas cosas.

Laura volvió a guardar la cabeza en la caja y la cerró, para que él se sintiera más tranquilo. Había visto esa reacción en mucha gente. Incluso David había mostrado problemas al principio para aceptar que su novia sintiera



fascinación por los cadáveres antiguos.

— ¿Eras tú el que cantaba en medio del bosque?— le preguntó.

— Sí— contestó él, sorprendido—. ¿Se me oía desde aquí?

— Sí, era una canción muy bonita. Y muy triste.

— Vaya... La canción no está terminada, no esperaba tener público tan pronto... Suelo ir a cantar al cementerio porque creía que desde ahí no podía escucharme nadie. Si me hubieses avisado, me habría esforzado más.

— Tranquilo, ya te he dicho que me ha gustado mucho— le dijo ella—. ¿No te da miedo cantar de noche en el cementerio?

— No, que va... El sitio es perfecto. Es uno de los pocos lugares en que puedo conseguir tranquilidad.

— A mí me parece que éste es un pueblo muy tranquilo— comentó Laura.

— Y lo es para la mayoría de la gente pero yo necesito soledad absoluta para componer y eso es muy difícil de conseguir. Siempre acaba apareciendo alguien... Bueno, creo que debería irme.

Laura le acompañó al salón. No sabía por qué pero no le apetecía dejarle marchar. Había ido a Erkiaga buscando soledad pero en ese momento le apetecía hablar con él, quizá pedirle que cantase otra canción... Aquel chico tan extraño le caía bien, quizá porque era tan diferente a todo lo que había conocido hasta el momento que no podía evocarle ningún mal recuerdo.

— Si no tienes mucha prisa, podría invitarte a un café— le dijo sin pensarlo más.

— Un café estaría bien— dijo él, casi como si estuviera esperando la invitación. Se quitó la guitarra de la espalda y se sentó a la mesa—. ¿Se puede fumar aquí?

— Sí, pero no tengo ceniceros. Como yo no fumo... — se disculpó ella.

Él se encogió de hombros y, mientras ella preparaba los cafés, revolvió entre las bolsas de la compra hasta encontrar un trozo de papel grueso y construyó un cenicero improvisado en unos segundos. Después encendió un cigarrillo y esperó a que ella terminase.

— Aquí tienes— dijo Laura, colocando la taza delante de él.

— Gracias.

— No, gracias no. El precio del café es una canción.

— Eso se avisa antes— protestó él. A Laura le pareció que se sonrojaba. Dio un par de sorbos antes de seguir hablando—. Pero te aviso que pierdo mucho cuando se me escucha de cerca.

Laura esperó en silencio mientras Ander cogía la guitarra. Él respiró un par de veces y una leve arruga apareció en su ceño, como si se concentrara. Después empezó a tocar y, con los ojos cerrados, fue cantando la misma canción que ella había escuchado antes. Ahora que podía escuchar la letra con claridad y ver su rostro, le pareció aún más triste.

— ¿Quién era ella?— preguntó cuando él acabó.

El chico sonrió divertido y continuó tocando melodías sueltas, con la mirada fija en la guitarra.

— ¿Qué ella?— preguntó fingiendo no haberla entendido.

— La chica de la canción, la que te abandonó.

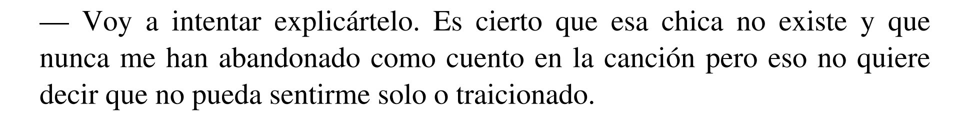
Él levantó la vista de la guitarra y la fijó en sus ojos por unos segundos. Laura se sorprendió del misterio y la profundidad que desprendían esos ojos negros.

— Ella no existe... o quizá sí existe y aún no la conozco. Podría ser cualquiera... — calló durante unos segundos antes de seguir hablando— Podrías ser tú.

— ¿Yo?— el comentario sorprendió tanto a Laura que durante unos segundos no supo qué decir—. No entiendo cómo podría ser cualquiera. En la canción contabas que te traicionó y que estabas dolido. Parecía tan real...

— Los artistas tenemos que ser grandes mentirosos. Me alegro de que resulte creíble.

Laura le contempló, intentando adivinar si lo que decía era cierto o si el chico intentaba esconder sus sentimientos. Se sorprendió al darse cuenta de que la canción la había emocionado por lo que tenía de reflejo de su propia situación. Sin ser consciente de ello, había esperado que aquel desconocido fuese un alma gemela de su propia alma abandonada. Se sintió defraudada, dolida ante la idea de que alguien frivolizase con una situación que a ella le estaba causando tanto dolor. Él pareció notarlo porque la sonrisa desapareció de su cara.


— Voy a intentar explicártelo. Es cierto que esa chica no existe y que nunca me han abandonado como cuento en la canción pero eso no quiere decir que no pueda sentirme solo o traicionado.

— ¿Traicionado? ¿Por quién?— preguntó Laura, confusa.

— No lo sé... Por el destino, por esa mujer perfecta que se niega a cruzarse en mi camino, por mí mismo por no ser capaz de encontrarla...

— ¿No eres un poco joven para estar tan angustiado? Esa chica aparecerá.

— Vaya, habló la voz de la experiencia— contestó él entre risas—. Ya tengo veintisiete años, no se puede decir que sea un crío. Además, no creo que haya una edad fijada para cada sentimiento. De ser así, ¿no eres un poco joven para sentirte tan acabada?

El comentario desconcertó a Laura. ¿Cómo podía haberse dado cuenta? Sintió una oleada de calor subiendo por su rostro. ¿Acaso todo el mundo notaba su estado y la compadecía?

— ¿Por qué preguntas eso?— dijo confusa, deseando no haber comenzado esa conversación.

— Por tus ojos, por tu mirada de hace un rato. Dio la impresión de que te no te gustaba mi explicación sobre la chica de la canción, de que el hecho de que fuese mentira te hacía daño... De hecho da la impresión de que todo podría hacerte daño.

Laura se levantó para recoger las tazas y forzó una sonrisa de cortesía.

— Se está haciendo muy tarde— sabía que estaba siendo grosera pero necesitaba que aquella situación terminase—. Encantada de conocerte.

Empezó a lavar las tazas, esperando que él se marchara. Se sentía avergonzada y lo único que le apetecía en aquel momento era quedarse sola encerrada en esa casa, donde nadie pudiera darse cuenta de lo que sentía. Le parecían tan ridículos sus optimistas pensamientos de aquel día, mientras contemplaba su nueva casa, sus nuevas ropas e imaginaba que podía vivir como una nueva Laura que hubiese dejado todo su pasado atrás. Que ridícula resultaba... Llevaría a David en su interior para siempre, como marcado a fuego en la piel. La gente lo notaría en cada mirada dolida, en cada gesto cansado. Deseó desaparecer, esconderse del dolor y la vergüenza, no pensar ni sentir...

— ¿Quién era él?

La pregunta del chico congeló sus movimientos. Se giró y le observó, dolida ante aquella intromisión pero sabiendo que no tenía derecho a enfadarse. Había sido ella quien había empezado con las preguntas sobre la chica de la canción. Le contempló mientras se preguntaba como contestarle. Él había vuelto a dejar la guitarra a su lado y la contemplaba con los brazos cruzados sobre la mesa, el cuerpo echado hacia delante y la expresión seria. Parecía realmente interesado en qué ella le contase qué le había sucedido pero Laura se sentía tan cansada que no se vio con fuerzas para afrontar el dolor de contar todo lo que había pasado, todo lo que había sentido... Negó con la cabeza, sintiéndose culpable. Aunque sabía que era ridículo, le daba la impresión de que a él realmente le importaba lo que le había pasado y cómo se sentía pero no tuvo valor para hacer otra cosa.

— Lo siento pero no puedo— le miró a los ojos y él asintió, comprensivo.

— Está bien. Ya va siendo hora de que vuelva a casa— dijo él, recogiendo la guitarra—. ¿Vas a quedarte aquí mucho tiempo?

— La verdad es que no lo sé— contestó Laura encogiéndose de hombros —. ¿Por qué lo preguntas?

— Bueno... Creo que, ya que vas a ser una nueva vecina, deberías tener una fiesta de bienvenida en condiciones.

— No es necesario, de verdad— se apresuró a contestar ella.

— No voy a aceptar ninguna excusa— dijo él—. No te preocupes por la gente. Será algo íntimo y estoy seguro de que te llevarás bien con todos los invitados.

Laura intentó protestar de nuevo pero él la cortó con un gesto brusco.

— Quedamos aquí mismo mañana a las once. Pasaré a buscarte.

Ella asintió, incapaz de discutir con él. La verdad era que no tenía ninguna buena razón para negarse y no quería parecer aún más descortés. Le sonrió resignada, asintió y le acompañó a la puerta.

— Entonces hasta mañana, Laura.

— Hasta mañana.

El se alejó, internándose entre los árboles. Ella cerró la puerta, sintiéndose agotada y confusa, y fue directa a la habitación. Rahu la miró, adormilado a los pies de la cama. Se desvistió con rapidez, se puso un ligero camisón y

se acostó, apartando la manta y la pesada colcha de lana. El aire de la habitación estaba cargado de humedad, saturado por un calor agobiante que hacía que incluso la ligera sábana le molestase. Pensó que quizá debería levantarse para abrir la ventana y dejar entrar la fresca brisa nocturna pero los ojos le pesaban y le pareció que su cuerpo se hundía en el blando colchón.

## CAPÍTULO NUEVE.

El silencio que la rodeaba era extraño, pesado, agobiante... Pensó que era aquella ausencia total de sonido lo que la había inquietado, haciendo que se despertase. Miró a su alrededor pero la oscuridad era absoluta. Se sintió desconcertada. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba de pie? Alargó una mano, intentando encontrar algún mueble familiar pero no consiguió palpar nada. Asustada, dio un pequeño paso hacia delante, con el brazo extendido, intentando toparse con una pared a partir de la cual guiarse hacia una puerta o un interruptor pero no encontró nada. Se sintió indefensa, desvalida.

Aquella falta absoluta de estímulos y el miedo infantil que empezaba a invadirla sólo podían ser parte de un sueño. Aquel pensamiento la tranquilizó. Sí, eso era. Estaba soñando. Sin embargo, no recordaba haber pensado con tanta claridad en ningún sueño. Además, aún sentía la angustia que acompaña a los primeros momentos tras una pesadilla. Acababa de escapar de algo en un sueño, se había despertado porque alguien la perseguía, le exigía que hiciese algo que no podía recordar, la amenazaba... Una mujer... Sí, eso era pero, por mucho que lo intentó, no pudo recordar nada más. Entonces, si acababa de despertar de una pesadilla, aquel lugar en medio de la nada tenía que ser real. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no seguía en la cama?

Volvió a extender el brazo, moviéndolo nerviosamente de un lado al otro, tanteando la nada, intentando tocar algo y, al mismo tiempo, temiendo que algo la tocara. Por fin, su mano chocó con un objeto liso y duro. Pasó la mano por la superficie y sus dedos se hundieron en algo frío y viscoso. Apartó la mano de inmediato, sintiéndose aún más desconcertada. ¿Qué era aquello? Su primer impulso fue retroceder, apartarse de aquello pero le dio miedo volver a quedar perdida sin ningún punto de referencia. Al menos, aquellos objetos estaban allí, ofreciéndole pistas que le podían indicar dónde estaba y, lo que era más importante, cómo volver a la normalidad. Volvió a extender la mano y, venciendo su repugnancia, palpó la húmeda sustancia. Estaba partida en pedazos de diferentes formas y tamaños. Agarró uno de los trozos y lo acercó a su nariz. El olor le resultó muy familiar, algo parecido a la tierra mojada. Se sintió aún más perdida. El lugar en el que estaba no podía ser el exterior, así que, ¿por qué había tierra? ¿Estaría en una cueva? Aquello no tenía ningún sentido y, además, el suelo del lugar en el que estaba era liso y pulido. Tenía que estar en una

habitación cerrada pero ¿dónde?

Dejó de nuevo el pedazo de tierra sobre la superficie y pasó la mano por ella. Era lisa y bastante grande. Debía ser una mesa. Palpó los contornos y pudo distinguir unos relieves. Deslizó los dedos con cuidado, intentando descubrir al tacto el dibujo grabado. Parecían hojas. El recuerdo se abrió paso en su mente. Hojas de hiedra labradas en los muebles. La casa de Erkiaga. Agarró el borde de la mesa con ambas manos y fue deslizándolas hasta los extremos. La mesa no era lo bastante grande como para ser la del comedor. Tenía que estar en la buhardilla, en la que había sido la habitación de Luis. Visualizó la disposición de los muebles en su mente, intentando recordar dónde se hallaba la clavija de la luz. No consiguió acordarse así que dio un par de pasos al frente, hasta tocar la pared y fue siguiéndola con la mano, a la altura a la que debería hallarse el interruptor. Poco después su mano chocó con una placa cuadrada de plástico. Pulsó la llave y la luz inundó el cuarto, dejándola momentáneamente cegada.

Cuando pudo abrir los ojos, dirigió su mirada hacia la mesa. Sintió un escalofrío, como si un dedo helado estuviese recorriendo su espina dorsal. Se acercó despacio hasta el escritorio, preguntándose si aún estaría soñando. Todo el contenido de la mesa, que ella había dejado organizado por la mañana, aparecía desparramado. La caja que le había entregado la Ertzaintza estaba abierta, despedazada. Tenía trozos arrancados, algunos de los cuales aún colgaban de las esquinas.

El cráneo reposaba de lado sobre la mesa, las cuencas vacías fijas en algún punto del infinito. Pegados a su superficie, de manera caótica, había varios pedazos de barro. Uno de los paquetes de arcilla estaba abierto, arañado, su contenido desparramado por toda la mesa en pequeños pedazos que se mezclaban con sus carpetas de apuntes.

Permaneció paralizada durante largo tiempo, intentando comprender la situación. ¿Había hecho ella todo aquello? La posibilidad de que hubiese otra persona, y que todavía se hallase en la casa, la estremeció por un segundo, obligándola a recorrer con una rápida mirada toda la habitación. Aquello era estúpido. Por supuesto que había sido ella. Si no, ¿cómo se explicaba su presencia allí? Además, su camisón estaba manchado de barro y tenía restos de arcilla debajo de las uñas. No hacía falta ser un gran detective para descubrir al autor de aquel desastre.

Continuó mirando la mesa, cuestionándose el sentido de todo aquello. Nunca en toda su vida había tenido un episodio de sonambulismo. ¿Se debería también a su estado de ansiedad de los últimos días? ¿O quizá se estaba obsesionando con el caso sin ser consciente de ello? Marta le había

comentado que había sufrido extraños sueños, que no dormía bien, que se sentía nerviosa desde que le habían asignado la identificación de aquel cuerpo. ¿Tendría el cadáver de aquella chica la capacidad de influir en los vivos para exigir justicia desde el más allá? Desecho ese pensamiento ridículo. La causa debía haber sido su sentimiento de culpabilidad por haber estropeado la investigación, haberse hecho cargo de ella y tenerla tan abandonada. Sin embargo, a pesar de la racionalidad de su argumento, las cuencas vacías de los ojos, la mandíbula semiabierta en un grito mudo y los pedazos de barro diseminados por su superficie hicieron que volviese a estremecerse. Superando el desagrado que le producía tocarla, agarró la cabeza y volvió a meterla en la caja, tapándola con los trozos de cartón. Sin darse cuenta, se frotó las manos con fuerza en el camisón, intentando borrar la sensación de desagrado que le cosquilleaba en las yemas de los dedos.

Examinó la mesa por un momento, los trozos de barro diseminados, los papeles revueltos, arrugados y sucios. Decidió dejarlo todo para el día siguiente. Se sentía tensa en aquel lugar. Sabía que, a la mañana siguiente, con la luz del sol entrando con fuerza por la ventana, la habitación parecería diferente. Bajó por la escalera y cerró la trampilla. Después se dirigió al cuarto de baño y se lavó las manos, restregándolas con fuerza, tratando de eliminar todo el barro y algo más, algo invisible que se había adherido a su piel y que le hacía sentir incómoda.

Unos minutos después volvió a la habitación. La tenue luz que precedía al alba entraba por la ventana, revelando la silueta de Rahu tumbada a los pies de la cama. Se acercó para acariciarle pero el gato arqueó el lomo y clavó las uñas con fuerza en la colcha según ella entró por la puerta.

— ¿Qué pasa, pequeño? ¿Te he asustado?— preguntó Laura, agachándose para tocarle la cabeza.

Rahu se erizó y, lanzando un bufido, se echó hacia atrás y apartó la mano de Laura de un garrazo. Aún erizado, saltó de la cama y corrió hacia el salón. La sangre empezó a manar del brazo de Laura pero ella no lo notó. Permaneció agachada sobre la cama, sus ojos fijos en la piedra que colgaba de su cuello y que había escapado del camisón al inclinarse para acariciar a Rahu. Con aquella luz la piedra lanzaba un frío brillo verdoso, enfermizo. Le dio la impresión de que se trataba de un enorme ojo que la observase, que pudiese ver dentro de ella. ¿Qué hacía aquella cosa colgando de su cuello? Ella no se lo había puesto, de eso estaba segura... Se lo quitó con rapidez y, abriendo uno de los cajones de la cómoda, lo arrojó dentro. Después corrió hacia la cama y se metió dentro, tapándose la cabeza con las mantas como hacía cuando era niña y quería dejar el miedo fuera. Sin

embargo, esta vez el miedo la acompañó. No sabía qué era lo que le asustaba tanto pero esa incapacidad de darle forma definida a sus temores le hacía sentir aún más inquieta. Permaneció escondida, agarrando la manta con las dos manos, apretándola con fuerza e intentando calmar los temblores que sacudían su cuerpo. Se mantuvo quieta, en silencio, atenta a cualquier ruido de la casa, a cualquier crujido que le avisase que ese algo que no podía precisar se acercaba. No escucho nada, ni dentro de la casa ni en el exterior, sólo el latido de su corazón resonando con fuerza en sus oídos, como si bombease desde dentro de su propio cerebro. Parecía que el resto del mundo había desaparecido, que el tiempo se había detenido y que sólo quedaban ella y ese algo compartiendo el tiempo y el espacio, destinados a encontrarse sin que hubiera escapatoria posible para ella. Laura rogó en silencio por que el tiempo volviese, por que llegase la mañana y volviese la luz. Se atrevió a sacar un poco la cabeza de debajo de las mantas, muy despacio, temiendo que lo primero que vería sería aquel ser que la acechaba, que esperaba a que ella saliese de su ridículo escondite. La luz del amanecer había cobrado algo más de fuerza, tiñendo la habitación de suaves matices anaranjados pero, aún así, todavía no podía ver la habitación con claridad. Cada mueble, cada sombra parecía algo vivo, algo que se movía en el límite de su campo de visión.

Se sentó en la cama, con la espalda apoyada contra el dosel y la manta subida hasta la barbilla, vigilando con todos los sentidos alerta. Deseó estar en su estudio, en su casa de Bilbao, donde todos los muebles le eran conocidos y el ambiente ya estaría lleno del ruido del tráfico de las primeras horas. En esa habitación todo seguía sumido en un antinatural silencio. Ni siquiera oía insectos, ni pájaros, ni el crujido de la madera que sería normal en una casa antigua. Parecía que todos los seres de su alrededor habían captado el peligro que la amenazaba y habían huido, dejándola sola. Ella era la única estúpida capaz de quedarse esperando a pesar de percibir ese peligro pero, ¿a dónde podía huir? No podía volver a su casa y tampoco seguir escapando eternamente.

Abrazó con más fuerza las mantas y se quedó quieta, sin saber qué hacer, contemplando como la luz del sol avanzaba, centímetro a centímetro, devolviéndole la tranquilidad de saber que el tiempo no se había detenido, que aquella madrugada en penumbra no sería eterna. Los contornos de las cosas fueron haciéndose más claros, disipando sus temores. Se permitió respirar más tranquila y bajó las mantas hasta su cintura.

Se dio cuenta de que estaba cubierta de sudor así que, aún recelosa, se levantó con rapidez de la cama y abrió la ventana. Una brisa fresca entró en la habitación, limpiando el ambiente de aquella sensación de opresión.

Volvió a la cama y contempló como el sol doraba las ramas de los árboles, sintiendo como la luz y el aire de la mañana serenaban su ánimo. Poco después, percibió el canto de un pájaro y la respuesta de otro, hasta que el silencio se llenó de cientos de trinos, de zumbidos de insectos, del sonido del viento en las hojas. No estaba segura de qué había sucedido esa noche pero, fuese lo que fuese, ya había pasado. Se tumbó de nuevo en la cama y se quedó dormida.

## Capítulo DIEZ.

El sonido de un motor acercándose le hizo abrir los ojos. Se levantó de la cama, desorientada, y observó una camioneta que se acercaba a la casa. En la parte delantera leyó el nombre de la tienda de electrodomésticos en la que había comprado la tarde anterior. Les había dicho que viniesen sobre el mediodía, no podía haber dormido tanto. Miró su reloj, sorprendida. Marcaba la una y media de la tarde. Observó su camisón, manchado de barro y gotas de sangre, y recordó. Se lo quitó a toda velocidad y se puso unos vaqueros y una camiseta. Cuando terminaba de vestirse, oyó unos golpes en la puerta. Corrió a abrir. Dos hombres con ropa de trabajo sujetaban una enorme caja. Laura les saludó y les permitió entrar.

Mientras ellos instalaban la nevera, observó el comedor. Parecía que no había desordenado nada en su excursión de la noche anterior. Todo lo que había sucedido la pasada madrugada le parecía ahora parte de un sueño. Nada de aquello tenía lógica: ni su episodio de sonambulismo, ni el comportamiento de Rahu, ni sus absurdos miedos. A la luz del día, y con aquellos dos hombres en su cocina, se permitió pensar con tranquilidad. Tal y como había pensado la noche anterior, el hecho de que, por primera vez en su vida, hubiese estado caminando dormida, se debía a su estado de ansiedad de los últimos días y a su sentimiento de culpabilidad por no estar trabajando en el caso tanto como debiera. En cuanto a su sensación de miedo y peligro, sólo había estado causada por su imaginación alterada y por el estado de confusión que sucede al sueño. Y el comportamiento de Rahu también podía explicarse con facilidad. Siempre había sido un gato muy sensible a sus cambios de humor, debía haber percibido el miedo de Laura y eso le había puesto nervioso.

Sonrió avergonzada recordando su infantil comportamiento. Desde luego, todas aquellas explicaciones tenían mucho más sentido que pensar que una presencia sobrenatural había invadido la casa y sus alrededores. Sin duda, las palabras de la mujer de la tienda de productos esotéricos habían calado en su subconsciente. El sueño, el encontrarse en una casa extraña y el hecho de haber caminado dormida y a oscuras habían hecho el resto.

Cuando los dos hombres terminaron de instalar los electrodomésticos, Laura les dio las gracias y les acompañó hasta la salida. Una vez que la furgoneta desapareció por el polvoriento camino, volvió a entrar en la casa.

Dedicó la siguiente hora a terminar de ordenar todas las cosas que había comprado el día anterior. Cuando terminó, sonrió satisfecha. Aquello empezaba a parecer un verdadero hogar. Todavía tendría que comprar algo para llenar la nevera. Tendría que acercarse hasta el pueblo para ver si había algún supermercado. Pensó que sería mejor dejarlo hasta haber tomado un baño. El día estaba volviéndose sofocante y aún notaba su cuerpo pegajoso por el sudor de la noche anterior. Abrió las ventanas, buscando algo de brisa fresca, pero el aire que entró era cálido y húmedo. Tendría que comprar un ventilador la próxima vez que se acercase a Bilbao. Dejó la ventana abierta de todos modos y se dirigió al cuarto de baño. Abrió el grifo y esperó a que la bañera se fuese llenando. Cuando estuvo preparada, se desnudó con rapidez y se metió dentro. En un primer momento, la frescura del agua le hizo estremecer pero, una vez se hubo acostumbrado, se recostó y cerró los ojos, dejando que su caricia la tranquilizase y se llevase la sensación de angustia de la noche anterior, convirtiéndola en poco más que un mal sueño, un vago recuerdo. Rahu entró en el cuarto de baño con la cabeza baja y, de un salto, se encaramó al borde de la bañera, por donde empezó a caminar con paso elegante.

— Te avisó que no te va a gustar nada si resbalas y te caes— le dijo Laura sacando un brazo del agua—. Ahora no puedo acariciarte, estoy empapada.

Rahu se acercó aún más, mirándola con ojos lastimeros y maullando en voz muy baja, casi como si llorara.

— No te preocupes, estás perdonado— le consoló ella con suavidad—. Anoche los dos estábamos muy nerviosos e hicimos muchas tonterías pero ya pasó. Luego te daré una lata de tu comida favorita para que veas que estás perdonado.

Rahu se bajó de un salto del borde de la bañera y se quedó parado en mitad del cuarto de baño, aún maullando entristecido.

— No me mires así. Por mucha pena que me des, no voy a salir ahora de la bañera. Vete a explorar un poco la casa.

El gato caminó por delante de la puerta unas cuantas veces como si se resistiese a marcharse. Por un segundo, a Laura le pareció que de verdad la esperaba, que intentaba llevársela a algún lugar y que era importante que ella le siguiese pero, al fin, pareció darse por vencido y salió del cuarto de baño para sentarse fuera a un par de pasos, de espaldas a ella, como si montase guardia.

Laura le ignoró, cerrando de nuevo los ojos. Un largo rato después, salió del agua, se secó y caminó hasta la habitación para buscar algo de ropa limpia. A pesar de la mala noche que había pasado, se sentía revitalizada y llena de energía. Después de vestirse, entró en la cocina, abrió una de las latas de comida de Rahu y la colocó en un cuenco en el suelo. El gato se acercó, la olisqueó durante unos segundos y después caminó hasta la puerta de la calle, donde volvió a maullar apenado mientras arañaba el dintel como si intentase salir. Ella se acercó para tranquilizarle pero el gato se giró con velocidad, asustado, y se quedó agazapado contra el suelo. Laura no se atrevió a acercarse más. Quizá necesitara más tiempo para acostumbrarse a su nueva casa o quizá el exterior estaba lleno de gatas en celo que estaban volviéndole loco. Se aparto un par de pasos, dejándole una vía de escape y el gato salió corriendo para ir a esconderse debajo del sofá.

Por primera vez en muchos días, Laura sintió una fuerte punzada de hambre en el estomago. Por desgracia, la tarde anterior sólo había tenido tiempo de comprar comida para Rahu y algunos alimentos de primera necesidad, pero no había podido conseguir nada fresco. Pensó en una gran ensalada acompañada de un buen pedazo de carne poco hecha y su estomago rugió, mostrando su conformidad. Quizá iba siendo hora de visitar el pueblo y descubrir si había algún sitio en el que comprar algo de comida. Recogió las llaves y su cartera y salió de la casa. Montó en el coche, retrocedió por el camino hacia la carretera principal y se dirigió al pueblo.

Después de unos minutos de conducir bajo la refrescante sombra de los árboles, que crecían muy cercanos a la carretera, cruzó el puente de piedra y aparcó en la plaza. Sólo había otro vehículo aparcado, un reluciente Audi que, en la polvorienta y apagada plaza, destacaba como si brillase, produciéndole una sensación de extrañeza. Se bajó del coche, preguntándose a quién pertenecería, y echó un vistazo alrededor. La vez anterior había cruzado el pueblo de pasada y no se había fijado, así que se tomó unos minutos para observar el lugar. Resultaba algo triste, con las persianas de la mayoría de las ventanas bajadas y las puertas cerradas. La zona inspiraba una sensación de soledad y abandono, le faltaban las risas de los niños jugando en la plaza, las conversaciones de los viejos del lugar sentados en los bancos. Parecía que el pueblo hubiese sido congelado en el siglo anterior, que el paisaje se hubiera negado a cambiar mientras sus habitantes iban desapareciendo. Se sintió nerviosa y pensó en volver al coche y conducir hasta algún centro comercial pero, en ese momento, una mujer abrió la puerta de una de las casas y salió a la plaza. Laura se le acercó, sonriendo, mientras la mujer la observaba extrañada.

— Perdone, soy nueva en el pueblo y necesito que me indique si hay algún lugar en el que pueda comprar comida.

La mujer la observó en silencio durante unos segundos más y, después, como si hubiese decidido que Laura no suponía una amenaza, le devolvió la sonrisa y le señaló una de las esquinas de la plaza.

— Ése es el bar del pueblo. Es también tienda y estanco. Ahí podrá encontrar todo lo que necesite.

Laura se lo agradeció y caminó hacia el edificio que le había indicado. Notó que la mujer la seguía con la mirada, seguramente preguntándose quién era ella. Volvió a pensar que había sido mala idea acudir allí de compras pero, después de todo, era imposible intentar que en un pueblo tan pequeño no se dieran cuenta de su presencia y se hicieran preguntas.

Llegó hasta el edificio que le había indicado la mujer y se quedó parada delante de la puerta, sin saber qué hacer. No había ningún cartel indicativo de que aquello fuese un establecimiento público y del interior no salía ningún sonido. ¿Le habría mentido la mujer? ¿Qué razón podía tener para ello? Empujó la puerta con cautela, preparada para disculparse y salir a toda velocidad si se trataba de una vivienda particular. Al entrar divisó un amplio espacio en penumbra, ocupado por varias mesas, y un mostrador en forma de L al fondo. Detrás del mostrador conversaba en susurros una pareja. Laura dio un par de pasos en el interior del recinto mientras seguía observando a la gente de las mesas, que habían levantado la cabeza para seguirla con la mirada.

Sólo dos mesas estaban ocupadas. En una de ellas, situada en una esquina apartada, se sentaban cuatro hombres de edad avanzada, entretenidos en una partida de cartas. En el centro de la estancia estaban sentados dos hombres con traje. Uno de ellos, alto y fuerte, se encontraba muy erguido y miraba alrededor, como si se sintiese el dueño del lugar y retase a cualquiera que intentase discutírselo. Laura saludó con voz tímida y, bajando la cabeza, se dirigió hacia el mostrador, consciente en todo momento de las miradas fijas de la gente.

La mujer que atendía al otro lado de la barra la sonrió. Laura la observó durante unos segundos. Era baja y le sobraban bastantes kilos. Vestía un enorme chándal de color rosa fuerte y llevaba el pelo moreno, en el que se podían divisar bastantes canas, recogido con descuido en una coleta. Sin embargo, la cara parecía joven y la sonrisa que le había dedicado era sincera y agradable.

— Hola— saludó Laura—. Venía a comprar algo de comida.

— Por supuesto— contestó la mujer, señalando la otra esquina de la barra—. No tenemos muchas cosas porque la mayoría de la gente del pueblo prefiere ir a comprar a alguno de los grandes almacenes que hay cerca pero seguro que encuentra algo que le pueda servir. ¿Está usted de paso?

— No, estoy pasando una temporada en el pueblo— contestó Laura, sorprendida ante el torrente de palabras de la mujer.

— Ah, claro. Usted debe ser la que ha alquilado la casa que está al otro lado del puente. Lo sospechaba desde que la vi aparcar el coche en la plaza.

— ¿Mi coche?

— Sí, uno grande, gris oscuro. Es el suyo, ¿verdad?

— Sí.

— Es que lo vieron ayer aparcado fuera de su casa y me dijeron que había luces en las ventanas así que estábamos todos deseando conocer a la nueva inquilina. Soy María. Mi marido y yo llevamos el bar.

— Encantada, soy Laura— le tendió la mano y forzó una sonrisa. Le estaba poniendo nerviosa todo aquel interés sobre su persona aunque suponía que era normal en un pueblo pequeño. Por eso, a pesar de que lo único que quería era conseguir un poco de comida y volver a su casa, se esforzó en ser amable.— Ayer conocí a un chico del pueblo que me dijo que esta noche prepararía una especie de fiesta de bienvenida. Supongo que les habrá invitado. Así podremos conocernos mejor.

— ¿Un chico del pueblo? ¿Sabe su nombre?— preguntó ella, interesada.

— Ander, un chico moreno que toca la guitarra. ¿Le conoce?

— Claro que lo conozco. Es mi cuñado— la sonrisa de la mujer se había transformado en una mueca de disgusto. Bajó la voz antes de seguir hablando—. Déjeme darle un consejo: no se mezcle con él. Es un vago y, además, es un chico muy raro. Va siempre solo por ahí, de noche... Sé que no debería hablar mal de la familia pero ese chico siempre me ha dado mala espina. No sé quienes estarán en su fiesta de bienvenida pero, si son todos como él, más le valdría quedarse en casa.

Laura la miró sorprendida, sin saber qué decir. La mujer volvió a subir el tono de voz.

— Y bien, ¿qué deseaba comprar?

La mujer empezó a despacharla. Laura compró algunas latas de comida preparada, algo de fruta y carne y una botella de vino para llevar a la fiesta de bienvenida de aquella noche. Mientras María la atendía la puerta del establecimiento volvió a abrirse, inundando durante unos segundos el recinto fresco y en penumbra con la fuerte luz del mediodía. Laura se volvió para observar y reconoció al guardia de seguridad que la había descubierto el día que fue a inspeccionar el solar de las obras. Volvió a girarse, intentando que el hombre no le viera la cara, mostrándose muy interesada en las baldas en las que se exponían los productos. De reojo, observó que el guardia se dirigía hacia la mesa central e intercambiaba algunas palabras con los hombres allí sentados.

Laura pagó la cuenta y recogió la compra que la mujer le tendió metida en un par de bolsas. Salió de nuevo a la calle, sintiéndose golpeada por el fuerte calor de mediodía. Soplaba una ligera brisa pero, en lugar de refrescar el ambiente, daba la desagradable impresión de pegársete a la piel, cubriéndola al momento de una humedad agobiante, como si el mundo se hubiese convertido en un gigantesco baño turco. Aceleró el paso, deseando entrar en su coche, que había tenido la precaución de aparcar a la sombra, y conectar el aire acondicionado a su máxima potencia. Una voz fuerte y autoritaria la detuvo cuando estaba a pocos pasos:

— Señorita, espere un momento.

Ella se giró y contempló a los tres hombres que se le acercaban. El hombre alto y fuerte del traje impecable caminaba primero, seguido a poca distancia por los otros dos, como si le escoltaran. Una leve sensación de inquietud la asaltó al notar que el resto de la plaza estaba totalmente desierto.

— ¿Me dice a mí?— le preguntó Laura.

— Desde luego. Mi nombre es Ignacio Zubeldia— el hombre llegó hasta su lado y se detuvo. Laura observó que, a corta distancia, su tamaño imponía aún más.—. Mi guardia de seguridad asegura que la conoce, que estuvo usted merodeando por mi solar y que le dijo que estaba trabajando en una investigación policial.

— Sí, es cierto. Estuve colaborando en el caso del cadáver que encontraron en la zona.

— Sin embargo, en el bar me han asegurado que ha venido usted a vivir al pueblo recientemente— continuó él como si no la hubiese escuchado.

— Eso también es cierto. Cuando pase por el pueblo, encontré una casa que me gustaba y he venido a pasar una temporada. ¿Hay algún problema?

— Por el momento, no— el hombre bajó la mirada, que hasta el momento había mantenido unos veinte centímetros por encima de la cabeza de Laura y la clavó en sus ojos. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la vista—. Sólo espero que sus intenciones sean realmente turísticas y que no me cause ningún contratiempo. Ya me han hecho perder bastante tiempo...

— Creo que mis intenciones no son de su incumbencia— Laura levantó un poco la voz, intentando así disimular el nerviosismo que la situación le causaba—. Por mucho que le pese, aún no es el dueño de este pueblo. Y ahora, si me disculpa, esto pesa.

Laura le mostró las bolsas y empezó a andar hacia su coche. Unos pasos más adelante, la voz del hombre volvió a llegarle.

— No me cause problemas, señorita, se lo digo por su bien. A ninguno de nosotros le gustaría que le pasase nada malo. Lo mejor que puede hacer es marcharse del pueblo lo antes posible.

Laura se giró un momento para contestar. Los tres hombres se habían colocado a la par, con las piernas entreabiertas y los brazos cruzados sobre el pecho, como si el calor no les afectase. Ella miró un momento alrededor, buscando a alguien que pudiese apoyarla o, al menos, un testigo de las amenazas pero seguía sola. Parecía que el pueblo estuviese desierto. Volvió a girarse y siguió encaminándose hacia el coche, intentando no acelerar el paso para no demostrar que estaba asustada. Llegó hasta el coche, abrió el capó e introdujo las bolsas. Después se dirigió con tranquilidad a la puerta del conductor, abrió y se sentó. Por el rabillo del ojo observó a los tres hombres. No se habían movido un milímetro, seguían observándola, imperturbables. Arrancó el coche y lo dirigió hacia la salida del pueblo, sin perder de vista a las tres figuras que parecían dominar el retrovisor a pesar de ir haciéndose más pequeñas.

Unos metros más adelante, una vez hubo cruzado el puente se sintió más tranquila. No iba a sucederle nada. Zubeldia pensaba que trabajaba para la Ertzaintza, así que no se atrevería a tocarla y, además, ella no tenía la más

mínima intención de entrometerse en los asuntos del constructor. Sin embargo, no acababa de sentirse bien. Le habría gustado tener la valentía de responder a sus amenazas, de enfrentarse a aquellos tres matones. Y, además, le inquietaba aquella insistencia de Zubeldia de que no se metiesen en sus asuntos, de que la investigación se cerrase de una vez por todas. Ya le habían dado permiso para continuar las obras así que, ¿por qué la amenazaba? ¿Qué le importaba que ella pudiese estar investigando la muerte de aquella chica? Seguramente Zubeldia estaba tan podrido de dinero que no soportaba que nada se interpusiese entre él y sus deseos y había tomado aquella interrupción de su proyecto como un ataque personal. Lo mejor sería que intentase no volver a cruzarse con él y que siguiese manteniendo en secreto su investigación.

Llegó a casa y sacó las bolsas del maletero. Abrió la puerta de la calle y entró en el salón. Miró alrededor, preguntándose por qué Rahu no había salido a recibirla. Al cabo de unos segundos, descubrió al gato agazapado debajo del sofá, observándola asustado.

— Rahu, cariño. Tienes que empezar a acostumbrarte a estar aquí. Vamos a pasar en esta casa una buena temporada— dejó las bolsas en el suelo y se agachó, alargando la mano para agarrar al gato. Un suave bufido le hizo retirarla—. Está bien. Quédate ahí el tiempo que quieras.

Dedicó la siguiente media hora a guardar lo que había comprado y a preparar algo de comida. Cuando terminó, se planteó qué podría hacer con el resto de la tarde. Quizá debería empezar a trabajar. Después de todo la búsqueda de la tranquilidad necesaria para realizar aquella labor era la razón que le había impulsado a alquilar una casa en aquel lugar apartado del mundo. Al menos era la razón que le permitía enmascarar su cobarde huida como un proyecto maduro y provechoso. Sin embargo, no le apetecía nada encerrarse en la buhardilla durante toda la tarde. Parecía que se había levantado algo de brisa. Las ramas del almendro se movían suavemente, como si la invitase a salir al exterior y tumbarse bajo su sombra. Decidió tomar una decisión intermedia y entró en el dormitorio. Se puso uno de los bañadores que había comprado el día anterior, se colgó una toalla del hombro y, sin detenerse a pensarlo, volvió al salón, cogió una caja vacía de una de las cazuelas que había comprado la tarde anterior y subió las escaleras de la buhardilla. El desorden que reinaba encima de la mesa le confirmó que no todo lo sucedido la noche anterior había sido producto de su imaginación exaltada. Apiló con prisa los trozos de arcilla en una esquina de la mesa y, después de comprobar de un rápido vistazo que el cráneo no había sufrido ningún daño, lo guardó en la caja que había subido.

Una vez que hubo cerrado la caja, se dedicó a mirar los destrozos que había causado en sus apuntes. Había bastantes folios arrugados, manchados de barro y desparramados por la mesa y por el suelo. Los apiló, apreciando con alivio que los destrozos no eran importantes y que todas las hojas seguían siendo legibles. Rebusco entre los libros y encontró el cuaderno de apuntes que hablaba sobre técnicas de reconstrucción facial. Con él bajo el brazo volvió a descender la escalerilla y salió al jardín. Extendió la toalla sobre el césped, dejo el cuaderno en el suelo y entró de nuevo en la casa para buscar la radio. Cuando la encontró salió de nuevo, buscó una emisora de música suave y se tumbó unos segundos disfrutando de la luz del exterior, de la brisa que acariciaba su piel, de los rayos de sol que se colaban entre las ramas. Se colocó boca abajo y empezó a leer.

Unos minutos después, levantó la mirada sintiéndose observada. Rahu estaba en la puerta, que ella había olvidado cerrar, contemplando el lugar con interés. Laura sonrió y volvió la vista al libro, aunque siguió observando al gato de reojo. No quería asustarle ahora que empezaba a atreverse a salir. Si empezaba a descubrir las ventajas de vivir en el campo, quizá dejaría de comportarse de una manera tan extraña. Unos minutos más tarde, Rahu salió de la casa y, con movimientos lentos y elegantes recorrió el jardín, parándose a olisquear las hojas de las plantas. Poco después, se acercó a ella, buscó un lugar a la sombra cerca de sus piernas, se tumbó y se quedó dormido. Laura se sintió más tranquila. Parecía que todo empezaba a solucionarse. Volvió la mirada a su libro e intentó concentrarse.

## CAPÍTULO ONCE.

Laura levantó la vista de los apuntes y la dirigió hacia el horizonte. El sol estaba ya muy bajo y el cielo empezaba a llenarse de trazos de color fuego. Rahu despertó y se desperezó, clavando las uñas en la tierra del jardín para estirarse. Laura sonrió, recogió la toalla y el cuaderno y agarró a Rahu con la mano libre. Entró en la casa y le dejó en el suelo, volviendo fuera para recoger la radio. Cuando volvió dentro, el gato había vuelto a esconderse bajo el sofá. Laura rellenó su cuenco de comida y le cambió el agua por otra más fresca pero, aún así, el gato permaneció escondido, observándola con los músculos en tensión.

— Ya estamos raros otra vez. Pensé que el ratito que habías pasado fuera haría que le cogieses gusto a la casa— meneó el cuenco de comida, intentando atraer su atención pero él continuó mirándola sin moverse—. Está bien. Supongo que necesitas más tiempo.

Le quedaban menos de dos horas para que llegase Ander así que decidió que tenía tiempo para otro baño. A pesar de haber intentado colocarse a la sombra, su piel estaba enrojecida y tirante. El agua fría la calmaría.

Después de pasar un largo rato en la bañera, entró en su cuarto y se planteó qué ponerse. Sólo era una fiesta de pueblo, con gente que tendría más o menos la edad de Ander, así que supuso que haría el ridículo si se vestía de manera elegante. Se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta de tirantes, se miró en el espejo y se arregló un poco el pelo. Su aspecto le agradó. La mujer derrotada y gris de las semanas anteriores parecía haberse esfumado. Parecía mucho más joven, tenía color en las mejillas y los ojos le brillaban. Y descubrió, con una mezcla de alivio y extrañeza que no había pensado en David en todo el día.

Miró el reloj. Sólo le quedaban diez minutos para que él llegase, debía haber pasado en el baño mucho más tiempo del que pensaba. Sacó de la nevera la botella de vino que había comprado y, antes de salir, echó una mirada al cuenco de Rahu, descubriendo con preocupación que no lo había tocado. El gato seguía debajo del sofá, en la misma posición, agazapado como si estuviese preparado para saltar en cualquier momento, como si estuviese acechando algún gran peligro. Si seguía sí, enfermaría. Decidió darle un par de días más para ver si se acostumbraba. Si no era así, tendría que llevarle al veterinario.

Esperó, sentada en el sofá de la sala a que él llegase, planteándose que no tenía muchas ganas de ser presentada a un montón de extraños que se pasarían la noche haciéndole preguntas sobre su vida, evaluándola. Las palabras de la mujer del bar volvieron a su memoria, sus opiniones sobre Ander, su advertencia de no mezclarse con él. Pensó en escapar de la casa, irse con el coche a cualquier lugar hasta que él se hubiese cansado de esperar en su puerta. No tenía ningún interés en mezclarse con gente extraña, en complicar aún más su vida. Había acudido a aquel pueblo buscando tranquilidad, no problemas. Desterró ese pensamiento, era una estupidez. Se había sentido cómoda hablando con él la noche anterior y le parecía una traición dejarle plantado después de que se hubiese tomado la molestia de prepararle una fiesta. Si se encontraba a disgusto, podría marcharse pronto alegando que estaba muy cansada por la mudanza. En aquel momento, escuchó el ruido de un motor por el sendero y salió a ver. Ander se acercaba, montado en una pequeña moto de color negro.

— Hola— la saludó él—. ¿Te he hecho esperar mucho?

— No, llegas justo a tiempo. ¿Vamos a ir en eso?— le preguntó señalando la moto. Él asintió. Ella levantó la botella de vino para que la viera—. Tengo esto para la fiesta. ¿Dónde la puedo poner?

Ander se bajó de la moto y levantó el sillín, dejando a la vista un hueco en el que Laura pudo vislumbrar varios cuadernos y un par de paquetes de cigarrillos. Él metió dentro la botella, volvió a bajar el sillín y se montó en la moto.

— No tenías que haberte molestado— le dijo sonriendo—. Tenemos cerveza de sobra. Venga, sube.

Laura montó, mientras se imaginaba el tipo de fiesta al que había sido invitada. Seguro que resultaba ridículo que llevase la botella de vino, como si la hubiesen invitado a una recepción, cuando lo que iba a encontrarse era a un montón de jovenzuelos vestidos de negro, bebiendo cerveza hasta vomitar mientras escuchaban una música atronadora. Volvió a plantearse por qué había aceptado la invitación pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Ander puso en marcha la moto y se giró hacia ella.

— Yo que tú me agarraría fuerte. El camino no está precisamente bien asfaltado.

Sintiéndose un poco avergonzada, Laura deslizó las manos alrededor de la cintura de Ander y le agarró. Él arrancó y metió la moto entre los árboles a toda velocidad. En un primer momento, Laura se apretó aún más contra su

cuerpo, asustada por la sensación de vértigo que le producía ver los troncos de los árboles pasando tan cercanos. Cerró los ojos, temiendo que fuesen a estrellarse, mientras seguía sintiendo como la moto subía, bajaba y derrapaba. Se forzó a abrir los ojos y, avergonzada por la cercanía, se separó un poco del cuerpo de Ander, irguiéndose. Los troncos empezaban a estar más espaciados, disminuyendo la sensación de velocidad. Laura contempló las copas oscuras de los árboles, la luna brillante en lo alto y las estrellas, brillantes y lejanas mientras el viento le arremolinaba el pelo y le golpeaba con fuerza el rostro, llenando sus pulmones con tanto aire que resultaba difícil respirar. La sensación no le desagradó, le pareció que por fin era libre de todo lo que había dejado atrás, que a aquella velocidad los malos recuerdos no podrían alcanzarla.

Ander dejó atrás el bosque y empezó a ascender por un camino arenoso, bordeado de espinos, que subía zigzagueando una colina. La moto empezó a botar pero Laura no se agarró. Parecía que hubiese perdido el miedo, se sentía aventurera, llena de curiosidad por lo que encontraría más arriba. Unos minutos después, tras girar otro recodo del sendero, Ander paró la moto y ambos bajaron. Laura miró en derredor, buscando el lugar en el que iba a celebrarse la fiesta. No parecía que hubiese ninguna casa cercana, ni siquiera se veían farolas, ni cercados que señalasen los límites de una propiedad. Ander la agarró del brazo y le indicó que le siguiera.

— ¿Dónde vamos?— le preguntó Laura, inquieta, negándose a moverse.

— A mi lugar secreto— Ander se giró hacia ella y le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. No te preocupes, te gustará.

Laura dudó unos segundos pero al fin se decidió a seguirle. No le quedaba más remedio que confiar en él. Si pretendía hacerle algún daño, el lugar en el que se encontraba ahora, perdido en medio de la nada, resultaría tan adecuado como cualquier otro y, además, no estaba segura de poder encontrar por sí sola el camino de vuelta. Caminó de su brazo y empezaron a bajar una ladera. Al fondo se divisaba la entrada de una pequeña cueva, de la que surgía una tenue luz.

— Es aquí, ya llegamos. Es la entrada a las galerías de una mina abandonada. La descubrí hace algunos años y la he convertido en mi refugio. Te aconsejo que no te pongas a pasear sola ahí dentro. Podrías acabar perdida durante días. Llevo mucho tiempo intentando hacer un mapa y todavía sigo encontrando nuevos túneles— le indicó Ander, bajando un paso por delante de ella para ayudarla—. Ten cuidado donde pisas, hay muchas piedras sueltas.

Entraron en la cueva. A pesar de que la entrada era estrecha, la cavidad se ensanchó unos metros más adelante, dejando al descubierto una amplia estancia de techo alto. A la débil luz que iluminaba el lugar, Laura divisó cirios colocados en los salientes de las rocas, algunos encendidos. Ander soltó su brazo, sacó un mechero y encendió unos cuantos más. Ella observó el lugar, preguntándose si todo aquello era una broma o alguna curiosa costumbre rural de la que nunca había oído hablar. ¿Ese era el lugar de la fiesta? ¿Y dónde estaban el resto de los invitados? Se giró hacia Ander, extrañada. Este le señaló el centro de la cueva, en el que pudo ver un montón de leña apilada. A ambos lados había un par de cajas de madera alargadas, situadas a modos de bancos. Laura se sentó en una de ellas, muy rígida, y continuó en silencio esperando una explicación. Ander recogió un periódico de un montón que había en el suelo y trató de encender la hoguera mientras hablaba.

— Supongo que te estarás preguntando qué clase de fiesta es esta y dónde están los demás— aplastó las hojas de periódico y las introdujo debajo de la leña—. Incluso es muy posible que en este momento te estés preguntando con qué clase de psicópata has quedado esta noche pero te puedo asegurar que todo esto tiene una buena explicación.

— Pues espero que así sea porque me estoy arrepintiendo de haber olvidado el spray antivioladores en el bolso— bromeó ella.

Él encendió los papeles y, una vez empezaron a arder, se separó de la hoguera y se sentó en la otra caja, observando cómo las llamas subían.

— Bueno, te prometí una fiesta porque pensé que te gustaría saber que había gente que se alegraba de que hubieses llegado al pueblo, que eras bienvenida... y esa persona soy yo. No me llevo muy bien con la gente del pueblo pero me pareció que a ti tampoco te apetecía una fiesta con un montón de invitados.

— La verdad es que acertaste. Llevaba todo el día aterrada pensando en pasarme horas contestando a las preguntas de un grupo de desconocidos... pero tampoco hacía falta que me preparases una fiesta tú solo.

— Lo sé, pero quería que supieses que me habías caído bien, que si querías hablar con alguien podrías contar conmigo.

— Te lo agradezco— Laura le sonrió. Todo aquello seguía siendo extraño pero ya no se sentía incomoda—. De todos modos podías haber invitado a un par de amigos.

Ander desvió la mirada y rebuscó en una nevera portátil que tenía al lado.

— Bueno, no tengo muchos amigos aquí. ¿Una cerveza?

Ella asintió y él le pasó una lata. Laura la abrió y pegó un largo trago. Tenía un sabor fuerte y amargo pero estaba fresca.

— Estuve esta mañana en el bar del pueblo y tu cuñada me advirtió de que no eras muy sociable. No os lleváis muy bien, ¿verdad?— preguntó ella.

— No, le encanta describirme como al enfermo mental del pueblo. Debe pensar que eso atraerá el turismo— él encendió un cigarrillo, quizá intentando ganar tiempo. Laura continuó en silencio, esperando a que él siguiese contándole cosas de sí mismo—. La verdad es que no me llevo bien con nadie de mi familia. No acaban de comprenderme. Se pasan el día diciéndome lo que debería hacer y criticándome por tener sueños. A veces pienso que venimos de planetas diferentes.

— ¿Has intentado hablarlo con ellos?— le preguntó Laura.

— Miles de veces... Pero hace tiempo que me di cuenta de que no serviría de nada. No es que no quieran escuchar, es que no pueden— Laura pegó otro trago de su lata y después asintió, animándole a continuar—. Como no quiero seguir ninguno de los caminos que ellos han elegido para mí, eso sólo puede significar que soy un vago o que estoy mal de la cabeza.

— ¿Y qué es lo que tú quieres hacer?

— Escribir canciones... Es lo que más deseo en el mundo y además sé que puedo hacerlo. El problema es que, como no recibo una nómina a final de mes, ellos no pueden entenderlo. Para ellos lo que vale una persona se mide en lo que gana, en el coche que tiene, en lo que aporta a la familia...

— ¿No has pensado en marcharte?— se interesó Laura, tras dar otro largo trago a su cerveza.

El chico se encogió de hombros con la cabeza baja, evitando encontrar su mirada, y permaneció en silencio unos segundos, como si le costase encontrar las palabras para explicarle lo que sentía.

— ¿Sabías que el sonido de un pato no produce eco?— le preguntó por fin, levantando la cabeza.

— ¿A qué te refieres con eso?— dijo Laura, sorprendida por el cambio de conversación.

— Es un hecho científico— contestó él—. Es el único sonido del mundo que no produce eco y no hay explicación para ello. Es un ruido como otro

cualquiera, por lo tanto debería provocar una respuesta, pero no produce nada.

Laura le miró con atención unos segundos, sin saber a qué venía todo aquello. Esperó a que él se lo explicase bebiendo de nuevo de su lata, mientras empezaba a plantearse que quizá el chico sí estaba un poco loco.

— Llevo toda la vida sintiéndome así. Por mucho que intente comunicarme con mi familia, con la gente del pueblo, no consigo nada. Nunca provocó respuesta de su parte. Exactamente igual que el cuack de un pato. Siento que podría desgañitarme gritándoles mis sentimientos y que nunca recibiría respuesta... — el chico arrojó la colilla al suelo y la pisoteó con rabia— Mis canciones tienen mucho de eso, de intentar provocar alguna emoción en alguien. Y me da miedo que tampoco provoquen nada, que el problema no esté en la gente de este pueblo sino en mí, en mi incapacidad para emocionar a nadie... Por eso no tengo el valor para marcharme, para arriesgarlo todo por mi sueño. Así que creo que me quedaré toda la vida al borde de este precipicio, esperando que algún día el viento me traiga un susurro de vuelta.

— A mí me emocionaste— intentó consolarle ella—. Tu canción de anoche me pareció preciosa.

Ander levantó la cabeza y miró a Laura, como si buscase en sus ojos si ella hablaba así por lástima. Le sonrió avergonzado y abrió de nuevo la nevera portátil para sacar otro par de latas.

— Vaya, parece que alguien ha escuchado mis ruegos. El susurro de vuelta... — le tendió la lata, sonriéndole agradecido—. He pensado en añadir otra estrofa al final de mi canción. Una estrofa en la que por fin encuentro a la chica de mis sueños. Pero no consigo que quede romántico que ella lleve una calavera en las manos... ¿Qué te parece?

Laura sintió que se sonrojaba e intentó ocultarlo bebiendo de nuevo. ¿Estaría hablando en serio o sólo trataba de bromear para quitarle importancia a una situación en la que había hablado demasiado de sí mismo?

— A mí me parece que la canción era perfecta tal y como la oí anoche— contestó por fin—. Me gustaría escucharla de nuevo. ¿Has traído la guitarra?

— No, con una guitarra me olvido de todo. Se me van las manos y no puedo concentrarme en nada. Y esta noche quería prestarte toda mi atención.

Laura le observó planteándose qué debía decir a continuación. La situación la desconcertaba. No sabía precisar si Ander estaba ofreciéndole su amistad, si estaba burlándose de ella o si se trataba de una torpe estrategia de ligue. Intentó descubrirlo en sus ojos pero no fue capaz de descifrar nada en aquellas esferas negras y brillantes en las que se reflejaban las llamas de la hoguera, dándole un aspecto demoníaco que no contribuyó a tranquilizarla. Siempre le habían puesto nerviosa los ojos negros, nunca era capaz de saber a dónde estaban mirando en realidad ni conseguía discernir los sentimientos que se ocultaban tras ellos. Sin embargo, la sonrisa de Ander parecía abierta y sincera así que se decidió a preguntárselo directamente.

— ¿Qué quieres decir con prestarme toda tu atención?

— No sé. Ayer me pareció que te vendría bien que alguien te escuchase. Da la impresión de que llevas un peso muy grande y pensé que quizá pudiese ayudarte a llevarlo.

— Bueno, yo pensé que venía a una fiesta y no a un confesionario— repuso Laura un tanto molesta.

— Este sitio será lo que tú quieras que sea. Hoy eres la princesa— dijo él, sonriéndole—. Si quieres que nos emborrachemos y nos pasemos la noche diciendo tonterías, eso haremos. Puede que sea eso lo que quieras hacer pero, ¿estás segura de que es lo que en verdad necesitas?

Laura permaneció en silencio, con la vista fija en el baile de las llamas. Se sentía incomoda ante la idea de contar lo que había pasado, de describirle la culpa y la vergüenza que le apretaban el pecho. Y descubrió con sorpresa una fuerte punzada de egoísmo que le apretaba la garganta, impidiéndole decir nada. Mientras no compartiese ese dolor, seguiría siendo suyo. Podría seguir utilizándolo para dar un retorcido sentido a su vida, para seguir torturándose noche a noche. Después de todo, ese dolor, ese rencor, era lo único que en aquel momento le quedaba de su pasado con David.

Levantó la mirada. Ander seguía esperando, observándola. Suspiró, sin saber muy bien qué hacer. En aquel lugar, con la luz de la hoguera dorando las paredes de la cueva y el silencio que les rodeaba, le pareció que el mundo que ella había compartido con David quedaba muy lejano, en algún perdido planeta y que, en el nuevo mundo en el que estaba ahora, había encontrado a aquel chico al que realmente parecía importarle lo que le había pasado y como se sentía. Dio un largo trago a su cerveza y empezó a hablar.

Sus palabras brotaron indecisas al principio pero fueron ganando potencia, salieron de sus labios como un fuerte torrente que ha sido contenido durante demasiado tiempo y que por fin rompía la presa que lo detenía. Habló de los sueños e ilusiones que habían compartido al principio, de la forma en que aquellos sueños habían ido muriéndose sin que ellos hubiesen sido muy conscientes de ello. Le contó cómo habían ido separándose sus caminos sin que ninguno de los dos hiciese nada por evitarlo. Mientras hablaba, evitó cruzar su mirada con la de Ander, fijando los ojos en las llamas y en el trozo de suelo que quedaba entre los dos y que fue llenándose de colillas apagadas y latas vacías. Ahora se daba cuenta de cómo habían presionado las palabras contra su garganta, de lo urgente que era vaciarse de aquella angustia que la ahogaba pero sabía que, si levantaba la cabeza, no podría seguir hablando. Le aterraba imaginar que pudiese encontrar burla o compasión en su mirada, así que continuó, con la cabeza baja, animada por sus preguntas o por sus murmullos de comprensión.

Cuando terminó, un silencio absoluto se apoderó del lugar. Levantó despacio la cabeza y le observó durante unos segundos, incapaz de descifrar su mirada.

— ¿Qué te ha parecido?— le preguntó, avergonzada—. Supongo que ahora te arrepientes de haberme preguntado.

— No, para nada— contestó él, tendiéndole otra lata de cerveza—. Me alegra que hayas confiado en mí, pero me preguntaba que debería decir yo ahora. Creo que lo único que necesitabas era que alguien te escuchara y que si ahora yo empezase a decirte lo mucho que siento lo que te ha pasado, o a darte consejos estúpidos, lo único que conseguiría sería ensuciar un momento que ha sido importante para los dos.

Ella asintió y miró a las llamas, mucho más bajas ahora. Debía haber hablado mucho tiempo. Se sentía más libre, más tranquila, pero no podía precisar si esa sensación de bienestar se debía a la comprensión de aquel extraño chico o a las latas de cerveza vacías que se acumulaban a sus pies. Sentía que todo el lugar giraba lentamente, así que cerró los ojos, intentando que parase.

— ¿Te encuentras bien?— la voz de Ander parecía proceder de muy lejos.

— Sí, sólo un poco mareada— contestó ella en un susurro—. No estoy acostumbrada a beber. Además, tengo mucho sueño.

— Bien, creo que la fiesta se terminó por hoy. ¿Crees que podrás mantenerte en la moto?

Laura asintió y él la agarró por los brazos para ayudarla a levantarse. Al ponerse en pie, la sensación de mareo se acrecentó. Ander la agarró con más fuerza y la sacó fuera de la cueva.

— Lo siento. Debí haberme dado cuenta de que te estaba sentando mal— se disculpó él—. No te preocupes. El aire fresco te hará sentir mejor enseguida.

Montaron en la moto y Ander arrancó. Laura se agarró a su cintura e intentó despejarse, pero el paisaje moviéndose a toda velocidad a su alrededor hizo que se sintiese aún peor, así que se acercó más a él, se apoyó en su espalda y cerró los ojos.

— Aguanta un poco más— le gritó él por encima del ruido del motor—. No te duermas, ya casi llegamos.

Le pareció que la voz llegaba de muy lejos, de un mundo que ya no le importaba. El remolino de su estomago había parado y se sentía a gusto dejándose arrastrar a una suave inconsciencia. Un brusco frenazo hizo que abriese los ojos. Estaban en el jardín de su nueva casa. Ander la agarró por la cintura para ayudarla a bajar y la sujetó por el camino hasta la puerta.

— ¿Te dejo aquí o te ayudo a llegar a la cama?— le preguntó.

Ella no contestó. Se limitó a apoyarse en el dintel de la puerta y a cerrar de nuevo los ojos. Se sentía tan cansada... Si pudiese quedarse a dormir allí mismo... Sintió que él la agarraba y rebuscaba algo en el bolsillo de sus pantalones. Claro, las llaves... Debería haberle dicho donde estaban pero no se sentía con fuerzas para hablar. Ander abrió la puerta y la condujo dentro, hasta la habitación. Laura se tumbó en la cama pero la habitación empezó a girar de nuevo, a toda velocidad. Intentó evitarlo cerrando los ojos pero sólo consiguió que la sensación se acrecentase, como si cayese dando vueltas en un hoyo muy oscuro y profundo.

— No puedo... — dijo, incorporándose en la cama—. Me mareo...

— Túmbate al revés, con la cabeza en los pies de la cama— le indicó él, tendiéndose a su lado—. A mí me suele funcionar.

Laura le hizo caso, sintiéndose más reconfortada por el peso de su brazo en su cadera, como si fuese un ancla que la sujetase al mundo real. Sus ojos seguían pesando, arrastrándola a la inconsciencia, pero ya no sentía miedo, así que los cerró y se dejó llevar.

## CAPÍTULO DOCE.

Se encontró caminando por un lugar frío y oscuro. El suelo era irregular y resbaladizo y se inclinaba en una suave pendiente. Tenía que encontrar la manera de salir de allí pero la oscuridad era tan profunda que le impedía distinguir los lados del pasillo. Apoyándose en las paredes de tierra húmeda, continuó bajando sin ser capaz de orientarse o de recordar cómo había llegado allí.

¿Era una luz lo que se movía allí adelante? Laura se esforzó por volver a captar el destello, sin saber si lo había imaginado. Sí, ahí estaba de nuevo, una luz a lo lejos. Aceleró el paso, intentando llegar a la salida de aquel laberinto. Unos metros después se dio cuenta de que la luz no era fija. Aparecía y desaparecía cada pocos metros, según giraba en las esquinas del pasillo. Debía ser una luz llevada por alguien. Intentó llamar a su portador, quienquiera que fuese podría ayudarla a salir. Su voz no sonó, como si las paredes pudiesen tragarse cualquier eco. Aceleró aún más. Si no conseguía alcanzar a la persona que llevaba la luz, se quedaría dando vueltas eternamente en aquel lugar.

La luz fue acercándose y, con la débil claridad, distinguió la figura de una chica. Caminaba tranquila y segura, con la cabeza alta, como si conociese el lugar desde hacía mucho tiempo, casi como si flotara. Su larga melena morena y el amarillento vestido estampado con flores azules se agitaban como si fuesen movidos por una suave brisa que Laura no podía percibir. Intentó llamarla, preguntarle quién era, dónde estaban, pero su voz volvió a negarse a sonar. La muchacha seguía su camino, deslizándose sin prisa más y más abajo en las profundidades de la tierra.

Haciendo un último esfuerzo, Laura corrió hacia ella y le agarró el hombro, tratando de llamar su atención. La tela se deshizo con el contacto y, bajo sus dedos, percibió la dureza del hueso. La chica se giró, sosteniendo la antorcha en alto. La luz iluminó su cara, un cráneo amarillento de cuyas cuencas vacías manaba agua. Laura se dio la vuelta y empezó a correr con todas sus fuerzas, alejándose de ella. ¿Era posible que aquella cosa estuviese llorando? No quería saberlo, sólo escapar, encontrar la salida de aquel lugar. A lo lejos, empezó a escuchar su nombre. La estaba llamando, cada vez con más fuerza, pero no pensaba volver.

Algo la agarró por los hombros, zarandeándola. Laura cerró los ojos,

negándose a volver a verla. Otra vez su nombre, repetido una y otra vez. Pero la voz era masculina y la recordaba vagamente. Abrió los ojos asustada y le miró. Era Ander y la miraba preocupado. Y ya no estaba en la cueva, aquel lugar era la buhardilla de su nueva casa, teñida con la suave luz dorada del amanecer. Se sintió tan aliviada que todo su cuerpo empezó a temblar.

— Laura, ¿qué ha pasado? ¿Qué es todo esto?— preguntó él, señalando alrededor.

Ella observó el lugar. Había vuelto a levantarse en sueños y de nuevo había convertido la habitación en un caos. Se miró las manos y la ropa, teñidas del color rojizo de la arcilla húmeda. Intentó explicarse pero, al igual que en su sueño, no consiguió emitir más que un susurro ahogado. Él se giró hacia ella y la sujetó por un brazo, con firmeza pero dulcemente, mientras la acompañaba hacia la escalera.

— Vamos, será mejor que salgamos de aquí— le dijo, ayudándola a bajar.

La condujo del brazo hasta la cocina e hizo que se sentara mientras él preparaba dos cafés. Los brillantes rayos rojizos del sol que entraban por la ventana, el ruido de los cacharros en la cocina, los movimientos de Ander, le hicieron volver a la realidad, calmando sus temblores. Él dejó una taza humeante delante de ella y se sentó esperando a que hablara. Laura tomó un sorbo de café, preguntándose cómo iba a explicarle su comportamiento si ella misma no sabía qué era lo que le estaba pasando. No entendía por qué se levantaba dormida, ni cuál era el significado de aquel último sueño, ni por qué se había embarcado en aquella historia que la estaba volviendo loca.

— No puedo explicar por qué me he levantado dormida y me he puesto a destrozarlo todo. Ayer también me pasó pero nunca antes lo había hecho. Supongo que se debe a la tensión que estoy soportando en los últimos días o a que me siento culpable por no estar trabajando para solucionar el caso...

— He estado pensando desde ayer en ese trabajo que quieres realizar— le dijo Ander, sin dejar de mirarla fijamente—. No creo que vaya a funcionar. Vas a intentar reconstruir su rostro para enseñarlo por el pueblo por si alguien la reconoce pero, si se tratase de alguien del pueblo que hubiese desaparecido, habría alguna denuncia, alguien la estaría buscando...

— Bueno, no sólo la enseñaremos por el pueblo. Puede que publiquemos su rostro en la prensa, o incluso en la televisión. Alguien debería recordarla

— contestó ella.

— No sé, no le veo mucho sentido— dijo él, negando con la cabeza—. Creo que es mejor no remover las cosas, dejar a los muertos descansar en paz... Además, creo que a Zubeldia no le va a gustar que el nombre del pueblo en el que va a construir su urbanización de ensueño se vea relacionado con un asesinato.

— Ya, Zubeldia habló conmigo ayer y me sugirió que no le causase dificultades. Me dio la impresión de que sabía que estaba trabajando en el caso y que no le hacía gracia, aunque seguramente me estoy volviendo paranoica.

— No creas. Ese tío está podrido de millones y tiene mucho poder. Es muy posible que haya conseguido acceder al informe de la policía sobre este caso. Tiene muchos planes para este pueblo, ha invertido mucho dinero y no creo que vaya a permitir que tú se lo estropees.

— Parece que no te cae muy bien— sugirió Laura.

— A nadie del pueblo le cae bien. Va a transformar este lugar y nuestra forma de vida sin consultarnos, con el único derecho que le da el tener dinero. Convertirá el pueblo en lo que él quiere, sin importarle la gente que lleva años viviendo aquí, como si fuese el señor de estas tierras. Incluso se ha comprado una antigua casa en lo alto de la colina, como un castillo desde el que controlarnos. En el pueblo, ya empiezan a llamarle “el conde”.

— Pues a mí no me va a controlar— dijo Laura con firmeza—. No creo que lo que voy a hacer le incumba para nada, así que espero que me deje tranquila.

— Está bien, tú sabrás lo que haces. Yo sólo te aviso para que tengas cuidado— Ander miró su reloj, acabó el café de un trago y se levantó—. Creo que será mejor que me vaya a casa. ¿Estarás bien?

— Claro, no te preocupes. Supongo que ya no haré más excursiones por esta noche— contestó ella, levantándose para acompañarle a la puerta—. Muchas gracias por todo.

Él sonrió, salió de la casa y se subió en la moto. Laura permaneció en la puerta, viendo como se alejaba. Cuando el sonido del motor se perdió en la lejanía, volvió a entrar en la casa, frotándose los brazos para eliminar el frío del amanecer. Su mano chocó con algo duro que colgaba entre sus pechos. Deslizó la cadena fuera de la camiseta, para descubrir la piedra amarillo

verdosa. Se la quitó y la observó, sintiendo que la sensación de frío se acrecentaba. Volvió a meter el colgante en el cajón, debajo de la ropa y, después de prometer mentalmente que al día siguiente empezaría a trabajar, se metió en la cama. Dejar a los muertos descansar en paz... Estaba segura de que no era eso lo que esa chica deseaba, de que no descansaría tranquila hasta que ella hubiese realizado su trabajo.

Despertó muchas horas más tarde. El sol brillaba con fuerza a través de la ventana cerrada, calentando el aire de la habitación hasta convertirlo en algo agobiante e irrespirable. Se levantó, intentando despegarse las ropas que el calor le había adherido al cuerpo. Se daría un baño, comería algo y empezaría con el trabajo que la había llevado allí. Cuando acabo de bañarse, miró el cuenco de comida de Rahu. Parecía intacto. Quizá estuviese enfermo y ni siquiera quisiese comer, podría ser que le pasase algo que justificase su extraño comportamiento de los últimos días. Le llamó para echarle un vistazo pero el gato no apareció. Seguramente estaría escondido debajo de algún mueble, aún resentido con ella por haberle llevado a ese lugar.

Preparó un bocadillo y salió al patio trasero, a disfrutar del sol mientras comía. Era extraño pero no se sentía sola allí sentada, aunque el silencio fuese mucho más intenso que en la ciudad, aunque no pudiese ser acallado con el sonido de la televisión. Pensó que precisamente esos ruidos a su alrededor eran los que más sola la habían hecho sentir, como si hubiese pasado semanas escuchando el ruido de una maquinaria que seguía funcionando pero a la que ya no pertenecía. En ese patio todo parecía diferente. Con aquel silencio podía escucharse a sí misma y sabía que, si se daba el tiempo suficiente, volvería a encontrar a la antigua Laura, la que tenía proyectos y deseos, la que se atrevía a soñar.

Apenada por dejar el lugar, volvió a entrar en la casa. Tenía que trabajar, no podía postergarlo durante más tiempo. Quizá así conseguiría parar sus paseos nocturnos y descansar una noche entera. Si, tal y como sospechaba, aquellos extraños sueños y sensaciones se debían a sus sentimientos de culpabilidad, empezar a trabajar haría que parasen. Subió a la buhardilla y observó el desastre que había causado la noche anterior. Recogió la arcilla y amontonó los papeles. Miró el cráneo de la chica. No parecía tener nada de sobrenatural, era sólo una calavera más, como tantas que había visto a lo largo de su carrera. Si quería hacer bien su trabajo, debía olvidarse de las historias de fantasmas que buscan justicia.

Se sentó a la mesa y cogió un pedazo de arcilla. El recuerdo de las húmedas

paredes del pasillo del sueño inundó su mente, haciéndole lanzar una mirada a la calavera que aún reposaba sobre la mesa. No debía tener miedo, sólo había sido un sueño. Respiró profundamente y empezó a modelar un grueso cuello en el que apoyar el cráneo. Lo introdujo por la parte inferior de la cabeza, cuidando de que la mandíbula no se desprendiese y, después, clavó el conjunto en una gruesa varilla de metal apoyada en una base. Lo dejó todo en la mesa y contempló el conjunto. Se mantenía firme así que le serviría para trabajar, pero la imagen le produjo un escalofrío que recorrió su espalda. Al estar erguida, la cabeza daba la impresión de tener más vida, de haber dejado de ser un objeto inanimado. Le parecía que las cuencas vacías estaban fijas en ella, que desprendían una sensación que no podía precisar. ¿Odio? Apartó la mirada, sintiéndose estúpida. Los huesos no desprendían sensaciones y mucho menos sentimientos, ni de odio ni de ningún tipo. Eran sólo huesos. Parecía mentira que aquella fuese su especialidad.

Rebuscó entre sus papeles hasta encontrar las tablas que estaba buscando. Necesitaría calcular el grosor de la carne de la chica en las diferentes partes de la cara. Repasó los apuntes. Había cientos de medidas, dependiendo del sexo, la edad, el grupo étnico, la constitución... Esa parte del trabajo era muy importante y debería intentar aproximarse lo más posible a las medidas exactas del rostro de la chica, ya que las hipótesis que tomase ahora influirían decisivamente sobre el trabajo final. Descartó varias tablas, quedándose con las que corresponderían a una adolescente. Era muy probable que el grupo étnico correspondiese al caucásico, aunque no podía estar segura de ello. Las imágenes del sueño inundaron su mente: la piel dorada a la luz de la antorcha, la larga melena morena, ligeramente ondulada... La buhardilla desapareció de su campo de visión. Ya no estaba la mesa, ni la luz del sol colándose por el tragaluz, sólo la oscuridad y, resaltando en el centro, la figura de la chica iluminada por el fuego. Un segundo después, la luz volvió. Los objetos reales se hicieron de nuevo presentes frente a sus ojos. Se agarró al borde de la mesa, como si temiese que volviera a desaparecer, mientras intentaba tranquilizar su respiración. La chica era gitana, ella había querido que lo supiese. ¿Qué tontería era esa? No podía realizar un trabajo científico basándose en el recuerdo de un sueño. Pero aquello no había sido un recuerdo, durante unos segundos había estado de nuevo allí.

Sintió deseos de salir corriendo, de abandonar el trabajo pero le dio miedo que aquellas extrañas sensaciones fuesen a acosarla de por vida si se rendía. Todo aquello sólo era fruto de sus nervios alterados. Estaba trabajando a plena luz del día, en su propia casa, no había nada que temer. Además, si trabajaba mucho, podría tener el trabajo acabado en dos o tres días, pasarle

los resultados a Marta y olvidarse para siempre de todo aquello.

Volvió a coger las hojas, quedándose con las que corresponderían a la etnia gitana. Sólo le quedaba por decidir la constitución que la chica habría tenido en vida. Intentó recordar la figura del sueño, el brazo que portaba la antorcha, rogando al mismo tiempo para no sentirse de nuevo transportada a aquel lugar. La chica que había caminado delante de ella era muy delgada, quizá incluso presentaba un ligero grado de desnutrición. Se sintió de nuevo estúpida por pensar de aquella forma pero apartó todas las tablas que no correspondían a aquella idea. Sabía en su interior que esos pensamientos eran correctos y le daba miedo que, si intentaba ignorarlos, nuevas imágenes y pesadillas vinieran a confirmárselos.

Empezó a calcular los lugares en los que debería colocar las cotas de grosor, marcando los puntos en diferentes lugares de la cara. En esos puntos, iría colocando palillos de las medidas indicadas en las tablas, para después ir rellenando los huecos con tiras de arcilla del grosor indicado. Se sintió más tranquila una vez empezó a trabajar, como si, ahora que estaba haciendo lo correcto, la extraña tensión psíquica que parecía haber invadido la casa y sus pensamientos se hubiese retirado.

El sol estaba más alto, colocado sobre la ventana del techo, calentando el aire de la habitación. Al cabo de un rato, Laura notó que volvía a estar sudando y que le empezaba a resultar difícil concentrarse en ese ambiente tan cargado. Abrió el tragaluz y bajó a la cocina a por algo de beber. Al pasar, echó una mirada al cuenco de agua de Rahu. Estaba lleno, como si el gato no lo hubiese tocado. Intentó recordar cuándo lo había rellenado por última vez. Quizá la mañana anterior. Rahu debería estar bebiendo casi un cuenco de agua diario con ese calor. ¿Qué era lo que le pasaba? ¿Estaría realmente enfermo y ella no se había dado cuenta?

Se quedó parada en medio de la cocina, llamándole de nuevo. El gato no respondió. Se mantuvo en silencio durante unos segundos, intentando escuchar si se movía por alguna de las habitaciones, pero no escuchó nada. Sintiéndose cada vez más preocupada, empezó a buscarle debajo de la cama, detrás de los muebles, cerrando las puertas una vez que había registrado por completo una habitación. Al cabo de cinco minutos, se dio por vencida. Esa casa era muy pequeña, tampoco había tantos lugares en los que pudiera haberse escondido.

Salió a la calle y registró el jardín y el patio trasero mientras volvía a llamarle. No estaba, se había escapado y ni siquiera era capaz de recordar cuándo le había visto por última vez para calcular hasta dónde podría haber ido en ese tiempo. Miró alrededor, preguntándose por dónde empezar a

buscarlo. La casa estaba totalmente rodeada de bosques, había miles de lugares en los que podría haberse escondido.

Empezó a caminar de frente, cruzando los metros de explanada que llevaban hasta el bosque mientras se decía una y otra vez que seguramente Rahu había salido esa mañana, cuando ella abrió la ventana de la habitación y que no estaría muy lejos, que aparecería en cualquier momento como si nada hubiese pasado.

Escuchó el ruido de un motor que se acercaba y se asustó. ¿Qué pasaría si Rahu estaba caminando por la carretera? Llevaba casi tres años viviendo en un piso, seguramente ni siquiera sabría cómo comportarse entre el tráfico. Corrió hacia el sonido. Una moto se acercaba por el camino. Ander condujo hasta ella y frenó a su lado.

— Hola, ¿pasa algo?— le preguntó, mirándola preocupado—. No tienes buena cara.

— Rahu se ha escapado— contestó ella—. Tengo que encontrarle.

— ¿Quién es Rahu?

— Mi gato. Es un europeo común atigrado, muy grande. ¿Lo has visto al venir?

— No, creo que no pero te ayudaré a buscarlo.

— Es que no sé por dónde empezar, ni siquiera estoy segura de cuánto tiempo lleva suelto por ahí— dijo ella mientras seguía mirando alrededor, esperando verlo aparecer.

— Empieza a mirar en ese bosque— dijo señalando unos árboles a lo lejos —. Yo daré una vuelta a la casa por la carretera. Lo más seguro es que a mí no me deje acercarme pero, si lo veo, vendré a avisarte.

Laura asintió y corrió hacia el lugar que le había indicado Ander mientras oía como su moto volvía a funcionar. Al menos, el ruido del motor haría que Rahu se asustase y se alejase de la carretera. En cuanto llegó a los árboles, se sintió aún más desesperada. Había cientos de lugares en los que podría haberse escondido: matorrales, ramas de árboles, sombras... Todo el bosque parecía diseñado para que un gato de su color pasase desapercibido. Caminó a paso lento, intentando no hacer ningún movimiento brusco que pudiese asustarlo. Cada segundo se sentía más segura de que, si Rahu no quería, no podría encontrarlo en ese lugar. Su única posibilidad era que el gato se hubiese perdido y estuviese deseando volver a casa y saliese a su

encuentro en cuanto la oyese. Pero le daba la impresión de que no se había perdido accidentalmente, de que había escapado y no querría volver.

Se sentó en una roca mientras continuaba mirando en derredor, preguntándose por dónde continuar. “Me encontraste una vez, puedes volver a hacerlo” se dijo mentalmente. Rahu había acudido a ella por propia voluntad la primera vez y le daba la impresión de que tendría que ser así también ahora. David solía bromear diciendo que había sido el gato quien la había adoptado a ella y no al revés, que ella era “su humano” en lugar de ser él “su gato”. Recordó como la había seguido una tarde bajo la lluvia, obstinado en ir con ella en lugar de preocuparse de buscar un refugio para no mojarse, una pequeña bola de pelo empapada, en la que destacaban dos enormes orejas, que maullaba de manera lastimera. Desde el primer segundo supo que estaba destinada a llevárselo, que no podía hacer otra cosa. Entonces, si tanto había deseado estar con ella, si habían pasado juntos tanto tiempo, ¿por qué la abandonaba ahora?

Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos y no pudo pararlas. Se había prometido a sí misma no volver a llorar desde lo que pasó con David pero se encontraba más sola que nunca antes en su vida. Todo su cuerpo empezó a temblar. Se abrazó con fuerza, deseando no sentir nada, rogando por que Rahu estuviese escondido en algún lugar cercano y volviese a ella al verla así. Pero nada sucedió, sólo escucho el motor de la moto de Ander que se acercaba por el camino.

Levantó la cabeza, esperanzada. Quizá él lo había visto y venía a decírselo. Ander paró la moto a unos pasos y se acercó, negando con la cabeza. Ella volvió a agachar la cabeza y el llanto sacudió todo su cuerpo. Sintió que él la rodeaba con sus brazos, intentando que se calmase, pero aquello sólo sirvió para hacer que se sintiera más indefensa.

— Le dejé solo... No le he hecho caso en los últimos días, incluso sabiendo que se sentiría mal en una casa extraña, que me necesitaba— dijo entre sollozos—. Ni siquiera puedo saber cuándo se escapó. Sólo pensaba en mí misma, en lo que me pasaba y ahora le he perdido. Me ha abandonado, como hizo David y, lo peor de todo, es que toda la culpa es mía.

— No digas eso, tranquila— le susurró él, acariciándole el pelo—. Seguramente habrá alguna gata en celo por aquí cerca y ha salido a dar una vuelta. Volverá en un par de días y no le habrá pasado nada.

Laura se separó e intentó secarse los ojos, sintiéndose avergonzada de haberse mostrado tan sensible delante de él. Forzó una sonrisa, pensando que le gustaría poder creer que lo que decía Ander podía ser cierto pero,

aunque sonase extraño, pensaba que Rahu no la habría abandonado por ir en busca de una gata, que debía haber una razón más importante, que la estaba castigando por no cuidarle o que había huido de la persona triste y gris en la que se había convertido en las últimas semanas. Aunque, si lo pensaba, ¿no era esa la misma razón por la que David la había engañado? ¿No la había cambiado también por una hembra en celo?

Se levantó de la roca, limpiándose la cara, e intentó pensar con claridad. Podía pasarse horas dando vueltas a esos bosques sin encontrarle, Rahu podría estar en ese momento a kilómetros de distancia. Respiró con fuerza y se giró hacia Ander, que seguía mirándola preocupado.

— Voy a volver a casa. Es posible que sólo haya salido un momento y que ya esté allí.

— No creo que sea lo mejor. Deberíamos dividir el bosque en sectores e ir buscando— repuso él—. Si te pasas el día yendo y viniendo y buscando de manera aleatoria, será más difícil encontrarlo.

— Ander, es un gato. Se comporta de manera aleatoria. Aquí hay hectáreas de bosque en las que puede haberse escondido pero es que, además, se mueve. Puede ir en cualquier momento a una zona que ya hayamos explorado. No servirá de nada una búsqueda sistemática— dijo ella, mientras seguía mirando alrededor, creyendo verle en cada sombra que se movía—. Creo que él volverá a buscarme. ¿Podrías llevarme a casa?

Él se encogió de hombros y caminó hacia la moto. Laura se sentó detrás y él arrancó. Los troncos de los árboles empezaron a pasar a toda velocidad a su alrededor y, unos segundos después, dejaron atrás el bosque. El calor del sol la golpeó de inmediato. El paisaje parecía borroso a su alrededor, como si estuviese cubierto de niebla. Se fijó con más atención. Lo que se movía no era aire caliente. Un humo negro y espeso se veía más adelante. Ander aceleró. Unas llamas altas lamían las paredes del cobertizo. Su casa estaba ardiendo.

## CAPÍTULO TRECE.

Ander paró la moto a unos metros de la casa. Laura bajó a la carrera e intentó correr hacia el cobertizo pero él la agarró con fuerza del brazo.

— ¿Dónde vas? No deberías acercarte, es peligroso.

— La casa está ardiendo. ¿Qué quieres que haga?— preguntó ella, sacudiendo el brazo para soltarse.

— Deberíamos llamar a los bomberos y esperar— contestó él—. Nosotros no podemos hacer nada.

— Mientras llegan los bomberos, toda la casa habrá ardido. Espera tú si quieres. Yo voy a intentar apagarlo.

Sin mirar si él la seguía, ella entró en la casa y buscó varios cubos. Mientras se llenaban, sacó su móvil, marcó el número de emergencias y dio sus datos. Ander entró en la casa detrás de ella, recogió el primer cubo y salió a la carrera. Laura sonrió. Al menos, no estaba sola del todo. Le siguió llevando más agua. Parecía que, por el momento, el incendio sólo estaba afectando al cobertizo. Si pudieran mantenerlo controlado hasta que llegasen los bomberos, quizá conseguirían salvar la casa. Se maldijo por no haber entrado en esos días al cobertizo a echar un vistazo a las cosas que Luis tenía guardadas ahí. Rogó en silencio para que no hubiese nada inflamable, mientras corría una y otra vez al interior de la casa, buscando más agua.

Unos minutos después, escuchó el sonido de una sirena que se acercaba. Un camión de bomberos apareció por el camino. Laura se sentó en el suelo, jadeando para recuperar la respiración, con Ander a su lado. Él le sonrió y levantó la mano para que ella la chocase.

— Lo hemos conseguido— dijo él, sonriendo. El contraste de la blancura de su sonrisa, con su cara, totalmente manchada por el humo, la hizo reír con tanta fuerza que algunos de los bomberos se giraron.

— Vaya pinta que tienes— le dijo. Él también rió y ambos se quedaron unos segundos en silencio, observando las llamas—. Creo que no te convengo como compañía. Desde que me conoces has tenido que salvarme de caer en un coma etílico, participar en la operación de búsqueda de un

gato y extinguir un incendio. Son demasiadas emociones para un par de días.

— Eso sin contar con tus expediciones de sonambulismo y con el hecho de que eres tan rara como para guardar restos humanos en tu buhardilla— bromeó él—. Sí, creo que no me convienes pero después de tantos años viviendo en un pueblo tan aburrido, necesitaba algo de emoción en mi vida.

Uno de los bomberos se acercó a ellos. Las llamas habían desaparecido ya y el resto de los hombres trabajaba ahora en apagar los últimos rescoldos.

— ¿Quién es el propietario de la casa?

— Yo soy la inquilina— contestó Laura, levantándose para tenderle la mano—. Muchas gracias por haber acudido tan rápido.

— De nada. Gracias a Dios, llegaron a tiempo y ustedes solos ya lo tenían casi controlado. Los daños en la estructura son sólo superficiales.

— ¿Sabe ya la causa del incendio?— preguntó ella—. No sé si la hierba estaba muy seca o si alguien dejó algún cristal o tiró alguna colilla.

— No ha sido por nada de eso— contestó el hombre, negando con la cabeza—. El incendio ha sido provocado. Incluso usted podría distinguir el olor a gasolina.

— ¿Provocado? No puede ser. ¿Quién querría hacerme eso? Si sólo llevó tres días en el pueblo...

— Eso tendrá que contestarlo usted. Plantéese quiénes pueden tener interés en hacerle daño o en asustarla para que se marche. Y esté atenta por si ve a algún extraño rondando la casa— el hombre se giró para estudiar el trabajo de los demás, que ya estaban recogiendo y subiéndose al camión—. Ya hemos terminado. Avise a la policía si nota cualquier cosa extraña.

El camión arrancó y se alejó por el camino. Laura permaneció observándolo, preocupada. Lo que aquel hombre había dicho no tenía sentido. ¿Quién iba a querer hacerle daño?

— Tiene que haber sido cosa de Zubeldia o de tu marido— contestó Ander como si hubiese leído su pensamiento—. Por lo que me has contado de ti, son las únicas personas que podrían estar interesadas en que te asustes y vuelvas a tu casa.

— David no ha podido ser. Es infantil pero no se comportaría de esta manera. Y, además, no sabe dónde estoy. Y Zubeldia... No sé... ¿Tú crees

que puedo haberle molestado tanto como para hacer esto?— le miró confundida, mientras negaba con la cabeza—. Aunque yo esté trabajando en el caso, la policía ya lo ha cerrado y las obras en la urbanización se han reanudado sin problema. No le veo sentido.

Ander se encogió de hombros y se tumbó en el césped, pensativo, mientras encendía un cigarrillo. Laura se sentó a su lado, en silencio, mirando las ennegrecidas paredes del cobertizo.

— Planteémonos varias preguntas sobre Zubeldia— comentó Ander, con la mirada perdida en el cielo—. La primera de ellas es qué interés podría tener él en un sitio como Erkiaga, cómo pudo siquiera conocerlo.

— Bueno, el sitio es precioso y no está lejos de la ciudad. La verdad es que es una gran inversión— contestó ella.

— Sí, pero es tan bonito porque nadie se había fijado en él, porque hasta ahora había estado tan aislado que ningún constructor se había dado cuenta de su existencia. Quizá Zubeldia lo conocía de antes, de hace muchos años.

— No entiendo a dónde quieres llegar— dijo ella.

— Imagina que hace un montón de años un joven Zubeldia conoce a una chica y la asesina— Laura fue a contestar pero él se giró y le hizo un gesto para que le dejase continuar—. Pudo ser por accidente o, por lo que sospechamos de los escrúpulos de Zubeldia, quizá la chica le molestaba. El caso es que de repente se encontró con un cadáver del que tenía que deshacerse. Busca un sitio alejado de la civilización en el que nadie vaya a encontrarlo y así conoce Erkiaga. Pero, a pesar de que durante muchos años nada sucede, él sigue preocupado por si un día todo se descubre y su magnífica vida de éxito se va al garete.

— Tienes mucha imaginación, yo diría que demasiada— intervino Laura, sonriendo—. ¿Ya puedes dormir por las noches con esas teorías conspiratorias en la cabeza?

— La verdad es que no mucho pero déjame acabar. Como no consigue olvidar esa obsesión, decide comprar el terreno en el que ella está enterrada y sepultarla de manera permanente bajo toneladas de hormigón y cemento.

— Pero es muy posible que nadie la hubiese encontrado nunca si él no hubiese empezado a construir la urbanización— repuso ella.

— Tú misma has dicho que el terreno es muy bueno. Si no se le hubiese ocurrido a él, cualquier otro podría haber comprado ese sitio. Quizá incluso

conocía el proyecto de algún otro constructor y decidió adelantarse. Debía pensar que había enterrado el cuerpo a más profundidad y que no lo encontrarían. Por eso insistió tanto en que la investigación se cerrase. Unos días de retraso en una obra como esa no son tan importantes, de hecho los imprevistos suelen estar contemplados en los presupuestos. Pero, por lo que tú me has dicho, él fue excesivamente insistente.

— Bueno, estaba perdiendo dinero. Aunque pudiese tenerlo previsto, eso no le hace gracia a nadie— dijo ella, encogiéndose de hombros.

— Tú misma me dijiste que el caso se había cerrado con demasiada rapidez, que estuvieron encantados de pasarte el asunto a ti. ¿De veras piensas que ese es el comportamiento normal en una investigación por homicidio? ¿No crees que detrás de esas prisas puede haber alguien de dentro de la policía que estaba presionando para que el caso se olvidara, alguien que podría estar recibiendo dinero de Zubeldia? ¿Y que esa misma persona puede haberle contado quien eres tú y lo que estás haciendo?

— Todo eso no tiene sentido— dijo Laura, levantándose—. Zubeldia es demasiado importante como para perder el tiempo incendiando mi cobertizo.

— Ya, pero gracias a su dinero puede contar con mucha gente dispuesta a hacerlo por él. Y quizá la próxima vez no se conformen con incendiar la casa mientras no estás en ella.

— Al final vas a ser tú quien consiga asustarme para que me vaya del pueblo.

— Pues la verdad es que no me gustaría que te fueras pero quizá sea lo mejor— dijo él, apenado—. También podrías devolverle la cabeza a tu amiga y decirle que abandonas la investigación. Estoy seguro de que Zubeldia se enteraría enseguida y te dejaría en paz.

Laura caminó hacia el cobertizo y lo examinó. La pintura había desaparecido y muchas zonas aparecían ennegrecidas. Lo que decía Ander era demasiado disparatado, se basaba en muchas hipótesis inventadas por el chico, pero lo cierto era que alguien había intentado hacerle daño y que se sentía asustada.

— No voy a marcharme, ni voy a dejar la investigación— bajó la voz hasta convertirla en un susurro, hablando sólo consigo misma—. Estoy cansada de escapar, ya estoy huyendo de demasiadas cosas.

— Como quieras. Estoy preocupado por ti pero tampoco quiero que te

vayas.

Laura se giró hacia él y le sonrió, agradecida. Después rebuscó en su bolsillo, sacó las llaves del cobertizo y miró dentro. Apiladas en las esquinas se veían cajas cerradas, muebles antiguos y herramientas de jardinería. Parecía que el fuego no había afectado nada de lo que había dentro. Respiró aliviada.

— Parece que los daños no son grandes. Menos mal. Espero que Luis no se enfade por esto.

— Ni siquiera tiene por que enterarse— dijo Ander, echando un vistazo—. Sólo habrá que cambiar unas tablas y darle una nueva capa de pintura. Tengo en casa todo lo necesario. Mañana lo traeré y en un par de días estará como nuevo.

— No tengo derecho a pedirte eso. ¿Cómo te lo voy a pagar?

— De ninguna manera. No tengo nada mejor que hacer y, además, esa será la excusa perfecta para pasar por aquí— contestó él con voz susurrante, sonriendo—. Estar más tiempo contigo sería el mejor pago.

Laura le miró fijamente durante unos segundos, tratando de averiguar si hablaba en serio, pero no pudo deducir nada en aquellos ojos negros sin fondo, insondables para ella. Se giró, fingiendo que observaba de nuevo los desperfectos de las paredes del cobertizo, sintiendo de repente que el lugar era muy estrecho, que la proximidad de su cuerpo la inquietaba, que el aroma de su piel parecía inundar el lugar sobreponiéndose al olor a madera quemada.

Bueno, ya no tenemos más que hacer aquí dijo, cambiando de tema y dirigiéndose a la puerta . ¿Quieres que te invite a un café?

No, tranquila. Además, supongo que querrás seguir buscando a Rahu contestó él, siguiéndola hacia la salida.

Claro, pero empiezo a pensar que no le encontraré si él no quiere. Quizá tengas razón y aparezca dentro de unos días. Voy a esperarle aquí por si vuelve y si no, saldré a dar otra vuelta por el bosque dentro de unas horas.

Está bien. Si no me necesitas, volveré a mi casa. Tengo que hacer unas cosas allí. Mañana traeré el material para empezar a arreglar el cobertizo.

Se dirigió hacia la moto, la arrancó y se alejó por el camino agitando una mano en señal de despedida. Laura le observó, planteándose si estaba

contrariado por la manera en la que ella había ignorado sus insinuaciones. Quizá debería hablar claro con él, explicarle que sólo le veía como a un amigo y que, por el momento, no se encontraba en situación de poder ofrecerle nada más. A pesar de sentir que estaba siendo injusta, no pudo evitar sentir rabia hacia la manera de comportarse de Ander. Ya le había explicado todo lo que estaba pasándole, lo dolida que estaba por lo que le había hecho David. Él debería entender que lo último en lo que pensaba era en tener una aventura. Además, a pesar de que Ander le parecía un chico muy atractivo, sólo le conocía desde hacía un par de días. Él no podía esperar que ella estuviese tan desesperada como para lanzarse en sus brazos sin conocerle.

Volvió a entrar en la casa, decidiendo no decirle nada por el momento. Quizá él sólo estaba siendo atento y era ella quien estaba malinterpretando sus atenciones. Además, tenía cosas más importantes en las que pensar. Buscó su teléfono móvil, se sentó en el sofá y, mientras suspiraba para aparentar una tranquilidad que no sentía, marcó el número de teléfono de David.

Laura, ¿dónde estás?  él contestó al primer toque, como si hubiese estado esperando su llamada.

Eso no importa ahora  dijo ella . No llamo para darte explicaciones así que no me las pidas.

Pero Laura... He pasado los tres últimos días buscándote y nadie sabía decirme dónde estabas. Incluso he llamado a la policía. ¿Cómo me dices que no te pida explicaciones?

Ahora eso no importa. Puedes dejar de buscarme porque no voy a volver  Laura se sintió culpable por ser tan cruel con él. Su tono parecía sinceramente preocupado e imaginaba el infierno por el que le había hecho pasar al desaparecer cuando él pensaba que su relación podía arreglarse pero no podía permitirse sentir nada por él, ni intentar consolarle, así que continuó hablando con voz dura . Rahu ha desaparecido. No sé dónde puede estar pero es posible que intente volver a casa. Si aparece por ahí, mándame un mensaje al móvil para que vaya a recogerle.

Laura, escucha... Necesito saber qué ha pasado. Dime dónde estás y hablaremos  suplicó él.

No, lo siento pero no es posible. Por el momento no quiero verte. No me llames ni me escribas porque no voy a contestarte. Sólo avísame si Rahu aparece. Y no se te ocurra intentar engañarme.

Laura, por favor... Esto no tiene sentido.

Su voz se quebró. ¿Estaba llorando? Incapaz de soportarlo un segundo más, Laura colgó el móvil y lo apagó. Sabía que, si seguía hablando con él, se ablandaría, acabaría accediendo a sus ruegos. Enterró la cabeza entre los brazos, respirando con fuerza para contener las lágrimas que le quemaban en los ojos y deshacer el nudo que le atenazaba la garganta.

Se levantó del sofá, salió de la casa y echó un vistazo alrededor. Rahu no estaba. Miró los árboles del bosque con atención. A pesar de haberse reído de las extrañas teorías conspiratorias de Ander, se sentía intranquila. No podía negar que alguien había intentado quemar su casa y, aunque no pudiese saber la razón con seguridad, la hipótesis de que tenía que ver con la investigación que estaba realizando era la más probable. Por tanto, si alguien había intentado incendiar la casa para deshacerse de la prueba del crimen, no sólo estaba tratando con un pirómano sino también con un asesino. Un escalofrío le recorrió la espalda, como si la brisa de esa tarde de verano se hubiese convertido en un gélido viento. Debía asegurarse de que la prueba no podría ser destruida y también debería hacer algo para proteger su seguridad. No iba a permitir que nadie se interpusiera en la única labor que daba sentido a su vida en ese momento. Tras echar un último vistazo a los árboles para asegurarse de que nadie se ocultaba entre las sombras, volvió a entrar en la casa. Encendió de nuevo el móvil y marcó un número.

¿Marta? ¿Qué tal estás?... Yo la verdad es que no muy bien. Están pasando muchas cosas extrañas. ¿Podrías pasarte mañana por mi casa para que te lo explique?... Tranquila, estoy bien pero necesito tu ayuda. ¿Tienes algo para apuntar por ahí? Esta es la lista del material que necesito que traigas...

## CAPÍTULO CATORCE.

Marta volvió a guardar los aparatos de medición en su caja y sacó una cámara de fotos.

— En serio, creo que estás haciendo un trabajo fantástico— dijo mientras fotografiaba la cabeza desde varios ángulos—. Creo que me llevaré el carrete y te dejaré la cámara para que puedas fotografiar las diferentes fases del trabajo.

— ¿Y para qué voy a hacer eso?— preguntó Laura—. Con las mediciones que has realizado y estas fotos ya podrás realizar un molde de la cabeza por si a ésta le pasa algo, ¿no?

— Ya, pero estaba pensando que deberías organizar todo el material de la investigación una vez que la acabes para dar un seminario de reconstrucción facial en la central. Es un campo muy interesante del que la mayoría de los forenses no tenemos ni idea.

— Ni yo tampoco. Es la primera vez que hago esto y no sé cómo va a quedar— repuso Laura—. Además, la policía tiene equipos informáticos que podrían hacer este mismo trabajo en segundos.

— Claro, cuando consigues acceder a ellos. Las listas de espera son interminables. Creo que no estaría de más saber realizar una reconstrucción de forma manual.

El ruido de un motor acercándose por el camino hizo que Laura se levantase del sofá y se dirigiese a la escalerilla.

— Creo que es Ander. Me prometió que esta mañana se pasaría a traer material para arreglar el cobertizo. Acompáñame, te lo presentaré.

— Ya tengo ganas de conocerle— dijo Marta mientras la seguía escaleras abajo—. Llevas toda la mañana hablándome de él.

Laura entró en el cuarto de baño a lavarse la cara y los brazos. El calor que se concentraba en la buhardilla cuando el sol de mediodía se colaba por el tragaluz resultaba insoportable.

— Vaya, no me habías dicho que fuese tan guapo— dijo Marta desde el

salón.

Laura salió del baño y vio a Marta observando desde detrás de la cortina. Se rió mientras se acercaba a la puerta para abrirle.

— No seas maleducada. ¿No te han enseñado que está mal espiar a la gente?

— ¿Y a ti no te han explicado que si una dice que no está interesada en comenzar una nueva relación debería pasarle un ejemplar como éste a su amiga?— contestó Marta fingiéndose enfadada.

Laura abrió, aún riéndose. Ander se bajó de la moto y las saludó con una amplia sonrisa.

— Hola. He traído las tablas para empezar a arreglar el cobertizo— dijo señalando un paquete que llevaba amarrado en la parte de atrás de la moto —. ¿Puedo saber de qué os reís? ¿Tengo algo manchado?

— No, tranquilo. Si estás muy bien... — contestó Marta, sonriéndole seductora mientras le tendía la mano—. Soy Marta, una amiga de Laura.

— Ander— dijo él respondiendo al saludo. A Laura le pareció que el chico se sonrojaba ante la mirada escrutadora de Marta—. Entonces, ¿puedo saber a que venían las risas?

— Nada, simplemente una idea absurda de Marta— mintió Laura—. Quiere que dé una conferencia en la central de la Ertzaintza para que les explique a sus compañeros forenses lo que estoy haciendo con el cráneo de la buhardilla. ¿Me imaginas a mí delante de un montón de profesionales explicándoles cómo deben realizar su trabajo?

— Yo no lo veo tan ridículo— contestó él—. El trabajo que estás haciendo parece muy interesante y, además, tú eres profesora. No debería ser difícil para ti preparar un cursillo sobre eso.

— Encima ponte de su parte. La he llamado para que me quite problemas no para que añada más a mi vida.

— ¿A qué te refieres?— preguntó Ander mientras empezaba a descargar el paquete de tablas.

— Ayer me dejaste preocupada con tus teorías conspiratorias así que le he pedido que viniese a tomar todas las medidas necesarias de la cabeza para poder realizar un molde de silicona que estará bien guardado en la central de policía— explicó Laura—. Así, si tienes razón en que el incendio de

ayer pudo haberse debido a que alguien quería deshacerse de la prueba, ya no tendrá sentido que vuelvan a intentarlo.

— Es una buena idea pero sabes que creo que lo que intentaban era asustarte y pueden volver a intentarlo, con prueba o sin ella— repuso Ander.

— Ya, pero eso da igual— Laura se encogió de hombros—. No pienso marcharme, hagan lo que hagan y espero que se den cuenta pronto.

Ander terminó de apilar las tablas contra la pared del cobertizo y volvió a subirse en la moto.

— ¿Te marchas ya?— le preguntó Marta—. Pensé que te quedarías a tomar algo.

— No, he venido aprovechando que tenía un ratillo libre pero no puedo quedarme. Espero que nos veamos otro día con más tiempo— contestó él, sonriendo—. Mañana traeré las herramientas y la pintura y empezaré a arreglar esto. ¿Estarás en casa, Laura?

— Sí, claro. Ven cuando quieras. Y muchas gracias por todo.

Él se encogió de hombros, quitándole importancia, y arrancó la moto. Ellas entraron en la casa y Marta se dejo caer en una silla.

— Además de guapo, es un encanto. No sabía yo que el turismo rural tuviese estos alicientes— comentó, emitiendo un exagerado suspiro.

— ¿Quieres tomar algo?— le preguntó Laura mientras echaba un vistazo a la nevera.

— Sí, me gustaría una cerveza. Y el número de teléfono de ese chico.

— Sigues comportándote como cuando estábamos en la universidad. Te enamoras de todo lo que se mueve— dijo Laura tendiéndole una lata.

— Si se mueve así, por supuesto. ¿Me vas a decir que a ti no te gusta?

— El chico es guapo, es cierto. Y además, es muy simpático y muy atento pero ahora mismo no tengo ganas de complicar mi vida más de lo que está. Además, es muy joven para mí, ¿no?

— A nadie le amarga un dulce pero tú verás. Te doy un par de semanas más y, si después de ese tiempo sigues sin estar interesada, exigiré que me pases su número de teléfono. Yo no soy tan remilgada con eso de la edad—

Marta dejó la lata de cerveza sobre la mesa, sacó su paquete de tabaco y encendió un cigarrillo—. Bueno, y ahora hablemos de cosas importantes. ¿Qué tal te encuentras?

— Bien, ¿por qué?— contestó Laura, incomoda.

— Bueno, porque no creo que estés bien. Has abandonado a tu marido, te has mudado a un lugar en el que estás completamente sola y han intentado incendiarte la casa— dijo Marta poniéndose seria—. Y, además, sabes tan bien como yo que las medidas de la cabeza que he estado tomando podrías haberlas tomado tú y haberme pasado los resultados por teléfono para que yo hiciese el molde. Si me has pedido que viniera, es por algo.

Laura dio un trago a su cerveza, tratando de ganar tiempo. Con Marta delante, bromeando y ahuyentando el silencio, sus miedos le parecían aún más ridículos. Sin embargo, sabía que debía hablar con ella, que comentarle las extrañas sensaciones que había tenido los últimos días era la autentica razón de que le hubiese pedido que viniera.

— Está bien. ¿Recuerdas que cuando me pediste ayuda con el caso me comentaste que tenías sueños y extrañas sensaciones?— Marta asintió mientras la miraba fijamente—. Me gustaría que me hablases de eso, que me digas qué soñabas, qué sentías...

— No puedo describirlo bien. Era una sensación de agobio... Cada vez que no estaba trabajando con el cuerpo, sentía que no estaba haciendo lo que debía, me sentía culpable, como si fuese una obsesión... Y los sueños, no los recuerdo con claridad. Estaba en un lugar muy oscuro, bajo tierra, y trataba de seguir una luz pero no podía llegar a ella.

Laura sintió que el calor abandonaba su cuerpo, como si una corriente de aire helado hubiese soplado sobre su piel, erizando el vello de sus brazos.

— ¿Te encuentras bien?— preguntó Marta—. Te has puesto pálida.

— Sí, estoy bien. No ha sido nada— respiró profundamente, intentando tranquilizarse—. Es sólo que mis sensaciones y mis sueños de los últimos días son tan similares... Quería hablar contigo para intentar encontrarle una explicación lógica a lo que me está pasando y lo único que estoy consiguiendo es asustarme más.

— Quizá te comenté algo de esto antes de pasarte el caso y te he sugestionado— intentó tranquilizarla Marta.

Laura negó con la cabeza y se levantó del sofá. Caminó hasta la ventana y

miró el patio trasero. Las ramas del almendro bailaban con la brisa, el sol se colaba entre las hojas dibujando destellos en el suelo. Lo contempló en silencio dejando que el calor de los rayos que entraba por la ventana disipase el frío que parecía habérsele metido dentro.

— ¿Recuerdas algo más de esos sueños? Cualquier detalle... — preguntó en un susurro, sin volverse.

— No, sólo sé que me despertaba angustiada, llorando, y que sentía que me ahogaba... Y recuerdo otra cosa, aunque no sé con qué estaba relacionada... Un collar, una piedra verde que brillaba en la oscuridad...

Laura se giró y miró a su amiga, sin saber qué decirle. ¿Qué significaba todo aquello? Podía intentar engañarse a sí misma diciéndose que habrían hablado de los otros detalles en algún momento y que no podían recordarlo, podía mentirse diciendo que sus extrañas sensaciones sólo se debían a su estado emocional pero, ¿cómo explicar lo de la piedra? Sabía que no se lo había comentado a Marta, que se lo había ocultado a todo el mundo conscientemente.

— Espera un momento— le dijo mientras se dirigía a la habitación—. Tengo que enseñarte algo.

Entró en el cuarto con rapidez y rebuscó en el cajón, removiendo la ropa hasta que su mano tropezó con el tacto anormalmente frío de la piedra. Volvió al salón, con la cadena colgando de su mano. La luz de la ventana se reflejó en la superficie del colgante, arrancando destellos amarillentos.

— ¿Es ésta la piedra de tu sueño?— dijo, acercándose para que Marta la cogiera—. Fíjate bien y dime si se parece.

Marta se echó hacia atrás en el sofá, como si el colgante le repugnara. Asintió mientras seguía mirando el brillo de la piedra, hipnotizada por su reflejo.

— Bueno, entonces creo que va siendo hora de que te cuente cómo la encontré— dijo sentándose enfrente de ella y dejando el colgante sobre la mesa—. Espero que entre las dos podamos encontrarle una explicación a esto.

Unas horas después, Marta se marchó. Laura se sentó en las escaleras de entrada, observando cómo se alejaba el coche. Le había costado mucho convencerla de que se encontraría bien pero ahora se arrepentía de haber

intentado aparentar una tranquilidad que no sentía. Tenía que haber algo que explicase la coincidencia de los sueños, las extrañas sensaciones, el significado de la piedra... Pero, por muchas vueltas que le habían dado, aquello no tenía lógica. Se explicaba con facilidad admitiendo un componente sobrenatural, la permanencia del espíritu de esa chica, su capacidad para comunicarse con los vivos... Pero no iba a aceptar algo así. Nunca había creído en los fenómenos paranormales y no iba a empezar ahora. Los huesos eran sólo huesos.

Se levantó y entró en la casa. Recogió el colgante de la mesa y lo examinó. La luz de la tarde era más tenue y hacía que tomase un color más oscuro y profundo. Le pareció muy pesada, y que su frío le traspasaba la piel para instalarse en su interior. La llevó a la habitación y volvió a guardarla en el cajón, cubierta por toda la ropa. Nada iba a asustarla y obligarla a dejar lo que estaba haciendo: ni el fuego, ni las amenazas de Zubeldia, ni la preocupación de Marta y, menos que nada, unos sueños sin sentido y una estúpida piedra sin valor.

Se planteó que debería subir a la buhardilla y continuar con su trabajo para demostrarse a sí misma que no estaba asustada. Sin embargo, se sentía cansada y las emociones del día le habían provocado un dolor de cabeza que iba haciéndose más intenso a cada minuto. No tenía ganas de encerrarse y realizar mediciones. Lo mejor sería salir a buscar de nuevo a Rahu. Quizá ya estaba cansado de su excursión y tenía ganas de volver a casa pero no encontraba el camino. Si la veía o la oía llamarle en el bosque, acudiría a su encuentro.

Salió de la casa, cerró la puerta con llave y caminó hacia los árboles. Cuando se encontraba a unos metros, miro alrededor, sintiéndose inquieta. En realidad, no sabía por dónde empezar a buscar y le daba miedo dejar la casa sola. Sin planteárselo más tiempo, continuó andando con paso decidido y se internó entre los árboles. Tampoco iba a consentir que la convirtiesen en una esclava dentro de su propio hogar. No había nada irreparable dentro de la casa: Rahu estaba en el bosque y la investigación podría seguir adelante si al cráneo le pasaba algo.

Entre los árboles soplaba una brisa agradable. Nada más entrar, todos los sonidos del exterior del bosque desaparecieron. Sólo se podía escuchar el susurro del viento en las copas y los primeros pájaros que cantaban al atardecer. Casi le pareció un sacrilegio alzar la voz en aquel lugar. Le llamó una vez, quedándose callada por si oía algún maullido de respuesta. No escuchó nada, así que avanzó unos pasos y volvió a llamarle. Su voz parecía haber ahuyentado a los pájaros y sólo la acompañaba el chasquido

de sus pasos sobre las ramas secas.

Cuando se sintió cansada, se sentó sobre una piedra y observó alrededor. Los rayos del sol que se colaban entre las ramas eran débiles, tenían una tonalidad anaranjada y su trayectoria era casi horizontal. Debía de quedar poco para que oscureciese. Miró su reloj. Llevaba casi dos horas buscando a Rahu. No le había parecido que hubiese pasado tanto tiempo. Si estaba en el bosque ya tenía que haberla oído, no vendría por mucho que siguiese buscándole. Si no había acudido, era porque no estaba allí o porque no quería volver con ella.

Se levantó y caminó despacio hacia la casa, sintiéndose derrotada. ¿Por qué se comportaba así con ella? Era cierto que últimamente había estado demasiado centrada en sí misma pero había tratado de que no le faltase nada. Tenía que volver, seguramente lo haría como la primera vez que se encontraron. Recordó con una sonrisa como la había seguido hasta casa a pesar de la lluvia, como había maullado desesperado frente a la puerta del portal para pedirle que no le dejase allí, la cantidad de salchichas que se comió esa noche, casi sin masticarlas, como si no fuese a parar nunca. Por eso le había llamado Rahu. Al verle devorar de esa manera, había recordado la leyenda de un demonio de la India con ese nombre, del que se decía que devoraba la luna y el sol, provocando los eclipses. Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos y se dirigió a casa a paso rápido. Volvería a buscarle al día siguiente, todos los días si era necesario, pero estaba anocheciendo y no quería perderse.

Unos minutos después salió del bosque y divisó la casa. Estaba tal y como la había dejado, parecía que nadie se había acercado en su ausencia. Entró y comprobó que todo estuviese en su lugar. Quizá la persona que había intentado asustarla para que dejase el pueblo o la investigación ya se había enterado de que nada la haría cambiar de opinión y de que había tomado las medidas oportunas para que no pudiera interponerse. Subió a la buhardilla y comprobó que la cabeza seguía sobre la mesa. Una luz muy tenue entraba por el tragaluz, creando luces y sombras en cada rincón, provocando la ilusión de que las cuencas vacías le lanzaban una mirada resentida. Encendió la luz y se sentó frente a la mesa. Eran sólo unos huesos, tal y como había pensado antes. Debía olvidar todas sus fantasías sobre fantasmas, sueños y premoniciones. Y, sobre todo, no debía permitir que el miedo le impidiese cumplir con la obligación que ella misma se había impuesto.

— Está bien— dijo en voz alta mientras posaba las manos sobre el hueso, tratando de percibir todo su frío, su textura, su realidad—. Voy a ayudarte a

conseguir la justicia que deseas. Pero voy a hacerlo por mí, no por los sueños, ni las extrañas sensaciones, ni por esa piedra verde. Así que basta de juegos. A trabajar.

Cogió los papeles en los que había ido apuntando la longitud que deberían tener los palillos que iría colocando en diferentes puntos como cotas de grosor para marcar la profundidad de la carne que la chica habría tenido en vida. Fue midiendo, cortando y colocando cada uno de los palillos, comprobando que las medidas y lugares eran correctos. A pesar de sentirse insegura por no haber realizado ese trabajo antes, la concentración y meticulosidad que exigía hicieron que olvidase todo lo demás.

Cuando acabó de pegar el último palillo, se echó hacia atrás en la silla y contempló su trabajo. En un primer momento, sintió un escalofrío. Los trozos de madera diseminados por toda la superficie de la calavera le daban un aspecto tétrico e intranquilizador. Le pareció que debería sentirse lo mismo a la vista de una tumba profanada o de algún oscuro ritual satánico que mancillase un lugar de culto. Intentó alejar esos pensamientos, mientras se frotaba los ojos cansados. Se estiró intentando desentumecer la espalda y miró su reloj. Ya eran las dos de la mañana. No podía creer que el tiempo se le hubiese pasado tan rápido. Sabía que debería irse a dormir pero sentía la cabeza totalmente despejada y se notaba optimista, llena de energía y de ganas de seguir trabajando. Si pudiese conseguir que la espalda dejase de dolerle...

Echó un vistazo al sofá. Lo mejor sería tumbarse un rato para que los músculos de la espalda se relajasen y quizá también sería bueno que sus ojos descansasen un rato. Los sentía fatigados después de tantas horas ocupada en una tarea que exigía una precisión de milímetros. Apagó la luz, se tumbó y se dejó capturar por la sensación de bienestar que producían los mullidos cojines en su espalda, la suave brisa que entraba por el tragaluz entreabierto, el sonido de los insectos nocturnos y el silbido del viento en las ramas del almendro del patio. Se planteó que, cuando hubiera descansado lo suficiente, se levantaría y se prepararía una buena cena, aunque ya fuese muy tarde.

El llanto agudo y prolongado de un niño la sobresaltó. Se sentó de nuevo en el sofá, con todos los músculos en tensión. ¿De dónde procedía ese sonido? Miró a su alrededor, extrañada por la claridad con la que podía distinguir los detalles de los muebles. ¿No acababa de apagar la luz? Debía haberse quedado dormida, seguramente estaba más cansada de lo que había querido admitirse. El llanto del niño debía haber sido el final de una pesadilla. Se alegró de no recordar nada más del sueño, de haber podido disfrutar

durante unas horas de un descanso sin interrupciones.

El sonido volvió a escucharse, más alto y lastimero. Se levantó de un salto mirando alrededor. ¿Seguiría soñando? No, el sonido era muy real y procedía del exterior de la casa. Volvió a escucharlo, una serie de quejidos frente a la puerta principal. No era el llanto de un niño. ¡Era Rahu! Bajó la escalerilla a toda velocidad y se lanzó a la puerta principal. Al abrirla le vio, sentado a dos metros de las escalerillas de entrada, maullando desesperado, como si llorara llamándola.

— Has vuelto, sabía que lo harías— dijo ella mientras bajaba las escaleras para cogerlo en brazos.

El gato reculó un par de pasos, mirándola asustado. Laura se agachó y extendió las manos para que se acercase a olerla, intentando demostrarle que no estaba enfadada y que no iba a castigarle pero Rahu continuó en la misma posición, los músculos marcados bajo el pelaje como si estuviese preparado para huir en cualquier momento. Laura intentó acercarse despacio para no espantarle, con los brazos extendidos.

— No pasa nada, cariño— le susurró con voz dulce—. Puedes volver a casa, todo está bien.

Cuando ya estaba a menos de medio metro, el gato volvió a apartarse dando varios pasos atrás, sin dejar de mirarla. Laura notó que el pelo de su lomo empezaba a erizarse y apartó las manos, intentando que no se sintiese acorralado. Rahu echó a correr hacia el coche y empezó a arañar la puerta del copiloto. Le dirigió una mirada implorante y empezó a maullar de nuevo. Ella se enderezó y le miró, incrédula. ¿Qué estaba intentando decirle? ¿Qué se marchasen, que volviesen a Bilbao? ¿Desde cuándo un gato decidía donde debía vivir su dueño?

— Vamos, Rahu. No hagas tonterías. Aquí vamos a vivir muy bien, ya lo veras— dijo, acercándose con decisión para cogerlo.

El gato bufó y arqueó el lomo mientras volvía a recular. Laura se planteó si debía abrirle la puerta del coche y dejarle entrar para encerrarle hasta que se tranquilizara, pero el brillo salvaje de sus ojos amarillentos le hizo arrepentirse de la idea. No le hacía ninguna gracia imaginarse entrando en el coche horas después para sacarle. Le daba la impresión de que no era capaz de predecir su comportamiento, que no podía estar segura de que él no iba a atacarla. ¿Y si había contraído la rabia o alguna otra enfermedad?

— No sé qué quieres, Rahu. No te entiendo— dijo, bajando la mirada derrotada—. Entra en casa, por favor.

El gato lanzó un maullido bajo, lastimero y se quedó mirándola durante unos segundos, como si dudara. Después, se dio la vuelta y echó a correr hacia el bosque. Unos metros antes de esconderse entre los árboles, paró de nuevo y volvió a emitir el mismo sonido, como si se despidiera. Laura se quedó quieta, sin saber qué hacer. Cuando el gato se internó entre las sombras, se dirigió también hacia allí. Se detuvo en medio de la explanada, observando la primera fila de árboles para ver si se encontraba allí, pero ya había desaparecido. Observó el lugar, sintiéndose confusa, planteándose de nuevo si estaba en un sueño. La luz era aún muy débil y una niebla espesa y blanquecina velaba el paisaje, como si fantasmas translucidos se deslizasen sobre la tierra húmeda. El silencio era absoluto, parecía que Rahu había sido el único ser vivo que habitaba con ella ese paraje perdido y ahora la había abandonado. Tenía que estar soñando, los gatos no se comportaban así, los bosques no podían parecer tan vivos y a la vez tan muertos.

El sonido de una campana quebró el silencio, haciendo que una bandada de pájaros saliese disparada de las copas de los árboles, llenando el cielo de saetas negras. Laura buscó con la mirada la procedencia del sonido. Debía ser el campanario de la iglesia pero en los días que llevaba allí era la primera vez que la oía, así que no podía estar dando las horas. El sonido continuaba, repetitivo pero sin seguir ningún ritmo ni formar ninguna melodía, caótico. Se preguntó qué estarían anunciando. Producía una extraña sensación de desasosiego, como si avisará de algún peligro. Se planteó que podían estar pidiendo ayuda por algo, quizá algún incendio. Se había dejado llevar por las teorías de Ander sin plantearse que podría haber algún pirómano por los alrededores que quizá había incendiado otra casa mientras los ocupantes estaban durmiendo. Entró en el bosque corriendo y cruzó el puente a toda la velocidad que le permitían sus piernas. La iglesia apareció entre los árboles, su alto campanario difuso tras la niebla. Se acercó para preguntar pero la puerta que llevaba a la torre estaba cerrada, así que continuó corriendo hasta llegar al pueblo.

Unos metros más adelante, divisó la plaza. Tres mujeres estaban en corro cerca de la fuente, conversando entre sí. A Laura le sorprendió la tranquilidad de aquella gente y paró su carrera. Seguramente las campanas no significaban nada y había hecho el ridículo corriendo hacia allí. No se veían llamas por ningún sitio y el aire no traía olor a humo. Se planteó que debería girarse y volver a su casa pero, ya que había llegado hasta allí, decidió preguntar a las mujeres.

— Buenos días— dijo acercándose a ellas—. Perdonen que las moleste pero he oído las campanas y me he acercado a preguntar. ¿Saben por qué suenan así?

— Todavía no sabemos por quién suenan, estamos esperando a ver si viene alguien que lo sepa— contestó una de las mujeres.

— ¿Por quién suenan? Perdonen pero no entiendo. ¿No es una señal de peligro o algún tipo de celebración?

Las mujeres la miraron incrédulas, como si ella acabase de llegar de otro planeta. La que había hablado miró a sus compañeras y por fin contestó:

— Las campanas nunca suenan así para celebrar nada. Están doblando a muerto.

## CAPÍTULO QUINCE.

El ruido de unos golpes en la parte delantera de la casa la sacó del sueño. Se levantó despacio y desde el ventanal del salón observo como Ander estaba arrancando las tablas quemadas de la pared del cobertizo. Su reloj marcaba las doce del mediodía. Después de volver del pueblo había pensado en echarse un rato a descansar y había dormido más de seis horas. Se sentía desorientada y no era capaz de recordar con claridad los acontecimientos de esa madrugada. ¿De verdad había visto a Rahu llamándola? Todo le parecía tan irreal ahora: la niebla deslizándose, el sonido de las campanas... Ander podría decirle si había muerto alguien en el pueblo. Salió de la casa, protegiéndose los ojos con la mano para evitar la fuerte luz del sol.

— Hola, ¿ya te has despertado?— le preguntó Ander, sonriendo.

— Sí, ya siento no haber salido a recibirte. Ni siquiera he oído el sonido de la moto.

— Supuse que estarías dormida y no quise molestarte pero empezaba a preocuparme. Pensé que quizá  no estarías en casa si no te despertabas con el jaleo que estoy montando.

— No he dormido bien. Me desperté sobre las seis de la mañana. ¿A qué no adivinas quién vino a verme a esa hora?

— No sé. ¿Tu marido? ¿El fantasma de la chica de la buhardilla?

— No, bobo— dijo ella, riendo—. Rahu estuvo aquí fuera pero no quiso entrar en la casa. Se volvió a escapar al bosque.

— Bueno, al menos sabes que está bien y que sabe volver. ¿Más tranquila?

— Sí, aunque parecía asustado, como si la casa le diera miedo. Su comportamiento fue tan extraño...

— Por supuesto, es un gato, no querrás que se comporte de forma normal— bromeó él—. Ya te dije que estará de juerga y que volverá cuando se canse. No te preocupes más.

— Está bien. Iba a desayunar. ¿Quieres un café?

— Vale, así pararé un rato. Llevó más de una hora pegándome con estas tablas.

Laura entró en casa y empezó a preparar café para los dos. Ander se sentó en el sofá, esperando.

— Esta mañana escuché las campanas de la iglesia. En el pueblo me dijeron que había muerto alguien. ¿Sabes quién?— le preguntó mientras calentaba la leche.

— Claro, en los pueblos se sabe todo. Además, era un amigo de mi hermano. Se llamaba Jon.

— Entonces era un chico joven, ¿no? ¿Y de qué ha muerto?

— Tenía unos treinta años— explicó Ander—. Dicen que se ha suicidado, que le encontró su mujer colgando de una viga del techo de su garaje. La policía vino esta mañana a llevarse el cuerpo. Supongo que le harán la autopsia. En el pueblo no se habla de otra cosa.

— ¡Pobre mujer! Tiene que ser espantoso— dijo ella, llevando los cafés a la mesa y sentándose frente a él—. ¿Tenía alguna razón para suicidarse? ¿Le iban mal las cosas?

— No sé. Yo no le conocía mucho, sólo de cuando salía con mi hermano. Pero era un tío muy raro, muy callado, como si siempre estuviese de mal humor. Solía andar solo por ahí. No sé, es posible que estuviese mal— contestó él—. Tu amiga Marta trabaja en la Ertzaintza, ¿no? A lo mejor ella pueda decirnos algo más.

— Sí, pero me da vergüenza llamarla sólo para cotillear. No tenemos ninguna razón para interesarnos por el caso.

— ¿Cómo que no?— dijo él, empujando hacia ella el móvil que tenía sobre la mesa—. Acabas de mudarte a un pueblo en el que ha aparecido un cadáver, eso después de que un asaltante desconocido intentase quemar tu casa. Es normal que quieras saber si deberías preocuparte.

Laura asintió, encendió el móvil y marcó el número de Marta. Unos tonos después, su amiga contestó.

— Hola, esperaba que me llamases. Supongo que te habrás enterado de que ha aparecido un muerto en tu pueblo.

— Sí, te llamaba por si sabías algo.

— Bueno, el caso no lo llevo yo pero creo que debería avisar a todos los vecinos sobre tu mala influencia. En los días que llevas ahí, la criminalidad de Erkiaga ha subido un cinco mil por ciento.

— Juro que yo no tengo nada que ver. Es posible que contagie mi mala suerte.

— No seas boba. Lo decía de broma. Sobre el chico de esta mañana, he oído decir que se trata de un suicidio, cerrarán el caso esta misma tarde. Parece ser que padecía depresión y que estaba muy mal en su trabajo. Su matrimonio tampoco iba demasiado bien.

— Pues para no llevar el caso estás muy informada.

— De algo hay que hablar en la hora del café y, según he oído el nombre de Erkiaga, me he interesado. Puedes estar tranquila, no hay ningún psicópata suelto.

— Muchas gracias por todo, Marta.

Colgó el teléfono y le comentó a Ander lo que ella le había dicho mientras acababan el café. Él se levantó de la mesa y observó el patio por el ventanal.

— Parece que el sol pega con fuerza ahora. Me da pereza salir a trabajar con el calor que hace.

— No tienes que ir ahora mismo. Después de todo, no merece la pena que te esfuerces mucho para lo que te voy a pagar— le dijo ella sonriendo.

— ¿Qué vas a hacer tú?

— Había pensado trabajar un poco más en la reconstrucción de la cabeza.

— ¿Podría ver cómo está quedando?— pidió él, con gesto suplicante—. Es que no creo que vaya a tener nunca más la oportunidad de conocer a alguien con unas aficiones como las tuyas.

— Está bien, ven— contestó ella, subiendo la escalerilla—. Pero no hay mucho que ver. No estoy trabajando tanto como debiera.

Llegaron arriba y ella le señaló la mesa en la que estaba colocada la cabeza. Los palillos blancos clavados por toda su superficie destacaban sobre el cráneo amarillento, dándole un aspecto monstruoso.

— Se parece al cartel de la película “Hellraiser"— comentó él, como si

hubiese leído su pensamiento—. ¿No te da miedo trabajar con una cosa así?

— De día, no— bromeó ella—. Sólo tienes que plantearte que no es más que una calavera. No hay nada de sobrenatural en ella.

— ¿Y qué vas a hacer ahora con esto?— preguntó él, acercándose a la mesa para observar la cabeza con atención.

— Bueno, como supondrás, no he colocado esos palillos para que dé más miedo. Tienen una función. Como puedes ver, son de distinta longitud. Cada uno de ellos marca la profundidad de la carne que recubría el hueso cuando la chica estaba viva. Ahora tendré que ir aplicando tiras de arcilla de un grosor que coincida con la longitud de cada palillo. Después, iré rellenando los huecos que queden entre las tiras. Esta es la parte fácil del trabajo porque se basa en seguir unas tablas y es bastante mecánico. Lo difícil viene luego.

— ¿Y qué es? ¿Qué más hay que hacer?

— Después hay que empezar a trabajar en la forma de los ojos, la nariz, la boca, el mentón... Estos son los aspectos que hacen que una cara sea única pero por desgracia desaparecen cuando el cuerpo se descompone y no hay tablas que indiquen como hacerlo. Es más un trabajo para un escultor que para un científico. Exige que imagines como sería la cara en vida, como lograr un equilibrio entre las facciones... Sería fácil si todo el mundo tuviese una cara armoniosa pero no es el caso. Hay mucha gente con rasgos desproporcionados, con una nariz muy grande o una boca muy pequeña... No hay nada en la forma del cráneo que nos dé pistas sobre esas desviaciones. No sé si estaré preparada para hacerlo.

— Yo creo que sí. No te preocupes, lo harás bien— la animó él—. Bueno, me voy a trabajar un rato en el cobertizo.

Ander bajó la escalera y la dejó sola en la buhardilla. Ella se sentó frente a la mesa y observó la cabeza, preguntándose por dónde empezar. Unos segundos después escuchó de nuevo el ruido de martillazos en el patio delantero. Sonrió, agradecida por ese amigo que parecía caído del cielo en el momento en que más lo necesitaba. El simple hecho de saber que estaba allí, que podía hablar con él con sólo bajar una escalera, le hacía sentirse más tranquila, menos sola. Abrió uno de los paquetes de arcilla, sintiéndose animada y con fuerzas, y empezó a moldear la primera tira.

Trabajó durante un par de horas, rellenando los espacios en los que habrían ido los músculos de la parte inferior de la cara. Se separó unos centímetros para observar como estaba quedando. El aspecto de la calavera era aún más

escalofriante que antes de empezar, recordaba a un cadáver en pleno proceso de putrefacción. Se sintió incomoda ante esa visión. Sabía que era ridículo tener miedo pero le parecía que el cráneo cobraba más fuerza cuanto más trabajaba en él, que su interés le daba poder, vida. Sintió un cosquilleo en la nuca, la incómoda sensación de que había alguien observándola a su espalda y que se desvanecería en el momento en que se diese la vuelta, dejándole la incómoda impresión de haber captado un rastro de su presencia con el rabillo del ojo. O quizá no se desvanecería, quizá cuando se girase ella estaría ahí, evaluando su trabajo con sus ojos vacíos, señalándola con su brazo descarnado. Un frío intenso la sacudió. Se levantó, con la cabeza agachada, rezando para no ver nada, para que no hubiese nada allí, y bajó a toda velocidad la escalerilla.

Una vez abajo, se sintió ridícula. No había nada allí arriba, no había fantasmas acechándola en cada rincón. Sabía que debería volver y trabajar al menos cinco minutos más, que huir de esa manera sólo serviría para reforzar el miedo, pero no se sintió con fuerzas. Se encontraba muy alterada y sabía que interpretaría cualquier sombra, cualquier ruido, como una señal de su invisible visitante. Lo único que le apetecía era estar a la luz del sol, hablar con alguien, sentirse viva.

Salió de casa. Ander estaba tan distraído que no oyó la puerta y continuó trabajando. Laura le examinó desde la parte alta de las escaleras de entrada. Había terminado de arrancar todas las tablas quemadas y las había amontonado en una esquina del jardín. En ese momento, estaba cortando con una sierra una tabla nueva. El calor allí fuera era sofocante. El aire parecía tener una textura espesa y pesada y la brisa que llegaba a oleadas era cálida y húmeda, como si alguien hubiese abierto la puerta de un horno. Ander se había quitado la camiseta y todo su cuerpo brillaba bajo la luz del sol, cubierto por una fina película de sudor. Incluso su pelo estaba empapado y le caía en mechones sobre la frente.

— Vas a coger una insolación— le dijo, apoyándose en la barandilla—. Tampoco es necesario que te mates para acabarlo hoy.

— Me has asustado, no te he oído llegar— dijo él, girándose—. Me había distraído con el trabajo. ¿Qué hora es ya?

— Las dos de la tarde— contestó ella, mirando su reloj—. Anda, entra en casa. Te invitó a comer.

Él sonrió, tiró la sierra a un lado y recogió su camiseta del suelo. Al ponérsela, un gesto de dolor cruzó su rostro.

— ¿Pasa algo?— le preguntó Laura, preocupada.

— Creo que me he quemado. No estoy acostumbrado a que me dé el sol.

— Déjame que te vea— dijo ella, acercándose mientras él se levantaba la camiseta. La piel aparecía muy enrojecida y tirante—. Ven conmigo, creo que tengo alguna loción en casa.

Ander la siguió. Ella entró en el cuarto de baño, rebuscó hasta dar con una crema hidratante y volvió al salón.

— Vamos, quítate la camiseta. Tengo que echarte esto.

Él obedeció y se puso de espaldas a ella. Laura abrió el bote y vertió el líquido frío sobre su espalda, haciendo que él diese un respingo. Empezó a repartir la loción por su espalda, sorprendiéndose de la suavidad de su piel, de lo agradable que resultaba su tibieza, de la manera en que sus manos acariciaban ese cuerpo como si lo conociera de toda la vida, como si quisieran seguir recorriéndolo por siempre.

Ander se giró en silencio. Laura le miró intrigada, sin saber qué reflejaba su mirada. Las manos de Ander se posaron en su cintura y la atrajeron. Ella se sintió desconcertada, sin saber por qué él se comportaba de esa manera y por qué su cuerpo se negaba a reaccionar, por qué deseaba ese contacto más que ninguna otra cosa en el mundo. Él acercó sus labios y la besó con suavidad, un leve roce. Ella contestó a su beso, acallando la voz interior que le decía que aquello estaba mal. Ander apretó aún más su cuerpo, cerró los ojos y volvió a besarla con más pasión, con más urgencia. El hechizo pareció romperse cuando esos dos espejos negros desaparecieron de la visión de Laura. Ella no quería eso, no estaba preparada para algo así. Por muy injusto que fuese, las manos de Ander, sus besos, sólo conseguían traerle recuerdos de David, de sus caricias, de su traición... Se separó con violencia y se giró, incapaz de mirarle a la cara, temerosa de volver a caer bajo el influjo de sus ojos negros.

— Lo siento, Ander— se disculpó—. No estoy preparada para esto...

Él no contestó. Se quedó unos segundos quieto, en silencio. Después, recogió su camiseta y salió de la casa, dando un portazo. Laura le siguió, corriendo y le llamó desde las escaleras.

— Ander, no te vayas. Podemos hablarlo.

— No sé a qué estás jugando conmigo pero no me gusta— contestó él, volviéndose—. No quiero hablar de nada, no hay explicación para lo que

estás haciendo conmigo.

— No te entiendo. Pensé que sabías como me sentía, que me comprendías...

— Y yo pensé que tú a mí también. Pero veo que no es así, que te divierte atraerme y rechazarme. Eso es cruel, Laura.

Subió en la moto y arrancó. Ella volvió a llamarle pero el ruido del motor ahogó el sonido, o él fingió que no la había escuchado. Le miró alejarse, preguntándose qué había hecho mal, hasta qué punto le había herido. Se sentía triste, y enfadada. Creía haber dejado muy claros los términos de la relación, que le había hecho comprender que con ella no podría tener nada más que una amistad. Aunque, realmente, ella nunca antes había dormido abrazada a un amigo, ni había ardido en deseos de tocar su piel, ni había permitido que la besase. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Qué deseaba de verdad? Mientras ella no lo tuviese claro, todas las señales que le enviase a Ander serían confusas. No podía culparle por haberla malinterpretado cuando quizá ella mostraba con su comportamiento que deseaba ese contacto. Aunque ya no importaba. Era posible que él no volviese a aparecer por allí. Si no venía en un par de días, iría a buscarle al pueblo e intentaría explicarse.

Volvió a entrar en casa, pero le pareció muy grande y muy solitaria. No quería pasarse la tarde allí dentro, pensando en Ander, en David, en Rahu... Le parecía que ya no podía perder nada más, todas las personas que le importaban en su vida se esfumaban, la abandonaban a la menor oportunidad. Tenía que haber algo muy equivocado en su manera de comportarse, algo terrible que hacía que nadie quisiera quedarse a su lado. Sintió el escozor ardiente de las lágrimas en sus ojos. Intentó controlarse. Si empezaba a llorar, se pasaría toda la tarde autocompadeciendose, culpándose de todo... Tenía que salir, hacer algo. Volvió a coger el teléfono y se quedó mirándolo por unos segundos. Cuando lo había encendido antes no se lo había plateado, pero no había llamadas perdidas de David. Parecía que la situación le había quedado bastante clara en su última conversación. Eso no le hizo sentirse más tranquila y liberada, como ella había pensado que sucedería si él comprendía que necesitaba tiempo para pensar. Le habría gustado saber que él seguía pensando en ella, echándola de menos, deseando volver a verla. Era una ilusa. ¿Cuánto tiempo había pensado que podría tenerle humillándose por ella, soportando sus desprecios? Seguramente había vuelto con su amante, o se había buscado una nueva con la que rehacer su vida mientras ella seguía sola, dando vueltas a sus recuerdos, atrapada en su pasado sin posibilidad de seguir adelante. Por un

momento, imágenes de David con otra mujer, de revuelo de sabanas de seda, de mezcla de besos y sudor, de susurros encendidos, torturaron su mente, haciendo que las ganas de llorar volvieran a asaltarla. Buscó el número de Marta y marcó. Le propondría quedar para comer y, si ella tenía la tarde libre, podrían ir al cine o incluso dejaría que volviese a poner en peligro su cuenta corriente acompañándola de compras. Cualquier cosa con tal de no seguir sintiéndose tan sola.

**CAPÍTULO DIECISÉIS.**

Laura se levantó de la silla y se alejó un par de pasos para observar su trabajo. Caminó en semicírculo frente a la mesa, intentando que una perspectiva diferente hiciese llegar la inspiración que le faltaba. Hacía ya más de una hora que había terminado con la parte mecánica del trabajo. Frente a ella tenía la reconstrucción de cómo debieron de ser los músculos de esa chica, su cara en general. Pero, ¿cómo animar ese rostro? ¿Cómo dotarlo de algo de la expresividad que tuvo en vida?

Volvió a sentarse frente a la cabeza. Tenía que intentarlo. Lo mejor sería ir creando rasgos que armonizaran con la estructura general del cráneo y después iría evolucionándolos si no le convencían. Pensó con ironía que, a lo mejor, durante el proceso volvía a recibir algo de ayuda sobrenatural.

Pasó trabajando la siguiente hora, modelando los labios, los párpados, la forma de la nariz... Volvió a levantarse para observar el progreso de su obra. Negó con la cabeza, sintiéndose aún más frustrada que antes de empezar. Lo que estaba modelando no era la representación de una persona. Era una muñeca, una preciosa cabeza desprovista por completo de personalidad, un cúmulo de perfecciones que recordaban más a la representación de un ángel que a una pobre chica asesinada años atrás. Era imposible que alguien pudiese reconocer con aquello a la hija desaparecida, la hermana perdida o la amiga añorada.

Bajó de la buhardilla, dándose por vencida de momento. No sabía cómo arreglar aquello, así que lo mejor sería no tocarlo. Sacó un botellín de agua de la nevera y le dio un largo trago mientras miraba por la ventana. Fuera el sol lucía con fuerza, convirtiendo el jardín en un paisaje dorado. Observó las matas de fucsia y madreselva, que luchaban con ortigas y malas hierbas, empeñadas en lucir sus colores. Salió de la casa, decidida a matar la tarde intentando arreglar el jardín. Sacó las llaves del cobertizo y abrió la puerta, a pesar de que podía haber entrado a través del hueco que había dejado Ander al arrancar las tablas. Los maderos nuevos continuaban esparcidos por el suelo, mezclados con las herramientas que él había dejado allí. Ni siquiera había querido acercarse a su casa con la excusa de recogerlas. Llevaba tres días sin saber nada de él y no conseguía reunir el valor suficiente para ir a pedirle perdón. Había vuelto a quedarse sola, sin saber en realidad qué era lo que había hecho mal, cómo podría haberse

comportado para que la situación no terminase así. Quizá era su destino, alejar a los demás de su lado, vivir eternamente perdiendo a la gente que le importaba.

Decidió dejar de pensar en ello. Lo que tenía que hacer era mantenerse continuamente ocupada para expulsar de su memoria a David, a Ander, a Rahu... Buscó en las baldas del cobertizo hasta encontrar unos guantes de jardinería y unas tijeras de podar. Salió del cobertizo, sin molestarse en volver a cerrar y se sentó en la hierba para empezar a trabajar. El sol calentaba con fuerza pero el viento era fresco y soplaba en ráfagas. Miró al cielo. Unas nubes oscuras se divisaban en la lejanía, nublando el horizonte. Pronto estallaría una tormenta que la obligaría a encerrarse en casa y enfrentarse a sí misma. Quizá debería haberse comprado un televisor que le impidiese pensar.

Unos minutos después escuchó un motor acercándose a través del bosque. Levantó la cabeza y atisbó entre los árboles, esperando que fuese su moto, tal y como llevaba haciendo los dos últimos días. No iba a ser él, nunca era él. Pero entonces su silueta apareció en la explanada, la camisa negra entreabierta hinchada por el viento, el oscuro cabello revuelto. Laura se levantó y le sonrió, feliz de verle. Quizá todo se arreglaría, quizá él había comprendido que era ridículo que estuviesen enfadados. O quizá sólo venía a recoger sus cosas y a decirle que no quería volver a verla. La sonrisa se borró de su cara. Cruzó los brazos y le observó mientras él detenía la moto, se bajaba y se aproximaba a ella.

Ander se acercó con la mirada baja, mientras luchaba por apartar unos mechones rebeldes de sus ojos.

Siento lo del otro día dijo, levantando la vista para fijarla en un punto lejano . Creo que ninguno de los dos se portó como debía.

Yo también lo siento le cortó Laura . Fue todo un malentendido. Estaba pensando en ir al pueblo para explicártelo. Me alegro de que hayas venido.

Bueno, en realidad no he venido por eso contestó él, mirándola por fin a los ojos . Una persona del pueblo ha desaparecido y están organizando patrullas para salir a buscarle. Pensé que quizá te gustaría acompañarme.

Sí, claro dijo Laura . Dame un minuto y nos vamos. ¿Quién ha desaparecido?

Esteban, el profesor del pueblo. Salió a pescar hace dos días y no ha vuelto le explicó Ander gritando desde el porche mientras ella entraba en la casa, se lavaba las manos y cogía una chaqueta . Piensan que pudo caer

al río y ahogarse o que quizá esté herido en el bosque y no pueda volver. Ahora mismo algunos policías están en la plaza, organizando a la gente del pueblo para empezar la búsqueda.

Laura salió y ambos se dirigieron a la moto. Ander arrancó y ella se agarró a su cintura, sintiéndose reconfortada por un contacto que había creído perdido. Unos minutos después llegaron a la plaza. Unas veinte personas se concentraban alrededor de un coche de la policía mientras algunas parejas ya se alejaban para empezar la búsqueda en los lugares que les habían asignado. Ander paró la moto cerca del grupo y un agente se les acercó, llevando un mapa.

¿Son de la zona? les preguntó. Ellos asintieron . Bien, ya que cuentan con una moto, les asignaré una zona alejada. Desplegó el mapa y fue señalando con el dedo el recorrido que deberían hacer . Suban por el río hasta aquí. Es bastante inaccesible para llegar en coche pero con la moto no tendrán ningún problema. Busquen entre estos dos puntos y regresen antes de que anochezca. No queremos que se pierda nadie más. ¿De acuerdo?

Ander asintió y volvió a arrancar. Retrocedieron hasta el puente y siguieron el río, internándose entre los árboles.

El camino es bastante malo pero no te preocupes él se giró y la habló, haciéndose oír por encima del sonido del motor . Lo conozco bien porque me gusta mucho pasear por esa zona.

Unos minutos más tarde, paró la moto bajo un amplio roble a cuya sombra se olvidaba la fuerza de la luz y el calor del sol. Laura miró alrededor, preguntándose por dónde empezarían a buscar al hombre. Ander le señaló un sendero empinado, delimitado por matorrales de espino.

— Subiremos andando los últimos metros, con la moto sería más difícil.

— ¿Saben si el hombre que ha desaparecido subió andando? ¿Crees que podría haber llegado tan lejos?— le preguntó ella mientras comenzaba a seguirle.

— Vino andando pero mucha gente viene a pescar hasta aquí— contestó él apoyándose en algunas piedras del camino con las manos para no resbalar —. Ten cuidado aquí, el suelo no es muy firme. Un poco más adelante el río se ensancha, formando una laguna en la que la pesca es bastante buena. Yo mismo he venido alguna vez de pequeño con mi hermano Mikel.

— No sabía que te gustase pescar— comentó ella, esforzándose por no quedar atrás.

Ander llegó arriba y se giró, extendiendo la mano para ayudarla en los últimos metros. Laura le agarró y dejó que él tirase para izarla hasta el final del escarpado camino.

— Y no me gusta. Pero a mi hermano y a sus amigos les encantaba así que a veces me traían con ellos. Creo que yo no conseguí pescar un solo pez en todas las veces que vinimos.

Siguieron caminando entre los árboles, acompañados por el sonido de la corriente de agua y por el silbido del viento, que jugaba con las ramas de los árboles, soplando cada vez con más fuerza. Al fin llegaron al lugar del que Ander les había hablado. Un silbido desde la otra orilla les llamó la atención. Los dos miraron hacia allí. Una pareja les saludaba, agitando los brazos.

— ¿Estáis aquí por lo de la búsqueda?— les gritó Ander.

— Sí, nosotros nos encargamos de este lado del río— contestó el hombre.

— ¿Lleváis mucho tiempo?

— No, una media hora. Seguiremos hasta que empiece a llover. No creo que quede mucho— dijo la mujer, mirando las nubes que se acercaban, negras e hinchadas.

— Está bien. Buena suerte— les deseó Ander.

La pareja siguió río abajo. Ander arrancó dos ramas de un árbol seco y le tendió una a Laura.

— ¿Para qué quiero esto?— le preguntó ella.

— Si Esteban se ahogó, es posible que el cuerpo haya quedado sumergido o que se haya quedado enganchado con algo. Si ves algo que te parezca sospechoso, puedes intentar moverlo con el palo para ver que es o intentar apartar lo que tenga alrededor.

Laura asintió y le siguió en silencio, rogando para que la rama no le fuese de ninguna utilidad, para que ese hombre estuviese sólo perdido o, al menos, a varios kilómetros de allí. Ander se adelantó unos metros con la mirada fija en el agua estancada de la orilla.

— ¿Tu crees que Esteban conocía este lugar?— preguntó ella, siguiéndole.

— Sí, sé que lo conocía. Yo mismo estuve aquí con él en varias ocasiones — contestó él sin levantar la vista—. Era uno de los amigos de mi

hermano.

Laura le siguió sin hablar durante unos segundos, sin saber qué decir. Ander seguía caminando, esquivando las raíces que algunos árboles hundían en la corriente y removiendo de vez en cuando las plantas de la orilla con su rama.

— ¿No era también amigo de tu hermano el chico que se suicidó?— preguntó al fin.

— Sí— asintió él—. Parece que les persigue la mala suerte.

— No digas eso. Es posible que sólo esté perdido o que haya decidido marcharse a algún sitio sin decírselo a nadie y aparezca en pocos días.

— No creo que se perdiera. Ha vivido siempre en este pueblo. Pero espero que sólo esté herido y no haya podido volver o que tengas razón y sólo este pegándose una escapadita en algún lugar.

— Lo siento. No sabía que lo conocieras. Debes estar muy preocupado.

— En este pueblo nos conocemos todos. No te preocupes, no teníamos una relación muy estrecha. Mi hermano fue perdiendo el contacto con sus amigos de adolescencia y ya sólo veía a Esteban cuando venía al bar a tomar algo. Pero, de todas formas, supongo que mi hermano lo estará pasando mal.

El destello azulado de un rayo rasgó las sombras que habían empezado a difuminar el paisaje. Laura levantó la vista y la fijó en el cielo, cubierto por nubes lúgubres.

— Quizá deberíamos ir acercándonos a la moto y continuar mañana si nadie lo ha encontrado. Empezará a llover en unos minutos— sugirió ella.

— Sí, tienes razón. En poco tiempo no se verá nada.

Volvieron sobre sus pasos, dirigiéndose de nuevo a la laguna. Las primeras gotas de agua empezaron a repiquetear con fuerza a los pocos minutos, golpeando contra las piedras como si alguien las lanzase con rabia desde lo alto. Ander agarró su mano y echaron a correr hasta que el grito asustado de una mujer a lo lejos les hizo detenerse. Se quedaron quietos, mirándose en medio de la tormenta, sin saber de dónde había llegado ese sonido. Volvieron a oírlo, en la orilla opuesta, unos metros más adelante. Corrieron hacia allí y la silueta del hombre que habían visto antes apareció corriendo, agitando los brazos para llamar su atención.

— Lo hemos encontrado. Está aquí— les gritó.

— Vamos, agárrate a mí. Podemos cruzar— le dijo Ander—. El río no es muy profundo y la corriente no es fuerte.

Laura le siguió, agarrándose a su cintura, con la vista clavada en las aguas verdosas, intentando discernir el fondo para no resbalar. Llegaron al otro lado y corrieron detrás del hombre, que les guió río arriba. Unos metros más adelante distinguieron a su mujer, pálida y paralizada, con la mirada clavada en una sombra de la orilla. El cadáver de Esteban estaba allí, su cuerpo lívido y flácido retenido por hierbas y raíces, sus ojos abiertos y fijos en las gotas de lluvia que caían con fuerza sobre la superficie de vidrio verdoso del agua.

— No sé si podré dormir esta noche— comentó Laura, apurando su taza de café—. La imagen de ese hombre no se me va de la cabeza, no consigo olvidar sus ojos.

— Sí, ha sido duro para todos. Nadie esperaba que fuese a suceder algo así — comentó Ander con la cabeza hundida entre las manos—. Además, no estamos acostumbrados a que sucedan dos desgracias tan seguidas en un pueblo en el que nunca había pasado nada.

Laura se levantó y se acercó a la ventana abierta. Ya había anochecido y la tormenta había pasado de largo, aunque todavía podía verse algún rayo lejano brillando en el horizonte. La brisa era fresca y agradable. Se apoyó en el marco de la ventana, dejando que el aire la despejará. Un relámpago iluminó el bosque. Le pareció que un animal pequeño se movía al borde del claro. Sonrió. Seguro que era Rahu, demostrándole que estaba bien y que cuidaba de ella. Desapareció al cabo de unos segundos en la espesura y ella se volvió hacia el interior de la casa. Ander seguía con la mirada perdida en la pared, sumido en sus propios pensamientos.

— ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?— le preguntó, preocupada.

— No, no es nada. Supongo que lo de esta tarde me ha afectado demasiado, al conocerle... De hecho, para ser amigo de mi hermano, me caía bastante bien... Nadie esperaba que acabase así. Si hubiésemos salido antes a buscarle...

— No pudimos hacer nada por él. He hablado con Marta y suponen que resbaló y se golpeó con una piedra, se quedó inconsciente y se ahogó. Llevaba muerto dos días, habría dado igual que se hubiesen organizado

antes las patrullas.

— Eso no hace que me sienta mejor. Me hubiese gustado hacer algo por evitarlo, aunque sea una tontería desear algo así— se levantó de la silla y recogió su chaqueta—. Creo que será mejor que vuelva a casa. Quiero ver cómo está mi hermano. Estoy preocupado por él, aunque sea un capullo.

Laura sonrió y le acompañó a la puerta. Él salió y se giró hacia ella, con la vista clavada en el suelo, y se revolvió el pelo nervioso antes de hablar.

— Supongo que la pelea del otro día está olvidada, ¿verdad? Sé que me comporté como un crío y que interpreté un rechazo donde no había más que un malentendido...

— No es necesario que te disculpes. Está todo arreglado— le dijo Laura, sonriéndole—. Además, tienes que volver a arreglarme el cobertizo. Si yo cojo el martillo, tendréis que lamentar otra desgracia en el pueblo.

— Estaré aquí por la mañana— dijo él subiéndose a la moto—. Buenas noches.

Arrancó y se alejó por el camino. Laura se quedó en la escalera, viéndole marcharse con una sonrisa en los labios. Se sentía feliz de haberlo arreglado, de volver a tenerle a su lado. Seguía pensando que estaba siendo injusta al permitirle acercarse sin haber aclarado sus sentimientos pero él parecía feliz y ella necesitaba estar con alguien.

Volvió a entrar en la casa. Se sentía agotada así que, a pesar de pensar que las imágenes de Esteban la perseguirían impidiéndole dormir, se fue a la cama. Dejó la ventana abierta para sentir el aire y los sonidos de la noche. Se tumbó, se arropó con la manta y, en unos segundos, estaba dormida.

Despertó sintiéndose descansada y feliz. La luz del sol entraba con fuerza por la ventana. No podía creerlo. Una noche sin pesadillas, sin sobresaltos, sin remordimientos asaltando su mente. Retiró la manta y se sentó en la cama. Todo estaba cubierto de unas manchas oscuras, de color marrón rojizo, como sangre seca. ¿Qué era aquello? Sus manos también estaban manchadas y toda su ropa. Se forzó a tranquilizarse y observarlas más de cerca. No era sangre, eran demasiado claras, con un matiz anaranjado. Era arcilla. ¿Qué era lo que había hecho?

Se levantó y corrió hacia la buhardilla. La cabeza yacía tumbada, destrozada. Había arrancado grandes trozos de arcilla, destrozando todos

los rasgos que había modelado la mañana anterior, estropeando su trabajo de los últimos días. ¿Por qué había hecho aquello? No tenía sentido. Se había sentido defraudada por los resultados, sabía que no estaba consiguiendo captar el verdadero aspecto de la chica pero ahora tendría que volver a comenzar desde el principio, y con el miedo de volver a destrozar por las noches el trabajo que hacía de día, como una Penélope absurda y enloquecida.

Se llevó la mano al cuello y notó el frío de la piedra. Arrancó la cadena de un tirón y la arrojó contra la pared, sintiendo como la angustia le atenazaba la garganta.

— Ya basta... — dijo en un susurro—. Si quieres que te ayude, tienes que dejar que lo haga a mi manera. Te avisé: nada de sueños, ni de paseos nocturnos, ni de trucos de magia...

Se quedó en silencio, mirando alrededor con los músculos en tensión, esperando una señal de que la había entendido. Unos segundos después, se sintió ridícula. Era sólo su mente la que estaba provocando todo aquello, sus miedos, su ansiedad. No había fantasmas que jugasen a volverla loca, en aquella partida macabra ella era la única jugadora. Se acercó a la mesa y volvió a poner la cabeza en vertical.

— Está bien. Empezaré de nuevo— a pesar de sentirse estúpida por ello, acarició los rasgos destrozados mientras seguía hablando con aquel objeto —. Te ayudaré a conseguir la justicia que mereces pero espero que no haya más sorpresas en los próximos días.

Una brisa fría inundó la buhardilla, como si una corriente helada recorriese la casa, electrizando su cuerpo. El viento al colarse por las puertas y ventanas provocó un largo siseo, un silbido que sonó como si alguien dijese sí entre sollozos. Todo su cuerpo se estremeció. No intentó convencerse con falsas excusas ni explicaciones racionales. Ahora estaba segura. En esa casa había algo. Aquella chica seguía con ella y no se marcharía hasta que la hubiese ayudado.

## CAPÍTULO DIECISIETE.

Laura se sentó en las escaleras de entrada para tomar un café, intentando que la luz y el aire fresco desvaneciesen sus pensamientos de minutos antes. Su mente se negaba a aceptar como cierto lo que había sentido pero estaban sucediendo tantas cosas extraordinarias en los últimos días que los argumentos iban perdiendo fuerza.

Un coche apareció por la carretera y se introdujo por el camino que llevaba a su casa. Entrecerró los ojos para evitar el sol, intentando vislumbrar al conductor que llegaba a toda velocidad al jardín. Era Marta. El coche continuó hasta aparcar a pocos metros de donde ella estaba sentada, llevándose por delante uno de los arbustos de madreselva que había estado cuidando la tarde anterior. Se levantó preocupada y caminó hacia el coche. Marta abrió la puerta y se dirigió hacia ella.

— ¿Pasa algo?— le preguntó Laura.

— Sí, sí que pasa— contestó Marta, entrando en la casa sin esperar a ser invitada—. Tengo algo muy importante que contarte, algo que va a cambiar tu visión de este idílico lugar. Yo que tú iría preparando las maletas mientras te hablo.

Laura la siguió al interior de la casa sin entender nada. Marta seguía muy alterada, recorriendo el salón a largas zancadas mientras intentaba encenderse un cigarrillo con manos temblorosas.

— Marta, ¿qué pasa? Me estás asustando.

— Lo que pasa es que Jon Santander no se suicidó y Esteban Iriondo no sufrió un accidente mientras pescaba— Marta se dejó caer en una de las sillas y consiguió encender por fin su cigarrillo antes de seguir hablando—. Ambos fueron asesinados.

— ¿Asesinados? Pero, ¿por quién? ¿Estás segura de eso?

— Totalmente. Aún estamos esperando a la finalización de las autopsias pero los datos que hemos obtenido hasta el momento no dejan ninguna duda.

— Pero dijisteis que Jon se había suicidado, que tenía problemas

psicológicos... — refutó Laura.

— Y los tenía. No digo que no tuviese razones o ganas para hacerlo pero el empujoncito final no se lo dio él mismo. Las marcas de cuerda en el cuello y sus antecedentes psicológicos nos despistaron en un primer momento pero, cuando ayer se encontró el cadáver de Esteban, decidimos revisar el caso. Resultaba muy sospechoso que dos personas que se conocían entre sí murieran en tan breve lapso de tiempo.

— ¿Y qué encontrasteis?— preguntó Laura.

— Las marcas que deja la cuerda en el cuello de alguien que se ha colgado forman un dibujo de "V", porque la cuerda queda tirante por el peso del cuerpo— explicó Marta—. Las marcas de Jon no eran así. Eran perpendiculares al cuerpo, exactamente las que quedan en el cuello de una persona que ha sido estrangulada con una cuerda por una persona situada a su espalda. Luego esa persona colgó el cadáver para despistarnos.

— ¿Y en el caso de Esteban? Dijeron que se había golpeado con una piedra al resbalar y que se había ahogado...

— Sí, eso parecía pero no había agua en los pulmones lo que quiere decir que ya estaba muerto cuando le arrojaron al agua. Además, la falta de coagulación del golpe en la nuca también demuestra que éste se produjo después de su muerte. Y, por si fuera poco, también presenta unas marcas de cuerda en el cuello que no creo que estén provocadas por algún pez vengativo. Fue asesinado, por la misma persona que mató a Jon.

Laura se levantó de la silla que ocupaba frente a Marta y paseó por la habitación, pensando. Se acercó a la ventana y contempló el lugar. Ese paisaje tranquilo y luminoso escondía a un asesino, aunque le costase creerlo. La verdad era que no tenía mucha puntería a la hora de buscar tranquilidad para arreglar sus problemas.

— Está bien, fueron asesinados— dijo después de unos segundos—. Pero no veo por qué tendría que marcharme. Lo resolveréis en unos días y además no tiene nada que ver conmigo. Puede ser un asesino que sólo esté de paso...

— Y por casualidad mata a dos personas muy unidas entre sí. No lo creo, Laura. Es alguien del pueblo.

— Y si es alguien de aquí, ¿por qué ha empezado a matar ahora?

— Porque tú estás en el pueblo. No tengo ninguna razón para pensar esto,

pero no consigo sacarme de la cabeza la idea de que tiene algo que ver contigo, con la cabeza que guardas en la buhardilla, con el caso de esa chica asesinada años atrás. Has asustado a alguien que tiene que ver con eso y sospecho que Jon y Esteban también estaban metidos en el asunto.

Laura se giró hacia ella, buscando en sus ojos si pensaba realmente lo que decía o si simplemente estaba intentando asustarla para protegerla. Le pareció que el temblor que seguía dominando sus manos y las lágrimas contenidas resultaban bastante convincentes.

— Ya te he dicho que no voy a marcharme, no pienso huir de aquí— contestó con voz firme—. No creo que lo que está pasando tenga nada que ver conmigo y dentro de unos días, cuando hayáis resuelto esto, tendrás que venir a pedirme perdón por haber intentado asustarme.

— Sabía que no me harías caso, siempre has sido una cabezota— dijo Marta, negando con la cabeza—. Hagamos un trato. Si consigo una sola prueba de que todo esto está relacionado con la chica asesinada, te vendrás a vivir a mi casa una temporada. Y no permitiré ni una excusa.

— Está bien pero por el momento me quedó aquí. No voy a dejarlo todo por una sospecha.

— Como quieras. Tengo que volver al trabajo, no puedo quedarme aquí todo el día intentando convencerte. Volveré con la prueba pero, mientras tanto, tienes que prometerme algo— dijo Marta, levantándose para marcharse—. No salgas nunca sola de casa de noche y cierra bien puertas y ventanas. Y lleva siempre esto encima.

Marta abrió su bolso y sacó una pistola. Se la tendió a Laura, que se quedó mirando la oscura boca del cañón sin saber qué hacer.

— ¿Qué quieres que haga con esto?— preguntó sin cogerla—. Ni siquiera sé cómo utilizarla...

— Pues practica. Saca unas latas al jardín y dedícate a pegarles tiros— contestó Marta, dejando la pistola encima de la mesa—. Así quizá consigas que el asesino te vea y decida que tú no eres adecuada como próxima víctima.

— No creo que nada de todo esto tenga sentido. Comprendo que estés preocupada y que quieras protegerme pero no hay nada que relacione los asesinatos conmigo— objetó Laura, siguiéndola.

Marta abrió el coche y entró. Antes de cerrar la puerta, esperó hasta que

Laura estuvo a su lado y la agarró de las manos para obligarle a agacharse a su lado.

— Sabes tan bien como yo que hay algo extraño en esa cabeza, en todo este caso, en este maldito lugar... Y no puedes ignorar que todo se ha desencadenado desde el momento en que tú llegaste a este pueblo trayendo esa cosa y que no sabemos cómo acabará— la soltó y fijó sus ojos en el volante—. Sé sincera contigo misma, Laura. ¿De verdad piensas que no tienes nada que ver con los asesinatos?

Laura se quedó callada mientras su amiga cerraba la puerta del coche y volvía a marcharse a toda velocidad. Una sensación de pánico parecía agujerearle las entrañas, mientras los pensamientos se desbocaban en su mente, creando ideas aterradoras pero posibles. Dos hombres asesinados por la noche desde que ella llegó al pueblo, noches en las que ella podía haber estado paseando dormida, sin saber lo que hacia ni por qué, quizá dominada por el influjo de un espíritu enloquecido que clamaba justicia. Aquello era una estupidez, contradecía todas las leyes lógicas que habían dominado su vida hasta ese momento. Entonces, ¿por qué no podía desecharlas sin más? ¿Por qué la aterrorizaban de esa manera?

Marta hizo sonar el claxon al final del camino. Laura miró hacia allí pensando que se despedía y vio como el coche se paraba en la carretera en el punto en el que se cruzaba con Ander, que llegaba en su moto. Marta bajó la ventanilla e intercambió unas palabras con el chico, antes de volver a arrancar y alejarse, despidiéndose con el brazo. Laura se sintió inquieta. ¿Qué le estaría diciendo? ¿Estaría intentando que él la ayudase a convencerla para que se marchase del pueblo? ¿O intentaba ligárselo al ver que ella no daba muestras de estar interesada? Sintió una ligera punzada de celos que se obligó a descartar. Ander no era su pareja, de hecho ella era la que intentaba mantenerle a distancia pero sin perderle del todo. No tenía derecho a sentirse celosa. Quizá Ander tenía razón y ella estaba siendo muy injusta al jugar con él de esa manera, al ignorar los sentimientos de una persona por el simple hecho de que le necesitaba porque le hacía bien tenerle a su lado.

Ander llegó a la casa, paró la moto y saludó. A Laura le pareció que la observaba preocupado, como si la evaluara.

— Hola, ¿pasa algo?— le dijo—. Estás muy serio.

— No, es solo por algo que me ha dicho Marta— contestó él—. Me ha hecho prometerle que cuidaría de ti y que no dejaría que te pasara nada malo. ¿Ha ocurrido algo?

Laura suspiró, sintiéndose culpable por haber sentido celos de Marta cuando ella sólo estaba preocupada por su seguridad. Forzó una sonrisa para tranquilizar a Ander y le invitó a pasar dentro.

— Entra y te lo contaré mientras tomamos un café. Creo que la explicación llevará un rato.

— Y esta es la pistola que Marta me ha obligado a aceptar para defenderme del sanguinario asesino que, según ella, está matando a todo el pueblo por mi culpa y acabará viniendo a por mí— dijo Laura con una sonrisa irónica mientras le tendía el arma.

Ander cogió la pistola y la examinó, dándole vueltas en sus manos. Laura esperó a que él le diese su opinión sobre toda aquella locura pero, al igual que había hecho durante todo el rato que ella le estuvo hablando de los descubrimientos y los miedos de Marta, continuó en silencio.

— ¿Y bien?— le dijo al fin—. ¿Qué opinas tú?

— ¿Yo? No sé qué decirte, Laura... — dijo, saliendo de su abstracción y dejando la pistola sobre la mesa—. No creo que la situación sea tan desesperada como dice Marta pero hay cosas que no puedes ignorar, como el hecho de que hay un asesino suelto y que los crímenes pueden estar relacionados contigo de una manera que todavía no conocemos... Sigo pensando lo que ya te dije hace unos días. Deberías dejar el caso, devolver la cabeza y olvidarlo todo.

— Pero no puedo hacer eso— protestó Laura—. Esa chica merece que su asesino pague por lo que hizo, que su crimen se resuelva...

— Aun a costa de más crímenes... Ya veo. No sé cómo te sentirás tú pero, si al final se descubre que estos asesinatos tienen que ver con lo que estás haciendo, ¿no te sentirás responsable de esas muertes y de las que estén por venir?

— No es justo lo que estás diciendo, Ander— dijo ella, sintiendo que se le quebraba la voz.

— Tienes razón, perdona. Sé que tú no tienes la culpa de lo que está pasando...

Laura le miró, dudando si confiarle sus pensamientos. Parecía que Ander la apreciaba y que estaba dispuesto a estar a su lado pero no sabía hasta que

punto él querría aguantar el torbellino en que se estaba convirtiendo su vida. Suspiró para tomar fuerzas y decidió hablarle. Después de todo, no podía quedarse esas dudas para ella sola.

— Lo que te voy a contar es una locura pero necesitó hablarlo con alguien. Creo que puedo confiar en ti— esperó hasta que él asintió y continuó hablando—. Tengo miedo de poder tener algo que ver con esas muertes, algo que va más allá de la responsabilidad por el trabajo que estoy haciendo con esa chica.

— No te entiendo— la cortó Ander—. ¿Qué vas a tener tu que ver con los asesinatos de Jon y Esteban? Si ni siquiera les conocías...

— Lo sé y sé que todo esto es una estupidez pero no consigo sacármelo de la cabeza. Desde que Marta me lo contó tengo miedo de haber podido asesinarles en uno de mis episodios de sonambulismo, de no poder controlar lo que hago cuando estoy dormida. Sé que sigo levantándome en sueños, anoche mismo fui a la buhardilla y destrocé todo el trabajo que había hecho en los últimos días. Y lo mismo que no soy consciente de haber hecho eso, no soy capaz de decir dónde estaba ni que hacía mientras Jon y Esteban eran asesinados.

— Eso no tiene ninguna lógica, Laura— contestó Ander, cogiéndole la mano con dulzura para tranquilizarla—. Comprendo que te asuste levantarte dormida y hacer cosas sin sentido pero tú no tenías la capacidad para haberles matado ni siquiera despierta.

— No entiendo a qué te refieres— dijo ella—. ¿Quieres decir que no tengo la fuerza suficiente?

— Eso mismo, por ejemplo. A Jon le encontraron colgado de una viga. Era un hombre muy delgado pero, y no te ofendas por ello, yo no creo que tengas la fuerza para levantar a un hombre muerto hasta esa altura. Ni creo que, estando dormida, puedas coordinar tus movimientos con la precisión suficiente para hacer algo así.

— Como quieras, aunque sigue sin convencerme. No conocemos la capacidad real del cuerpo humano. ¿No has oído esas historias en las que una mujer es capaz de levantar un camión para salvar a su bebe que está debajo?

— Sí, claro que las he oído. Y, cuando conozca a una de esas mujeres, seré el primero en felicitarlas por su hazaña. Laura, seamos realistas... No pudiste colgar a Jon y tampoco conocías el sitio en el que Esteban fue a pescar, aparte de que también me parece imposible que una persona que no

sabe el camino pueda llegar hasta allí dormida.

— Sé que todo esto es estúpido pero no consigo sacármelo de la cabeza. ¿Cómo voy a dormir tranquila pensando que puedo levantarme para matar a alguien?

— Bueno, yo podría cuidarte— Ander le lanzó una sonrisa pícara—. Si quieres, podría encadenarte a la cama.

— Gracias pero espero que no sea necesario llegar tan lejos— dijo Laura, riendo.

— No te preocupes. Es normal que te plantees esas cosas pero lo primero que tienes que pensar es que tú no tenías ninguna razón para asesinar a esas personas.

— Ya, pero los asesinatos coinciden con mi llegada al pueblo.

— Y con la de Zubeldia— la cortó Ander—. Personalmente, puestos a buscar un asesino, me inclinó por desconfiar de él antes que de ti.

— ¿Pero qué razón podría tener él para matarles?— preguntó ella.

— No lo sé, pero ya ha mostrado comportamientos sospechosos. No quería que se siguiese investigando en el lugar en el que encontraron a la chica, quizá temiendo que pudiesen encontrar algo que le incriminase. Después, te amenazó para que dejases tu trabajo y abandonases el pueblo y sigo sospechando que él, o alguien a sus ordenes, incendió el cobertizo para asustarte. Quizá, viendo que no lo ha conseguido, ha decidido eliminar a las personas que podrían resultarle incomodas en caso de que tú terminases tu trabajo: los testigos de su crimen.

— No tenemos ninguna prueba de eso, no hay nada que le apunté directamente aparte de esa obsesión tuya por culparle de todo— objetó ella —. Reconozco que no es muy simpático pero de ahí a culparle de todos los males de la tierra...

— Tú no te preocupes de nada, yo me encargaré de hacer algunas preguntas. Quizá consiga descubrir algo.

— ¿Y cómo vas a hacerlo?— preguntó Laura, preocupada—. Tanto si es culpable como si no, no parece el tipo de persona a la que le gusta que investiguen sobre su vida.

— Tranquila. Los trabajadores de su obra pasan por mi bar y un par de copas sueltan mucho la lengua de la gente. Ya te iré contando— dijo él

sonriendo mientras se levantaba de la silla—. Y ahora voy a trabajar un rato en el cobertizo antes de que me acuses de que sólo vengo a tu casa a desayunar.

Laura dio un sorbo a su café para terminarlo y recogió la mesa. Después salió fuera y observó como Ander tomaba medidas para clavar la primera tabla.

— Voy a ir arriba para trabajar un poco. Si en algún momento tienes hambre, avísame y prepararé algo para que comamos juntos— le dijo desde la puerta.

Él asintió y siguió concentrado en su tarea. El sol empezaba a calentar con fuerza. Ander se había quitado la camiseta y ella pudo observar que su espalda continuaba enrojecida y que la piel empezaba a levantarse en algunos puntos. Pensó que él tenía ese tipo de piel tan pálida que siempre se quema sin llegar nunca a ponerse morena. Sintió ganas de ofrecerle algún protector para el sol pero le dio miedo recordar la situación que les había llevado a pelearse así que lo dejó estar. Volvió a entrar en la cocina, sacó un botellín de agua de la nevera y subió a la buhardilla.

Contempló de nuevo su trabajo arruinado, sintiéndose furiosa. Quizá Ander tuviese razón en que le daba demasiadas vueltas a las cosas y sacaba conclusiones erróneas. Ahora le parecía estúpido pensar que ese trozo de hueso recubierto de barro pudiese obligarla a hacer cosas mientras dormía. Y era aún más ridículo pensar que el espíritu de esa chica podía estar interesado en que ella destrozara el trabajo que podía llevar a esclarecer su asesinato. Sólo debía estar furiosa consigo misma. Ella era la única responsable de aquel desastre.

Se agachó y empezó a recoger los pedazos de arcilla tirados en el suelo. Una de las tablas crujió y se tambaleó bajo su mano. Laura se fijó en ella, rezando para que todo el suelo no estuviese podrido. Si la casa necesitaba más arreglos, iba a tener que acabar contratando a Ander. El resto del suelo parecía estar en buen estado, tan sólo se trataba de una madera suelta. Introdujo los dedos en la juntura y tiró hacia arriba. La madera se separó con facilidad, dejando a la vista un pequeño hueco en el que estaba escondido un libro. Laura lo sacó con cuidado, sintiéndose emocionada por el descubrimiento. ¿Qué podía ser? Estaba encuadernado en cuero verde oscuro y la cubierta decía “Diario” en letras doradas. Abrió y leyó la primera página: “Luis Avellaneda. Verano de 1993”.

Se sentó en el sofá, planteándose que no era correcto que leyese los pensamientos de Luis pero, después de todo, sólo describiría las juergas y

amoríos de un chaval de 20 años que a día de hoy no tendrían la menor importancia. Además, cuando acabase volvería a dejar el diario en el hueco y Luis no tendría porque enterarse nunca. Se recostó en el sofá y empezó a leer.

## CAPÍTULO DIECIOCHO.

*1 de Julio de 1993*

*El pueblo sigue tal y como lo recordaba, sus calles polvorientas, sus bosques dorados, su silencio... Sólo llevo un día aquí pero, tal y como me sucede cada vez que vuelvo, el tiempo parece deslizarse de manera diferente, sin prisa, sin cambios, como si hubiese respetado mi ausencia, dejándolo todo tal y como estaba antes de marcharme. Me siento como si nunca me hubiese marchado, como si no hubiese pasado un año desde que estuve aquí la última vez.*

*Los chicos tampoco han cambiado, excepto Oscar, que sigue creciendo y amenaza con no parar nunca. Pero, a pesar de los miedos que me invaden siempre antes de venir, siguen siendo los mismos y la amistad que teníamos no ha cambiado.*

*Nada más llegar, he subido cruzando el bosque hasta el lugar en el que siempre van a pescar. El camino es largo y difícil pero he disfrutado de la sombra de los árboles, del silencio, del aire que aquí huele de manera diferente y me hace sentir que por fin estoy en casa. Mucho antes de llegar, ya pude oír sus gritos y sus risas. No me había equivocado. Estaban allí, en el lugar en el que me despedí de ellos el verano anterior, como si hubiesen estado esperándome todo este tiempo.*

*Salí de los árboles y les contemplé en silencio, esperando a que me descubrieran. Mikel y Oscar peleaban en el agua, luchando por ver quién conseguía ahogar al otro. Jon y Esteban estaban tumbados en la orilla, separados unos metros y observando el punto en que el que se hundía el sedal de sus cañas. Unos metros más allá divisé al hermano pequeño de Mikel, sentado a la sombra de los árboles, intentando afinar su vieja guitarra.*

*Esteban giró la cabeza hacia mí, me sonrió y me hizo una seña para que me acercase.*

*— Mirad quien está aquí— gritó, intentando hacerse oír por encima de los gritos de Mikel y Oscar.*

*Ellos pararon de golpearse, me saludaron y nadaron hacia la orilla. Me acerqué a Esteban y choqué la mano que me tendía.*

*— ¿Pican o qué?— les pregunté mientras me sentaba a su lado.*

*— ¿Cómo van a picar con el follón que están montando esos dos? — contestó Esteban. Jon se limitó a encogerse de hombros, con la vista perdida en el infinito.*

*— Que no piquen no tiene nada que ver con nosotros— intervino Oscar, saliendo del agua—. Lo que hacemos es espantar a los peces del centro del lago para que vayan hacia vosotros. La culpa es del renacuajo ese que los asusta con su mierda de música— dijo, señalando a Ander.*

*Éste levantó la cabeza y le lanzó una mirada envenenada. Así que seguían igual, odiándose sin ninguna razón. Me pregunté qué sucedería el día en que Ander no fuese un pobre chico de catorce años al que Oscar le llevaba más de treinta kilos de peso. Por el momento, Ander volvió a bajar la cabeza y siguió tocando, como si no le hubiese escuchado.*

*— Deja al chaval— intervino Esteban—. Tu vozarrón ya había espantado a todos los peces de diez kilómetros a la redonda para cuando él ha tocado la primera nota.*

*Mikel salió del agua, se acercó y me dio una fuerte palmada en la espalda. Se sentó a mi lado, cogió su mochila y sacó un paquete de cigarrillos, ofreciéndome uno.*

*— Te he dicho mil veces que no fumó. Y tú deberías dejarlo— le dije.*

*— Ya está el doctor. Cualquiera te aguanta cuando termines la carrera— dijo, encendiendo uno para él—. ¿Qué tal te va?*

*— Bien, no me puedo quejar. Sólo he dejado dos para septiembre.*

*— Yo empiezo este año— dijo Esteban—. Voy a hacer magisterio.*

*— Menudo par de empollones que se nos han colado en el grupo— dijo Oscar, cogiendo el paquete de tabaco de Mikel para sacar un cigarro —. Todo el día entre libro. Eso no es vida...*

*— ¿Qué sabrás tú lo que es vida si no has salido nunca de este pueblo?— nos defendió Mikel—. Y deja de gorronearme tabaco que llevas toda la tarde igual.*

*— Por mí puedes quedarte con todo el puto paquete. Eres más rácano...*

*— Sí, pero ese bien que te lo fumas.*

*— Por mí puedes metértelo por el culo— contestó Oscar, tirándolo al suelo y alejándose unos metros para sentarse bajo un árbol.*

*— Ya veo que seguís igual— dije riendo— ¿Es que no podéis pasar una sola tarde sin discutir?*

*— Yo sólo digo que, al menos, podía pedirme los cigarros, que parece que el paquete es suyo— contestó Mikel, encogiéndose de hombros —. Lo que pasa es que no se le puede decir nada. Se lo toma todo como algo personal.*

*Mikel se tumbó mientras seguía fumando y cerró los ojos. Seguimos en silencio unos minutos, acompañados por las notas de la guitarra de Ander. Me levanté y me acerqué a él. Oscar estaba sentado a unos metros y había sacado su navaja. Como cada vez que estaba enfadado, intentaba convertir un trozo de madera en alguna forma reconocible. Pensé que, si se dedicase a esa tarea cuando no estaba consumido por la rabia, quizá conseguiría esculpir algo en la madera en lugar de destrozarla. Me senté al lado de Ander mientras él seguía tocando, intentando identificar la canción.*

*— ¿"Peor para el sol" de Joaquín Sabina?— él asintió sin parar de tocar—. Has mejorado mucho. El año pasado no pasabas de hacer unas cuantas escalas.*

*Ander sonrió, agradecido. Yo me quedé sentado a su lado, escuchando. Al contrario que al resto de mis amigos, nunca me había molestado la presencia de Ander, a pesar de que fuese mucho menor que nosotros y que sólo nos acompañase porque la madre de Mikel insistía para que no se quedase en casa. Siempre me ha parecido un chico tranquilo y amable, una persona sensible que ama la música y la naturaleza. Creo que incluso me daba un poco de pena verle siempre tan solo, tan fuera de lugar, sin amigos propios con los que ir.*

*— ¿Te gustaría escuchar alguna canción en especial?— me preguntó, sacándome de mis pensamientos.*

*— Me da igual— contesté—. La que estás tocando me gusta mucho.*

*— ¿Qué tal "El sonido del silencio"?— sugirió Oscar, irónico,*

*levantando la mirada del trozo de madera que ya casi había desaparecido entre sus manos.*

*— Oscar, ya basta— me levanté y volví a sentarme en la orilla, al lado de Esteban—. ¿Qué vamos a hacer mañana?*

*— Habíamos pensado en ir de caza— contestó Mikel con los ojos cerrados—. Hace mucho que no vamos todos juntos.*

*— Claro, porque sólo Oscar y tú tenéis escopetas, aparte de que a los demás nos aburre cazar— intervino Esteban—. Yo paso de ir. Quería ir mañana a entregar la matricula para la universidad. Luis, ya que tú eres de Bilbao podrías acompañarme. Seguro que me pierdo si voy solo.*

*Yo asentí mientras Oscar se levantaba para acercarse a donde estábamos los demás. Arrojó el trozo de madera al río y se sentó a mi lado.*

*— Pues Mikel y yo iremos a cazar. Paso de ir a la mierda de universidad esa, seguro que se me pega algo. ¿Qué vas a hacer tú, Jon?*

*Él se encogió de hombros, con la vista aún fija en el sedal. Me planteé que debería habérseme ocurrido a mí preguntarle. Apreciaba a Jon pero siempre estaba tan silencioso que muchas veces olvidaba su presencia.*

*— No sé... Creo que intentaré arreglar el coche. Hace un ruido que no me gusta.*

*— Deberías tirar esa mierda de coche y comprar uno nuevo— le sugirió Mikel—. ¿Cuántos años tiene? Más que tú, ¿verdad?*

*— ¿Vas a comprarme tú uno?— contestó él—. Pues entonces, me quedaré arreglándolo y luego saldré un rato con Yoli.*

*— ¿Sigues con ella?— le pregunté—. Como me alegro, tío.*

*Jon asintió y volvió a mirar el río, dando la conversación por terminada. Me tumbé y cerré los ojos, sintiéndome feliz. Era como si todo el tiempo que había estado fuera se difuminase en la bruma, como si sólo hubiese sido un precio que tenía que pagar para poder disfrutar de la vida de verdad. El calor del sol, el brillo de las hojas parecía más real que en la ciudad. El zumbido de los insectos, el rumor del río, las notas de la guitarra de Ander... Todo era perfecto. Y me quedaban más de dos meses por delante para disfrutarlo.*

Unos pasos subiendo por la escalera la sacaron de la lectura. Cerró el cuaderno y lo dejó a su lado en el sofá, con la cubierta en la que podía leerse la palabra “Diario” hacia abajo. La cabeza de Ander asomó por el hueco del suelo.

— Hola, siento molestar pero es que me he quedado sin tabaco y venía a avisarte que me voy un momento al pueblo. ¿Necesitas que te traiga algo?

— No, nada— contestó ella, levantándose del sofá.

— Oye, ¿no se supone que ibas a trabajar en la cabeza?— preguntó él mirando hacia la mesa—. Si todavía está así, no quiero imaginarme como la habías dejado antes.

— Ya, es que no he trabajado mucho todavía... — dijo Laura, titubeando —. Llevaba varios días sin estar muy convencida de mi trabajo así que, ya que tengo que empezar de nuevo, he decidido echar un vistazo a mis apuntes para aclarar ideas.

— Bueno, volveré en media hora— dijo él, volviendo a desaparecer por el hueco—. Hasta luego.

Laura escuchó sus pasos por las escaleras y, unos segundos después, el ruido de su moto alejándose. Regresó al sofá y recogió el diario. Se había sentido avergonzada por la posibilidad de que Ander descubriese que estaba husmeando en la vida privada de Luis y sus amigos, en su propio pasado incluso, ya que él era uno de los personajes de la historia. Pensó que, si tanto la avergonzaba la posibilidad de que la descubriesen, eso podía significar que no se estaba portando de la manera correcta y que debería dejarlo donde lo había encontrado sin leer nada más. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte que ella en aquellos momentos. Aunque parecía que sólo describía el verano de unos adolescentes en un pequeño pueblo, allí debía estar la respuesta al final de la amistad entre todos ellos. ¿Quién les iba a decir en aquella tarde de verano al lado del río que dos de los personajes de la historia habrían muerto en extrañas circunstancias para cuando ella encontrase el diario?

Se planteó las ideas de Marta acerca de que ambos asesinatos no eran una coincidencia y las hipótesis de Ander acerca de que Jon y Esteban habían sido testigos de algo que tenía que ver con el cadáver de la chica que ella estaba investigando. Quizá entre las páginas de aquel cuaderno podrían encontrar respuesta a alguna de las preguntas. Se agachó, volvió a descubrir el hueco del que había sacado el diario y lo metió dentro. Seguiría leyéndolo en otro momento, cuando Ander se hubiese marchado

definitivamente.

Se sentó de nuevo a la mesa y observó la cabeza. Los destrozos eran aún mayores que lo que le había parecido en un primer momento. Con un suspiro de resignación, empezó a despegar toda la arcilla. No le quedaría más remedio que empezar el trabajo desde cero. Buscó las anotaciones con medidas que había confeccionado días atrás y empezó a trabajar.

Un rato después, el ruido de nuevos pasos por la escalera le hicieron desviar la mirada del trabajo. Ander asomó medio cuerpo por el hueco del suelo y la saludó sonriente.

— Hola. Me has asustado— le saludó Laura—. No he oído la moto.

— ¿Qué no has oído la moto? Entonces supongo que tampoco habrás escuchado los martillazos, ni el ruido que he estado haciendo en tu cocina — preguntó Ander—. Hace ya más de dos horas que volví del pueblo. Son las tres de la tarde y me muero de hambre.

— ¿En serio? Supongo que me distraje con el trabajo. Perdona, ahora mismo haré algo para comer.

— No te preocupes. Ya me he encargado de ello. Espero que te guste la pasta porque he preparado suficiente para medio pueblo— Ander acabó de subir las escaleras y se acercó a la mesa para contemplar el trabajo de Laura—. Vaya, que bien vas. Has avanzado mucho desde que me marché.

— La verdad es que sí. Ya he vuelto a reconstruir la estructura básica de los músculos— dijo Laura, levantándose—. A la tarde intentaré de nuevo esculpir los rasgos pero por esta mañana creo que ya he trabajado demasiado. Además, ahora me estoy dando cuenta del hambre que tengo. Lo que has cocinado huele de maravilla.

— Pues vamos a comer— dijo él, bajando de nuevo.

Laura le siguió hasta la cocina. Él le pidió que se sentara y sirvió la comida. Laura le observó, un chico que casi no la conocía, que no le debía nada y que se preocupaba por ella de esa manera. Conseguía que pensase que era alguien que valía la pena, la hacía sentirse importante, querida.

— Gracias, Ander— le dijo en un susurro.

— Si todavía no lo has probado... — contestó él, sentándose frente a ella.

— No me refiero sólo a la comida y lo sabes. Gracias por todo— repitió ella, ruborizándose.

— No hay nada que agradecer. Me encanta estar aquí, contigo... — él bajó la cabeza, avergonzado—. Y ahora come, que se va a enfriar.

Laura le sonrió y empezó a comer. No le importaba que todo a su alrededor pareciese complicado. En aquel momento ninguno de los acontecimientos extraños que le sucedían, ni los asesinatos de los que Marta le había hablado, ni su pasado en Bilbao con David, parecían parte del mundo real. Sólo importaban ellos dos, sentados frente a frente, sintiéndose a gusto. Le pareció que podría acostumbrarse a aquello con facilidad, que empezaba a ver a Ander de una manera diferente.

Laura se levantó de la silla e intentó estirarse para desentumecer los músculos de la espalda. Ya era más de medianoche. Llevaba todo el día trabajando en la cabeza y, por fin, parecía que había terminado de reparar los desperfectos de la noche anterior. Examinó los rasgos de la chica. Parecía un ser más real, más cercano a la imagen de una persona que el personaje angelical que había creado el día anterior, pero seguía sin sentirse satisfecha. Algo en su interior le decía que no era del todo correcto. Mientras eliminaba las manchas de arcilla de sus manos con un paño, decidió dejarlo hasta el día siguiente. El dolor del cuello y espalda eran insoportables. Lo mejor que podía hacer era irse a la cama con el diario de Luis y leer un poco hasta que llegase el sueño.

Sacó el cuaderno de debajo de las tablas del suelo y bajó las escaleras. Se dirigió a la puerta, salió y observó el exterior. El cobertizo ya estaba reparado. Ander también había trabajado mucho. Sólo faltaba darle una capa de pintura y nadie notaría los desperfectos provocados por el fuego. No le preocupaba que Luis pudiese enfadarse si lo notaba. Por lo que había leído en el diario parecía una persona sensible y comprensiva pero prefería no darle más disgustos a alguien que acababa de perder a dos amigos.

Entre los primeros árboles divisó de nuevo la figura de un animal pequeño que parecía observarla desde las sombras. Dio unos pasos para acercarse, intentando asegurarse de que era Rahu pero, según bajó los primeros escalones, el pequeño ser se ocultó en la espesura. Laura se sintió defraudada. Le hubiera gustado estar segura de que era él, de que seguía bien y que no sólo lo estaba imaginando para tranquilizar su conciencia por no estar buscándolo. Como respondiendo a sus ruegos, un largo maullido llegó desde el bosque. Ella sonrió y entró en casa.

Se dio una ducha rápida para eliminar todos los restos de arcilla de su cuerpo y después se puso una camiseta y se metió en la cama. A pesar de

las advertencias de su amiga de que estaba en peligro se sentía segura y a gusto. Estaba a punto de terminar su trabajo y después podría olvidarse de todo aquello y relajarse. Aunque le había prometido a Marta que dejaría todo bien cerrado, se levantó y abrió la ventana de la habitación, dejando entrar la brisa nocturna. Después de todo, en el cajón de la mesilla tenía la pistola que ella le había dado y, además, cada vez estaba más segura de que todos sus temores eran infundados y de que no tendría que utilizarla nunca.

Abrió el diario, se recostó en la almohada y lo ojeó. No había muchas páginas escritas. A pesar de que Luis había hablado de pasar en Erkiaga todo el verano, las páginas del diario sólo contaban hasta el nueve de julio de 1993. Quizá Luis se había cansado de escribir o quizá había sucedido aquello que hizo que Luis se marchase del pueblo para no volver jamás. Decidió mantener el suspense y leer la narración en orden. Volvió atrás, buscó la página en la que se había interrumpido y empezó a leer.

## CAPÍTULO DIECINUEVE.

*2 de Julio de 1993*

*Me siento confuso por todo lo que ha sucedido hoy. Me parece que acabó de vivir una de las noches más maravillosas de mi vida, algo con una intensidad que no volverá a repetirse por muchos años que viva. Y, sin embargo, todo ha acabado de una manera tan amarga... Siempre me sucede lo mismo cuando vengo a Erkiaga. El año en Bilbao me parece una sucesión de días grises y sin sentido y aquí, sin embargo, la vida parece cobrar una intensidad diferente, estar llena de color y de emociones, como si cada día de verdad contara.*

*Por la mañana acompañé a Esteban a la universidad para que rellenara la solicitud para la matricula. Estaba muy emocionado y lo miraba todo como si estuviese en un mundo nuevo. Después de esperar más de media hora de cola, fuimos a comer unas hamburguesas y al cine.*

*Ya atardecía cuando volvimos al pueblo. En la plaza nos dijeron que los demás nos estaban esperando en el almacén, así que fuimos para allí. El almacén es un gran edificio antiguo de piedra que el padre de Mikel utiliza para guardar todo lo que vende en el bar. Como sólo necesita el piso de abajo, nos permite quedarnos en el superior, mientras no destrocemos nada y las existencias de bebida no disminuyan demasiado.*

*Salimos del pueblo y nos internamos por un camino polvoriento y mal iluminado, bordeado a ambos lados por corrales y cuadras. Unos metros más adelante, divisé la silueta del almacén y su portón, de un color verde más oscuro y apagado de lo que yo recordaba, abierto de par en par. Dentro estaba el coche de Jon, en el lugar en el que solían aparcar las furgonetas que traían las mercancías para el padre de Mikel. Nos acercamos a observar lo que hacía. Jon encendía y apagaba alternativamente el motor, parándose a escuchar el sonido durante unos segundos.*

*— Hola— le saludé desde fuera, elevando la voz para que pudiese escucharme—. ¿Sigue sin gustarte como suena?*

*Jon se limitó a asentir sin salir del coche y siguió probando. Esteban se acercó a la portezuela y se inclinó hacia Jon.*

*— ¿De verdad no piensas comprarte otro coche?— Jon negó y apagó el motor para mirarle, enfadado—. Como veas, pero estoy seguro de que éste ya circulaba cuando tú aún no habías nacido. Déjalo por hoy y vamos arriba. Seguro que Oscar y Mikel nos están esperando para jugar un kinito.*

*— No, hoy tienen otros planes. Y nos hace falta el coche para ellos— contestó él, señalando con la cabeza al piso de arriba—. Subid a ver qué os parece.*

*Dejamos a Jon tranquilo y nos dirigimos a las empinadas escaleras de madera ennegrecida que llevaban al piso superior. Una tenue luz se filtraba desde arriba. Parecía que ese año Mikel tampoco había cumplido su promesa de llevar la instalación eléctrica hasta ese piso. Subimos y les encontramos a la luz de las velas, bebiendo una cerveza mientras jugaban una partida de cartas. En un casete a pilas situado sobre la mesa sonaba la última canción de Platero y tú. Mikel dejó las cartas sobre la mesa y se levantó.*

*— Ya era hora. No vamos a llegar— nos dijo recogiendo un enorme jersey que colgaba del respaldo de su silla.*

*— ¿Puedo saber a dónde vamos?— pregunté mientras Oscar quitaba la música y empezaba a apagar las velas.*

*— A Lekeitio. Hay un concierto de los Blues Brothers en la playa y vamos a colarnos— contestó Mikel.*

*— ¿Y se puede saber qué se nos ha perdido a nosotros allí? Lekeitio está muy lejos y, además, no sabía que te gustara ese grupo— le comenté, extrañado.*

*— Y no me gustan. La gracia está en colarse— contestó Mikel, dándome una palmada en el hombro para animarme.*

*Me quedé parado en medio de la habitación, sin saber qué hacer. Me molestaba la manera que tenía Mikel de manipularlos a todos, de que siempre tuviésemos que hacer lo que a él le apetecía sin que ninguno de nosotros dijese nada. No quería demostrarle que podía hacer lo mismo conmigo pero comprendía que tampoco tenía la autoridad necesaria para opinar nada sobre sus planes después de todo un año sin verles. Miré a Esteban, buscando su opinión.*

*— Vamos, será divertido— dijo, encogiéndose de hombros mientras volvía a bajar las escaleras.*

*Un bulto oscuro se levantó del destrozado sofá del rincón, como si un espectro se materializase en el rincón más sombrío de la estancia, haciendo que mi corazón diese un vuelco.*

*— Yo también quiero ir con vosotros.*

*— Joder, haz el favor de no vestir siempre de negro. ¡Qué susto me has dado!— dije mientras mi ritmo cardiaco volvía a la normalidad tras reconocer la voz de Ander.*

*— No, tú no vienes— contestó Oscar de inmediato.*

*— ¿Y por qué no?— le preguntó Ander acercándose—. Además, no te estaba preguntando a ti.*

*Oscar se colocó delante del chico hinchando el pecho, intentando intimidarle, pero él no retiró la mirada. Mikel se acercó y se interpuso entre ellos.*

*— No pasa nada, Oscar. Yo me encargo de esto— le dijo, apoyándole una mano en el pecho para retirarle un par de pasos—. No puedes venir con nosotros, Ander.*

*— ¿Y eso por qué? Mama ha dicho que hoy podía acompañaros.*

*— Sí, pero no le iba a gustar que salieses del pueblo ni que volvieses a casa a la hora a la que vamos a llegar nosotros— le contestó Mikel.*

*— Admítelo, chaval. No eres más que un mocoso— intervino Oscar de nuevo—. No sé por qué tenemos que estar aguantándote aquí todos los días. Entérate, no eres bien recibido.*

*— Habla por ti, Oscar— le corté yo—. A mí no me importaría que viniese. ¿No crees que podríamos hablar con tu madre para convencerla, Mikel?*

*— No, ya he dicho que él no viene. Es muy pequeño, sólo sería un estorbo— contestó éste mientras empezaba a bajar las escaleras, dando la conversación por zanjada—. Además, ya somos cinco. No cabe en el coche.*

*Los demás le siguieron y yo me quedé unos segundos, sin saber qué decir*

*para consolar a Ander. Él dirigió una mirada cargada de odio hacia Oscar y su hermano, con los ojos repletos de lágrimas de ira contenida. Después, sin decir una palabra, apagó las últimas velas y volvió a caminar hacia el sofá de la esquina para quedarse allí, sentado en la oscuridad. Yo interpreté ese gesto como un deseo de estar a solas y salí de la habitación.*

*Me senté detrás, con Esteban y Oscar, y salimos. La música del último disco de Metallica a todo volumen nos impedía hablar, así que me dediqué a mirar por la ventanilla las hileras de árboles oscuros que sitiaban la calzada y en los que vislumbraba mil sombras inquietantes a la luz de nuestros faros y el discurrir de una enorme luna llena en el cielo, que parecía seguirnos para observar nuestros movimientos. Me sentía inquieto por lo que íbamos a hacer pero los demás parecían emocionados e intentaban hacerse oír por encima del ruido de la música, discutiendo sus ideas sobre cuál sería la mejor manera de colarse.*

*Tardamos más de media hora en llegar a Lekeitio. Nada más entrar en el pueblo nos dimos cuenta de que llegar hasta el concierto no iba a ser tan fácil como Mikel había supuesto. La carretera que llevaba a la playa estaba cerrada desde allí, y varias personas de la organización comprobaban las entradas antes de dejar que los coches siguiesen su camino hasta la playa. Mikel observó durante unos minutos la situación y después le pidió a Jon que buscara un sitio para aparcar.*

*Salimos todos del coche y miramos a Mikel, esperando una idea. Yo estaba enfadado con él. Me había levantado muy temprano para acompañar a Esteban y estaba cansado. Empezaba a pensar que habíamos hecho ese viaje para nada. Mikel nos indicó que le siguiésemos y se alejó de la gente de la organización, caminando hacia la salida del pueblo.*

*— ¿Se puede saber qué vamos a hacer ahora?— le pregunté cuando por fin nos paramos—. Es imposible llegar hasta allí con el coche.*

*— Ya, eso ya lo he visto. Por eso iremos andando— contestó Mikel, sonriendo como si ya hubiese previsto aquel obstáculo.*

*— Aunque dejemos aquí el coche me da la impresión de que esos tíos van a seguir sin dejarnos pasar— le dije yo, deseando convencerle de que desistiese y volviéramos a casa.*

*— Lo sé. Pero conozco este pueblo y creo que puedo encontrar un camino hasta la playa que no esté vigilado— dijo Mikel, buscando con la mirada el apoyo de los demás—. He venido a pescar por aquí algunas veces y creo que podré orientarme. Vamos.*

*Reanudó el paso y Oscar y Jon le siguieron. Miré a Esteban, esperando encontrar apoyo en su mirada. Él se limitó a encogerse de nuevo de hombros.*

*— Vamos, no tenemos más remedio que seguirles. Jon va con ellos y sin él no tenemos coche en el que volver.*

*— Lo sé, pero empiezo a estar harto de tener que hacer siempre lo que diga Mikel  por muy ridículo que sea.*

*Les seguimos a unos pasos hacia la salida del pueblo. Oscar y Mikel caminaban delante, bromeando y cantando, haciendo que me plantease cómo demonios íbamos a colarnos de incógnito con ese escándalo. Jon caminaba unos pasos detrás de ellos, con la cabeza baja, más callado y taciturno aún de lo que acostumbraba. Unos metros más adelante divisé la tapia de un cementerio. Los demás pararon a esperarnos.*

*— Bueno, es por aquí— dijo Mikel cuando llegamos a su lado—. Tenemos que atravesar el cementerio.*

*— Yo no pienso entrar ahí— dijo Esteban en un susurro—. No voy a entrar en un cementerio por la noche.*

*— Venga, tío. No vas a decir ahora que te da miedo— se burló Oscar—. Los muertos no van a hacerte nada.*

*— He dicho que yo no entro y es mi última palabra— contestó Esteban—. Podéis hacer lo que os dé la gana pero yo me quedo aquí esperándoos.*

*— Eres un cagado— Oscar se giró y empezó a escalar la tapia del cementerio con agilidad.*

*— Yo me quedo con él. No pienso dejarle solo— dije apoyándole —. Iremos al pueblo a tomar algo y os esperaremos allí.*

*— No, la gracia está en que lo hagamos todos juntos— repuso Mikel—. No podéis quedaros atrás.*

*— No veo por qué no— le contesté yo—. Después de todo, ni Esteban ni yo tenemos la responsabilidad de este estúpido plan.*

*— Claro, porque vosotros sólo hacéis planes que tienen que ver con vuestra mierda de vida universitaria— dijo Oscar, bajando de un salto de la tapia y acercándose.*

*— ¿A qué viene esa bobada ahora?— le pregunté yo, enfrentándome a él.*

*— Dejemos esto ahora. Si Esteban no quiere entrar en el cementerio, lo bordearemos. Nos llevara algo más de tiempo— dijo Mikel echando a andar al lado de la tapia.*

*Oscar me miró desafiante y le siguió. Jon continuó la marcha, aún en silencio. Me sentí enfadado también con él. Estaba seguro de que muchas veces tampoco estaba de acuerdo con los otros dos pero su eterno silencio nos hacía parecer siempre en minoría.*

*— Vamos, Esteban— dije, dándole una palmada en el hombro para animarle—. Yo te sigo.*

*— Tampoco es que me haga mucha gracia bordear este sitio pero vamos allá— respondió él, comenzando a andar—. Al menos me consuela pensar que, si los muertos salen a perseguirnos, será a ti a quien cojan primero.*

*Le seguí, sonriendo. No sabía que Esteban tuviese tanto miedo a lo sobrenatural. Caminamos por un estrecho sendero, cubierto de una gruesa capa de hojas y ramas muertas. A un lado teníamos la alta tapia de piedra del cementerio y, al otro, una caída a pico de unos siete u ocho metros de altura. Intenté caminar apoyándome en la pared, observando el suelo para no resbalar. No sabía si Esteban había conseguido contagiarme su nerviosismo, pero el hecho era que el camino empezaba a resultarme muy largo.*

*— Sí que es grande este cementerio— dije para romper el silencio —. Parece que llevemos minutos intentando bordearlo.*

*— Ya, y esos dos querían que nos metiésemos dentro. Este sitio es de lo más tétrico— contestó Esteban—. Tengo todos los pelos de punta.*

*— Tranquilo, yo voy detrás. Nada va a perseguirte— observe a Esteban. Sus movimientos eran tensos, como si estuviese preparado para salir huyendo en cualquier momento—. A no ser que ya no sea yo quien camina detrás de ti— dije en un susurro grave y amenazador.*

*Esteban se giró de un salto para observarme y se encontró con mi mejor imitación de cara de monstruo: los ojos muy abiertos, la mandíbula desencajada... Lanzó un grito ahogado y me golpeó con el puño en el pecho.*

— Serás imbécil... Casi me da un ataque.

— Lo siento— dije sin poder parar de reír—. No he podido evitarlo. Tenías que haber visto tu cara.

— Seguro que no era ni la mitad de ridícula que la tuya— contestó él, ofendido.

— ¿Queréis dejar de hacer ruido?— dijo Oscar, retrocediendo unos pasos—. Se supone que tenemos que intentar que no nos descubran.

Cuando Oscar se giró para seguir andando, Esteban hinchó el pecho y se puso muy tieso, mientras abría y cerraba la boca con cara de enfadado. La imitación de Oscar era tan buena que no pude evitar otra carcajada. Jon nos lanzó una sonrisa y nos indicó con la cabeza que siguiéramos andando, haciéndome pensar de nuevo que estaba de nuestro lado.

Mikel y Oscar desaparecieron tras la esquina del cementerio. Apresuramos el paso y los alcanzamos unos segundos después. Estaban parados, observando la caída a pico. Enfrente de nosotros se alzaba un edificio de apartamentos.

— Tenemos que llegar ahí abajo— señaló Mikel—. Bajaremos por la pared.

Observé de nuevo el edificio de enfrente. Debíamos estar a la altura del tercer piso. Miré a Mikel, planteándome que, sin duda, debía de haberle entendido mal.

— ¿Cómo se supone que vamos a bajar hasta ahí por una pared vertical?— le pregunté al ver que él no decía nada.

— No es tan difícil. Mira, hay salientes en la pared más o menos cada metro. Sólo hay que bajar apoyándose en ellos— contestó él, inclinándose para señalármelos.

— ¿Estás loco? Es imposible bajar eso— dijo Esteban, acercándose para observar la pared.

— No es imposible— dijo Oscar, empezando a bajar para demostrarlo—. Los salientes son más anchos de lo que parece desde arriba. Esto podría bajarlo una abuela con artritis.

Mikel y Jon le siguieron. Les observé durante unos segundos. No parecía excesivamente difícil. Se agarraban con fuerza al saliente superior e iban deslizando el cuerpo hasta encontrar el siguiente con los pies. La pared

*estaba ligeramente inclinada, lo que facilitaba el descenso. Miré a Esteban, intentando descubrir qué opinaba.*

*— No puedo bajar esto, Luis— me dijo con la voz ahogada.*

*— No debe ser tan difícil como parece— le señalé el suelo—. Mira, Oscar ya ha llegado.*

*— Tengo vértigo. Es imposible que baje— la voz le temblaba y miraba el borde de la pared como hipnotizado—. No puedo moverme.*

*Me quedé en silencio unos segundos, preguntándome qué hacer. No quería tener que discutir de nuevo con Mikel y Oscar y que volviesen a ridiculizar los miedos de Esteban. Pero tampoco quería quedarme allí toda la noche, intentando mover yo sólo a un Esteban paralizado por el terror. Recordé la cara que había puesto cuando le había asustado al lado del cementerio y decidí apostar por cuál de sus dos miedos tenía más fuerza.*

*— Tú decides. Si quieres puedes bajar conmigo, yo te ayudaré— dije bajando hasta el primer saliente—. Y si no, puedes esperar a que volvamos solo al lado del cementerio.*

*La parálisis de Esteban pareció desaparecer. Se giró y observó la tapia del cementerio, más tenebrosa y amenazadora ahora que la luna se había ocultado detrás de una nube. Se acercó al borde y empezó a deslizarse hacia abajo.*

*— No te preocupes. No te dejaré caer— dije, apoyando una mano en su espalda. Temblaba con violencia y se aferraba a la pared desesperado—. No mires abajo. Yo iré bajando un escalón por delante de ti y te indicaré donde tienes que apoyar los pies.*

*Él asintió sin decir nada y empezamos a bajar. En realidad no resultaba tan complicado, los salientes tenían la anchura suficiente como para apoyar los pies sin peligro y la distancia entre uno y otro no era tan grande como parecía desde arriba. Como para demostrar lo sencillo que era, Oscar subía y bajaba una y otra vez para acercarse y lanzarnos miradas de impaciencia. Me habría gustado pedirle ayuda para bajar a Esteban pero sabía que Oscar sólo conseguiría ponerle aún más nervioso, así que intenté expresarle con la mirada que se alejase y no dijera nada y me concentré en bajar.*

*Esteban seguía temblando con fuerza y el hecho de que bajase a ciegas hacía que fuese aún más difícil guiarle. Yo intentaba que él se sintiese seguro, agarrándole la mayor parte del tiempo y susurrándole con voz*

*tranquila que ya casi estábamos abajo. Unos minutos después, tocamos tierra firme por fin. Me giré hacia los demás, que nos esperaban ocultos en la sombra del edificio y les hice un gesto para que no hiciesen ningún comentario mientras Esteban se recuperaba y dejaba de temblar. Nos acercamos a ellos. Parecía que nadie en el edificio se había dado cuenta de nuestra bajada. Sólo había tres ventanas con luz en la fachada y todas estaban cerradas.*

*— ¿Y ahora qué?— le pregunté a Mikel.*

*— Esa es la carretera que lleva hasta la playa— contestó él, señalando—. Con lo que hemos hecho hemos evitado el primer control. Seguiremos haciendo lo mismo. Iremos por el borde de la carretera y nos colaremos por los patios de las casas para evitar las zonas en las que la carretera esté vigilada. Vamos, ya estamos más cerca.*

**CAPÍTULO VEINTE.**

Laura apartó la vista del diario y escuchó con atención. Sí, lo que llevaba oyendo desde hacía unos segundos era el sonido del motor de un coche acercándose por la carretera pero, al contrario de lo que había pensado en un primer momento, no estaba pasando de largo sino que parecía dirigirse directamente hacia su jardín delantero.

Se levantó de la cama y se puso unos vaqueros. Desde el ventanal de la sala le llegó la ráfaga de luz de los faros de un coche. El ruido del motor cesó y escuchó el golpe de varias portezuelas al cerrarse. Abrió el cajón de la mesilla y sacó la pistola, que introdujo en la cintura del pantalón, cubriéndola después con su camiseta. Se dirigió a la sala, sintiéndose más asustada de lo que quería reconocer. Intentó convencerse a sí misma de que no debía tener miedo, a pesar de que no conseguía encontrar una explicación tranquilizadora para que varias personas se dirigiesen a su casa a las dos de la madrugada.

Sin encender la luz, se aproximó al ventanal para observar. Los faros del coche seguían encendidos e iluminaban desde detrás las figuras de tres hombres. Parecían conversar entre sí mientras lanzaban continuas ojeadas hacia la casa. Uno de ellos se acercó a la puerta. Laura pulsó el interruptor que encendía la luz de la entrada. El hombre quedó cegado por un momento y se detuvo frente a la casa. Era Zubeldia y parecía sorprendido de que ella hubiese detectado tan rápido su presencia. ¿Qué querría? ¿Acaso esperaban haberla encontrado dormida? Se planteó que quizá debería negarse a abrir la puerta, aunque ahora que había encendido la luz, Zubeldia sabría que ella estaba en casa y podría insistir en que le dejase pasar. El frío cañón de la pistola contra su piel le hizo sentirse un poco más segura, así que, cuando él pulsó el timbre, abrió la puerta y se quedó parada, esperando a que dijese algo. Los dos hombres que le acompañaban subieron también las escaleras de entrada, situándose uno a cada lado. Superando el deslumbramiento que le producían los focos apuntados directamente hacia su puerta, Laura distinguió un hombre más sentado al volante. Empezó a pensar que quizá no había sido tan buena idea abrir la puerta.

— Buenas noches, señorita Ugalde— la saludó Zubeldia.

— Si ha conseguido descubrir mi dirección y mi apellido, debería saber

también que soy señora— contestó Laura, cortante.

— Espero que sepa disculparme, tanto por mi error como por lo avanzado de la hora— dijo él, sonriéndole. Aquella sonrisa trajo a la memoria de Laura relatos en los que un demonio te visitaba de noche para engañarte y robar tu alma—. Si me he atrevido a venir esta noche es porque creo que tenemos intereses comunes que deberíamos discutir.

— No creo que usted y yo tengamos nada en común pero le escucharé. Empiece.

— Me gustaría que hablásemos en privado— dijo él, aproximándose a la puerta.

— Eso sólo depende de usted— contestó ella, cerrándola a su espalda—. Dígales a sus hombres que se retiren y tendremos toda la intimidad que podamos necesitar.

Zubeldia volvió a sonreír, como si estuviese de acuerdo con ella, e hizo un gesto a sus dos acompañantes, que bajaron las escaleras y se alejaron hasta quedarse esperando apoyados en el capó del coche. Zubeldia sacó del bolsillo de su chaqueta una elegante pitillera de plata, la abrió y le ofreció un cigarrillo.

— No fumo, gracias. Y me gustaría que usted y sus hombres tampoco lo hicieran. No tengo la costumbre de molestar a los bomberos más de una vez a la semana.

— No entiendo a que se refiere— dijo él, ignorando su comentario para encenderse un cigarro.

— Al incendio de mi cobertizo. ¿No se ha enterado de eso?— preguntó Laura.

— Algo me han comentado pero pensaba que se había tratado de un desafortunado accidente— dijo él. Laura intentó descubrir si se estaba burlando de ella pero no consiguió descifrar nada en aquella sonrisa.

— Acabemos cuanto antes con esto— dijo ella, sintiéndose cada vez más incomoda con su presencia—. ¿Qué es lo que quiere?

— Es muy simple. ¿Cuánto pide por marcharse del pueblo para siempre?— preguntó él, mirándola de frente.

— No entiendo— respondió ella, confusa—. No sé por qué iba a querer usted que me marche.

— Bueno, desde que usted llegó, las futuras ventas de mi urbanización están en peligro. Los últimos estudios de mi empresa señalan que podrían bajar alrededor de un cuarenta por ciento. A la gente no le gusta comprarse una casa en un pueblo que aparece todos los días en las noticias. A las personas les gusta la paz y la tranquilidad del campo, no quieren saber que se ha descubierto un antiguo esqueleto donde va a estar su jardín trasero, ni imaginar que sus niños van a encontrarse el cadáver del vecino de camino a la escuela.

— Comprendo bien todo eso pero no sé qué tiene que ver conmigo.

— Quizá nada, quizá mucho— dijo él, volviendo a sonreír mientras se pasaba la mano por el pelo—. Sólo sé que todo esto empezó a suceder cuando usted se mudó al pueblo.

— Le recuerdo que nos mudamos más o menos al mismo tiempo— contestó Laura, cruzando los brazos e irguiéndose ante él—. No sé si se habrá planteado que, en este caso, usted resulta bastante más sospechoso que yo.

— No estoy hablando de sospechosos— dijo él, riendo—. Yo soy tan culpable como usted de los asesinatos que se están cometiendo. Sólo digo que desde que usted se puso a trabajar en la reconstrucción del rostro de esa chica, la vida en este pueblo se ha vuelto demasiado emocionante para mi gusto y el de mis futuros clientes.

— Sabe demasiado de la vida en este pueblo— sugirió Laura, tratando de ponerle nervioso—. Se supone que, tanto mi trabajo en esta investigación como los datos referentes a si las dos muertes recientes del pueblo son asesinatos, es información reservada de la policía. Tengo varios amigos en el cuerpo, quizá debería hacerles algún comentario sobre usted y sus misteriosos informadores.

— Usted tiene contactos en la policía pero yo tengo contactos y dinero, mucho dinero— su sonrisa se ensanchó aún más, dándole la imagen de un depredador que jugase con su presa—. Hágame caso: este es un juego que no puede ganar.

— No estoy jugando a nada con usted y la verdad es que no me interesan ni su opinión, ni sus consejos, ni su maldito dinero, así que, si no le importa, salgan de mi propiedad antes de que avise a la policía.

Laura señaló a la carretera, luchando porque su brazo extendido no temblase por la inseguridad y la rabia que sentía en aquellos momentos. Quería que él pensase que sus palabras no la estaban afectando en lo más

mínimo pero la mirada burlona de Zubeldia parecía decirle que conocía todos sus pensamientos como lo haría el mismísimo diablo.

— Está bien, no diga que no la avise— dijo él, empezando a bajar las escaleras—. Sólo una cosa más. Dígale a su amiguito que deje de curiosear en mis cosas. No quiero volver a enterarme de que les hace preguntas extrañas a mis hombres en el bar, ni que me digan que le han visto merodeando por la urbanización o por los alrededores de mi casa.

— No sé de quién me está hablando— dijo Laura sintiendo la inquietud instalándose en la boca de su estomago.

— Es una pena porque entonces no podrá avisarle y el chico me preocupa— dijo él, deteniéndose al final de las escaleras y girándose para volver a mirarla. Laura se planteó que era extraño que, estando varios escalones más abajo, pareciese tan alto, que su presencia resultase tan imponente y amenazadora—. El pobre se pasa todo el día por ahí con la moto, andando por parajes solitarios y husmeando en el pasado. Hay gente que se puede molestar. Podría tener un accidente si no se anda con cuidado.

Zubeldia se acercó al coche y uno de sus hombres le abrió la puerta. Entraron y se alejaron por la carretera. Laura les observó, controlándose para no derrumbarse. Una vez que desaparecieron, entró en casa y cerró todas las puertas y ventanas. Dejó la pistola sobre la mesa de la sala y la contempló, intentando tranquilizarse. Después de todo, era casi seguro que no iban a volver esa noche. Si hubiesen querido hacerle daño, ya se lo habrían hecho. Si Zubeldia había venido a intentar asustarla, era porque todavía tenía la esperanza de que ella se marchase de Erkiaga por su propia voluntad y abandonase la investigación.

Volvió al dormitorio con la pistola en la mano. La dejó sobre la mesilla y se metió en la cama, dándole vueltas a las últimas frases de Zubeldia. ¿Y si Ander tenía razón y todas sus ridículas hipótesis resultaban ciertas? La advertencia para que dejasen de investigar en el pasado podía referirse a aquello. Debía advertir a Ander para que tuviese más cuidado. Si algo le sucedía por su culpa, no se lo perdonaría nunca.

Continuó tumbada en la cama, casi sin atreverse a moverse, con la atención fija en cualquier ruido del exterior, esperando escuchar en cualquier momento el sonido del motor del coche o los pasos furtivos de alguien acercándose a la casa. Pero no se escuchaba nada, sólo el sonido hipnótico y tranquilizador del viento entre los árboles.

Despertó varias horas más tarde, cubierta de una película de sudor, sintiéndose cansada y aturdida. Intentó ordenar los retazos de su pesadilla, que empezaban a esfumarse como la niebla ante los primeros rayos del sol. En el sueño estaba con Esteban, recordaba su cara hinchada y verdosa, su cabello meciéndose como si lo balancease una suave corriente de agua. Frente a ellos se alzaba la alta verja de hierro forjado de un cementerio y Esteban le rogaba que lo rodeasen, que no le obligase a entrar allí, intentaba convencerla de que aquel no era su sitio. Ella sabía que él estaba muerto y que debería entrar pero le daba tanta pena...

Un segundo después se encontraban rodeados de lápidas y criptas. Esteban no se movía, sollozaba mientras su cuerpo temblaba de miedo. Unos ruidos procedentes de las tumbas cercanas habían llamado su atención. Algo escarbaba la tierra desde debajo para atraparles. Había agarrado a Esteban por un brazo, intentando sacarle de allí, venciendo su repugnancia ante el tacto húmedo y reblandecido de su piel. Él seguía paralizado, como si le hubiesen clavado al suelo, con la mirada fija en las tres siluetas que salían de las tumbas y se acercaban a ellos. La luna llena brillaba detrás de ellos, impidiéndole reconocerlas, sólo figuras oscuras e imponentes. Cuando estuvieron más cerca, se habían parado y la primera figura había sacado un objeto cuadrado del bolsillo interior de su chaqueta, algo que había lanzado un breve destello a la luz de la luna. A Laura le había parecido distinguir una pitillera de plata, una sonrisa diabólica a la luz del mechero. Las otras figuras volvían a moverse hacia ellos. Laura había soltado a Esteban y había corrido sin saber bien a donde, perdiéndose entre hileras de nichos cada vez más altas, como si el cementerio se hubiese convertido en un interminable laberinto. Había parado un segundo, intentando orientarse y una voz había susurrado por encima de su hombro: “Este es un juego que no puede ganar”.

Se estremeció por el recuerdo, frotándose los brazos para ahuyentar la sensación de frío que se había adueñado de su cuerpo. Su piel quedó teñida por el ya conocido tono rojizo de la arcilla. Otra vez no... No podía haber vuelto a destrozar todo su trabajo del día anterior. Se levantó a la carrera y subió las escaleras. El desastre que había vuelto a provocar la puso furiosa. ¿Qué era aquel juego? ¿Acaso se estaba volviendo loca? ¿O, realmente, por mucho que cada vez que se hacía de día intentase negarlo, había algo en aquella casa que le obligaba a destruir su trabajo una y otra vez? Y si había algo, ¿qué quería de ella? ¿Cómo podría contentarla para terminar de una vez con aquella pesadilla?

Se llevó la mano al cuello, sabiendo de antemano que encontraría la cadena con la piedra colgada. Soltó el enganche y la observó. Recordaba que la última vez la había arrancado de su cuello y la había arrojado al otro extremo de la habitación para no volver a acordarse de ella hasta ese momento. Debía de haberse roto cuando la arrancó porque la cadena tenía un nudo que unía los dos extremos. Y Ander decía que una persona sonámbula no tenía coordinación suficiente para hacer nada... Por lo que parecía, ella era capaz de levantarse dormida, subir al piso de arriba, buscar una cadena, arreglarla y ponérsela al cuello para después sembrar el caos a su alrededor.

Se sentó en la silla y observó los destrozos. La arcilla volvía a estar arrancada sin ningún cuidado en muchos puntos de la cabeza, dejando inservible todo el trabajo del día anterior. ¿Se suponía que debía empezar de nuevo para volver a destrozarlo en cuanto cayese dormida? No le veía sentido. Ni siquiera tenía gracia como broma. Decidió que no podía más. Aquello acabaría por desquiciarla y ya tenía bastantes problemas rondando en su cabeza. Devolvería los restos a la Ertzaintza y les diría que no se encontraba capacitada para ese trabajo. Ya habría otro que pudiese hacerlo.

Recogió del suelo la caja de cartón en la que había traído la cabeza y volvió a meterla dentro, junto con los apuntes de las medidas que había realizado. Antes de cerrar la caja, cogió la cadena que había dejado encima de la mesa y volvió a observarla, planteándose si debía devolverla también. No estaba entre el material original que le había dejado la Ertzaintza y podrían hacerse preguntas. La piedra pareció emitir un fulgor verdoso, como si quisiera expresar algo. Aquello la convenció. No pensaba quedarse con nada que hubiese pertenecido a aquella chica, quería terminar para siempre con los paseos nocturnos, las pesadillas y la extraña sensación de tener un ente invisible a su alrededor. Marta ya sabía de la existencia de la piedra así que se lo entregaría todo para que decidiese que hacer con ello. Tiró la cadena dentro y cerró con fuerza la tapa de la caja.

La luz de la mañana desapareció en unos segundos, como si un denso nubarrón hubiese tapado el sol. La temperatura descendió de forma acusada, haciendo que todo el vello de su cuerpo se erizase. ¿Qué era lo que estaba pasando? Se quedó muy quieta, mirando alrededor, sin saber qué hacer. Dentro de la habitación empezaba a soplar un viento frío, que agitaba los apuntes que tenía encima de la mesa y se le colaba entre la ropa. El suelo empezó a vibrar, muy despacio, como si un motor colocado debajo hubiese empezado a funcionar. Laura se agachó y tocó el suelo, intentando convencerse de que no podía estar moviéndose, de que todo aquello sólo podía estar sucediendo en su mente. Pero la vibración aumentó y el viento

también se hizo más fuerte y frío. Papeles revueltos empezaron a volar por la habitación, girando alrededor de ella como en un torbellino. Laura se puso a gatas en el suelo para no caer a medida que la vibración cobraba fuerza. La silla se tambaleó y cayó al suelo al lado suyo, al igual que los útiles de trabajo que tenía sobre la mesa.

Pensó que debía escapar de allí pero estaba paralizada, sus músculos se negaban a responderle. La vibración hizo que la caja en la que había guardado todo empezase a saltar encima de la mesa, aproximándose cada vez más al borde, hasta que resbaló y cayó abierta. La cabeza rodó desde el interior para quedar situada cerca de ella. La observó, sintiéndose más aterrorizada a cada segundo, preguntándose qué podría hacer para detener todo aquello. Apoyándose en la silla, consiguió ponerse de rodillas. La caja empezó a botar en el suelo, como si contuviese algo con vida propia. Consiguió ponerse de pie y empezó a caminar hacia atrás, sin perder de vista la caja.

La cadena se elevó en el aire y se dirigió hacia ella, quedando suspendida a unos centímetros de sus ojos. ¿Qué era lo que se suponía que debía hacer? ¿Arrepentirse de su decisión y seguir trabajando como si nada hubiese pasado después de lo que estaba viendo? Dio otro paso atrás, negándose a tocar la cadena, que seguía balanceándose frente a ella como si la llamara. La vibración del suelo aumentó, haciendo que toda la casa temblara y derribándola al suelo. El ventanal del techo se resquebrajó y una lluvia de pedazos de cristal cayó sobre ella mientras el viento parecía gritar a su alrededor.

Extendió la mano temblorosa y la cadena se deslizó hacia ella emitiendo un brillante fulgor verdoso. La piedra cayó en su mano, tan fría que le pareció que su contacto le quemaba. Cerró la mano alrededor del colgante y el viento desapareció. La vibración del suelo fue calmándose gradualmente y, en unos segundos, la luz del sol volvió a entrar por la ventana de la buhardilla.

Se levantó del suelo, con la cadena colgando de su mano. Echo un vistazo alrededor, con la mirada perdida. Aquello se escapaba por completo a su comprensión y a su control. Metió el colgante en el bolsillo de su pantalón y bajó las escaleras. Necesitaba ayuda y creía recordar donde podría encontrarla. Salió de la casa, cerró la puerta y se dirigió a su coche. Arrancó y salió a toda velocidad hacia Bilbao, sintiendo aún el tacto helado de la piedra a través de la tela, como un recordatorio para que no intentara escapar.

## CAPÍTULO VEINTIUNO.

La visión de la puerta de la tienda de artículos esotéricos le hizo sentirse por fin segura. Nada más abrirla el olor del incienso pareció golpearla. Al contrario que la vez anterior, no le pareció empalagoso y cargante, sino que la lleno de calma. La mujer morena la miró en silencio durante unos segundos, salió de detrás del mostrador y giró el cartel de la puerta para indicar que el establecimiento estaba cerrado. Después se giró hacia ella, la agarró con suavidad del brazo y la condujo a la trastienda.

— Dios mío, qué aspecto tan horrible tiene usted— obligó a Laura a sentarse en un sillón y acercó una lámpara de pie—. Sabía que volvería por aquí pero no pensé que lo haría en un estado tan lamentable.

Laura continuó callada y se recostó en el respaldo. La ansiedad iba desapareciendo de su cuerpo, dejándole tan solo una sensación de profundo agotamiento. La mujer se alejó unos pasos, abrió una puerta y entró en una pequeña habitación. Por la pared de azulejos que Laura podía divisar desde donde estaba sentada, dedujo que se trataba de un cuarto de baño. Escuchó el sonido de varios frascos de cristal al ser removidos. Intentó recordar el nombre de la mujer. Era algo extraño... Lo había visto en el cristal de la puerta. ¿Ideana? Sí, eso era. Mientras esperaba a que volviese, echó un vistazo a su alrededor. La trastienda estaba aún más abarrotada de objetos extraños que el comercio en sí. En el centro de la estancia estaba colocada una mesa redonda en la que destacaba una gran bola de cristal rodeada de velas de colores, cuyas llamas se reflejaban en la pulida superficie arrancando mil reflejos luminosos. En las estanterías que abarrotaban las paredes, junto a decenas de libros esotéricos, distinguió tarros llenos de hierbas, amuletos, imágenes religiosas... En una mesa situada en una esquina había varios muñecos hechos de paja y vestidos con trozos de tela. A cada lado de la mesa se consumía una vela, situada sobre una montaña de cera de diferentes colores que supuso que se habría formado por cientos de velas quemadas a lo largo de los años. Por un momento se planteó que no había hecho bien en acudir allí. Ella siempre se había dicho que no creía en esas cosas, quizá porque siempre había temido lo que no podía explicarse de manera natural. Pero ahora se encontraba inmersa en acontecimientos que no tenían explicación racional posible y aquella bruja era la única persona que podría ayudarla. Se sintió más tranquila cuando la mujer volvió del cuarto de baño y dejó sobre la mesa un bote de alcohol y unas

vendas. Al menos no iba a intentar curarla con un ungüento de ojos de sapo. Ideana se puso las gafas y se acercó aún más a Laura para examinarla.

— Está usted llena de cortes. ¿Qué es lo que ha pasado?— preguntó mientras aplicaba alcohol en su antebrazo.

— El cristal del techo estalló en pedazos— contestó Laura, mirando como la mujer trabajaba. No se había dado cuenta de que se había cortado cuando cayeron los cristales pero sus brazos aparecían llenos de incisiones cubiertas de sangre seca—. Todo empezó a moverse y la luz se fue y entonces el collar salió volando y...

— Pare, pare... No le estoy entendiendo una palabra— dijo la mujer, poniendo una mano en su hombro para tranquilizarla—. Creo que será mejor que se tome unos minutos para serenarse y que después me lo cuente todo, empezando desde el principio. Y no intente jugar a probar mis poderes ocultándome cosas para que yo lo adivine. Cuanta más información tenga de lo que está sucediendo, más fácil me será ayudarla. Y creo que necesita toda la ayuda que le pueda proporcionar.

Media hora después terminó de hablar. No omitió ni un solo detalle, incluso le contó su ruptura con David, su amistad con Ander, la desaparición de Rahu, los misteriosos asesinatos que habían sucedido en el pueblo, las amenazas de Zubeldia... La mujer escuchó con paciencia, sin interrumpirla ni una sola vez. Una vez que Laura calló, Ideana se levantó y caminó hacia la mesa en la que estaba la bola de cristal. Retiró todos los objetos de la mesa y después colocó sobre la mesa una vela blanca y otra negra y pidió a Laura que ocupase el asiento de enfrente.

— Su caso es complicado. Por aquí pasa gente con problemas todos los días pero la mayoría de las cosas que les pasan sólo están en su mente o se deben a la envidia o las malas intenciones de alguien de su alrededor— cuando Laura se sentó, cogió un paquete de una de las baldas y rodeó la vela negra con la sal que contenía—. Pero a usted no le pasa nada de eso. Creo sinceramente que está en contacto con un espíritu que ha quedado atrapado en este plano y que ese espíritu ve en usted la única vía para conseguir sus objetivos. Por eso, para que usted quede libre, debemos comprender que quiere que hagamos por ella y ayudarla.

Laura asintió en silencio y siguió observando los movimientos de la mujer. Mientras seguía hablando, empezó a esparcir sal por el suelo, rodeando la

mesa y las sillas que iban a utilizar.

— La sal es mucho más poderosa de lo que parece— respondió Ideana a la interrogante mirada de Laura—. Ahuyenta el mal de ojo y las energías negativas. Nos servirá de protección si el espíritu sigue enfadado o si decide volver a hacer una demostración de poder. Sé que usted es escéptica respecto a estas materias pero supongo que, después de lo que ha estado viviendo estos últimos días, estará empezando a cambiar de parecer.

— La verdad es que ya no sé qué pensar— contestó Laura, sonriendo para disculparse—. He intentado por todos los medios encontrar una explicación lógica y normal a todo esto pero me sobrepasa. Estoy a punto de volverme loca. Tengo miedo de lo que ella pueda hacerme si no le doy lo que quiere, me aterra pensar que puede controlarme cuando estoy dormida y que no voy a recordar lo que he estado haciendo cuando me despierte. Me preocupa pensar que haya tenido algo que ver con los asesinatos. Estoy tan confundida...

— No se preocupe. Intentaremos arreglarlo— dejó el paquete de sal en la balda de la que lo había cogido y se sentó frente a Laura—. No voy a usar las cartas ni la bola de cristal ni ningún otro medio para intentar contactar con ella. Creo que sólo enturbiarían su mensaje. Por lo que me ha contado, el espíritu de esa chica tiene la suficiente energía psíquica como para contactar con nosotras mediante la videncia pura. Y creo, además, que será posible que usted añada su fuerza como médium a mis intentos de contactar, mientras no utilice un método de videncia que usted no conozca.

— ¿Mi fuerza como médium?— preguntó Laura desconcertada—. Si ni siquiera soy capaz de comprender todo lo que me está diciendo. No sé lo que tengo que hacer para contactar.

— Tranquila— dijo Ideana, sonriendo—. No tiene que hacer nada para lo que no esté cualificada. De hecho se ha pasado los últimos días contactando con ella, aunque fuese de manera inconsciente. Saldrá bien. Ahora déjeme ver el colgante.

Laura metió la mano en el bolsillo hasta encontrar la cadena y la dejó sobre la mesa. A la suave luz de las velas parecía tener brillo propio. Ideana colocó las manos sobre la piedra y cerró los ojos.

— Coloque usted también las manos sobre la mesa. Tiene que estar en contacto con la piedra— le explicó con voz suave—. A través del amuleto uniremos nuestras fuerzas y entraremos en contacto con la chica.

Laura dudó por un momento. La parte lógica de su mente seguía

considerando que todo aquello era ridículo, que no debía estar allí, pero el recuerdo de lo que había sucedido en la buhardilla pudo más que toda su racionalidad. No podía negar lo que había visto, lo que había sentido, el miedo que había invadido todo su cuerpo... Superando su aversión extendió las manos hacia la piedra, esperando sentir de nuevo el pinchazo del frío en los dedos. Pero el tacto de la piedra era cálido y su fulgor parecía más suave, menos amenazador.

— Debe cerrar los ojos y tranquilizarse— susurró Ideana—. Intenté no pensar en nada.

Laura obedeció, intentando hacer su respiración más profunda y relajada, pero las preguntas seguían invadiendo su mente. ¿Qué se suponía que iba a suceder? ¿Otra demostración de fenómenos paranormales? ¿Y cómo iba a dejar la mente en blanco esperando algo así? Para empezar, ¿cómo demonios se ponía la mente en blanco? Siguió respirando con lentitud, dejando que el aroma del incienso adormeciese sus sentidos. Le pareció que los estímulos de su alrededor perdían intensidad. Sólo notaba el plácido cansancio que invadía sus extremidades, el tacto cálido de la piedra bajo sus dedos, el olor dulzón que llenaba la estancia. Pensó que estaba quedándose dormida, que todas las emociones del día habían terminado por agotarla, pero la sensación era tan agradable que se dejó llevar. Una suave luz blanquecina empezó a colarse como si alguien hubiese encendido una luz. Pensó en abrir los ojos pero se encontraba demasiado a gusto como para estropear el momento. La luz fue ganando intensidad, permitiéndole distinguir los contornos de los muebles de una habitación. Reconoció su buhardilla. La luz de la luna entraba por la ventana del techo, iluminando la mesa de trabajo.

Escuchó unos pasos que subían la escalera. Su propia imagen entró en la habitación, andando con paso lento. Con la mirada perdida, llegó hasta un rincón de la habitación y tanteó el suelo durante unos segundos. Un rato después se levantó con el colgante agarrado con ambas manos por el lugar en el que la cadena se había roto. Se la colocó en el cuello y la anudó con torpeza. La piedra sobre su pecho brillaba en la oscuridad con un potente brillo amarillento. Su figura se acercó a la mesa y se quedó mirando la cabeza ya reconstruida. Laura intentó analizar lo que estaba viendo. Debía ser un recuerdo de la noche anterior. El cristal del techo no estaba roto y el trabajo de reconstrucción correspondía al que había acabado antes de irse a la cama. Sabía lo que iba a pasar a continuación. Lo destrozaría todo y tendría que volver a empezar. Si pudiera impedirlo...

*Es sólo un recuerdo. No puedes hacer nada. Sigue tranquila.* La voz de

Ideana le llegó como un susurro pronunciado directamente dentro de su cabeza, junto a una sensación de calor y serenidad. Volvió a respirar con tranquilidad y siguió observando. El brillo de la piedra se había ido incrementando, iluminando la habitación. La figura de Laura continuó quieta frente a la mesa, mientras el brillo iba tomando consistencia, se convertía en una niebla dorada cada vez más grande que la rodeaba. Poco a poco la niebla fue tomando forma. Pudo distinguir en la figura translucida la forma borrosa de unos brazos, unas piernas que asomaban bajo un vestido largo, el vuelo de una cabellera ondulada que rodeaban a la Laura dormida, como si engullese su cuerpo, como si ambas figuras estuvieran fundiéndose. Laura se asustó. ¿Era eso lo que le sucedía por las noches? ¿Aquel fantasma estaba tan cerca de ella, la tocaba, la manipulaba como a una marioneta? *No te asustes, no rompas el contacto. Tenemos que ver lo que sucede. Tranquila, estoy contigo. Nada malo te va a suceder.* Intentó concentrarse de nuevo en la imagen que estaba viendo, convencerse de que era como una película en la que ya nada podía hacer y que no podía dañarla. Pero le molestaba ver su imagen, inclinada sobre la cabeza, modelando la arcilla a las ordenes de aquel ente que le daba miedo. Y le disgustaba que Ideana pudiese meterse en su cabeza de esa manera, que conociese sus pensamientos y sentimientos sin su permiso, y que ese conocimiento no fuese bidireccional.

Como respondiendo a su sentimiento de rechazo, su imagen en la buhardilla se puso rígida e intentó echarse unos pasos atrás. La figura dorada pareció hacerse más consistente, haciendo que fuese la imagen de Laura la que no resultaba clara, como si ella fuese el fantasma que habitaba en el interior de la chica. Empezó a temblar, resistiéndose con movimientos espasmódicos, como si luchara contra aquella niebla, pero su cuerpo empezó a deslizarse de nuevo hacia la mesa. Sus brazos volvieron a posarse sobre la cabeza, temblando de manera incontenible. Se notaba que luchaba con todas sus fuerzas por la rigidez de los músculos, por lo extraño de los movimientos, por el gesto de terror de su cara. *Aguanta un poco más. Esto acabará enseguida.* Laura volvió a respirar lentamente, notando que en los últimos segundos la imagen de la habitación se había vuelto más brumosa, como si hubiese estado a punto de romper el contacto. La visión tomó nitidez de nuevo. Las dos imágenes seguían luchando pero la figura dorada había conseguido que Laura posase las manos sobre la arcilla y empezase a moverlas. Ella lanzó un grito de furia, echando la cabeza hacia atrás y, haciendo un gran esfuerzo, clavó las uñas en el barro húmedo y arrancó dos grandes trozos de las mejillas, arrojándolos después contra la pared. La figura dorada se desprendió de ella y se colocó delante de la cabeza, como si intentase impedir que siguiera destrozándola pero las manos de Laura la atravesaban con facilidad y seguían arrancando pedazos y esparciéndolos

por toda la habitación. La figura dorada se difuminó en el aire y un potente y agudo grito de rabia llenó la estancia. La imagen de Laura se arrodilló en el suelo, cubriéndose los oídos con las manos mientras el grito iba volviéndose cada vez más fuerte, haciendo que los cristales vibrasen.

La visión de la habitación se volvió borrosa y desapareció, dejando sólo oscuridad. Laura abrió lentamente los ojos. Todo seguía igual, iluminado por la tenue luz de las velas. Observó a Ideana. Había retirado las manos de la piedra y se encontraba echada hacia atrás, con los ojos cerrados.

— ¿Se encuentra bien?— le preguntó Laura.

— Lo siento. Tuve que romper el contacto— dijo la mujer, abriendo los ojos. Parecía muy cansada, estaba pálida y temblorosa—. Tanto dolor, tanta rabia... Y ese grito... No fui capaz de soportarlo...

— No se preocupe. ¿Qué ha sido todo eso? ¿Le da alguna idea sobre cómo ayudarme?

— Sí, creo que podremos hacer algo— dijo Ideana, intentando erguirse en la silla—. Pero antes ve a la cafetería de al lado a por un par de cafés, con mucho azúcar para mí. Tal como me encuentro en este momento, no podría ayudarme a mí misma a levantarme de esta silla.

— El problema es que usted, aunque sea de manera inconsciente, ya sabe lo que el espíritu desea pero se resiste a hacerlo— explicó la mujer una vez terminó su café—. No le gusta sentir que otra voluntad se superpone a la suya, como le pasa a la gente que, estando en trance hipnótico, se resiste a las instrucciones del hipnotizador y se despierta.

— No la entiendo. ¿Cómo que ya sé lo que el espíritu quiere?— preguntó Laura, confundida.

— Es muy claro. Usted misma me comentó que no estaba contenta con el trabajo de reconstrucción que estaba realizando, que sin saber por qué le daba la impresión de que no era correcto— dijo la mujer, apoyando los brazos en la mesa para mirar a Laura más de cerca—. Lo único que el espíritu intenta es ayudarla a terminar el trabajo y, de esa manera, ayudarse a sí misma.

Laura dio unas vueltas a su café, pensativa. ¿Qué se suponía que debía hacer? Después de todo, aquella chica era capaz de hacer que se levantase de la cama, subiese un piso y empezase a trabajar. ¿Por qué no era capaz de

acabar el trabajo? Ella estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para que la pesadilla terminase pero, ¿cómo podía controlar lo que hacía mientras estaba inconsciente?

— Está bien. Me dejaré manipular— contestó al fin, asintiendo con decisión—. ¿Cómo debo hacerlo? ¿Debo decirme antes de dormir que me portaré como una buena chica y haré todo lo que me manden?

— No, eso no servirá de nada— contestó Ideana—. Su voluntad de resistir a la manipulación es demasiado fuerte. Como le sucede a mucha gente que va a ser hipnotizada, aunque conscientemente estén deseando entrar en trance, su voluntad inconsciente no se lo permite. Usted tiene demasiado miedo a perder el control sobre sí misma.

— Pero esa chica lo consigue. Hace que me levante de la cama y que pasee por la casa... — le rebatió Laura.

— Sí, pero no por mucho tiempo— explicó la mujer—. Lo normal sería que, una vez que un espíritu consigue dominar a una persona, mantuviese el control, pero su fuerza psíquica es demasiado fuerte y lucha continuamente contra la dominación. Por eso me ha resultado tan difícil mantener el trance antes. He tenido que luchar por contactar con el espíritu de la chica y por evitar que su parte racional volviese a tomar el control. Más que el trance, ha sido su fuerza mental la que me ha dejado así de agotada.

— Entonces, ¿qué es lo que puedo hacer?— preguntó Laura, sintiéndose perdida.

— Tiene que intentar contactar con ella de forma consciente, como ha hecho antes. Colóquese el colgante, siéntese delante de la cabeza e intente dejar su mente en blanco. Permítala entrar, como se hace con la escritura automática— dijo la mujer, levantándose y cogiendo una tarjeta de encima de una estantería—. Si eso no funciona y sigue teniendo problemas, llámeme a este número.

Laura cogió la tarjeta y la guardó en el bolsillo de su pantalón. Después le tendió la mano y la siguió hacia la puerta.

— Por cierto, no se preocupe por su gato. Volverá en cuanto todo esto acabe— le dijo la mujer con una sonrisa.

— ¿Está segura?— preguntó Laura, esperanzada—. ¿Cómo lo sabe?

— Los gatos son unos guardianes magníficos contra los entes

sobrenaturales. Los detectan y suelen ahuyentarlos porque no se soportan mutuamente— contestó ella—. El problema es que este espíritu está demasiado apegado, ve en usted la única vía para lograr lo que quiere y se aferra con toda su fuerza. El gato intentó que los dos se fuesen de la casa pero, ante su negativa, decidió marcharse solo y observarla de lejos. Para él es insoportable la convivencia con ese ser. Por eso le digo que volverá en el momento en que esa chica esté en paz.

Laura le sonrió agradecida y caminó hacia la puerta. Antes de salir, volvió a girarse. Quería resolver todas sus dudas antes de marcharse, por muy estúpidas que pudiesen parecer.

— ¿Cree usted que ese espíritu puede estar relacionado de alguna manera con los asesinatos que se están produciendo en el pueblo?— preguntó, mirándola a los ojos para estar segura de que su respuesta era sincera.

— No lo sé— contestó la mujer, encogiendo levemente los hombros—. Pero puede estar tranquila. Estoy segura de que usted no tiene nada que ver. Esa chica no la posee y la pasea por todo el pueblo haciéndole matar gente.

— ¿Y cómo lo sabe? ¿Acaso ha captado que el espíritu es positivo y sólo busca descansar en paz?

El rostro de la mujer se ensombreció, dejando translucir un sentimiento de preocupación. Se acercó a Laura y apoyó el brazo en su hombro.

— Sé que usted no permitiría que esa chica la manipulase para hacer algo así y que tiene la fuerza suficiente para resistirse— la voz de la mujer se convirtió en un susurro—. Pero no se engañe. No es un espíritu bueno que sólo busca que se conozca su identidad para poder ser enterrado dignamente. Ni siquiera busca justicia. Busca venganza y hará lo que sea para conseguirla, aunque tenga que pasar por encima de la única persona que en este momento está dispuesta a ayudarla.

**CAPÍTULO VEINTIDÓS.**

Laura aparcó al lado de Ander, que estaba dando una capa de pintura al cobertizo, y contempló el trabajo. Tal y como él había dicho, nadie notaría que se había incendiado. La única diferencia con su estado anterior era que se veía más nuevo y reluciente. Bajó, dirigiéndole al chico una sonrisa de agradecimiento.

— Hola— la saludó él, apartándose el flequillo de los ojos—. Pensaba que todavía estabas durmiendo y no he llamado para no molestarte.

— No, hoy me desperté temprano— contestó ella, acercándose—. Tuve que ir a Bilbao a hacer un recado.

— ¿Y qué era?— le preguntó él.

Laura se quedó pensativa durante unos segundos. A pesar de que, gracias a las cosas que había visto y a todo lo que le había contado Ideana, ya no pensase que estaba loca, sabía que sería muy difícil explicárselo a alguien. Tenía confianza con Ander pero no tanta como para decirle que el fantasma de una chica la controlaba por las noches para que la ayudase a vengarse y descansar en paz.

— He ido a un psicólogo que me recomendó Marta— mintió con la cabeza baja—. He seguido teniendo pesadillas y levantándome por las noches y empiezo a preocuparme. De hecho, anoche destrocé media buhardilla.

— ¿Y todo el trabajo que hiciste ayer?— se preocupó él.

— Echado a perder... No ha servido para nada. Tendré que empezar de nuevo.

— Creo que te estás obsesionando demasiado con esto— comentó Ander, apoyando una mano en su hombro, comprensivo—. ¿No te lo ha dicho el psicólogo?

— Bueno, todavía no me ha dicho nada. Sólo estuve explicándole un poco mi caso— Laura se giró hacia la casa, evitando aún su mirada—. Oye, yo no he desayunado. ¿Me acompañas a tomar un café?

— Claro— dijo él, siguiéndola hacia la casa—. Por cierto, ¿has ido al

psicólogo con esas pintas? ¿Y qué te ha pasado en los brazos?

Laura echó un vistazo a sus ropas manchadas de arcilla y sangre seca y a los vendajes que le había colocado Ideana.

— Sí, es que estaba muy nerviosa. Salí de casa a todo correr— contestó ella, quitándole importancia mientras entraba en la cocina—. Todo esto es consecuencia de mi paseo de anoche por la casa. No sé cómo rompí el cristal del techo y debí cortarme con los cristales pero no te preocupes. Estoy bien.

— ¿Estás segura? El psicólogo no ha debido pensar lo mismo.

— Bueno, mi aspecto habrá terminado de convencerle de que mi problema es serio— bromeó ella mientras empezaba a preparar el café—. Así se preocupará más por mi caso.

Ander permaneció en silencio mientras ella terminaba de preparar el desayuno. Cuando se sentó frente a él le observó con atención. La miraba fijamente y por su gesto parecía preocupado. Si tan sólo por una vez fuera capaz de descifrar esos ojos... Le habría gustado poder estar segura de que la devoción que le demostraba era sincera, saber si de verdad estaba dispuesto a seguirla en la locura en la que vivía inmersa, a ayudarla en las empresas más extrañas. Por un segundo, pensó que podría intentar olvidar a David en los brazos de ese chico aunque no le amase, que podría darse el lujo de ser ella la diosa de la relación, la que recibiese todos los cuidados y atenciones.

— Siento ser tan pesado pero creo que deberías dejar ese trabajo— dijo él interrumpiendo sus pensamientos—. Por Dios, Laura... Si ni siquiera te van a pagar...

— Hay cosas más importantes que el dinero, Ander.

— Ya lo sé. Por ejemplo tú misma, tu tranquilidad, tu salud... Y lo estás poniendo todo en peligro por una chica que ya está muerta y a la que ya no puedes ayudar de ninguna manera— insistió él con vehemencia.

— No estoy poniendo nada en peligro. Ya te he dicho que estoy bien— se defendió ella, sirviendo café en las dos tazas—. Lo que he hablado con el psicólogo me ha hecho sentir mejor y creo que ahora sé cómo debo enfocar mi trabajo. Ahora estoy segura de que conseguiré resultados en poco tiempo y creo que podré evitar destrozarlos por la noche.

— Está bien. Pero no es sólo eso. ¿Es que te olvidas de la insistencia de

Zubeldia para que dejes el caso, de los asesinatos, del aviso de Marta de que podrías estar en peligro? Por favor, Laura... Ha habido dos muertes, un miembro cualificado de la Ertzaintza te ha entregado una pistola porque tiene razones fundadas para creer que pueden atacarte... ¿Qué más necesitas para dejarlo?

— Sobre eso quería hablarte. Zubeldia estuvo aquí anoche con sus hombres, insistiendo para que dejase de remover el pasado. Parece ser que se ha enterado de que estás haciendo preguntas a sus hombres y no le ha hecho gracia. Amenazó con que podía pasarte algo si seguías entrometiéndote, así que creo que eres tú el que debería estar preocupado.

— ¿Preocupado yo?— rió Ander, sacando un cigarrillo—. Al contrario, que mis preguntas le hayan molestado significa dos cosas: que tiene algo importante que ocultar y que me estoy acercando a la respuesta. Ahora si que no voy a dejarlo.

— En serio, Ander... Tú no tienes nada que ver con todo esto. Creo que deberías mantenerte apartado.

— ¿Qué no tengo nada que ver?— dijo él, extendiendo su mano por encima del mantel para agarrar con suavidad la muñeca de Laura—. Creo que le debo más fidelidad a la mujer que más a gusto me ha hecho sentir en mi vida que la que tú le debes a los huesos amarillentos de tu buhardilla. ¿No te parece más sensato mi comportamiento que el tuyo?

— Está bien... Yo dejaré de insistirte para que abandones la investigación si tú dejas de insistirme para que deje mi trabajo. ¿Aceptas?—preguntó ella mientras sentía que una ola de calor subía por sus mejillas. Él sonrió y asintió con la cabeza—. ¿Y qué has descubierto sobre Zubeldia? ¿Sigues pensando que es el culpable de todos los males de la tierra?

— Bueno, estoy casi seguro de que no es el demonio pero creo que podré demostrar en unos días que no se queda muy atrás— dijo él, encendiendo el cigarrillo que había sacado y dándole un par de caladas antes de seguir hablando—. Estuve hablando con algunos de sus hombres y sus contestaciones hacen que la conducta de Zubeldia parezca aún más extraña.

— ¿A qué te refieres?— preguntó Laura, interesada.

— Sus hombres comentan que les sigue pareciendo muy extraño que eligiese este terreno para construir su urbanización soñada. Para empezar, en el terreno en el que van a construir, había un bosque que no estaba calificado como terreno urbanizable. Se rumorea que tardó meses en conseguir que lo recalificaran y que gastó millones en comprar los apoyos

necesarios. Después tuvo que gastar un montón de dinero más en arreglar los accesos al pueblo para que las máquinas y los camiones pudiesen pasar. ¿Te sigue pareciendo lógica su conducta?

— No mucho— concedió Laura—. Debe haber cientos de terrenos en Vizcaya mejor comunicados y en los que sea más fácil construir. La única explicación para que se empeñase tanto con este lugar es la que tú diste: que ya conocía el lugar y para él significaba algo importante. Pero lo que me cuentas invalida tu hipótesis de que quería ocultar su crimen bajo una tonelada de cemento. Si el bosque ya estaba protegido, nadie iba a descubrir el cadáver de la chica.

— Bueno, quizá temía que, al igual que él ha conseguido que lo recalifiquen, alguien más pudiese conseguirlo. O quizá estaba preocupado por si algún día a alguien de la Diputación se le ocurría hacer algo estúpido con el terreno. No sé, un campo de golf, por ejemplo... Ya han hecho salvajadas así en otras zonas verdes de Vizcaya— dio unos golpecitos en la mesa con su mechero mientras miraba pensativo al techo—. Creo que no podremos estar seguros de cuál es la verdadera razón de que eligiese este lugar mientras no investigue más, pero de lo que no me cabe duda es de que no lo escogió por casualidad. Encontraré lo que le une a este lugar y entonces tendrás que darme la razón y dejarás de pensar que soy un paranoico.

— Yo no pienso eso— dijo Laura, sonriendo—. Pero tampoco me cuadra que él tenga que ver con el asesinato de la chica y de los dos hombres del pueblo.

— Bueno, por el momento es nuestro sospechoso más convincente— Ander se levantó y se dirigió a la puerta—. Voy a seguir trabajando. Cuando acabe de pintar el cobertizo subiré a la buhardilla a echarle un vistazo al cristal del techo.

— No hay nada que mirar— comentó Laura—. Está esparcido en trocitos por todo el suelo. Iré ahora a recogerlo.

— Luego colocaré unas tablas para que no entre agua si hay tormenta. ¿De acuerdo?

Laura asintió y él salió de la casa. Subió a la buhardilla con una escoba y un recogedor y empezó a limpiarlo todo. Pensó que debería sentirse nerviosa después de lo que había vivido en esa habitación por la mañana, pero no captaba ninguna sensación amenazante. La atmósfera estaba libre de la electricidad que parecía inundarlo todo cuando la chica iba a

manifestarse y la piedra en su bolsillo tampoco le transmitía nada, como si estuviese descargada. Acabó de recogerlo todo, se sentó a la mesa y trabajó durante unos minutos en recomponer el trabajo destruido, volviendo a colocar arcilla en los lugares en los que sus destrozos habían dejado palillos al descubierto.

Escuchó los pasos de Ander por la escalera y se giró. Él apareció con un martillo en la mano y un montón de tablones bajo el otro brazo. Dejó las tablas sobre el sofá, agarró una silla y la puso bajo el tragaluz.

— ¿Estás acabando con eso?— le preguntó, señalando la cabeza—. No parece que hayas avanzado mucho...

— Ya te he dicho que dedico mis noches a destrozar mi trabajo, así que no avanzo demasiado.

— ¿Te molesto? Si lo prefieres, puedo dejar esto para más adelante— se ofreció él.

— No, tranquilo. La verdad es que no me encuentro con ganas de trabajar ahora— dijo ella, echándose atrás en la silla con gesto cansado.

— No me extraña. Yo nunca tendría ganas de trabajar con algo tan espantoso— dijo él, subiéndose a la silla para clavar la primera tabla—. ¿Sabes lo que deberíamos hacer? Irnos a comer fuera, conozco un sitio muy bonito cerca de aquí para ir de excursión. Podrías preparar unos bocadillos mientras termino de arreglar esto.

Laura dudó por un instante. Por un lado pensaba que debería pasarse la tarde trabajando para acabar cuanto antes con aquella pesadilla pero, por otro lado, el día era demasiado bonito como para pasarlo allí encerrada y, además, no era justo que sólo pasase tiempo con Ander cuando él iba a trabajar a su casa. Si seguía así, él debería pasarle una factura por sus servicios a final de mes.

— Está bien. Creo que tienes razón— dijo, levantándose de la silla—. Lo tendré todo listo en media hora.

— Perfecto. Y acuérdate de ponerte un bañador.

Laura bajó las escaleras, recogió algo de ropa de su cuarto y se dirigió al baño. Quería quitarse de encima las manchas de barro y sangre con una ducha rápida. Unos minutos después, salió sintiéndose más animada. La idea de salir de allí y olvidarse de todo aquello por unas horas le apetecía más a cada momento. Preparó unos bocadillos y los metió en una mochila,

junto con unas latas frías. Los martillazos cesaron unos segundos después y Ander bajó las escaleras.

— ¿Estás preparada?— preguntó él, cogiendo la mochila que Laura había dejado sobre la mesa—. Entonces vámonos.

Salieron de casa y montaron en la moto. Ander arrancó y se internó en el bosque, sorteando los árboles, hasta llegar a la orilla del río. Siguió conduciendo orilla abajo durante unos diez minutos y después paró a la sombra de un roble. Se bajaron y Ander le señaló un bosque situado a unos metros.

— Es por ahí. Los árboles están muy juntos en esa zona y sería difícil pasar con la moto. Vamos.

Laura le siguió y se internaron en el bosque. Le pareció que, nada más cruzar la primera línea de árboles, entraba en un mundo diferente. Las ramas estaban tan juntas que convertían el lugar en una esfera de color verde profundo. Sólo algunos rayos de sol conseguían colarse entre la espesura, como lanzazos de oro que se clavaran en el suelo. La temperatura era más baja que en el exterior y el ambiente estaba cargado de humedad, como si hubiesen penetrado en una cueva. Siguió a Ander en silencio, sorprendida por la tranquilidad del lugar, tan sólo quebrada de vez en cuando por el rápido vuelo de las libélulas. Intentó percibir algún sonido del exterior, pero sólo pudo distinguir el ruido de sus pasos sobre la hierba y el zumbido de los insectos. Ander le agarró la mano para atraer su atención y le señaló el lugar hacia el que se dirigían. Laura se quedó parada, sorprendida. Unos metros más adelante, el río parecía detenerse para formar una laguna de aguas tranquilas en la que el sol se reflejaba lanzando destellos dorados. El lugar transmitía tal sensación de paz que Laura no se atrevió a comentar nada, tan sólo sonrió a Ander y dejó que la guiara hasta la orilla. Se sentaron en silencio y contemplaron el lugar por unos minutos. Laura se dejó acariciar por la brisa que se colaba entre las ramas y que provocaba ondulaciones en la brillante superficie del agua. Se sentía tan a gusto que deseó no tener que marcharse nunca de allí, le pareció que era el lugar perfecto para dejar atrás todo su pasado y empezar como una persona renovada. La mano de Ander en su hombro la devolvió al mundo real.

— Es bonito, ¿verdad?— ella asintió—. Sabía que te encantaría. Yo vengo aquí a veces para pensar a solas. Digamos que es uno de mis lugares secretos pero quería compartirlo contigo.

Laura le sonrió agradecida, sin saber qué podría decirle. Le observó

mientras él fumaba un cigarrillo con la mirada perdida en la otra orilla. Se preguntó de nuevo por qué la trataba tan bien, por qué se preocupaba tanto por ella con lo poco que recibía a cambio. Casi parecía que Dios estuviese intentando resarcirla por todo el dolor que David le había causado poniendo en su camino un príncipe perfecto. Quizá debería estar agradecida y aprovechar esa oportunidad que la vida le ofrecía en vez de seguir anclada en el pasado y paralizada por el miedo a que alguien volviese a hacerle daño. Ander se puso de pie y empezó a quitarse la ropa.

— ¿Te apetece un baño antes de comer? Venga, te echo una carrera. Ida hasta la otra orilla y vuelta hasta aquí.

Laura se desvistió con rapidez y salió corriendo detrás de Ander. Le sorprendió el frío del agua al tocar su piel pero aún así siguió corriendo unos pasos y después se zambulló. Una sensación de ingravidez envolvió todo su cuerpo. Abrió los ojos y disfrutó del brillo verdoso de las aguas, de la quietud que la rodeaba, como si estuviese sola en un frío mundo sin tiempo, sin prisas ni dolor. La paz se vio turbada por el sonido de Ander, chapoteando con fuerza a unos metros de ella. Sacó la cabeza del agua y le observó, sonriendo. El chico no era perfecto. Por la cantidad de espuma que estaba levantando se veía que el agua no era su elemento. Nadó cerca de él, esforzándose en no dejarle muy atrás, disfrutando del momento. Hacía muchísimos años que no se bañaba en un río, quizá desde aquel campamento de verano en Burgos, cuando iban a refrescarse al atardecer después de todo un día de duro trabajo bajo un sol abrasador. Por un momento casi pudo sentir el agua helada, casi pudo oír las risas, los chapoteos, las bromas de sus amigos y sentirse tan feliz como en aquellos días, como ya no pensó que podría volver a sentirse después de haber ido dejando que esas ilusiones y esas ganas de vivir fueran muriéndose a medida que sus sueños de juventud se iban cumpliendo. El marido deseado, el puesto de trabajo anhelado, la casa de sus sueños la habían convertido en una Laura que ya no podía soñar nada más, en una Laura muerta. Y había tenido que perderlo todo para poder sentirse ilusionada de nuevo.

Volvió a la orilla, con Ander unos metros detrás de ella y se tumbó en la hierba. No quería pensar en todo aquello. Sólo quería disfrutar de aquellas sensaciones, de aquella nueva vida que se le iba mostrando, del cielo azul que podía ver a través de las ramas de los árboles. Ander salió del agua y se tumbó a su lado, sonriendo.

— Vaya, no me habías dicho que nadabas tan bien. Si lo llego a saber, no te reto a una carrera.

— No te preocupes. No puedes ser perfecto en todo.

— ¿Perfecto en todo?— dijo él riendo mientras se apartaba unos mechones mojados de los ojos—. Un día tengo que presentarte a mis padres a ver si consigues que me vean como tú lo haces.

— Cuando quieras— contestó Laura, incorporándose sobre un brazo para verle mejor—. Estoy segura de que en menos de cinco minutos estarían dándome la razón acerca del maravilloso hijo que tienen.

— No voy a hacer la prueba— dijo él negando con la cabeza mientras buscaba su paquete de tabaco entre el montón de ropa que se había quitado —. Seguramente serían ellos los que te convencerían de que su punto de vista sobre mí es el acertado. No pienso arriesgarme a perder a la única persona en el mundo que parece comprenderme.

— ¿Y qué punto de vista es ese?— preguntó ella, intrigada—. ¿Qué es lo que piensan de ti?

— Algo así como que soy una especie de demente sin futuro que acabará sus días como vagabundo en las calles de Bilbao— contestó él con una sonrisa triste antes de encenderse un cigarrillo—. Llevan años presionándome para que consiga una plaza como administrativo en algún ayuntamiento. Para ellos eso es el prototipo del éxito profesional, conseguir un puesto fijo como funcionario. No pueden entender que sienta urticaria sólo de pensar en pasar el resto de mi vida encerrado en una oficina, sabiendo sin ninguna duda lo que haré al día siguiente, y al otro, y al otro...

— ¿Has intentado explicárselo?

— Por supuesto. Cientos de veces— él se sentó y clavó su mirada en la superficie del agua—. Es igual que hablar con una pared... Me miran como si estuviera totalmente loco cuando intento contarles que no quiero un trabajo fijo, ni una hipoteca de treinta años, ni pasarme el resto de mi vida metido en este pueblo... Ya me he rendido a la evidencia y hace meses que les sigo la corriente, que les digo que no puedo estudiar con el ruido del bar y me voy a algún sitio tranquilo, a pensar en mis cosas o a escribir canciones. Debajo del sillín de la moto están los apuntes para las oposiciones, por si quieres replantearte tu vida laboral.

— No, creo que no lo necesito— dijo Laura sonriendo mientras ponía una mano en su brazo para apoyarle—. Mi orientación laboral es lo único que tengo claro en este momento.

Ander volvió a tumbarse y se colocó de costado, mirando al suelo mientras arrancaba pequeñas briznas de hierba y las tiraba a un lado. Al cabo de unos segundos, levantó la mirada y la observó fijamente.

— ¿Y en todo lo demás? ¿Has pensado cuánto tiempo vas a quedarte o qué harás cuando termines el trabajo?— le preguntó, preocupado.

— La verdad es que no— contestó ella, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba—. No quiero hacer planes, ni preocuparme... Quiero encontrar tranquilidad para organizar mis pensamientos... Cuando llegué me sentía perdida, como si me hubiesen arrebatado mi vida y no supiese qué hacer para recuperarla... Pensé que aquí encontraría la respuesta pero lo único que he encontrado son más preguntas... Ahora ni siquiera sé si quiero recuperar mi vida anterior, mi trabajo, mi casa... Me parece todo tan lejano como si formase parte de otra vida, de otra Laura...

— ¿Entonces no sabes si te marcharás cuando acabes de trabajar en el caso?— insistió él.

— No lo creo... Me siento a gusto aquí— contestó ella, intentando tranquilizarle con una sonrisa—. Además, no puedo marcharme sin encontrar a mi gato.

— Con esa respuesta me estás obligando a que lo secuestre si lo encuentro — volvió a mirar al suelo, como si dudase si sería correcto seguir preguntando—. ¿Y David? ¿Todavía no has pensado si vas a perdonarle, si estás dispuesta a volver con él?

Laura se tumbó y clavó los ojos en el cielo, sin saber qué contestar. Aquella era una pregunta que llevaba evitando hacerse desde que había llegado al pueblo pero sabía que debería afrontarla en algún momento.

— No estoy muy segura ni de lo que haré en el futuro ni de lo que siento en este momento— contestó por fin en un susurro—. Pensé que sería difícil vivir sin él, que estaría obsesionada por su recuerdo, pero no ha sido así... De hecho muchas noches, cuando estoy a punto de quedarme dormida, me sorprende la idea de que no me he acordado de él en todo el día. Y no sé qué pensar acerca de eso... No sé si ya no le necesito, o si me estoy engañando a mi misma para no sufrir, o si hacía ya mucho tiempo que no le necesitaba... Quizá nuestro matrimonio no significaba nada para ninguno de los dos y David se dio cuenta antes... De todos modos, creo que no podré saberlo con claridad mientras siga habiendo incendios, asesinatos y amenazas nocturnas a mi alrededor. Con tanta tensión casi no soy capaz de decidir qué voy a comer al día siguiente.

— Está bien. Te lo preguntaré más adelante entonces— cedió él, sonriéndole con dulzura. Laura temió estar dándole esperanzas pero no supo responderse hasta qué punto eran infundadas—. Y hablando de

comer, me muero de hambre.

Ander se levantó y sacó los bocadillos de la mochila y una radio que había llevado en el bolsillo. Comieron escuchando música y, cuando acabaron, Laura se tumbó de nuevo al sol, mientras Ander repasaba la letra de una canción que estaba intentando componer. El calor del sol y el sonido de la música la adormecieron. Despertó por un suave zarandeo.

— Vamos, perezosa— Ander se levantó y empezó a recoger todas las cosas con rapidez—. Llevas más de dos horas dormida. Mira el cielo, se está nublando. Si no nos damos prisa, acabaremos empapados.

Laura se levantó, se vistió a toda prisa y siguió a Ander por el bosque hasta llegar a la moto. Montaron y recorrieron el camino de vuelta a casa. El cielo estaba muy cubierto y el viento que les azotaba era fuerte y frío. Laura se abrazó a la cintura de Ander para sentir su calor y él se giró durante un segundo y la sonrió.

Llegaron a casa cuando empezaban a caer las primeras gotas. En cuanto Ander paró la moto, Laura bajó y corrió a refugiarse bajo el alero del porche. Ander se acercó, aún subido en la moto y le tendió la mochila.

— ¿No iras a marcharte ahora?— le preguntó Laura, cogiendo la bolsa que él le tendía—. La tormenta está a punto de empezar.

— Me encantaría quedarme pero tengo que sustituir a mi hermano en el bar en media hora— contestó él, encogiéndose de hombros—. Pasaré por aquí mañana para ver si el arreglo de la buhardilla ha funcionado o te has pasado toda la noche achicando agua.

Un relámpago azulado rasgó el cielo, seguido casi de inmediato por un trueno. Las gotas empezaron a caer con más fuerza. Ander se despidió agitando la mano y arrancó la moto. Laura dio un par de pasos atrás para protegerse de la lluvia mientras le veía alejarse. Cuando estaba a punto de llegar a los primeros árboles, giró la moto y volvió a dirigirse hacia la casa. Laura se acercó a la barandilla, preguntándose qué se le habría olvidado.

— ¿Pasa algo?— le dijo cuando él volvió a poner la moto al lado del porche.

— Sólo una última pregunta— dijo él, apartándose de la cara el pelo empapado—. Recuerdas el día que te bese y nos enfadamos, ¿verdad?

— Claro, pero pensé que todo eso estaba aclarado...

— Ya, ya lo sé... No es eso— la cortó él, poniéndose de pie sobre los pedales de la moto y apoyándose en la barandilla para estar más cerca—. Es que me he pasado toda la tarde deseando volver a besarte y no lo he hecho porque pensaba que podías volver a enfadarte conmigo. Y ahora pienso que quizá tú estabas esperando que yo lo intentase y que he sido un estúpido por no haberme atrevido. Así que no quiero marcharme sin saber hasta qué punto me he comportado como un gilipollas.

Laura se apoyó en la barandilla, sonriendo. Le encantaba aquella mezcla de inocencia y cara dura que él presentaba a veces.

— Creo que hoy no me habría enfadado si lo hubieses intentado— le susurró.

— ¿Y crees que ya es muy tarde para corregir mi estupidez?— preguntó él.

Laura se inclinó aún más y acercó los labios. Él la besó con dulzura, como si temiera que ella se asustara y se echara atrás, pero ella le agarró la nuca y acarició su pelo mojado, atrayéndole con firmeza. Al cabo de unos segundos se separó de él, sonriendo.

— Bueno, aún así tengo que marcharme— dijo él, resoplando como si intentara tomar fuerzas para irse.

— Hasta mañana, entonces— contestó Laura, acariciándole la mejilla—. Buenas noches.

— “Buenas noches. Buenas noches...”— repitió él sonriendo mientras arrancaba de nuevo la moto—. “Despedirse es un pesar tan dulce que diría buenas noches hasta que se hiciera de día”

Se alejó hacia el bosque y Laura se quedó apoyada contra la pared, contemplando cómo se alejaba con una sonrisa en los labios. Nunca se había imaginado sonriendo por un Romeo vestido de negro que montase en motocicleta. Esperó que sus historias no tuviesen más parecido con una tragedia de Shakespeare. Para su gusto, ya habían aparecido suficientes muertos en la zona.

Entró en casa y subió a la buhardilla. Se sentó a la mesa y empezó a trabajar, deseando acabar cuanto antes con la parte mecánica del trabajo. El tamborileo continuo de las gotas de lluvia contra las tablas del techo la ponía nerviosa y el restallar cada vez más frecuente de los relámpagos hacía que se sobresaltase. Sentía que estaba acompañada, que una presencia invisible la vigilaba. Sabía que esas sensaciones sólo estaban en su mente, que aunque el espíritu de aquella chica estuviese presente, era tan

imperceptible para ella como lo había sido los días anteriores. Pero, después de lo que había visto, esas imágenes se resistían a abandonar su mente.

Trabajó un par de horas a toda prisa, terminó y se levantó de la silla. No estaba dispuesta a seguir las instrucciones de Ideana esa noche, no podía intentar fundirse con la voluntad de un fantasma en aquel estado de nervios. Lo haría a plena luz del día, cuando se encontrase más tranquila, aunque eso tampoco le asegurase que no acabaría con un ataque de ansiedad.

— Dejáremos esto así y mañana intentaremos trabajar juntas. ¿De acuerdo?— preguntó en voz alta a la habitación vacía. Permaneció en silencio, esperando algún sonido, un cambio en la temperatura... Pero no sucedió nada—. Supongo que eso es un sí.

Se dirigió a las escaleras, sin poder reprimir una sonrisa imaginando lo que pensaría Ander si la viese hablar sola. Y sus padres pensaban que él era el loco del pueblo... El recuerdo de Ander, del día pasado a su lado, del beso de despedida hizo que se sintiese nerviosa. ¿Qué iba a pasar al día siguiente? ¿Cómo mirarle, cómo comportarse? No iba a poder dormir con aquellos pensamientos rondándole la cabeza. Se giró, levantó la tabla del suelo y sacó el diario de Luis. Con él en la mano bajó las escaleras y entró en su habitación. Se desvistió y se metió en la cama. Mientras la lluvia seguía cayendo fuera con violencia, se tapó con una manta y empezó a leer.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS.

*Bordeamos el edificio en completo silencio. Parecía que el lugar al que Mikel nos había guiado era una urbanización de apartamentos de veraneo. Algunas de las casas estaban desocupadas pero al pasar al lado de las ventanas de los pisos inferiores por las que salía luz, teníamos que agacharnos para no ser descubiertos. Pasábamos de uno en uno, intentando no hacer ruido, mientras desde dentro de las casas nos llegaba el sonido de las conversaciones, el rumor de los televisores, el olor de la cena... A pesar de lo enfadado que seguía estando con Mikel, me planteé lo excitante que resultaba esa sensación de ser invisible, de pasar tan cerca de la gente sin que sospechasen nada. Al llegar a la esquina de otro bloque de apartamentos, Mikel y Oscar pararon y esperaron a que todos llegásemos a su lado.*

*— Ahora tenemos que cruzar este patio sin que nos vea nadie para salir de aquí y volver a la carretera— dijo Mikel, señalando hacia la línea de apartamentos que se veía enfrente—. Yo cruzaré primero y desde allí miraré si hay vigilantes y os haré una señal para que vayáis pasando.*

*Nos quedamos agazapados en la oscuridad, observando cómo cruzaba hasta el otro lado. Una vez allí, le perdimos de vista durante unos segundos mientras exploraba la parte de atrás del edificio. Cuando volvió a reaparecer, movió los brazos para indicarnos que no había peligro. Oscar salió el primero, seguido poco después por Jon. Los dos llegaron al otro lado sin ningún problema. Mikel volvió a comprobar que nadie estuviese acercándose por la carretera y nos dio la señal para que pasáramos.*

*— Ve tú primero— le susurré a Esteban—. Yo te seguiré.*

*Él asintió y empezó a cruzar el patio. Cuando ya había recorrido la mitad del camino, salí de la oscuridad y empecé a pasar, mirando por encima de mi hombro para distinguir si alguna luz se encendía en una ventana, si alguna silueta me observaba. En mi mente, podía ver con claridad toda la escena. Alguien observándome y gritando para alertar al resto de los vecinos, la llamada a la policía, la detención, las caras de mis padres cuando les avisasen... Pero no sucedió nada. El silencio y la tranquilidad continuaron y, cuando llegué a la esquina, volví a esconderme en la oscuridad, intentando calmar mi respiración. Nada malo había pasado,*

*debería sentirme a salvo pero no conseguía dejar de imaginarme que algún vecino podía haber estado observándonos en silencio, que en ese momento un coche patrulla estaba de camino hacía allí para detenernos.*

*— Hay que seguir. Volvamos a la carretera— dijo Mikel, dándome una palmada en el hombro.*

*Volvimos a caminar en silencio hacia la salida de la urbanización. Los edificios estaban rodeados en ese lado por un alto seto. La única escapatoria parecía una puerta de hierro de unos tres metros de altura. Jon y Oscar ya nos esperaban allí, agazapados a la sombra del edificio más cercano.*

*— Bueno, sólo nos queda saltar esto. La carretera que lleva a la playa está al otro lado— explicó Mikel.*

*Yo giré la cabeza para observar a Esteban. Miraba a lo alto de la valla con la misma cara de desconcierto que habría puesto si Mikel le hubiese dicho que íbamos a volar. Le agarré del brazo, intentando evitar que volviese a quedarse paralizado.*

*— Vamos, tenemos que escondernos— dije agachándome al lado de Jon—. ¿Quién pasará primero?*

*— Yo lo haré— contestó Oscar—. Puedo saltar eso yo solo. Luego podré ayudaros a bajar desde el otro lado.*

*— Está bien— dijo Mikel—. Pasa, observa si hay alguien y vete indicándonos cuando podemos pasar. Cuando estéis al otro lado, cruzad la carretera y escondeos en el bosque. ¿Está claro?*

*Todos asentimos. Oscar se levantó y corrió hacia la puerta. Una vez allí, miró unos segundos a través de la verja y después saltó, se agarró a lo alto y pasó una pierna al otro lado como si aquello no supusiese la más mínima complicación para él. Se sentó a horcajadas sobre la verja y nos hizo un gesto de triunfo. Un haz de luz pareció aparecer de la nada, rasgando la oscuridad de la noche en dirección a Oscar. Durante un segundo, todo pareció detenerse, mientras observábamos con la respiración contenida la figura de Oscar encima de la verja, paralizado frente a las luces como un conejo en medio de la carretera. Y entonces saltó, de la manera más extraña que he visto nunca. Se lanzó en horizontal hacia el suelo, quedándose allí tumbado como si intentara fundirse con el asfalto de la carretera, mientras el haz de luz seguía acercándose.*

*— Joder, que ostia— susurró Mikel—. ¿Habéis visto como ha saltado?*

*— Sí, éste se ha matado— contestó Esteban.*

*Continuamos en silencio, mientras la luz pasaba por encima de su silueta y desaparecía. Unos segundos después, Oscar se incorporó y nos hizo señas para que nos acercáramos.*

*— Sólo era un coche por la carretera— nos susurró desde el otro lado—. Venga, que pase el siguiente.*

*Mikel me miró, como si me preguntara quién debía pasar. Yo le hice un gesto con la cabeza, señalando a Esteban. Sabía que, si me quedaba solo con él a ese lado de la valla y volvía a quedarse paralizado, me sería imposible hacerle cruzar. Mikel asintió.*

*— Vamos, Esteban— le dijo, dándole una palmada en el hombro—. Te ha tocado. No lo pienses más.*

*— Yo no puedo saltar eso— murmuró Esteban, observando la valla mientras negaba con la cabeza.*

*— Claro que puedes— contestó Mikel, agarrándole del brazo para acercarle—. Nosotros te daremos impulso. Tú sólo tienes que preocuparte de agarrarte a la parte de arriba. Después, Oscar te bajará desde el otro lado.*

*Sin dejarle que lo pensara más tiempo, Mikel y yo le agarramos de las piernas y, cuando yo di la señal, le lanzamos hacia arriba con todas nuestras fuerzas. Creo que nos pasamos con el lanzamiento, no encuentro otra explicación. Esteban salió disparado hacia arriba y ni siquiera tuvo que agarrarse a la valla para poder impulsarse. Aterrizó directamente en lo más alto, con una pierna a cada lado. Incluso con aquella oscuridad me pareció ver que su cara palidecía y que boqueaba como un pez fuera del agua, intentando respirar. Se deslizó hacia el otro lado, dejándose caer sin pensar y Oscar le recogió.*

*— ¿Estás bien?— le preguntó en un susurro.*

*Esteban no contestó, creo que le faltaba la voz. Se limitó a negar con la cabeza y, doblado sobre sí mismo, cruzó la carretera hacia el bosque en el que teníamos que escondernos para desplomarse tras la primera línea de árboles.*

*— Espero por tu bien que el concierto sea bueno— le dije a Mikel, intentando contener la risa—, porque Esteban acaba de pagar un precio altísimo por su entrada.*

*— Tampoco era una parte de su cuerpo que usase demasiado— contestó Mikel, riéndose en voz baja—. No será una gran pérdida. Venga, Jon. Te toca.*

*Jon se acercó a la valla y le dimos impulso. Esta vez controlamos mejor nuestras fuerzas, o Jon estaba más preparado, porque conseguimos que se agarrase a la esquina superior de la valla y cruzase al otro lado sin mayor problema. Jon cruzó la carretera y se agachó en el bosque al lado de Esteban, intentando consolarle.*

*— Bueno, quedamos tú y yo. ¿Quién pasa ahora?— me preguntó Mikel.*

*Yo le observé, planteándome si sería capaz de impulsarle yo solo. Mikel era algo más alto que yo y bastante más fuerte, iba a ser difícil pasarle al otro lado sin ayuda. Pero sabía que, aunque siempre intentase ocultarlo, Mikel no era una persona muy ágil y era muy probable que no lograse pasar si le dejaba solo a ese lado.*

*— Venga, pasa tú— le contesté—. Creo que yo podré pasar sin impulso.*

*Mikel asintió y se colocó de cara a la valla. Yo le agarré por las piernas e intenté izarle. Pesaba incluso más de lo que aparentaba. Durante unos segundos, pensé que no lo conseguiría, mientras Mikel luchaba por estirarse lo más posible y llegar a la parte de arriba. Cuando lo logró, se agarró con fuerza e izó su cuerpo hasta lo alto. Yo esperé mientras acababa de cruzar y Oscar le recogía al otro lado y, después, enganche un pie en uno de los lados de la valla y me impulsé para subir.*

*Cuando estuve en lo más alto, miré hacia el otro lado y di mentalmente gracias al cielo por el golpe que Esteban se había dado en la entrepierna. Incluso a mí me dio un poco de vértigo. Si él hubiese estado en condiciones de mirar hacia abajo, se habría quedado allí petrificado, sirviendo de adorno a la entrada de la urbanización. Me descolgué hacia el otro lado y Oscar me recogió. Después los dos juntos nos dirigimos al bosque.*

*Esteban seguía doblado sobre sí mismo, pero parecía que ya había recuperado la respiración. Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro, para consolarle.*

*— ¿Estás bien?— le pregunté, preocupado.*

*— Sí, se va pasando— contestó él, forzando una sonrisa—. Ya sólo tengo que acostumbrarme a la idea de no tener hijos.*

*— Vamos a seguir— intervino Mikel—. Caminaremos un rato por el*

*bosque, hasta dejar atrás la urbanización, y después podremos volver a la carretera. Ya no debe quedar mucho para la playa.*

*Nos levantamos y seguimos a Mikel. El bosque estaba oscuro y silencioso y me parecía que nuestros pasos y susurros debían oírse a muchos metros de distancia. Cuando dejamos atrás las luces de los edificios, salimos a la carretera, sólo iluminada por la luz de la luna. Al pisar sobre asfalto, aceleramos el paso. Oscar y Mikel caminaban unos pasos por delante, vigilando la carretera. Entre ellos y el grupo que formábamos Esteban y yo, caminaba Jon, con la mirada baja, fija en la carretera. Su comportamiento no era normal. Siempre había sido el más callado del grupo pero esa noche estaba ausente, como si viviera en un mundo aparte. Aceleré el paso, seguido por Esteban y me coloqué a su lado.*

*— ¿Pasa algo, Jon? Estás muy callado.*

*— No, estoy bien— contestó él.*

*— ¿Has discutido con Yoli?— le preguntó Esteban.*

*Jon se limitó a negar con la cabeza, sin mirarnos a los ojos. Después, aceleró el paso para unirse al grupo de cabeza, terminando la conversación.*

*— ¿Un cigarro, Mikel?— le preguntó, uniéndose a ellos.*

*Esteban y yo les seguimos, sin entender que le pasaba. Mikel sacó su paquete de tabaco y repartió cigarrillos para Oscar y Jon. Después, siguieron andando y bromeando. Al cabo de unos segundos, Jon se separó unos metros de ellos, pegándose al arcén, para volver a caminar en solitario.*

*— ¿Crees que se ha enfadado con nosotros por no haberle llevado a Bilbao?— me preguntó Esteban, bajando la voz para que él no pudiese oírle.*

*— No, no creo que sea eso— contesté yo—. Ya le preguntamos si quería venir... Creo que tiene que ver con su novia. No ha puesto buena cara cuando le has preguntado por ella.*

*— Pues podía contarnos lo que le pasa. Tampoco puede ser tan grave y podríamos ayudarle.*

*— Ya sabes como es... Siempre tan callado para sus cosas...*

*Unos metros más adelante la carretera describía una curva cerrada. Los*

*que iban primero llegaron a ella y se lanzaron a la carrera hacia la cuneta. Mikel se dio la vuelta antes de esconderse entre los árboles y nos indicó por señas que nos escondiésemos. Esteban y yo corrimos hacia el bosque y, caminando agachados tratando de no hacer ningún ruido, nos acercamos a ellos.*

*— ¿Qué es lo que pasa?— le pregunté a Mikel en un susurro cuando estuvimos a su lado.*

*Mikel se puso un dedo sobre los labios, indicándome que guardase silencio y después avanzó lentamente unos pasos hacia el límite del bosque. Me hizo una seña para que me acercase. Yo le seguí y observé entre los árboles. Cien metros más adelante había un coche cruzado en la carretera. Distinguí dos siluetas sentadas sobre el capó, rasgando la oscuridad de la noche con los haces de sus linternas.*

*— Deben ser de la organización— comentó Mikel—. Por aquí tampoco podemos pasar.*

*Retrocedimos sobre nuestros pasos para reunirnos con los demás. Seguían agachados en el suelo, con todos los sentidos alerta, preparados para echar a correr en cualquier momento.*

*— Hay que buscar otro camino— dijo Mikel al llegar a su lado—. Iremos por dentro del bosque hasta que los hayamos dejado atrás.*

*Todos asentimos y le seguimos. Nos internamos en la espesura, atentos por si escuchábamos los pasos de los hombres o el motor de su coche. La oscuridad allí dentro era completa, tropezábamos continuamente con raíces y piedras. Me parecía increíble que los de la organización no nos descubriesen con el escándalo que estábamos montando. Esteban se acercó más a mí, haciéndome tropezar.*

*— ¿Qué haces?— le pregunté enfadado—. Vas a conseguir que nos matemos.*

*— Perdona, es que no te había visto— contestó mirando alrededor con los ojos muy abiertos—. Está tan oscuro aquí...*

*Le agarré del brazo y continuamos andando juntos. La oscuridad no era tan profunda como para tropezar con alguien en la oscuridad. Lo más seguro es que Esteban volviese a estar asustado y esta vez no le culpaba por ello. El silencio del bosque también estaba poniéndome nervioso. Por eso, suspiré tranquilo cuando Mikel decidió que ya era seguro volver a la carretera.*

*— Es muy posible que los del concierto hayan puesto coches cada cierto tiempo. Por la carretera no vamos a poder pasar— le contradijo Oscar.*

*— ¿Y qué hacemos entonces?— le preguntó Mikel—. ¿Darnos la vuelta?*

*— No, creo que puedo encontrar un atajo. Deberíamos subir este monte y apareceríamos al otro lado— señaló Oscar—. Creo que la playa debe estar por ahí.*

*Sin esperar nuestra opinión, empezó a subir. Mikel se encogió de hombros y le siguió. Los demás subimos detrás de él. La pendiente estaba muy empinada y resbaladiza. Oscar avanzaba sin la menor dificultad, sacándonos cada vez más distancia. Observé con envidia como ascendía, acostumbrado a andar por ese tipo de caminos por sus excursiones de caza, mientras yo demostraba a cada paso que sólo era un chico de ciudad fuera de su ambiente. Tropecé en el siguiente paso y resbalé unos metros, hasta chocar con Esteban.*

*— Esto es imposible— dije, enfadado, intentando enderezarme y clavar los pies en terreno seguro—. No somos cabras. No podemos subir por ahí.*

*— Pienso lo mismo— contestó Esteban—. Nos vamos a abrir la cabeza. Y ni siquiera estamos seguros de que éste sea el camino.*

*— Eso es cierto— intervino Mikel, que se acercaba a nosotros casi a gatas, ayudándose de las manos para no resbalar—. Nunca me he fiado de los atajos de Oscar. Suelen ser mortales y el doble de largos que el camino normal—. Encontró un par de piedras en las que posar los pies, se enderezó y llamó—. ¡Oscar! Baja un momento.*

*Oscar se giró hacia nosotros y bajó a la carrera. Cuando estuvo más cerca, nos miró sorprendido de que aún estuviésemos tan abajo.*

*— Vamos, no sé a que estáis esperando— nos dijo al llegar a nuestro lado.*

*— No vamos a subir por aquí— le contesté—. Pasamos de matarnos.*

*Él me miró enfadado y después dirigió la vista a Mikel, buscando su apoyo, pero éste negó con la cabeza y señaló a la carretera de la que habíamos partido.*

*— Lo intentaremos desde el otro lado de la carretera. Iremos por el bosque, campo a través— le indicó.*

*— ¿Ahora les das la razón a estos?— contestó Oscar, elevando la voz—. Joder, por aquí estaríamos en el concierto en diez minutos.*

*— No te enfades, hombre— dijo Mikel, agarrándole por los hombros—. No es que no creamos que ése es el mejor camino, es que para nosotros es muy difícil pasar. Tendrás que entender que no todo el mundo es tan ágil como tú.*

*Cogiéndole por el brazo, empezó a caminar hacia los árboles, llevándole por el camino que habíamos elegido mientras le seguía hablando. Se giró un segundo, para ver si le seguíamos, me guiñó un ojo y me sonrió. Le devolví la sonrisa. Era increíble lo bien que conocía a Oscar y lo fácilmente que le convencía para hacer cualquier cosa. Lo único que me preocupaba era que, sin que nos diésemos cuenta, fuese capaz de hacer lo mismo con los otros. O conmigo.*

*Volvimos al bosque, andando cerca de la primera línea de árboles para no tener que caminar en completa oscuridad. Si no hacíamos mucho ruido, descubriríamos a la gente que patrullaba las carreteras mucho antes de que ellos nos detectasen y podríamos escondernos para decidir los siguientes pasos. Al cabo de unos minutos, Oscar decidió adelantarse unos metros para ir observando el terreno. Esteban y yo sonreímos ante su manía de ver la vida como si estuviese alistado en un comando de élite pero no dijimos nada. Mikel se retrasó unos pasos para caminar al lado de Jon pero, después de un par de intentos fallidos de entablar conversación, se limitó a andar sin decir nada. Su silencio pareció contagiársenos. Seguimos adelante, acompañados sólo por el crujido de las ramas secas bajo nuestros pies y el sonido apagado de los motores de los coches en alguna carretera lejana. Tenía la impresión de llevar mucho tiempo andando, las piernas me dolían y estaba cansado pero, de repente, ya no sentía ganas de protestar ni de volver atrás. Empezaba a gustarme la sensación de caminar por el bosque, con la luz de la luna asomando de vez en cuando entre las copas de los árboles, sintiendo que nada malo iba a pasar mientras estuviésemos juntos, empezando a pensar que lo íbamos a conseguir. Me resultaba extraño que, lo que hacía un par de horas me parecía un plan estúpido, hubiese pasado a ser algo importante, un autentico desafío.*

*Oscar apareció corriendo a través del bosque, interrumpiendo mis pensamientos. Nos paramos en seco y esperamos a que llegase a nuestro lado. Nos indicó con un gesto que guardásemos silencio y se internó aún más en el bosque. Le seguimos y nos colocamos a su alrededor, esperando que hablase.*

*— He visto acercarse un coche. Creo que es de la organización y está patrullando la carretera— mientras hablaba un haz de luz se coló entre los*

*árboles y siguió adelante—. Puede que haya más ahí adelante, o que llegue hasta otro control y vuelva. ¿Qué vamos a hacer?*

*— Quizá deberíamos adentrarnos más en el bosque, alejarnos de la carretera— sugerí yo.*

*— No, podríamos perdernos— me contradijo Mikel—. Además la playa queda hacia el otro lado. En algún momento deberíamos cruzar la carretera.*

*— Joder, parece que nos acabamos de escapar de un campo de concentración. No pensaba que esto fuese a ser tan difícil— intervino Esteban.*

*— ¿Miedo de nuevo?— preguntó Oscar con una sonrisa burlona—. ¿Quieres volverte a casa?*

*— No, imbécil. Claro que voy a seguir— contestó éste, enfadado—. Sólo era un comentario.*

*— Bueno, no os pongáis a discutir otra vez— dije yo, intentando tranquilizarles—. Todos vamos a seguir, el problema es por dónde.*

*— Creo que deberíamos cruzar la carretera ahora que el coche se ha ido— sugirió Mikel—. ¿Qué tal es el camino en el otro lado, Oscar?*

*— Fácil— contestó él.*

*— ¿Fácil para ti o fácil para todos?— le pregunté yo, preocupado.*

*— Para todos. El camino se eleva pero no es tan empinado como el de antes. Además hay matorrales a los lados por si necesitáis agarraros— contestó con voz burlona, mirando a Esteban. Éste desvió la vista hacia otro lado, como si la cosa no fuese con él.*

*— Pasemos antes de que vuelva el coche— dijo Mikel, andando hacia la carretera.*

*Corrimos hacia allí, cruzamos y empezamos a escalar la cuesta, intentando llegar a un grupo de árboles que se veían más arriba. Traté de trepar lo más deprisa posible, girando la cabeza cada poco tiempo por si veía aparecer la luz de unos focos en la curva. Unos pasos por detrás, oía los murmullos de queja de Esteban, que se esforzaba por seguir mi ritmo.*

*— "Matorrales para agarrarse" dice el muy mamón— le escuché protestar —. Son zarzas y ortigas.*

*— Vamos— le animé sin pararme—. Ya casi estamos arriba.*

*Unos minutos después nos reunimos con los demás. Oscar y Mikel habían llegado hacía rato, o eso pretendían hacernos creer, porque estaban sentados al pie de un árbol fumando un cigarrillo. Yo me senté en el suelo, tratando de recuperar la respiración.*

*— ¿Veis como no era tan difícil?— preguntó Oscar.*

*— Tengo las manos llenas de pinchos y me he destrozado la camisa nueva — dijo Esteban, enseñándole un desgarrón en la manga—. Pero claro, para Rambo esto es sólo un paseo.*

*— Quizá no deberíamos traer nenas la próxima vez. ¿No crees, Mikel?*

*— Oscar, ya basta— le cortó éste, levantándose para seguir andando y señalando un sendero entre los árboles—. Vamos por ahí, a ver si se puede pasar.*

*— Un día no voy a aguantar más y se va a enterar— me susurró Esteban —. Estoy hasta los huevos de sus chorradas.*

*Le puse una mano en el hombro para tranquilizarle y les seguimos. Los árboles estaban muy juntos en esa zona y se veía a muy pocos metros de distancia. Me limité a seguir la silueta oscura de Jon que caminaba unos pasos por delante de nosotros, aún en silencio, mientras me preguntaba de nuevo que le pasaría para estar tan callado. No había opinado absolutamente nada en toda la noche, ni hacía comentarios, ni siquiera participaba en las discusiones. Aquello era demasiado, incluso para Jon.*

*Unos minutos después, divisamos una alta valla de madera. Mikel y Oscar intercambiaron unas palabras con Jon y saltaron al otro lado. Esteban y yo apresuramos el paso para acercarnos a él, que se había quedado sentado en la valla, esperándonos.*

*— ¿Dónde han ido?— le preguntó Esteban cuando estuvimos a su lado.*

*— Quieren ver si hay salida por el otro lado— contestó Jon—. Oscar cree que atajaríamos mucho cruzando esto.*

*— Oscar y sus dichosos atajos— comentó Esteban, burlón—. Conseguirá que acabemos en el hospital o en comisaría.*

*Esperamos sentados en la valla, hasta que unos ladridos y el sonido de unos pasos a la carrera rasgaron el silencio de la noche. Oscar y Mikel aparecieron entre los árboles, corriendo con todas sus fuerzas.*

*— ¡Perros! ¡Tienen perros!— gritó Mikel—. ¡Corred!*

*Arranqué a toda velocidad, sendero adelante. Giré la cabeza para ver qué ocurría y les divisé saltando la valla, mientras dos sombras negras se acercaban a ellos, ladrando enfurecidas. Esteban corría a mi lado y Jon nos sacaba unos pasos de distancia. Me planteé si la altura de la valla sería suficiente para que los perros no saltaran porque estaríamos perdidos si podían seguirnos. No sé cuánto tiempo estuvimos corriendo, sólo recuerdo que el sonido de los gruñidos fue haciéndose cada vez más débil y que percibí aliviado el sonido de unos pasos detrás de nosotros. Volví a girar la cabeza y distinguí a mis dos amigos, acercándose. Grité para que Jon y Esteban frenasen y nos paramos a esperarles. Nos reunimos todos en círculo, respirando aceleradamente.*

*— Joder, pedazo de monstruos— se quejó Oscar—. Los dos dóbermans más grandes que he visto en mi vida.*

*— Creí que de ésta no salíamos— dijo Mikel, secándose el sudor de la frente con la manga de su jersey—. ¡Cómo corrían los condenados perros!*

*— Eso os enseñará a no salir del buen camino— me burlé yo—. ¿Es que no os han contado el cuento de Caperucita?*

*— Bueno, ¿y ahora qué hacemos?— intervino Esteban, mirando el sendero que continuaba entre los árboles.*

*— Seguiremos por el camino— contestó Mikel—. No puede quedar mucho.*

*— No es por molestar pero no creo que vayamos a llegar a la playa por aquí— dije yo—. El camino sigue subiendo y todas las playas que he visto en mi vida están a nivel del mar.*

*— Te digo que es por aquí. He estado en esta zona muchas veces y el camino bajará en algún momento— contestó él, enfadado, echando a andar para no seguir discutiendo.*

*Esteban me miró, esperando que yo dijese algo más pero me limité a encogerme de hombros y seguir al resto del grupo. Siempre he odiado que me dejen con la palabra en la boca pero no tenía ganas de discutir. Sabía que con Mikel las cosas siempre eran así, que no soportaba que alguien le llevase la contraria. No podía esperar que cambiase de la noche a la mañana.*

*Seguimos caminando detrás de ellos unos diez minutos más. El terreno seguía elevándose, como yo había predicho, pero Mikel continuó andando,*

*sin dar muestras en ningún momento de que pudiese estar equivocado. Al fin, llegamos a un lugar en el que el bosque acababa. Muchos metros más abajo se veía una carretera. Esteban se quedó paralizado pensando que iban a obligarle a bajar otro precipicio. Yo me acerqué hasta el lugar en el que los otros tres observaban el terreno, inclinados.*

*— Agáchate— me susurró Mikel—. Hay alguien ahí abajo.*

*Me arrodillé en el suelo y observé. Había una escalera, excavada en la misma piedra, que llevaba hasta abajo. Cien metros más adelante se veían los focos de un coche y, fuera de él, divisé a un chico. Por suerte, habíamos aparecido por su espalda y tanto los faros como su linterna, alumbraban la carretera hacia el sentido contrario al que queríamos ir.*

*— Podemos bajar por aquí sin que se entere y llegar hasta esos árboles— dijo Mikel, señalándolos—. Pero hay que intentar no hacer ningún ruido y estar muy atentos. Iremos muy agachados y, en caso de que se vuelva, nos tumbaremos en el suelo y nos quedaremos quietos.*

*— Yo no puedo bajar por ahí— intervino Esteban.*

*— No es tan empinado— contesté yo—. Claro que puedes hacerlo.*

*— No, si no es por el vértigo. No me voy a rendir ahora que he llegado hasta aquí— dijo él—. Es que llevo una camisa blanca. Si me alumbra con la luz, voy a brillar como un faro.*

*— Joder, es que vienes al monte vestido como un mariquita— comentó Oscar, quitándose el jersey negro que llevaba y pasándoselo con una sonrisa—. Toma, con esto no se te verá.*

*Esteban lo cogió sin decir nada pero en sus ojos advertí que su paciencia se estaba acabando. Deseé que no quedase mucho para el concierto. Le esperé mientras acababa de ponerse el jersey y no pude evitar reírme.*

*— ¿Qué pasa?— me preguntó Esteban.*

*— Nada— contesté, señalándole el jersey que le llegaba hasta más abajo de las rodillas—. Es sólo que dice que vas vestido de mariquita y te presta un vestido suyo.*

*Él no contestó nada pero se miró y sonrió. Empezó a bajar las escaleras y le seguí. Había muy poca luz y algunos escalones estaban muy desgastados así que bajamos lentamente, intentando no hacer ningún ruido, con nuestras miradas clavadas en el chico que observaba tranquilo la*

*carretera, sentado en el capó de su coche. Rogué para que no decidiera caminar un rato y pasear la linterna por los alrededores. Oscar llegó abajo y con unos pasos rápidos se internó entre los árboles. Deseé poder moverme a más velocidad y esconderme como había hecho él. Me sentía tan expuesto contra esa pared como una mariposa tropical clavada en un panel. Me parecía increíble que, en aquel silencio, él no pudiese escuchar mi respiración ansiosa, o el retumbar de mi corazón contra el pecho.*

*De repente una piedra empezó a rodar por las escaleras. La observé, como si todo estuviese sucediendo a cámara lenta. Cada golpe contra uno de los escalones resonaba como un trueno, como si toda la pared de piedra estuviese derrumbándose. POM, POM, POM... Cayó durante lo que parecieron horas y todos observamos su movimiento paralizados, con la respiración contenida. Dirigí la vista hacia el chico del coche, diciéndome a mí mismo que el ruido no podía ser tan intenso, que ese estruendo sólo estaba en nuestra imaginación desbocada por los nervios. Pero él se giró, también a cámara lenta, dirigiendo el haz de la linterna hacia la escalera de piedra. Me lancé al suelo, rezando por que todos fuésemos lo bastante rápidos para que no nos descubriese. Permanecí tirado en el suelo lo que pareció una eternidad, con la cara apoyada contra un escalón para que la linterna no la iluminase, viendo como la luz iba recorriendo los escalones cercanos, acercándose para pasar por fin sobre mí. Contuve la respiración mientras mi mente sólo daba vueltas a la idea de lo fuerte que sonaban mis latidos golpeando contra mi pecho como un martillo. Por fin la luz volvió a alejarse y, poco después, escuche el sonido apagado de los pasos de Esteban que volvía a moverse.*

*Levanté la cabeza y vi que todos estaban bajando y que Mikel ya estaba llegando al bosque. Me forcé a bajar despacio y con cuidado aunque me parecía que la escalera era más larga aún que cuando había empezado a bajarla. Poco después, tanto Jon como Esteban llegaron al final y se escondieron. Me sentí aún más nervioso al quedarme solo. ¿Qué podría hacer si el chico se daba la vuelta en ese momento y me descubría al final de la escalera? No iba a delatar a mis amigos, así que no podría contar con su ayuda para nada. Intenté tranquilizarme diciéndome que sólo era un encargado de la seguridad de un concierto, que no iba a llevarme ante un pelotón de fusilamiento. Pero no conseguí rebajar mi ansiedad. No sería justo que me descubriese ahora, debíamos estar tan cerca... Tenía que llegar a esa playa.*

*La escalera terminó. Aceleré el paso y me escondí entre los árboles. Miré alrededor, buscando a los demás. Entre la maleza descubrí el brillo rojizo de unos cigarrillos encendidos. Caminé hasta ellos, con una gran sonrisa*

*en la cara.*

*— Lo conseguimos— dije al llegar, chocando la mano que Esteban me tendía—. Oye, ¿no creéis que igual ve la luz de los cigarrillos?*

*— Ya no sabes que inventarte para que no fumemos— contestó Oscar—. Ha sido incapaz de ver a cuatro tíos contra una pared a cincuenta metros. ¿Cómo va a ver estas dos lucecitas entre los árboles?*

*— Eso pasa por contratar miopes para hacer las vigilancias— dijo Esteban, riendo—. Podríamos probar a pasar por delante del siguiente coche a ver que pasa.*

*— Pues yo espero que no haya más coches— comenté yo—. Ya he tenido bastantes emociones. Pensé que me daba un ataque cuando cayó la piedra.*

*— Eso si que ha sido fuerte— dijo Mikel—. ¿Quién ha sido el torpe que la ha tirado?*

*— He sido yo— mentí, intentando desviar la atención de la cara de culpabilidad de Esteban. Ya había soportado bastantes burlas por una noche—. No la vi y tropecé con ella. Lo siento.*

*— No pasa nada— contestó Mikel—. Sigamos, ya no puede quedar mucho. Nos hemos recorrido todo Lekeitio.*

*Cuando volvimos a andar, observé a los demás. Ya no hablaban tan bajo ni caminaban con cuidado. Incluso Esteban se había unido al grupo de cabeza y bromeaba con ellos. Sabía por qué se comportaban así. Yo sentía lo mismo. Ya nada podía salir mal. Después de lo que habíamos hecho era justo que llegásemos a la playa. Nos lo habíamos ganado y, si había justicia en el universo, nadie podría impedírnoslo.*

*Apreté el paso y me coloqué junto a Jon, que seguía a los demás dos metros más atrás. Al oír como me acercaba, apartó la mirada del suelo y me sonrió. Parecía que ya estaba mejor, que la ola de optimismo que nos invadía a todos también le estaba afectando. Decidí no preguntarle nada acerca de lo que llevaba preocupándole toda la noche. Sería mejor que disfrutase del momento, ya hablaríamos cuando quisiera hacerlo.*

*— Está siendo divertido, ¿verdad?— le pregunté—. No me perdería esto por nada del mundo.*

*— Sí, muy divertido— contestó él—. Supongo que llegaremos*

*pronto.*

*— Eso espero. Estoy hecho polvo.*

*— Yo no tengo ganas de llegar— dijo él con una mirada triste y perdida—. Me gustaría que esta noche no acabase, que no llegase mañana...*

*— ¿Por qué dices eso?— le pregunté, preocupado.*

*— Nada, tonterías mías. Olvídalo...*

*Volvió a clavar la vista en el suelo. Le observé durante unos segundos, dudando si debía insistir. Parecía cansado, con los hombros caídos y la cabeza baja, como si hubiese envejecido en los últimos días. Empecé a pensar que lo que le pasaba debía ser algo más grave que una pelea de novios con Yoli pero no me atreví a insistirle. El grupo de cabeza paró en seco. Me quedé quieto, pensando que debía haber más vigilancia, pero Esteban se giró y nos hizo señas para que nos acercásemos.*

*— Escuchad— dijo Mikel cuando llegamos a su lado—. ¿No es lo mejor que habéis oído nunca?*

*Me quedé en silencio y, por unos segundos, no me pareció que hubiese ningún sonido diferente a los que habíamos estado oyendo durante toda la noche: grillos, algún  pájaro, el ruido del viento... Y entonces me llegó el sonido, traído por la brisa... El agudo de una guitarra... Y una batería, sí, eso tenía que ser una batería.*

*— Lo hemos conseguido— dije, esforzándome por no ponerme a gritar de alegría.*

*— Bueno, todavía no pero ya queda muy poco— contestó Oscar, señalando los árboles de más adelante—. Seguiremos bajando por aquí.*

*— Este sitio ya lo conozco— dijo Mikel—. La carretera va bajando hacia la playa, dando un rodeo enorme para esquivar el bosque. Si lo atravesamos, no podemos tardar más de diez minutos.*

*Seguimos bajando. Sentía que el cansancio había desaparecido, que mi cuerpo no pesaba nada. Los árboles acabaron, como había predicho Mikel, y nos encontramos en una carretera que bajaba. La cruzamos y seguimos andando, bosque a través. La música iba haciéndose cada vez más clara, el sonido cada vez más fuerte, haciendo que tuviese ganas de bailar. Cruzamos tres tramos de carretera más, escuchando la música tan*

*cerca que daba la impresión de que el concierto aparecería en cuanto pasásemos el siguiente árbol.*

*Al salir del bosque y llegar al siguiente tramo de carretera lo vimos. Allí estaba el escenario, iluminado con rayos de colores. Pensé que no había visto algo tan bonito en toda mi vida. Habíamos aparecido a la espalda de los músicos. Estaban unos metros más abajo, sólo había que cruzar el último tramo de árboles y lo habríamos conseguido. Andamos hacia allí y vimos a dos chicos, sentados entre los árboles, escuchando la música.*

*— Hola— les saludó Mikel, sentándose a su lado—. ¿Vosotros también os habéis colado?*

*— Sí, hemos cruzado todo el monte para llegar— contestó uno de ellos, apartándose la larga melena de la cara—. Pero sólo hemos podido llegar hasta aquí, no nos dejan bajar a la playa.*

*— ¿Cómo que no se puede?— pregunté, enfadado. Sabía que era estúpido pero me molestaba que ellos también hubiesen llegado hasta allí.*

*— Tiene que haber una manera de bajar— intervino Esteban, acercándose—. No he recorrido todo este camino para quedarme aquí.*

*— Han alquilado la playa así que no está permitida la entrada— contestó de nuevo el heavy—. Pero lo bueno es que el bosque es de todos. No nos pueden echar.*

*— Pues parece que ellos no piensan lo mismo porque se acercan dos con cara de pocos amigos— señaló Oscar.*

*— Que hagan lo que quieran— dijo Esteban, bajando la cuesta hacia ellos—. No van a echarnos después de todo lo que hemos hecho.*

*Me quedé quieto, observando a Esteban que se dirigía a ellos resuelto, seguido de Mikel. Me parecía increíble que mostrase tanta decisión en esa situación después de haber visto todos sus miedos y debilidades. Pero comprendía su determinación porque era la misma que yo sentía y me alegraba saber que para todos significaba lo mismo. En aquel momento sentíamos tantas ganas de tomar esa playa como si estuviésemos en el desembarco de Normandía. Les seguí, acompañado de Jon y Esteban pero nos quedamos a unos pasos. No queríamos que los chicos de la organización se sintiesen intimidados. Además, cuando estuvimos más cerca, me pareció que ellos dos solos lo estaban llevando muy bien. Hablaban animadamente e incluso se reían. Esteban se giró y caminó hacia nosotros sonriendo triunfal.*

*— Podemos bajar. Dicen que, ya que vamos a ver el concierto sin pagar entrada, es mejor que bajemos y consumamos algo— nos contó, eufórico.*

*Bajamos a la playa, casi corriendo. El primer paso en la arena fue como haber entrado en el cielo. Sentí que podría hacer cualquier cosa que me propusiese, que no había problema que no pudiese superar. Miré a mis amigos, que observaban el lugar como si no pudiesen creérselo. Sabía que no habíamos hecho nada que fuese relevante para la humanidad, que no podríamos ponerlo en el currículum, pero me sentía como si acabásemos de conquistar un nuevo mundo, como si nadie hubiese llegado a aquel lugar antes que nosotros.*

*Casi no recuerdo nada de la música, ni de la gente de alrededor... Realmente no podría decir si el concierto me gustó o no. Sólo recuerdo las risas, la euforia, las cervezas, el pensamiento de que aquellos minutos durarían para siempre, de que siempre estaríamos juntos y podríamos hacer cualquier cosa. No estuvimos mucho tiempo en el concierto, habíamos tardado tanto en recorrer el camino que casi había terminado para cuando llegamos. Pero me dio igual. Era como si esa playa fuese nuestra, como si pudiésemos reclamarla por derecho propio. De los recuerdos de esa noche, de esos sentimientos, no podría echarnos nadie.*

*Volvimos al pueblo con el resto de la gente que había estado en el concierto, sintiéndonos diferentes, con la cabeza muy alta. Recogimos el coche y regresamos a Erkiaga, en silencio. Yo iba reviviendo las imágenes de la noche y, por las sonrisas ausentes de los demás, creo que pensaban lo mismo. Esteban se quedó dormido sobre mi brazo y Mikel no tardó en caer. Jon condujo primero hacia la plaza del pueblo, donde estaban sus casas y, después de despertarles, bajaron del coche y se despidieron hasta el día siguiente.*

*— Ahora te llevaré a ti, Oscar— dijo Jon.*

*— Si quieres, me bajo aquí y voy andando— le ofrecí—. Son sólo cinco minutos.*

*— No, tranquilo— contestó él—. Enseguida te llevo yo.*

*Dejamos a Oscar en la puerta de su casa y después cruzamos el puente, camino de la casa de mi tío. Yo iba distraído, pensando en no despertarle cuando llegase. Jon acercó el coche a la cuneta y paró el motor. Yo le miré, preguntándome qué querría.*

*— Quiero hablar contigo— dijo él, apagando la música—.*

*¿Puedes pasar al asiento delantero?*

*— Claro— contesté yo, saliendo del coche y sentándome a su lado —. ¿Qué pasa?*

*— Hay algo que me preocupa y creo que tú eres el único que se ha dado cuenta— contestó él encendiendo un cigarrillo—. Sólo te pido que, lo que te diga ahora, no se lo cuentes a los demás. Se lo diré yo en unos días pero necesito estar tranquilo y pensar.*

*— ¿Es algo grave?— pregunté, preocupado.*

*— Yoli está embarazada de dos meses— contestó él con la mirada perdida en un punto lejano, mucho más allá del parabrisas—. Esta tarde hemos estado con nuestros padres y han decidido que la boda será en un mes, más o menos.*

*No supe qué decirle en un primer momento. Lo que me estaba contando me parecía tan ajeno a como éramos, a como vivíamos, a lo que había sucedido esa noche...*

*— ¿Eso es lo que tú quieres?— pregunté por fin.*

*— Lo que yo quiero... Ni siquiera sé que es lo que yo quiero— contestó él, con la vista fija en el mismo punto, mientras por su mejilla empezaba a resbalar una lágrima—. Quiero a Yoli y no voy a dejar que pase por esto sola. Y si va a tener un hijo mío, quiero ocuparme de él. Es lo mejor. Sus padres nos van a regalar una casita que tienen cerca de donde vive Oscar y mi padre cree que uno de mis tíos puede conseguirme un puesto en Petronor.*

*— No sé qué decirte. No me esperaba algo así— dije después de otra pausa de varios segundos—. Parece que ya está todo decidido, que lo tenéis tan pensado... Pero si no es la vida que tú quieres para ti, seguramente se podrá encontrar otra solución.*

*— No la hay... Bueno, no es lo que había planeado pero quizá salga bien— contestó, intentando que su voz sonase más firme—. Yo siempre había pensado que acabaría casándome con Yoli, pero dentro de unos años. Quería viajar, estudiar mecánica, tener un día mi propio taller... — respiró profundamente y se frotó la cara con la manga de la camisa, intentando borrar las lágrimas—. Bueno, tampoco eran grandes sueños.*

*— Pero son los tuyos... Estoy seguro de que, si pensamos entre*

*todos, encontraremos otra manera— dije, intentando que no se rindiera—. Ya has visto lo de esta noche. Podemos conseguir cualquier cosa. Sé que parece una tontería comparado con lo que me estás contando pero tú también has tenido que sentirlo...*

*— Y lo he sentido, claro que lo he sentido... —contestó, girando por fin la cabeza hacia mí—. Puede que no vaya a tener la vida que quería pero esta noche me he sentido un vencedor. Creo que puedo hacerlo bien, que puedo hacer felices a Yoli y al bebe, que podré cuidar de ellos. Me siento mejor que al principio de la noche, como si tuviera más fuerza... pero os voy a echar de menos. Todo esto se acabó para mí.*

*— No tiene por qué. Seguiremos estando contigo.*

*— Pero ya nada será igual. Ni mi vida, ni yo, ni vosotros conmigo... — apartó de nuevo la mirada, quizá ocultando más lágrimas. Se lo agradecí. Así no podría ver las mías—. Creo que esta ha sido la mejor despedida de soltero que podríais haberme dado, aunque no supieseis que estabais celebrando una. Pero, cada vez que me sienta mal, podré pensar en esa playa, en vosotros cuatro...*

*— Sabes que Mikel y Oscar querrán celebrarte una despedida en condiciones en cuanto se enteren— dije, intentando que no se me quebrase la voz.*

*— Eso da igual— dijo, encogiéndose de hombros—. Sólo quería asegurarme de que para alguien esta noche también había sido importante, sentirme más seguro cuando me refugie en este recuerdo en los próximos días. En mi mente podremos volver a ser así, podremos luchar con todas nuestras fuerzas por algo que en el momento nos parezca importante y la vida nos concederá lo que merecemos. Eso es una ayuda.*

*Se giró de nuevo hacia mí y apoyó su mano en mi hombro, intentando sonreír para demostrarme que estaba bien. No pude evitarlo y le abracé con fuerza porque aunque le hubiese dicho que seguiríamos a su lado y que nada cambiaría, en mi interior sentía que me estaba despidiendo de él, que el Jon que conocía no volvería, que ya casi no estaba allí. Él me apretó con fuerza pero, al cabo de unos segundos, le oí contener un sollozo y se apartó.*

*— Bueno, nos vemos mañana— me dijo, forzando de nuevo una sonrisa—. Gracias por escucharme.*

*Le devolví la sonrisa y bajé del coche, sin decir nada más. Sabía que, si intentaba seguir hablando, me pondría a llorar como un crío y eso era lo*

*último que Jon necesitaba en ese momento. Caminé hasta casa, con la vista fija en el cielo estrellado, pensando en lo injusta que es la vida y en los crueles disfraces que utiliza para hacernos pensar que no es así.*

## CAPÍTULO VEINTICUATRO.

Laura terminó su café y empezó a recoger la cocina. En realidad, no había mucho que hacer. La noche anterior no había cenado, así que terminó en menos de dos minutos. Miró hacia las escaleras que subían a la buhardilla. No podía seguir postergándolo, sabía que debía intentar ponerse en contacto con la chica y lo mejor sería hacerlo antes de que ella perdiese la paciencia y volviese a convertir su casa en una zona cero.

Se desperezó, intentando hacer desparecer el cansancio que invadía todo su cuerpo. Había pasado mucho tiempo leyendo la noche anterior, intentando descifrar la letra menuda y retorcida de Luis. Apostaba cualquier cosa a que era zurdo. Pensó que en realidad era aquello lo que le apetecía hacer, seguir leyendo la historia de aquellos cinco chicos, saber qué pasó a pesar de lo duro que le resultaba saber que Jon no había vuelto a sentirse un vencedor, que según lo que le habían dicho Ander y Marta, había sido toda su vida un chico triste y solitario. Y la imagen de Esteban bajo el agua había vuelto a invadir su mente cada vez que leía sus comentarios, sus bromas... Parecía demasiada casualidad que dos de los personajes del diario hubiesen sido asesinados en la misma semana pero, por lo que llevaba leído hasta el momento, no había encontrado ninguna posible razón para que alguien les matase, ni ninguna relación con el asesinato de la chica, con Zubeldia o con ella misma... Sólo era la historia de unos adolescentes normales pasando un verano normal. Seguiría leyendo a la noche por si encontraba algo.

Dispuesta a no retrasarlo más, recogió el colgante del cajón en que lo había guardado y, con él en la mano, subió la escalera. La cabeza estaba tal y como la había dejado la noche anterior, parecía que el espíritu había decidido dejarla dormir tranquila ante su promesa de intentar colaborar. Se sentó a la mesa, sintiendo de inmediato como si su estomago se expandiese y se volviese muy pesado, dificultando su respiración. Tomó aire e intentó mantenerse tranquila mientras se colocaba el colgante alrededor del cuello. Cerró los ojos y esperó, recordando las imágenes del trance del día anterior, imaginando la figura dorada tocándola, rodeando su cuerpo. Sintió como todos sus miembros se ponían en tensión, volvió a abrir los ojos y observó a su alrededor, asustada. No había nada, todo seguía igual. Era consciente de que no podría verla, que no se manifestaría de forma física, pero sabía que estaba ahí, esperando para dominarla. Así no iba a funcionar, Ideana tenía razón. No quería perder el control, le daba miedo. Lo único en lo que

podía pensar era en volver a llevar una vida normal, regida por leyes lógicas y científicas, que no tuviera nada que ver con videntes ni fantasmas y en la que los gatos sólo eran criaturas adorables y no guardianes de lo sobrenatural.

Paseó arriba y abajo por la habitación, tratando de calmarse. Si quería recuperar la normalidad, debía pasar por aquello. Volvió a sentarse delante de la cabeza y la miró. Quería de verdad ayudar a esa chica, que se descubriese quién era, qué le pasó... Extendió las manos y las puso sobre la arcilla, respirando con lentitud, intentando no pensar en nada, tal y como le había dicho Ideana el día anterior. Le pareció que la piedra se enfriaba sobre su pecho y que una brisa ligera se posaba sobre sus brazos. Se esforzó por no abrir los ojos de nuevo. Nada malo iba a suceder, la chica no quería causarle ningún daño. La brisa se volvió más cálida, agradable, como si algo la arropase. Se sintió a gusto, en paz y decidió dejarse llevar... Se sentía cansada, adormilada, como si estuviese tumbada en su jardín, dejándose acariciar por los rayos del sol, segura, feliz... Se esforzó en mantener esa sensación, en visualizar el jardín, el sonido del río a lo lejos, el viento entre los árboles, el aroma de las flores... La sensación de paz se hizo más intensa, como si el calor partiese de su interior, de una luz brillante en el centro de su pecho que iba invadiendo todo su cuerpo. Debía abrir los ojos. Estaría en su buhardilla y sabría lo que tenía que hacer. Ella guiaría sus manos y todo saldría bien. Abrió los ojos despacio y empezó a mover las manos sobre la arcilla. Los ojos eran más grandes y rasgados, las cejas más elevadas... La nariz no era tan perfecta como había imaginado, estaba ligeramente desviada hacia la derecha, quizá algún golpe que se dio de niña. El labio inferior era más grueso, los pómulos más marcados. Las manos parecían deslizarse sobre la arcilla, como si ellas solas supiesen lo que tenían que hacer, mostrando una maestría que Laura no había poseído nunca.

El calor fue desvaneciéndose y Laura sintió que sus brazos se liberaban, como si la suave presión que había abrazado su cuerpo se apartase. Se levantó y dio un par de pasos hacia atrás para observar lo que había sucedido. No podía creerlo. ¿Ya estaba? ¿Lo había conseguido? ¿Tenía frente a ella la imagen que la chica había ofrecido en vida o sólo se había sugestionado? Lo sabría en unos días, casi no podía esperar. Bajó las escaleras, sacó su móvil del bolso y volvió a subir corriendo, temiendo que cuando llegase arriba la imagen hubiese cambiado. Pero seguía allí, el trabajo estaba terminado. Marcó el número de Marta y esperó.

— ¿Marta? Soy Laura. He acabado el trabajo... Sí, creo que ha quedado bastante bien. ¿Podrías pasar a recogerlo? Bien, te espero en una hora

entonces.

Observó, recostada en el sofá, como Marta sacaba una foto tras otra desde todos los ángulos posibles. Se encontraba agotada, como si los minutos de trabajo que había pasado en trance se hubiesen llevado toda su energía pero, por dentro, se sentía más llena de vida que en las últimas semanas. Y no sólo por pensar que no tendría que enfrentarse a más manifestaciones sobrenaturales ni paseos nocturnos. Se sentía sobre todo satisfecha por el trabajo realizado, orgullosa de su obra. Cuanto más lo miraba, más segura se sentía de que el rostro era autentico, que la chica en vida había tenido esa cara, esa expresión.

— Es un trabajo fantástico— dijo Marta en voz alta, como si hubiese leído sus pensamientos—. No sabía que eras tan buena escultora. Casi da la impresión de nos está mirando, es tan real...

— Gracias— contestó Laura, levantándose para acercarse a la mesa—. Yo también estoy muy satisfecha. ¿Crees que con esto podrán identificarla?

Unos pasos subiendo la escalera hicieron que ambas se volvieran. Ander subía a la buhardilla, con un ramo de flores silvestres en la mano. Cuando vio a Marta al lado de Laura, se sonrojó débilmente y saludó.

— Hola, no sabía que estabas acompañada— dijo, con la vista clavada en el suelo—. Las he recogido de camino hacia aquí. Pensé que quedarían bien en la cocina.

— Muchas gracias— dijo Laura, cogiendo las flores que él le tendía—. Las pondré enseguida en agua. ¿Te apetece un café o algo?

— No, sólo había pasado por aquí para ver si las tablas del tragaluz habían aguantado la tormenta de anoche, por si tenía que ayudarte a achicar agua. Pero ya veo que están bien— Ander paseó la mirada por la habitación y su vista se posó en el rostro de arcilla que descansaba sobre la mesa—. Has acabado... Es increíble...

— Eso mismo le estaba diciendo yo— intervino Marta—. No sé cómo lo ha hecho pero ha conseguido sacar un rostro que parece vivo de un hueso que a mí no me decía absolutamente nada. Es una maravilla.

— Sí que lo es— dijo él, acercándose un poco—. La verdad es que no esperaba que quedase tan bien ni que lo acabases tan pronto. ¿Estás segura de que la chica era así?

— Eso no lo sé todavía— contestó Laura—. Marta va a llevársela a la central y allí intentarán encontrar a quien pertenecía esta cara.

— Bueno, yo me tengo que marchar ya— dijo Ander, sin apartar aún los ojos de la cara de la chica—. Felicidades de nuevo por tu trabajo. Me pasaré esta tarde un rato, si tengo tiempo. Adiós.

Ander bajó las escaleras y salió de la casa. Laura se giró para encontrarse con la mirada burlona de Marta, fija en el ramo de flores que él había traído.

— ¿Pasa algo?— preguntó Laura—. ¿A qué viene esa sonrisita?

— A las flores, a la manera en la que él ha entrado en la casa sin llamar... Parece que has dejado de darle importancia a la diferencia de edad— contestó ella.

— No es lo que piensas—se defendió Laura, molesta—. Nos estamos conociendo pero todavía no ha pasado nada.

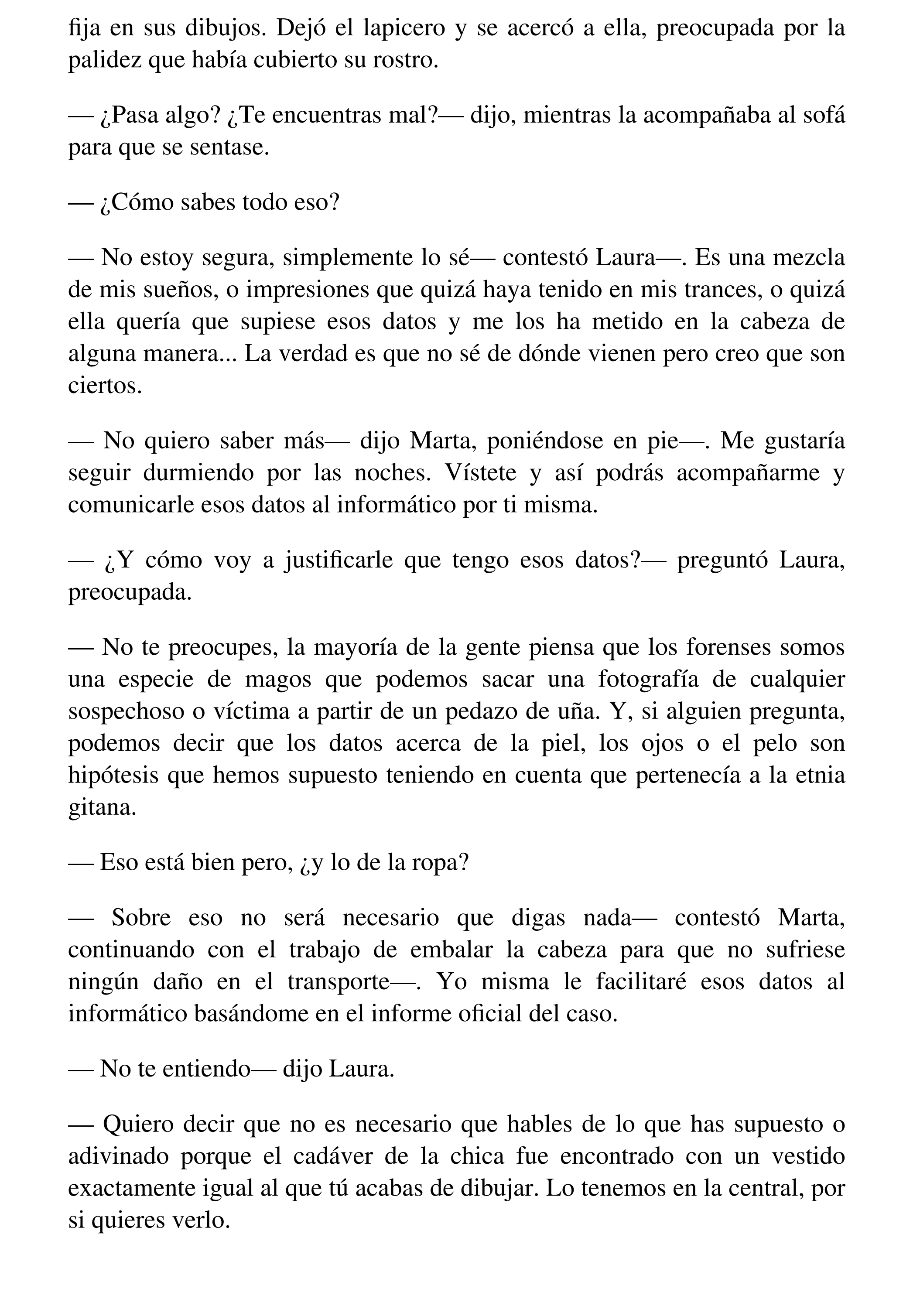
— “Todavía” no ha pasado nada pero, por la manera en la que os miráis, pasará pronto, ¿no?

— No lo sé. Ander me gusta pero no sé si estoy preparada para empezar algo así. No sé lo que siento por David, ni lo que quiero hacer con mi vida... Quizá no sea justo meter a Ander en todo esto.

— No has cambiado nada, sigues pasándote la vida preocupada. Acéptame un consejo: piensa menos— le dijo mientras se acercaba a la mesa y abría una caja que había traído para transportar la cabeza—. Voy a ir empaquetando esto. He conseguido que dentro de una hora haya un informático libre para convertir esta escultura en un retrato robot que podamos publicar en prensa y sacar por televisión.

— Eso es maravilloso— dijo Laura, ayudando a su amiga a abrir la caja—. Hay unas cosas que quiero que le digas para que las incluya en el retrato robot. La chica tenía el pelo muy largo, moreno y ondulado, sin flequillo— se alejó de Marta, cogió un lápiz y un folio y empezó a dibujar—. Mira, de esta manera. Te apuntaré algunas cosas más: sus ojos eran verdes, con un ligero brillo amarillento, y su piel era dorada. No sé si podréis incluir esos detalles en el retrato robot pero creo que ayudarían a la identificación. Y en el momento de su muerte llevaba un vestido blanco o crema con un estampado de pequeñas flores azules. Te lo dibujo también.

Levantó la vista de la hoja y se encontró con la mirada aterrada de Marta,



fija en sus dibujos. Dejó el lapicero y se acercó a ella, preocupada por la palidez que había cubierto su rostro.

— ¿Pasa algo? ¿Te encuentras mal?— dijo, mientras la acompañaba al sofá para que se sentase.

— ¿Cómo sabes todo eso?

— No estoy segura, simplemente lo sé— contestó Laura—. Es una mezcla de mis sueños, o impresiones que quizá haya tenido en mis trances, o quizá ella quería que supiese esos datos y me los ha metido en la cabeza de alguna manera... La verdad es que no sé de dónde vienen pero creo que son ciertos.

— No quiero saber más— dijo Marta, poniéndose en pie—. Me gustaría seguir durmiendo por las noches. Vístete y así podrás acompañarme y comunicarle esos datos al informático por ti misma.

— ¿Y cómo voy a justificarle que tengo esos datos?— preguntó Laura, preocupada.

— No te preocupes, la mayoría de la gente piensa que los forenses somos una especie de magos que podemos sacar una fotografía de cualquier sospechoso o víctima a partir de un pedazo de uña. Y, si alguien pregunta, podemos decir que los datos acerca de la piel, los ojos o el pelo son hipótesis que hemos supuesto teniendo en cuenta que pertenecía a la etnia gitana.

— Eso está bien pero, ¿y lo de la ropa?

— Sobre eso no será necesario que digas nada— contestó Marta, continuando con el trabajo de embalar la cabeza para que no sufriese ningún daño en el transporte—. Yo misma le facilitaré esos datos al informático basándome en el informe oficial del caso.

— No te entiendo— dijo Laura.

— Quiero decir que no es necesario que hables de lo que has supuesto o adivinado porque el cadáver de la chica fue encontrado con un vestido exactamente igual al que tú acabas de dibujar. Lo tenemos en la central, por si quieres verlo.

Laura sonrió al tomar el desvío que la llevaba a Erkiaga. El día había sido muy largo y se encontraba agotada pero todo había salido bien. Después de

varias horas de trabajo, cuando por fin el informático había extraído una hoja de papel con el retrato, había tenido la confirmación de que todo su trabajo era correcto, como si se encontrase delante de la fotografía de una antigua amiga. Aquella imagen empezaría a difundirse al día siguiente, a través de todos los medios de comunicación, y Marta estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que recibiesen una llamada de alguien que la  había visto, o que la conocía, alguien que podría ayudarles a saber quién era y qué le pasó.

Admiró el paisaje que la rodeaba, mientras tarareaba la música que sonaba en la radio. El cielo estaba cubierto de nubes que parecían superponerse las unas a las otras, brillantes con los tonos dorados y rojizos del anochecer, dando la impresión de gigantescas columnas que sujetasen el cielo para que no cayese sobre ella. Nunca había visto un cielo así, tan tridimensional y cercano. O quizá antes había estado demasiado ocupada con su vida de hormiguita feliz en la gran ciudad como para elevar la vista al cielo. Si era así, lamentaba haberse perdido todo aquello durante tanto tiempo: la cercanía de las primeras estrellas, la silueta violácea de las montañas dibujándose contra el horizonte. Le parecía increíble no haberse fijado antes en el paisaje que la rodeaba. O quizá le estaba sucediendo lo que Luis contaba en su diario, que el mundo se volvía más real y físico en Erkiaga, que el exterior parecía prefabricado y frío. Observó de nuevo las nubes, cada vez más espesas y oscuras. Era posible que empezase una nueva tormenta en cuestión de minutos.

Giró a la derecha y entró por el sendero que llevaba a su casa. Las primeras gotas empezaron a caer sobre el parabrisas, dándole la razón. En unos segundos, la luz de la tarde se desvaneció por completo tras una espesa cortina de lluvia. Redujo la velocidad mientras la silueta de la casa empezaba a dibujarse a lo lejos, tan sólo un espejismo brumoso al final del camino. Cuando estuvo más cerca, distinguió una figura más oscura, sentada en las escaleras de entrada. Su estomago se contrajo ante la idea de que uno de los oscuros esbirros de Zubeldia podía haber acudido a hacerle una visita en cuanto su jefe se había enterado de que la reconstrucción estaba acabada. Se acercó lentamente con su coche a la entrada, con la intención de dejarlo enfilado hacia la carretera por si sus peores temores resultaban ciertos pero, cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de que era Ander quien la esperaba. Su moto estaba aparcada al lado de las escaleras. Él continuó sentado en la misma postura, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas, la cabeza agachada, escondida entre las manos. El largo flequillo le caía sobre la cara, ocultándosela. Laura se preocupó. Ander tenía que haber oído el motor de su coche hacía tiempo. ¿Por qué no se movía? ¿Por qué no se levantaba a recibirla?

Aparcó a su lado y bajó del coche. Durante unos segundos, Ander continuó sin moverse y, por fin, levantó la cabeza. Laura tardó unos segundos en comprender por qué tenía la cara empapada si estaba resguardado debajo del alero. Era una corriente imparable de lágrimas lo que surcaba su cara pero, ¿qué podía haberle sucedido? Dio unos pasos hacia las escaleras y él se levantó y se lanzó en sus brazos. Laura le rodeó, protectora, e intentó tranquilizarle, preguntarle en susurros qué le sucedía, pero los sollozos sacudían su cuerpo, impidiéndole hablar. Ella le abrazó con más fuerza, para hacerle sentir que estaba a su lado, y esperó a que se calmara. Los sollozos fueron remitiendo y, cuando le pareció que él ya estaba en condiciones de hablar, le separó unos centímetros y le miró con dulzura a los ojos, intentando transmitirle que nada podía ser tan horrible. Él apartó la mirada unos segundos e intentó secarse las lágrimas con la manga de su camisa, aunque aún seguían cayendo de sus ojos. Abrió la boca para hablar pero ningún sonido brotó de su garganta, como si se negase a pronunciarlo en voz alta. Tomó aire con fuerza y volvió a mirarla a los ojos.

— Mi hermano Mikel ha muerto— dijo por fin, mientras la voz volvía a quebrársele en un sollozo y se lanzaba de nuevo en sus brazos—. Lo han encontrado en su cama esta tarde. Alguien lo ha estrangulado.

Cuando Ander se quedó dormido en su sofá, Laura salió de casa y se apoyó en la barandilla observando la noche. La tormenta ya había pasado y el aire estaba impregnado del aroma de la tierra mojada. Aspiró con fuerza, intentando que la intensidad de ese olor se llevase la opresión que sentía en el pecho, el cansancio emocional que la invadía por dentro. Había sido muy duro intentar ofrecerle consuelo a Ander para una situación en la que no existía consuelo posible. Por suerte, él había acabado tan agotado por las lágrimas que se había quedado dormido. Le observó a través de la puerta abierta. Parecía tranquilo, aunque una arruga de preocupación fruncía su entrecejo. Le habría gustado tanto poder hacer algo por él, haber podido evitarle ese dolor... La idea de que los asesinatos habían empezado cuando ella llegó al pueblo y que podían tener que ver con el trabajo que había estado realizando la torturaba como un hierro candente clavado en sus entrañas. Si ella no hubiese ido nunca a aquel pueblo, si no se hubiese entrometido en la investigación desde el principio, las cosas podrían haber sido muy distintas. Quizá Mikel estaría vivo en ese momento, quizá se habrían podido evitar las lágrimas de Ander, y las de la esposa de Jon, y las de la madre de Esteban... Sintió ganas de desaparecer del mundo una temporada, de poder encerrarse en su habitación y dormir profundamente, sin sueños, hasta que todo aquello acabase, hasta que alguien pudiese

demostrarle que no tenía nada que ver con ella, que no tenía por qué sentirse culpable. Pero no podía permitirse ser tan cobarde. Ander la necesitaba más que nunca y ella debía estar a su lado.

Paseó la mirada por el bosque. Imaginó el pueblo oculto tras los árboles, la mansión de Zubeldia dominando el paisaje, y se preguntó dónde estaría el asesino en ese momento, qué estaría pensando, si sería capaz de dormir después del dolor que estaba causando. Recordó su conversación telefónica con Marta una hora antes. Ella le había confirmado que el asesino era la misma persona que había acabado con las vidas de Jon y Esteban, con la única diferencia de que esta vez no había intentado camuflar su crimen como un suicidio o un accidente. Le había estrangulado mientras Mikel dormía la siesta. Había entrado en su casa con total impunidad, mientras el resto de la familia trabajaba abajo y, con el ruido del bar, nadie había podido escuchar como Mikel se resistía. Marta había comentado que parecía que el asesino se volvía cada vez más osado, como si estuviese tan seguro de que no iban a atraparle que no considerase necesario seguir escondiendo sus crímenes. Pero Laura estaba segura de que no era eso. El asesino no tenía que fingir que había sido un suicidio o un accidente porque sabía que la policía ya había descubierto el engaño, porque recibía informes periódicos de los avances en la investigación. Y eso le llevaba una y otra vez a pensar en Zubeldia y sus amenazas. Pero no veía manera de probarlo.

Escuchó un maullido proveniente del bosque y aguzó la vista, intentando descubrir la silueta de Rahu. Le pareció que algo pequeño corría en el borde del claro, paralelo a la primera línea de árboles, sin atreverse a acercarse.

— Ya puedes volver, pequeño— le susurró a la noche—. Ella ya se ha marchado.

La pequeña silueta desapareció entre los árboles, como si no la hubiese escuchado. Quizá Rahu necesitaba tiempo para asegurarse de que todo estaba bien, o quizá las energías negativas tardaban días en desaparecer por completo de una casa. Le habría gustado poseer los conocimientos de Ideana, o estar segura de que ella no iba a enfadarse si la llamaba a las dos de la mañana para preguntarle por qué su gato no volvía. Sería mejor esperar. No quería interrumpirla en mitad de un aquelarre o lo que fuese que hacían las brujas por la noche. Le daría a Rahu unos días más antes de salir a buscarle de nuevo, aunque le habría encantado sentir su peso en las rodillas esa noche, poder acariciar su pelo suave y sentir el calor que transmitía y que la hacía sentirse tranquila y adormilada.

Un gemido desde el interior de la casa le hizo girar la cabeza. Ander se

agitaba en sueños. Se acercó a él y apartó unos mechones húmedos de su frente. Él susurraba algo ininteligible, mientras nuevas lágrimas surcaban sus mejillas. Laura le acarició la cara, intentando calmarle. Él abrió los ojos unos segundos y paseó una mirada confusa y asustada a su alrededor. Cuando se encontró con el rostro de Laura, esbozó una ligera sonrisa y volvió a cerrar los ojos. Ella escuchó su respiración, más sosegada. Había vuelto a quedarse dormido. Fue a la habitación, recogió un par de mantas y, después de taparle, se sentó en uno de los sillones para vigilar su sueño. Se tapó también, aunque estaba casi segura de que no podría pegar ojo en toda la noche. Sin embargo, el sonido acompasado de la respiración de Ander y el silencio de la noche, empezaron a tranquilizarla, haciéndole darse cuenta de lo agotada que estaba. Sus pensamientos empezaron a hacerse más confusos y, en medio de ellos, se le ocurrió que era una pena que se encontrase tan cansada como para no poder leer algo más del diario. Ya sólo quedaban Oscar y Luis y debían encontrar al culpable antes de que fuese a por ellos. Un pensamiento aterrador la sacudió, haciendo que el sueño se esfumase. Ander también era uno de los personajes de aquel libro que parecía maldito, él también podía estar incluido en los planes del asesino. Se sentó erguida en el sillón, observándole. No iba a permitir que a él le sucediese nada malo. Se levantó, entró en la habitación y abrió el cajón de la mesilla. La pistola seguía allí, la suave luz de la luna arrancaba brillos acerados a su superficie. Laura la cogió, sintiéndose extrañamente reconfortada por su peso y por su frío contacto. Introdujo uno de los cargadores y volvió a la sala. La colocó a su lado, encima de la mesa, y giró el sillón, intentando no hacer ruido, para que quedase encarado hacia la puerta. Trató de convencerse a sí misma de que sus miedos eran infundados, que los crímenes no tenían nada que ver con ellos dos y que nadie vendría a hacerles daño, pero no consiguió que la ansiedad desapareciese. Agarró la pistola y la colocó sobre su regazo. Ya le daba igual si sus miedos eran reales o no. Si alguien intentaba cruzar aquella puerta, estaría preparada.

## CAPÍTULO VEINTICINCO.

Las últimas horas le parecían difusas como la bruma. Se sentía cansada por la noche en vela en el sillón. Sólo se había permitido dormir unas horas cuando Ander despertó para volver a casa con su familia, así que se sentía confusa y agotada, como si sufriese una terrible resaca. Le parecía increíble que en aquel ataúd colocado al lado de la fosa estuviese el cuerpo de Mikel. No podía ser que estuviese muerto. Aunque no había llegado a encontrársele en persona, le daba la impresión de estar enterrando a un antiguo conocido. El chico fuerte y decidido que describían las palabras de Luis parecía ser capaz de resolver cualquier problema. La muerte parecía algo tan ajeno a su juventud y su energía... Y, sin embargo, se lo había llevado, como a Jon y Esteban... Y quién sabía cuantos más entrarían en sus planes.

Levantó la cabeza y miró a Ander. Estaba a su lado, con la mirada perdida en el horizonte. Parecía más sereno, aunque sus ojos estaban aún enrojecidos. A unos pasos estaban sus padres, abrazando a María, la esposa de Mikel, que sollozaba desesperada. Se planteó que el sitio de Ander estaba junto a su familia y no a su lado, que el abismo entre ellos debía ser muy profundo si ni siquiera un dolor así les hacía olvidarlo. Pensó en lo solo que debía sentirse, en lo frágil que parecía con aquel traje que le quedaba un par de tallas más grande y que seguramente perteneció a su hermano muerto...

Apartó la mirada. No quería que él se diese cuenta y se sintiese incomodo. Le habría gustado agarrarle la mano, abrazarle delante de todos, pero sabía que eso sólo empeoraría la situación. Observó el paisaje que les rodeaba. El calor era asfixiante a esa hora de la tarde. De vez en cuando soplaba una brisa caliente y húmeda que producía la sensación de que el aire respirable se acababa. Los árboles estaban en silencio, como si todos los pájaros se hubiesen marchado. En la explanada del cementerio el silencio era absoluto. Sólo la letanía monótona del sacerdote y los sollozos ahogados de María y la madre de Mikel lo quebraban. En segunda fila, a unos metros de la fosa, estaban situadas algunas personas del pueblo, como si no quisieran perturbar la ceremonia. Laura pensó que seguramente sólo los familiares cercanos se habían colocado al lado de la tumba y que ese no debía ser su lugar, pero Ander la había conducido hasta allí del brazo y no podía dejarle solo en un momento así. Que murmurasen lo que quisieran...

Distinguió a Luis entre la gente, agarrado a una mujer morena que debía ser su esposa. Ella le susurraba palabras de consuelo al oído mientras él negaba con la cabeza sin apartar la vista del féretro más que para secarse los ojos con un pañuelo. Debía ser aún más difícil para él creer que aquello estaba sucediendo, que había enterrado a tres de sus amigos de juventud en menos de una semana. Aunque según sus palabras hacía mucho tiempo que habían perdido el contacto, ella sabía por su diario que en verdad les apreciaba. Y, además, era posible que él también fuese consciente de que toda aquella pesadilla no podía ser fruto de la casualidad. Debía haberse preguntado si él sería el siguiente de la lista. Aunque nada en su aspecto dejaba translucir otra emoción más que la pena, era muy posible que estuviese asustado y quizá tenía alguna hipótesis acerca de las razones de esos crímenes. Quizá ella no había encontrado todavía nada en el diario que lo explicase porque él no se había atrevido a escribirlo, o porque el suceso que estaba provocando todo aquello había sucedido en un verano diferente al de 1993. Trataría de interceptarle a la salida del cementerio para preguntarle si podían hablar un momento.

Laura volvió la vista hacia la tumba mientras dos hombres se acercaban para bajar con cuerdas el ataúd hasta el fondo de la fosa. Los sollozos de las dos mujeres se hicieron más fuertes. María empezó a gritar desesperada y los padres de Mikel la agarraron con firmeza para evitar que corriese a abrazarse al ataúd, que iba desapareciendo centímetro a centímetro. Laura no se sentía con fuerzas para soportar aquella escena y deseó que aquello acabase pronto para poder salir de allí. Su mirada se dirigió anhelante a la puerta del cementerio. El sol estaba ya bajo y le impedía fijar la vista. A través de la cortina de aire caliente le pareció distinguir la silueta de un hombre que se acercaba a paso rápido. Algo en su aspecto hizo que intentase fijarse con más atención, entrecerrando los ojos para evitar que la luz la deslumbrara. El hombre era enorme, debía medir cerca de los dos metros y parecía muy fuerte. La descripción de Oscar le vino a la cabeza. Quizá era él, pero le parecía extraño que llegase tarde al entierro de su mejor amigo. Y aunque estuviese preocupado por llegar tarde, no era normal llegar a un funeral a la carrera. ¿Y qué era esa cosa alargada y brillante que llevaba en las manos? ¿Una barra de hierro?

Un segundo después, escuchó el grito de asombro de varias mujeres. La gente retrocedió unos pasos con la mirada clavada en la figura que se acercaba. Llevaba una escopeta. ¿Qué significaba todo aquello? El sacerdote calló y durante unos segundos todo el mundo quedó en silencio. Sólo las pisadas del hombre y los sollozos continuos de María flotaron en el aire del cementerio. El hombre redujo el paso y se acercó a la tumba. Contempló el ataúd, ya depositado en el fondo, y apretó con fuerza la

escopeta hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Laura le observó sin saber qué hacer, sin entender nada. Cada vez estaba más segura de que aquel hombre enorme era Oscar pero, ¿qué había venido a hacer allí? ¿Quería vengar a su amigo? ¿Acaso sabía quién era el asesino?

Con un rugido de rabia, Oscar elevó su escopeta para apuntar y la dirigió a la gente que esperaba cerca de la tumba. Algunas mujeres volvieron a gritar asustadas. Laura se giró, intentando descubrir cuál era su objetivo. Luis y su mujer observaban paralizados, con la mirada fija en el agujero negro del cañón. Luis pareció reaccionar, apartó suavemente a su mujer y dio un par de pasos adelante.

— Quédate donde estás— le ordenó el hombre. Su voz sonó como un trueno en el silencio del cementerio—. A mí no me vas a atrapar, no vas a poder conmigo.

— No te entiendo, Oscar— Luis dio un nuevo paso hacia él, con los brazos extendidos a los lados, mostrándole las manos—. No voy a hacerte nada. Soy Luis, tu amigo.

— Sé perfectamente quien eres, asesino— contestó Oscar, furioso—. Y nunca has sido mi amigo, ni el de ninguno de nosotros. Siempre te creíste mejor que todos los demás, ¿verdad? Siempre pensaste que nos equivocamos aquella noche, que debimos haber hecho lo que tú decías. ¿Es esta tu manera de arreglarlo, de hacer justicia?

— Te estás equivocando, Oscar. Yo no he tenido nada que ver...

Luis intentó dar otro paso adelante pero Oscar levantó aún más la escopeta y se la acercó a la cara para apuntar con más precisión. Laura observó su rostro congestionado, sus ojos inyectados en sangre, el latido de una vena en la garganta. Estaba fuera de sí. Iba a disparar y nada de lo que pudiese decirle Luis le haría reaccionar. Sin ser muy consciente de lo que hacía, metió la mano en su bolso y sacó la pistola. La agarró con fuerza, intentando que la mano no le temblase, y apuntó a la cabeza de Oscar.

— Baje el arma— le gritó intentando que su voz sonase segura.

— No se meta en esto— Oscar giró la cabeza, miró la pistola durante un segundo y después volvió a clavar sus ojos en Luis, como si su presencia no le importase—. Esto es una conversación entre “amigos”. Mantuvimos la promesa, Luis. Durante todos estos años, mantuvimos la promesa. ¿Por qué tenías que matarlos?

— Yo no he matado a nadie. Esto es absurdo— Luis alargó el brazo,

intentando que Oscar le tendiese la escopeta—. Deberíamos hablar de esto más tranquilos y te darías cuenta de que lo que estás pensando es ridículo.

— Le he dicho que baje el arma— insistió Laura, elevando un poco más la voz.

— No vuelvas a moverte o te vuelo la cabeza— rugió Oscar, ignorando a Laura—. Sólo podemos ser tú o yo... Y no voy a quedarme cruzado de brazos esperando a que me mates como has hecho con los demás.

Luis no dijo nada más. Se limitó a negar con la cabeza y avanzó un paso detrás de otro, acercándose a Oscar con expresión tranquila.

— No vas a dispararme, Oscar. En tu interior sabes que yo no he podido matarles— extendió de nuevo el brazo, quedándose a sólo un par de centímetros de agarrar el cañón—. Dame esa escopeta y hablaremos.

La detonación sonó tan potente como un cañonazo, haciendo que cientos de pájaros saliesen de los árboles. Laura escuchó un agudo grito de mujer y vio a la esposa de Luis precipitarse sobre el cuerpo de su marido, tratando de protegerlo. Luis estaba en el suelo. Una gran quemadura negra manchaba su camisa a la altura del estomago y, unos segundos después, un grueso chorro de sangre empezó a manar de la herida. El rostro de Luis empezó a perder color, convirtiéndose en una máscara amarillenta en la que unos ojos sin brillo seguían fijos en la cara de Oscar. Laura le miró. Oscar recargaba su escopeta, dispuesto a terminar su obra. Ella disparó la pistola, intentando asustarle. Oscar gritó y retrocedió un paso, llevándose la mano al brazo derecho. Entre sus dedos entreabiertos resbaló la sangre. Con un rugido de furia, se giró hacia ella, mientras terminaba de recargar la escopeta. El aire se llenó de gritos, de carreras enloquecidas hacia la salida del cementerio.

— Tira la escopeta. No quiero dispararte— dijo Laura, sintiendo que todo su cuerpo temblaba y que no era capaz de enfocar el cañón de la pistola hacia Oscar.

Él elevó de nuevo la escopeta, dispuesto a dispararla. El tiempo parecía avanzar más lentamente, le permitía observar todos sus movimientos, sus facciones enloquecidas, su determinación... No había nada que pudiese hacerle entrar en razón, debía disparar. Sintió la mano de Ander en su brazo y oyó sus palabras como si viniesen de un lugar muy lejano.

— Mátale, Laura... Mátale...

Laura apretó el gatillo, una y otra vez, sintiéndose aturdida por las

explosiones, incapaz de pensar. El cuerpo de Oscar se sacudió por los impactos pero, aún así, consiguió disparar y Laura vio un fogonazo brotando del cañón de su escopeta. Por un momento, pensó que quizá el proyectil la había alcanzado, que en unos segundos caería muerta, pero siguió disparando hasta que los ojos de Oscar se pusieron en blanco y su cuerpo se desplomó, cayendo con estruendo dentro de la fosa de Mikel. Laura bajó la pistola y se dejó caer al suelo. Las piernas le temblaban tanto que no era capaz de mantenerse en pie. Observó la escena, planteándose que debía estar en una pesadilla. La mayoría de la gente había huido, sólo quedaban algunas personas contemplando la escena desde la pared más alejada del cementerio. Se oían gritos y sollozos. A unos metros de ella, la mujer de Luis gritaba pidiendo ayuda mientras intentaba contener la hemorragia del estomago de su marido con las manos cubiertas de sangre. Observó el agujero en la tierra a sus pies. Oscar yacía tumbado boca abajo sobre el ataúd de su amigo, juntos en un último abrazo. Arrojó la pistola a un lado, sintiendo repugnancia ante su contacto, e intentó retroceder unos pasos para dejar de ver el interior de la fosa. Su brazo chocó contra algo blando. Se giró y se encontró con el cuerpo de Ander, tendido a su lado. Tenía los ojos cerrados y su piel había perdido por completo el color. En el lado izquierdo de su camisa blanca iba creciendo una mancha de sangre brillante.

**CAPÍTULO VEINTISÉIS.**

Laura estuvo a punto de desvanecerse por el alivio que le produjo ver a Marta entrando en la sala de interrogatorios. Le parecía que llevaba una eternidad respondiendo preguntas, contando una y otra vez lo que podía recordar de la escena cuando lo único que le apetecía era olvidarlo todo, fingir que no había sucedido. Sonrió a su amiga y le agarró la mano con fuerza, intentando aferrarse al único símbolo de seguridad que había visto en las últimas horas.

— ¿Sabes cómo está Ander?— le preguntó, ansiosa—. Está vivo, ¿verdad?

— Sí, tranquila— le contestó Marta, acariciando su mano—. La bala sólo le rozó el hombro, la herida no es grave. Se desmayó por el shock y, al caer al suelo, se golpeó la cabeza. Por eso le tendrán en observación un par de días, pero tu príncipe está perfectamente.

— ¿Y los demás?— dijo Laura, sin saber si en verdad quería saber la respuesta.

— Oscar está muerto. Cuando llegaron las ambulancias, ya no se podía hacer nada por él. Y Luis está muy grave, no sabemos si saldrá de ésta.

Laura sintió ganas de llorar, de desaparecer. Había matado a un hombre. Daba igual que estuviese dispuesto a matar a otra persona o que la estuviese amenazando. Todo había sucedido demasiado rápido. Si hubiese podido encontrar una manera de evitarlo, de convencerle de que tirase la escopeta...

— No te preocupes por nada— le dijo Marta—. Los inspectores han hablado con más de una docena de testigos que aseguraron que no podías haber hecho otra cosa, que disparaste para defenderte. No habrá cargos contra ti.

— Pues creo que esos mismos inspectores han sido los que me han confiscado la pistola que me diste. No me ha parecido que confiasen demasiado en mí— objetó Laura, irónica.

— Bueno, comprende que, aunque esté claro que disparaste en defensa propia, ahora mismo hay una investigación en curso y esa pistola es una de las pruebas del caso— respondió su amiga con una sonrisa—. Si a eso

añadimos que te entregué la pistola sin autorización previa y que ni siquiera tienes licencia de armas, creo que encontrarás muy lógico que te la hayan confiscado. Ahora mismo están investigándome para ver si actué correctamente al entregártela y seguramente recibiré una amonestación, así que no voy a poder darte otra.

— ¿Vas a tener problemas por mi culpa?— preguntó Laura, preocupada.

— Tranquila, al final se quedará en una bronca. Tengo un expediente impecable— dijo ella, quitándole importancia—. Además, estás viva gracias a esa pistola y no me arrepiento de habértela dado. Lo importante es que ya no tienes de que preocuparte. Hemos encontrado al culpable, así que ya estás fuera de peligro.

— ¿Cómo que habéis encontrado al culpable?— preguntó Laura, confusa —. ¿Habéis detenido a alguien?

— Digamos que no ha hecho falta detenerle. Ahora mismo no se encuentra en condiciones de escapar— Marta echó un vistazo a su reloj—. A estas horas deben estar intentando extraerle medio kilo de perdigones del estomago.

— ¿Te refieres a Luis? Él no puede ser el asesino. Es imposible.

— ¿Es que acaso no estabas esta tarde en el cementerio?— Marta la miró incrédula mientras negaba con la cabeza—. Los mismos testigos que han hablado en tu defensa escucharon las acusaciones de Oscar. Por lo que dijo, Luis era el asesino y Oscar sólo trataba de evitar que le matase cuando le disparó.

— No me parece que Oscar estuviese mentalmente capacitado en ese momento como para hacer una acusación fiable.

— Por el momento es sólo una hipótesis que están estudiando, pero a mí me parece bastante convincente. Aunque comprendo como te sientes, Laura — le dijo Marta, volviendo a apretar su mano para confortarla—. A nadie le gusta pensar que su casero es un psicópata. Pero al menos es posible que todo haya terminado.

— No me cuadra. Luis parece tan buena persona... — Laura suspiró, intentando encontrar una manera de defenderle—. No tenía ninguna razón para matarles. Ander me ha dicho que eran amigos desde pequeños.

— Bueno, eso no es tan extraño. En la mayoría de los asesinatos, el

culpable suele tener un vínculo personal con la víctima. Pero tienes razón en que todavía no sabemos por qué lo hizo. No te preocupes. Si se recupera de las heridas, tendrá la oportunidad de defenderse— Marta se levantó y se dirigió a la puerta—. ¿Me acompañas?

— ¿Ya puedo marcharme a casa?— preguntó Laura, levantándose a toda prisa de la silla y recogiendo su bolso.

— Si quieres, sí— contestó Marta, con una gran sonrisa—. Pero creo que querrás quedarte un rato más. Esta mañana hemos retransmitido por televisión el retrato robot de la chica y una persona ha llamado diciendo que la conocía. La hemos citado para tomarle declaración en quince minutos. Pensé que te gustaría verla.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y un hombre apareció en el dintel. Se apartó para dejar paso a una mujer alta. Laura escuchó el sonido de sus tacones contra las baldosas del suelo, sin atreverse a moverse. Le parecía imposible estar viendo y escuchando a esa mujer con tanta claridad a través del espejo sin que ella se diese cuenta de su presencia.

La mujer se sentó en una de las sillas de la habitación y cruzó las piernas, mientras el inspector se sentaba enfrente de ella. Laura la observó, intentando adivinar qué relación podía haberla unido con la chica. No parecía lo bastante mayor para ser su madre. Laura intentó calcular su edad. En un primer vistazo le había parecido una chica joven, con su minifalda vaquera, su camiseta roja ajustada y su larga melena teñida de rubio. Pero al mirarla más fijamente, descubrió arrugas bajo la espesa capa de maquillaje. Debía rondar los cuarenta años, quizá alguno más.

— Bien, empecemos— dijo el inspector, sacando una carpeta para tomar notas. El sonido, alto y claro a través de los altavoces, hizo que Laura diese un respingo—. Puede decirme su nombre, edad, profesión...

— Me llamo Rosa Molina. Tengo cuarenta y tres años y soy prostituta— contestó ella, con voz tranquila—. Ya he dado todos estos datos a la entrada y tengo un poco de prisa.

— Está bien— el hombre sacó una hoja de la carpeta y se la tendió—. ¿Conoció usted a esta persona?

La mujer observó la imagen durante unos segundos, mientras asentía.

— Sí, claro que la conocía. Cuando he visto la imagen en la tele esta

mañana, se me han puesto todos los pelos de punta. Ha sido como ver una fantasma. Está exactamente igual— la mujer levantó la vista del papel—. En las noticias dijeron que estaba muerta y que se necesitaba colaboración para identificarla. ¿Es eso cierto?

— Sí, lo siento— contestó el inspector.

— Pobre niña— susurró ella con la vista clavada en la foto—. ¿La mataron?

— No puedo decirle nada. Estamos investigándolo. ¿Podría decirme de que la conocía?

— Se llamaba Carmen, no sé su apellido. La llamábamos "la gata" porque tenía unos ojos increíbles. La conocí en un local en el que trabajé hace años, en el centro de Bilbao.

— ¿Cómo la conoció? ¿También era prostituta?

— El dueño del sitio apareció un día con ella. Se llamaba Gutiérrez, "el andaluz", y murió hace unos seis o siete años, dicen que de una sobredosis de cocaína. La chica venía hecha una pena, manchada de barro y con las ropas rotas. La había encontrado pidiendo en los semáforos de la Gran Vía y le había ofrecido trabajo. Me la llevé a la cocina y le preparé algo de comer. No he visto comer a alguien tan rápido en toda mi vida, parecía un animalillo— ella dibujó una amarga sonrisa antes de seguir hablando—. Me dio pena la chiquilla, así que la tomé bajo mi protección y le pedí a Gutiérrez que la dejase compartir mi habitación. Al principio ella era muy tímida pero, por la noche, estuvimos hablando y se fue soltando. Me contó que venía de un barrio de Gallarta y que había tenido que escapar de allí porque se había quedado embarazada de un chico que conoció en la verbena de las fiestas de su pueblo al que no había vuelto a ver. Decía que su padre la mataría si se enteraba, que tenían preparado su matrimonio desde hacía años con un primo suyo de Cataluña, y que por eso había tenido que huir. Me dijo que había estado buscando trabajo, en bares o limpiando casas, pero que no había conseguido nada y que llevaba más de dos semanas dando vueltas por la ciudad.

— ¿Así que se quedó a trabajar allí con usted?— intervino el hombre.

— Bueno, no exactamente. A la noche siguiente, Gutiérrez le dijo que bajase al bar a trabajar. En menos de cinco minutos, un hombre le dijo que quería subir con ella a la habitación. Me dio pena la chiquilla. Yo había estado con ese tío varias veces y no era muy agradable como primera experiencia, ya sabe, muy gordo y mayor, cubierto de pelo, y me parece a

mí que no se lavaba mucho... — esbozó un gesto de repugnancia—. Bueno, el caso es que un rato después oímos gritos y el tío salió de la habitación, sin camisa, y con la cara sangrando por los arañazos que Carmen le había dado. Subí corriendo y me la encontré llorando en un rincón, diciendo que no podía hacerlo. Gutiérrez se enfadó mucho y amenazó con echarla pero le convencí de que la chica necesitaba tiempo y que yo podría convencerla, así que él decidió que, mientras tanto, ella trabajaría en el bar. Pero la cosa no mejoró. Ella era demasiado espectacular. Cada noche los clientes le hacían ofertas que ella rechazaba. Yo intenté convencerla de que podía hacerlo, que no era tan terrible, pero ella estaba tan feliz trabajando en el bar que no quería escucharme, como una niña a la que no le preocupa el mañana. Ahí es cuando me planteé que no debía tener los diecinueve años que me había dicho.

— ¿Era menor de edad?

— Claro. Acabó confesándome que sólo tenía dieciséis. Yo estaba cada vez más preocupada por ella. Si Gutiérrez se enteraba de su edad o de que estaba embarazada, la echaría a la calle en menos de cinco minutos. Además, las otras chicas empezaban a murmurar en su contra: que si se creía más que ellas, que Gutiérrez la consentía porque ella le gustaba... Un día volví de hacer unas compras y me dijeron que la había echado a la calle. Alguna de las chicas debía haberse dado cuenta de su embarazo y se había ido de la lengua.

— ¿Fue a buscarla?— preguntó el inspector, mientras seguía tomando notas.

— Sí, pero no la encontré. Me pasé unas semanas fijándome cuando iba por las calles, preguntando de vez en cuando a algún vagabundo, pero nadie supo decirme nada de ella. Hasta que un día la encontré, sentada bajo la lluvia, pidiendo al lado de el Corte Inglés. Estaba mucho más delgada y temblaba de frío. Le puse mi abrigo y la llevé a tomar un café. Me contó entre lágrimas que había perdido el niño que esperaba. Le dije que ahora podría volver con su familia pero ella contestó que no, que sus padres pensarían que les había deshonrado y que nunca la aceptarían de nuevo. Estaba ardiendo de fiebre, así que la llevé al club. Gutiérrez puso el grito en el cielo pero le dije que yo correría con todos los gastos y que, si me dejaba el tiempo suficiente, quizá pudiésemos hacer carrera con ella. Al final él accedió, creo que quizá la chica sí le gustaba.

— ¿Y empezó a trabajar en el club?

— Bueno, al final no lo conseguimos— explicó ella, encogiéndose de

hombros—. El día en que por fin accedió a estar con uno de los clientes, no tardó ni dos minutos en estrellarle un jarrón en la cabeza. Esa noche sí que se montó buena... Tuve que discutir durante horas con Gutiérrez, hasta le amenacé con marcharme yo también si la echaba. Al final dijo que Carmen podía quedarse a vivir allí pero que tendría que trabajar haciendo la calle hasta que le demostrase lo que valía, que su establecimiento era un sitio de clase y tenía una reputación que mantener y todas esas chorradas.

— ¿Y Carmen aceptó?

— No le quedaba otro remedio a la pobre. La primera tarde que salió fui a despedirla a la puerta, a darle unos consejos. Me abrazó, como si estuviera desesperada, con lágrimas en los ojos. Me dio tanta pena que le ofrecí pedirle a Gutiérrez que la dejase esperar unos días más pero se negó. Me dijo que ya había hecho suficiente por ella. Cuando la vi alejarse calle abajo, con su vestidito blanco y el pelo al viento... No sé por qué pero me pareció que aquello había sido una despedida. Por eso no me extrañó tanto que no volviera. Pensé que habría entrado en razón y que estaría con sus padres o que quizá había decidido buscar más suerte en otra ciudad. De todos modos, me pasé los siguientes meses observando a los mendigos de las calles, buscándola en los pasos de cebra y en las entradas de los centros comerciales. Pero nunca más la vi.

Laura se levantó de la silla y paseó por la sala mientras el inspector hacía las últimas preguntas de rutina. No sabía por qué pero el hecho de descubrir la identidad de la chica, de saber quién era y poder encontrar a su familia y darle un entierro digno, no le producía satisfacción. Ni siquiera la esperanza de que se encontrase al culpable de lo que le pasó y que pagara por ello. Le habría gustado poder ayudarla antes, cuando era una pobre niña perdida en Bilbao, cuando todavía había esperanzas de darle una vida digna en vez de tratar de encontrar una explicación a su muerte. Pero ya no había nada que hacer. El destino había ido retorciendo su vida hasta lanzarla en brazos de un asesino y nadie había podido ayudarla. Y lo que más le dolía era saber que, si en el pasado se hubiese cruzado con Carmen en un semáforo, le habría comprado un paquete de kleenex por un euro y habría seguido adelante sin pensar en ella una segunda vez. Pensó con amargura que era muy posible que esa escena hubiese sucedido en realidad.

Laura llegó a casa y se sentó en el sofá, agotada. Había sido un día muy largo. Tras salir de comisaría había ido al hospital para ver como se encontraba Ander, pero no le habían permitido pasar a verle porque ya no eran horas de visita. La enfermera le informó de que estaba estable aunque

sedado para evitar el dolor y le confirmó que le darían de alta en uno o dos días. Iría a visitarle a la mañana siguiente, aunque no sabía como la recibiría su familia. Debían estar pasando un infierno tras la muerte de Mikel y era posible que la culparan del accidente de Ander, tal y como ella lo hacía. Si no hubiese intervenido, si se hubiese apartado de Oscar como había hecho el resto de la gente del cementerio, Ander estaría bien. Claro que, entonces, Luis estaría muerto. Ahora, al menos, tenía la oportunidad de luchar por su vida, quizá los médicos podrían salvarle.

Se levantó del sofá y se preparó un café cargado. Después de todo, la vida que le esperaba a Luis si conseguía salvarse tampoco era un camino de rosas. Si salía del coma, se encontraría con tres acusaciones de asesinato. Y ella estaba segura de que era inocente. Había leído sus pensamientos en el diario. Era un chico sensible que adoraba a sus amigos, sobre todo a Jon y a Esteban. Él no podría haberlos matado, no podía haber cambiado tanto.

Cogió la taza de café y subió las escaleras de la buhardilla. Parecía muy vacía sin la cabeza encima de la mesa, sin los bloques de arcilla y los folios de apuntes esparcidos por todos lados. Dejó el café sobre la mesa y sacó el diario del escondite del suelo. Se sentó y empezó a leer. Tenía la esperanza de poder encontrar algo que exculpase a Luis, que demostrase a la policía que se estaban equivocando. Fue pasando páginas sin interés. Contaba excursiones al río, que Mikel y Oscar estaban preparándole a Jon su despedida de soltero, que Luis había conseguido un trabajillo arreglando la casa de unos vecinos con el que conseguiría dinero para pasar todo el verano pero que le absorbía mucho tiempo... Ya estaba perdiendo las esperanzas de encontrar algo útil cuando empezó a leer las páginas correspondientes al último día de Luis en el pueblo. Nada más leer las primeras frases, supo que allí estaba la respuesta a todo.

**CAPÍTULO VEINTISIETE.**

*9 de Julio de 1993*

*Hoy es mi último día en Erkiaga. No volveré nunca. Cuando pienso en lo que hemos hecho esta noche... Dios, esto tiene que ser una pesadilla.*

*No sé por qué estoy escribiendo esto aquí, no es algo de lo que quiera que quede constancia, ni algo que vaya a querer recordar en el futuro... Pero ahora mismo me encuentro desesperado. Necesito hablar con alguien y todos mis amigos han desaparecido, se han convertido en extraños. Sólo me queda este cuaderno para intentar ordenar mis pensamientos y encontrarle una explicación a esta locura. Después lo destruiré, me marcharé de este pueblo para siempre y fingiré que esta noche no ha existido durante el resto de mi vida.*

*Esta noche era la fiesta de despedida de Jon pero tuve que trabajar hasta pasadas las once. Como ya les había avisado y sabía que estarían toda la noche en el almacén del padre de Mikel, tampoco importaba mucho a qué hora llegase. Cuando salí del trabajo, fui a casa a cenar algo, me duché y me preparé con tranquilidad. No me hacía ilusión ir a la fiesta, sobre todo porque sabía que Jon no tenía nada que celebrar. Caminé solo hacia la salida del pueblo, disfrutando de la tranquilidad de la noche.*

*Al aproximarme al almacén, empecé a escuchar la música estridente que salía por las ventanas. Era una suerte que el almacén estuviese en las afueras y que no hubiese viviendas por allí. Me acerqué al edificio y una sombra surgió entre dos calles para cortarme el paso. El corazón me dio un vuelco y estuve a punto de echar a correr en dirección contraria pero me di cuenta de que era Ander, con su manía de deslizarse por el mundo sin hacer ruido y vestido siempre de negro.*

*— Joder, que susto— le dije, enfadado—. ¿Qué haces aquí?*

*— No me dejan entrar— me contestó, enfadado—. Oscar y Mikel dicen que soy muy crío para estar en la fiesta.*

*Por un segundo, me planteé qué clase de despedida de soltero le habrían preparado a Jon como para que Ander no pudiese estar presente.*

*Seguramente planeaban pillarse una borrachera brutal, nada que Ander no hubiese presenciado en otras ocasiones. Su negativa se debería a la manía que Oscar le tenía al chaval y a que Mikel estaba harto de tener que ocuparse siempre de su hermano pequeño.*

*— No te preocupes— le dije, poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarle—. Hablaré con ellos. Tú espérame aquí.*

*Ander me siguió unos pasos, hasta que llegamos a la puerta del almacén. Me volví para despedirme y me pareció que tenía los ojos rojos e hinchados de llorar. No pude estar seguro con tan poca luz, así que simplemente le di otra palmada en el hombro y entré. Me giré para ver si me seguía pero volvió a deslizarse en las sombras para esperar. Nunca me había planteado que Ander pudiese resultar tan herido por nuestro rechazo como para llorar por ello pero debía resultar duro para él intentar integrarse en un grupo en el que se le rechazaba casi por sistema.*

*Subí las escaleras, intentando descubrir por las voces qué estaban haciendo mis amigos, pero el volumen de la música no me permitió distinguir nada. Llegué al piso superior e intenté que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad. Sólo había dos velas encendidas sobre la mesa, casi ocultas por las botellas que la abarrotaban. Alrededor de la mesa estaban sentados Jon, Esteban y Mikel, bebiendo mientras mantenían la mirada fija en la esquina más oscura de la habitación. Me acerqué a ellos sin que se diesen cuenta de mi presencia. Parecían totalmente absortos, ni siquiera se giraron cuando les saludé. Intenté descubrir que era lo que miraban con tanta atención pero sólo pude distinguir una sombra oscura que se movía sobre el sofá. Puse una mano en el hombro de Mikel para llamar su atención.*

*— Hombre, Luis... Has llegado— dijo, girándose hacia mí—. ¿Quieres beber algo?*

*Los otros dos me saludaron y Jon me pasó una botella de tequila medio vacía. Al mirar su cara, no me pareció que estuviese divirtiéndose en absoluto. Sabía que toda esta situación le parecía una farsa y que no tenía ninguna gana de fingir que había algo que celebrar pero, incluso así, me sorprendió la seriedad de su rostro. Esteban parecía muy nervioso, se pasaba la mano por el pelo continuamente y apartaba el sudor que le caía por la frente.*

*— ¿Pasa algo?— les pregunté—. Esto no parece una fiesta.*

*— No pasa nada. Es sólo que tienen que beber más para soltarse—*

*contestó Mikel, dando un largo trago a una botella de whisky para reafirmar sus palabras.*

*— Yo creo que ya he bebido suficiente y aún así no quiero hacerlo— intervino Jon, enfadado—. Por mí, podéis repartírosla entre Oscar y tú.*

*— ¿Qué es lo que no quieres hacer? ¿Y qué es lo que vais a repartiros?— pregunté, perdido—. Perdonad pero no entiendo ni una palabra de lo que decís.*

*— A la chica— contestó Esteban, señalando con la cabeza hacia el sofá de la esquina. Tenía la voz pastosa y se trababa con las palabras—. A la puta que ha traído Mikel para que nos la tiremos entre todos.*

*Le miré, pensando que había entendido mal o que Esteban llevaba tal borrachera que estaba gastándome una broma, pero una nueva mirada hacia el sofá me convenció de lo contrario. El enorme bulto que se movía era Oscar. Debajo de su imponente mole pude distinguir otro cuerpo, pequeño e inmóvil. Se me revolvió el estomago a pesar de que todavía no había probado una sola gota de alcohol.*

*— ¿Pero qué mierda es ésta?— pregunté, enfadado.*

*— Joder, es lo que hace la gente en las despedidas de soltero— contestó Mikel, sonriendo—. Emborracharse e ir de putas.*

*Oscar se levantó del sofá y se acercó a nosotros, subiéndose la bragueta de los vaqueros. Nos sonrió con aire de superioridad y cogió la botella de whisky que Mikel le tendía para dar un largo trago.*

*— ¿Qué? ¿Quién va a ser el siguiente?— preguntó, hinchando el pecho—. ¿O es que os da miedo que no se os levante?*

*Miré de nuevo al sofá. La chica se había sentado con la espalda apoyada contra el respaldo y las piernas recogidas, como si intentara protegerse o pasar desapercibida. Me recordó a un animalillo asustado y acorralado. Levantó la vista un momento y sus ojos se cruzaron con los míos. Me pareció que me suplicaba que la sacase de allí con la mirada.*

*— Yo ya he participado así que creo que deberían pasar primero los demás antes de dar otra vuelta— contestó Mikel mientras encendía un cigarrillo —. ¿No te animas, Luis?*

*— No pienso participar en esta salvajada— dije, levantándome—. ¿Es que no la habéis mirado bien? Es sólo una cría.*

*— Joder, Luis— Mikel empujó hacia mí la botella de tequila que yo había dejado sobre la mesa sin probar—. Ya empezamos con tu manía de ir por la vida de caballero andante. No se puede ser tan estirado. Toma unas copas y verás como se te pasan los prejuicios. Mientras se la puede ir tirando Esteban.*

*— No quiero beber nada— miré a Esteban buscando su apoyo. Mantenía la cabeza baja y echaba furtivas miradas a la chica del sofá. No supe si no quería hacerlo o si trataba de encontrar valor—. Y no voy a seguir aquí un segundo más. Me marcho y me llevo a la chica.*

*— Una mierda te la vas a llevar— dijo Oscar, interponiéndose en mi camino—. ¿A qué viene esto? Es una puta y la hemos pagado.*

*— Sí. Y mucho, además— Mikel se levantó también y se colocó al lado de Oscar.*

*Les observé, sin saber qué hacer. No quería enfrentarme con ellos pero me daba miedo dejar a la chica allí. Ya estaban muy borrachos y aquello iría a peor. La miré de nuevo. Sus ojos, enormes y brillantes, estaban fijos en mí y seguían suplicándome.*

*— Está bien— contesté, sacando la cartera del bolsillo—. Decidme cuánto os ha costado y lo pagaré. Si no hay suficiente, os daré el resto mañana.*

*— No es eso, Luis— dijo Mikel, mirando el dinero con desprecio—. Si te la llevas, nos jodes la fiesta.*

*— Esto no es una fiesta. Es una mierda— intervino Jon, levantándose para colocarse a mi lado—. Se supone que es mi despedida y por lo tanto yo decido. Creo que deberíamos dejar que Luis se la llevara.*

*Avancé hasta el sofá, pasando al lado de Oscar con la mirada baja, para que no se tomase aquello como un desafío. No había dado más que un par de pasos cuando él volvió a interponerse en mi camino y estampó su mano abierta contra mi pecho, haciéndome retroceder. Levanté la vista y me encontré con su sonrisa. Intentaba parecer confiado y tranquilo pero en sus ojos brillaba la rabia.*

*— No vas a llevarte a la chica.*

*No sé qué me pasó. Ni en mil años habría esperado una reacción así por mi parte y menos hacia Oscar. Levanté el puño y le golpeé con todas mis fuerzas en la mandíbula. Un estallido de dolor se expandió por mis dedos y subió por todo el brazo. Oscar ni siquiera retrocedió, juraría que incluso*

*su sonrisa se hizo más amplia, como si llevase años soñando con ese momento. Estrelló su puño contra mi estomago, dejándome sin respiración. Me doblé por la cintura, intentando calmar el dolor y caí al suelo. Una patada en el costado me hizo encogerme aún más, intentando evitar los siguientes golpes. Pero no hubo más. Miré hacia arriba y vi que Esteban y Jon le cerraban el paso a Oscar. Éste seguía sonriéndome, burlándose de mi torpe intento de vencerle. Mikel se acercó a mí y me tendió la mano para ayudarme a levantarme del suelo. Yo le ignoré y, haciendo un gran esfuerzo, logré ponerme de pie por mí mismo. Me sentía un poco mareado pero aún así conseguí andar y dirigirme hacia las escaleras.*

*— Luis, joder— me gritó Mikel—. No te vayas. Sigamos con la fiesta.*

*Tenía ganas de decirle que estaba harto de sus chorradas, de tener que hacer siempre lo que él quería, como si sólo fuésemos títeres a los que manejar, pero preferí no decir nada. Ya había recibido bastantes golpes por esa noche. Bajé las escaleras y salí a la calle. El aire fresco me espabiló un poco. Caminé despacio, aún doblado, intentando recuperar la respiración normal. Unos minutos después, me interné entre los árboles y me senté. Estaba furioso y avergonzado pero otra sensación más dolorosa hacía que eso no tuviese importancia. Seguía viendo los ojos claros de esa chica, como si los tuviese grabados a fuego en mi memoria. La había dejado sola con ellos y, si Oscar había sido capaz de comportarse así conmigo, siendo su amigo, no quería imaginar lo que podría hacerle a ella. Sentía que debía volver a intentar sacarla de allí, pero no se me ocurría cómo hacerlo. Me quedé sentado entre los árboles, inmóvil, paralizado. Y entonces los oí.*

*Habían salido a buscarme. Continué escondido, intentando distinguir sus voces. Esteban me llamaba desde la carretera. La voz de Jon me llegó desde mi espalda. Debía estar buscándome entre los árboles, pero se había internado demasiado en el bosque como para encontrarme. Un minuto después, escuché también la voz de Mikel. Parecía que se habían separado para encontrarme. ¿Habría salido también Oscar en mi busca o se había quedado a solas con la chica? Aunque estuviese buscándome con los demás, seguramente no me llamaría después de lo que había pasado entre nosotros. La idea de que fuese Oscar quien me encontrase a solas, me produjo un escalofrío. No quería volver a enfrentarme con él.*

*Sus voces seguían llamándome con insistencia, a veces muy lejos, a veces muy cerca. Continué sentado allí, sin saber si debía salir. Todavía me sentía furioso y no quería que acabase pasando algo que estropease más la situación. Unos minutos después, escuché un crujido de ramas secas*

*rompiéndose a mi espalda y el sonido de alguien apartando la maleza para pasar. La figura de Jon apareció entre los árboles y se sentó a mi lado. Permaneció en silencio mientras se encendía un cigarrillo.*

*— Deberías volver. Está refrescando— dijo como si no hubiese sucedido nada.*

*— No quiero volver. No quiero tener nada que ver con lo que están haciendo ahí dentro— contesté, con la mirada perdida entre los árboles.*

*— Les he convencido para que la dejen marchar— Jon me apoyó la mano en el hombro, tratando de consolarme—. Después de todo, es mi fiesta. Prefiero tener en ella a mi mejor amigo antes que a una chica a la que no conozco de nada.*

*— ¿Oscar y Mikel están de acuerdo?— pregunté, sonriéndole incrédulo.*

*— Claro, no pasa nada. En cuanto se han calmado, se han dado cuenta de que se estaban comportando como unos imbéciles. Estoy seguro de que, en unos minutos, tendrás a Oscar suplicándote que le perdones— me dijo, dándome un suave empujón en el hombro mientras me guiñaba un ojo—.. Y con la borrachera que lleva, no me extrañaría nada que acabase llorando y diciéndote que te quiere y que eres su mejor amigo.*

*Me levanté con cuidado. Aún me dolía el estomago y el costado me lanzaba pinchazos cada vez que hacía un movimiento. Esperaba no tener nada roto. Jon se puso a mi lado y me agarró por la cintura para ayudarme a caminar. Yo me apoyé en él y salimos despacio del bosque.*

*— ¿Te duele mucho?— me preguntó, preocupado.*

*— No creo que sea nada grave, sólo el golpe. Mañana estaré bien.*

*— Unos cuantos tequilas harán que se te pase, ya verás.*

*Esteban se acercaba por la carretera. Cuando se convenció de que éramos nosotros, gritó llamando a Mikel y Oscar. Se acercó, sonriendo. Me pareció que evitaba mi mirada, quizá estaba arrepentido por no haberme apoyado.*

*— ¿La chica sigue allí?— le pregunté a Jon.*

*— No creo. Le dijimos que podía irse y la dejamos sola para que acabara de vestirse.*

*Asentí mostrando mi aprobación aunque, en el fondo, me habría gustado*

*verla marchar. Quizá Mikel tenía razón en cuanto a mi complejo de caballero andante. Me habría gustado que me sonriera y ver su mirada agradecida por lo que había hecho por ella. Oscar y Mikel salieron del bosque unos metros más adelante y nos esperaron. Mikel se colocó a mi lado y me dio una palmada en la espalda, que provocó un nuevo lanzazo en mis costillas. Ahogué el gemido de dolor e intenté sonreírle.*

*— Bueno, ahora nos tomamos unas copas todos juntos y aquí no ha pasado nada, ¿verdad?— preguntó Mikel, con voz despreocupada.*

*Yo asentí y seguí caminando en silencio. Oscar nos seguía, un par de metros por detrás, como si estuviese avergonzado de lo que había hecho y no se atreviese a mirarme a la cara. Unos minutos después llegamos al almacén. Por las ventanas no salía nada de luz.*

*— Joder, la tía esa ha apagado todas las velas al marcharse— protestó Mikel.*

*— Yo llevo una linterna— dijo Oscar, acelerando el paso para ir el primero alumbrándonos el camino.*

*Le seguimos al piso de arriba, muy juntos para poder ver algo. Cuando Oscar se paró en el último escalón, Jon y yo tropezamos con él y estuvimos a punto de salir rebotados escaleras abajo.*

*— ¿Se puede saber por qué paras ahora?— preguntó Jon, enfadado— Casi nos matamos.*

*Oscar no contestó. Se limitó a quedarse petrificado en lo alto de la escalera. Su mirada aterrada seguía el haz de luz de su linterna, dirigida al sofá de la esquina. Miré durante unos segundos su cara pálida y desencajada, preguntándome que le pasaba. Por fin, seguí la luz para mirar qué le tenía tan fascinado. La chica seguía allí, sobre el sofá. Sus ojos enormes estaban muy abiertos, fijos en el techo sin mirar nada. Alrededor de su cuello distinguí lo que parecía un pedazo de cuerda. Empujé a Oscar a un lado y corrí hacia ella. Busqué su pulso e intenté captar su respiración. No había nada. Estaba muerta.*

## CAPÍTULO VEINTIOCHO.

Laura apartó la vista del diario, reflexionando sobre lo que había leído hasta el momento. Aquellas páginas eran la prueba de que Luis era inocente. Él no había podido ser el culpable del asesinato de Carmen, ni siquiera estaba presente cuando ella murió. De hecho, fue el primero en abandonar el almacén, dejándola viva con los demás. Y si Luis no había tenido nada que ver con esa muerte, la hipótesis de que había matado a sus amigos para ocultarlo caía por sí sola. Pero, si eso era así y Oscar lo sabía, no cuadraba que éste hubiese pensado que Luis podía ser el culpable. ¿Era posible que Oscar hubiese montado toda la escena del funeral para despistar la atención de la policía cuando él era el verdadero asesino? No le parecía probable. Oscar podría haber estado confundido, incluso enloquecido, pero el dolor y la ira que había percibido en sus ojos le habían parecido muy verdaderos.

No serviría de nada seguir haciendo suposiciones teniendo en sus manos el resto de la historia. A pesar del cansancio acumulado por las emociones del día, seguiría leyendo hasta que lo acabase. Tenía que terminar aquellas páginas, ver si podían ayudar a defender la inocencia de Luis, en la que ella creía ciegamente. Y también podría ser que en algún lugar del diario apareciese el nombre del culpable o alguna pista para comprender la relación entre ese crimen cometido tantos años atrás con los asesinatos de las últimas semanas.

*Durante unos segundos nos quedamos paralizados, sumidos en un silencio total. Parecía que el tiempo se hubiese congelado, que no hubiese nada que decir o que hacer. Y, desde luego, nada podía hacerse ya para devolver el brillo a los ojos de la chica. La contemplé extasiado, incapaz de creerme lo que estaba viendo. La mirada fija, los miembros inertes, el pedazo de cuerda que apretaba su cuello... Todo me parecían extraños detalles de un sueño, como si brillasen de manera irreal a la luz de la linterna.*

*— No estará muerta, ¿verdad?— la temblorosa voz de Esteban me devolvió a la realidad—. No puede estar muerta.*

*— Sí que lo está— contesté yo en un susurro—. Esto no puede estar sucediendo.*

*Volvimos a quedar en silencio. Me mantuve agachado al lado del sofá, con su muñeca agarrada entre mis dedos, como si estuviera esperando que su pulso se recobrase. Detrás de mí, escuché los sonidos que hacían los demás al moverse incómodos. No sabía cómo reaccionar, cómo iba a mirarles a la cara después de aquello. Uno de ellos, o quizá todos, la habían asesinado. ¿Cómo podía enfrentarme a eso?*

*Me levanté despacio y me giré, intentando descubrir por sus miradas quién había sido el culpable, pero sus expresiones sólo reflejaban horror y desconcierto. Carraspeé, buscando el valor para hacer la temida pregunta.*

*— ¿Quién de vosotros ha sido?— dije, intentando que mi voz sonara firme.*

*— Cuando nosotros la dejamos, estaba viva— contestó Mikel, señalando el cuerpo—. No tengo ni idea de que ha podido pasar.*

*— Pues puedo asegurarte que no se ha muerto de manera natural— dije, agarrando uno de los extremos de la cuerda—. Y que es imposible que alguien se ahorque a sí mismo de esta manera. Así que uno de vosotros ha tenido que hacerlo.*

*— ¿Por qué uno de nosotros?— intervino Oscar, furioso—. Salimos de aquí todos juntos a buscarte y, como ha dicho Mikel, estaba viva y preparándose para marcharse, tal y como tú querías.*

*Los demás asintieron y se acercaron más los unos a los otros, intentando formar un bloque unido en mi contra. Miré sus expresiones. Ya no sabía qué pensar de Mikel, y mucho menos de Oscar, pero confiaba en Esteban y Jon y, si ellos afirmaban que aquello era cierto, debía creerlo.*

*— Está bien— cedí, mientras me dirigía a la mesa para sentarme—. Entonces, ¿cómo ha muerto? La única explicación que se me ocurre es que uno de vosotros volvió aquí mientras los demás me buscaban y la mató. Pero, ¿quién?*

*Les lancé una mirada acusadora y fui observando el rostro de cada uno de ellos durante unos segundos. Ellos también se observaban entre sí, intentando descubrir cuál de sus compañeros era el asesino.*

*— ¿Y por qué ha tenido que ser uno de nosotros?— preguntó Oscar. Su tono era agresivo, acusador. No me gustó nada la sonrisa cruel que dibujaron sus labios—. ¿Por qué no tú? No te hemos visto durante más de media hora. Puede que hayas vuelto cuando hemos ido a buscarte para estar con la chica tú sólo...*

*— Eso es una estupidez— grite enfadado, dando un puñetazo encima de la mesa—. Yo nunca habría sido capaz de hacer algo así.*

*— ¿Y crees que nosotros sí?— la voz de Esteban me sorprendió. Había dado un paso al frente y me miraba desafiante, con los brazos cruzados delante del pecho—. Tienes que reconocer que eres tan sospechoso como cualquiera de nosotros.*

*— Pero yo no he sido— protesté, dolido por la deslealtad de Esteban.*

*— Lo mismo decimos todos los demás— intervino Mikel—. Lo importante ahora no es lo que ha pasado sino lo que va a pasar. Tenemos que decidir qué vamos a hacer con ella.*

*— ¿Cómo que qué vamos a hacer con ella?— pregunté, confundido—. Tenemos que avisar a la policía.*

*— No vamos a hacer eso— contestó Mikel—. No nos creerían. Pensarán que estábamos muy borrachos y que se nos fue la mano y que estamos tapándonos los unos a los otros. Y, aunque nos creyesen, todo el pueblo se enteraría de esto.*

*— No puedo creer lo que estoy oyendo— oculté la cabeza entre las manos, intentando encontrar una lógica a aquella situación. Debía haberme quedado dormido en el bosque, no había otra explicación. Tenía que ser una pesadilla—. Por Dios, Mikel... Esta chica está muerta. No va a desaparecer por sí sola. ¿Qué quieres que hagamos con ella?*

*— Nos desharemos del cuerpo— contestó con voz suave, como si estuviese hablando con un niño que tuviese una rabieta. Me sorprendió su tranquilidad, su autocontrol en la peor situación que habíamos vivido nunca. Me planteé que quizá él fuera el asesino—. Es muy sencillo. Jon meterá el coche dentro del almacén, cargaremos el cuerpo en el maletero y lo llevaremos al interior del bosque. Lo enterraremos y asunto acabado.*

*— ¿Así de fácil?— grité, apretando los puños—. Es una persona. Tendrá familia, amigos... ¿Te parece normal deshacerse de su cuerpo y olvidarlo todo?*

*Mikel asintió y me miró a los ojos. No pude encontrar en ellos el menor rastro de culpabilidad o pena por la chica que yacía como una muñeca rota sobre el sofá. Para él ni siquiera había tenido la categoría de ser humano mientras estaba viva, sólo había sido un pedazo de carne. ¿Cómo iba a esperar mayor comprensión hacia ella ahora? Paseé mi mirada por los demás, buscando apoyo. Oscar ni siquiera me había mirado en todo*

*aquel rato. Contemplaba a Mikel y asentía a cada una de sus palabras con la devoción ciega con la que escucharía a un oráculo. Esteban seguía muy nervioso. Se frotaba las manos y, de vez en cuando, de su garganta brotaba un hipido, como si estuviese tratando de contener un sollozo. Cuando le miré, agachó los ojos. Jon era mi única esperanza, tenía que hacerles ver que lo que proponía Mikel era una autentica locura. Jon me mantuvo la mirada pero negó con la cabeza.*

*— Tengo que pensar en Yoli y en el niño. Lo siento, Luis.*

*Salió del cuarto en busca del coche. Los demás quedamos en silencio. Me sentía incomprendido, tremendamente solo. No quería participar en aquello pero, ¿cómo negarme? Si los cuatro se aliaban contra mí, podrían mentirle a la policía y hacer que cargase con una culpa que no era mía. Y, además, tenía que tener en cuenta que al menos uno de ellos ya había matado una vez a una pobre niña indefensa que no podía significar ningún problema en su vida. ¿Qué podría hacer conmigo una persona así si me interponía en su camino?*

*Todos volvimos la mirada hacia el piso de abajo cuando escuchamos el coche entrando en el almacén. El motor siguió ronroneando abajo, como el rugido grave de un animal al acecho, mientras Jon volvía a subir las escaleras a la carrera.*

*— Ya está. Bajadla rápido— dijo, asomando la cabeza por el hueco antes de volver a desaparecer.*

*Yo seguía paralizado en medio de la habitación sin saber qué decir, cómo parar todo aquello. Mikel y Oscar corrieron hacia ella y envolvieron su cuerpo en la manta vieja que cubría el sofá mientras Esteban continuaba mirándoles sin hacer nada.*

*— Moveos ya— nos gritó Oscar al pasar a nuestro lado con el macabro bulto del que asomaba un brazo pálido que oscilaba a cada paso que daban—. ¿Vais a quedaros ahí parados? Hay que buscar unas palas abajo.*

*Esteban se movió y salió detrás de ellos sin decir una palabra. Yo me quede en la oscuridad observando el hueco que hacía un momento ocupaba el cuerpo de la chica, recordando el brillo húmedo de sus ojos. Sólo tenía ganas de llorar... Me moví cuando escuche el ruido del maletero al cerrarse. Al bajar las escaleras, encontré a Mikel y Esteban rebuscando en un armario de herramientas. A la brillante luz de los focos del coche, ellos dos también me parecieron seres muertos, zombis de pesadilla que habían venido a ocupar el lugar de mis amigos de toda la vida.*

*— Ven, Luis— me llamó Jon, sacando la cabeza por la ventanilla—. Siéntate a mi lado.*

*Caminé hacia allí como un autómata, echando una mirada al asiento trasero, en el que Oscar estaba ya sentado, tan tranquilo como si fuésemos a dar un paseo por el campo. Me senté al lado de Jon sin decir una palabra. Comprendía las razones para que se comportase de esa manera aun sabiendo que no era lo correcto, pero no podía dejar de odiarle por no ponerse de mi parte. Si él me hubiese apoyado, habríamos tenido una oportunidad de detener a los demás. Pero me había dejado solo...*

*Escuché los pasos rápidos de Mikel y Esteban acercándose al coche. Abrieron de nuevo el maletero y arrojaron dentro las herramientas que habían encontrado. El cuerpo de la chica amortiguó el ruido del metal. Me dolió como si me hubiesen golpeado a mí, haciendo que mi cuerpo se encogiera por la impresión. Entraron en el coche y Jon arrancó. Salimos del pueblo en completo silencio, observando los lados del camino, los árboles que parecían ocultar mil sombras. Sentía ganas de gritar, de expresarles el asco que me daba lo que estábamos haciendo. Pero no me atreví y esa cobardía hizo que también sintiese asco de mí mismo. ¿Cómo iba a poder mirarme en el espejo el resto de los días de mi vida con el recuerdo de esa chica presente en mi memoria?*

*Jon metió el coche por un estrecho sendero del bosque. Las ramas rozaban el techo de metal, produciendo el desagradable sonido de garras que intentasen atraparnos. La distancia entre los árboles era cada vez más pequeña y el camino estaba lleno de piedras y ramas sueltas. Jon conducía muy despacio, tratando de internarse en el bosque unos metros más.*

*— No podemos seguir con el coche— dijo al fin, girándose hacia los otros —. O la enterramos aquí o lleváis el cuerpo a cuestas por el bosque.*

*En su voz capté la misma ira que yo sentía, aunque seguramente los demás no supieron percibirla. Miraron por la ventanilla. Un débil sirimiri había empezado a caer y el bosque aparecía difuminado y tétrico a través de la tenue cortina de agua.*

*— Este sitio es tan bueno como cualquier otro— dijo Mikel, abriendo su puerta—. Lo haremos aquí mismo.*

*Salimos del coche y nos quedamos mirándonos los unos a los otros, sin saber qué hacer. Mikel dio unos pasos, observando el terreno. Al fin, paró cerca de un roble y señaló el suelo.*

*— Aquí la tierra parece blanda y no hay rocas. Sacad las dos palas. Hay*

*que acabar lo antes posible— su voz era tan neutra que desee pegarle, destrozarle con mis propias manos, lo que fuese para despertar en él alguna emoción—. Jon, intenta girar un poco el coche para que las luces alumbren hacia aquí.*

*Todos se pusieron en movimiento. Yo observaba lo que hacían incapaz de unirme a ellos, sintiéndome tan fuera de esa situación como si me encontrase a varias galaxias de distancia. Pero no me dijeron nada. Me pareció que no esperaban que colaborase, que les era suficiente con que acabase tan metido en aquella mierda como ellos, quizá pensando que mi implicación entrañaría mi silencio. Una vez que el lugar quedó iluminado por los focos, Mikel y Oscar sacaron las palas del maletero y empezaron a cavar. Me limité a caminar sin rumbo, rodeando el agujero que se iba haciendo más y más grande, mientras la fina lluvia iba empapándome, haciendo que temblase, no sé si de frío, de ira, de vergüenza...*

*— Yo creo que ya basta— dijo Oscar, con voz enfadada—. Estoy harto de cavar.*

*— Pero si no tiene ni medio metro de profundidad— contestó Mikel—. ¿Quieres que la encuentren en dos días?*

*— Pues a mí me duele todo— Oscar saltó fuera del hoyo de un salto y me tendió la pala—. Cava tú un rato.*

*Yo me quedé mirándole, sin poder creer lo que me estaba pidiendo. ¿Es que no había dejado lo bastante claro lo que opinaba de todo aquello? Mikel salió también del agujero y se acercó a mí.*

*— Sí, eso es— dijo mirándome a los ojos, retándome a que le contestara—. Que caven Luis y Esteban un rato. O estás con nosotros o contra nosotros.*

*Me avergüenzo de decirlo pero me asustaron. Las ropas manchadas de tierra rojiza, el brillo de sus ojos a la luz amarillenta de los faros, sus sonrisas desafiantes... Todo en ellos era tan ajeno a las personas a las que conocía que no supe adivinar cómo reaccionarían si me negaba. Cogí la pala que Oscar me tendía y seguí a Esteban, que ya bajaba al agujero. Empecé a cavar sintiéndome más cobarde y miserable que nunca antes en mi vida. A mi lado escuchaba los sollozos continuos de Esteban. Sentí deseos de golpearle con la pala. Si tanta pena le daba, si tan culpable se sentía por lo que estaba haciendo, ¿por qué no se rebelaba? ¿Por qué era tan cobarde como para dejarme solo?*

*La tierra húmeda me manchó las manos y su brillo rojizo me hizo pensar que, con lo que estaba haciendo, mis manos acabarían tan cubiertas de*

*sangre como las de todos los demás, sería tan culpable como el asesino. Una chica no volvería a casa, ni esa noche ni nunca, y habría gente que seguiría esperando su regreso durante años. Y yo sabría la respuesta a sus preguntas y estaría condenado a callarla. Para siempre...*

*Un rato después, Oscar y Jon nos relevaron con las palas. El agujero era ya muy profundo, se abría como un pozo oscuro que amenazaba con tragarme. Pensé que una parte de mí se quedaría en aquella tumba en medio del bosque, que a partir de aquella noche el Luis que yo conocía también se habría muerto. Cuando Mikel considero que el agujero era bastante profundo, se dirigió con Esteban al maletero del coche y sacaron el cuerpo entre los dos. No me ofrecí a ayudarles y Mikel fue lo bastante inteligente para no pedírmelo. Mis nervios estaban fuera de control y se me debía notar en la cara. Si hubiese tenido que tocar su piel fría, no habría podido soportarlo.*

*Jon salió del hoyo con las palas. Los otros dos se acercaron al borde de la tumba y, después de desenvolver el cuerpo, empezaron a bajarlo ayudados por Oscar desde abajo. La miré por última vez. Ni siquiera habían tenido la consideración de cerrarle los ojos. Me habría gustado hacerlo, un único acto de valor por ella, una manera de pedirle perdón por no haber podido ayudarla. Pero no me atreví a tocarla.*

*— Esperad, esperad— gritó Esteban, sobresaltándonos a todos—. No la bajéis más. Se me ha enganchado el reloj con algo.*

*Mantuvo el brazo extendido mientras Oscar apartaba el pelo del cuello de la chica para ver cuál era el problema. El reloj se había enganchado con una cadena. Oscar tiró para liberar el reloj, quedándose con el collar colgando de su mano, como si exhibiese una pieza de caza. Al final de la cadena, una piedra brilló por un momento como si tuviera vida propia.*

*— Es sólo una baratija— dijo, arrojándola al fondo del agujero—. Venga, sigamos que quiero salir de aquí.*

*Terminaron de bajarla y Oscar salió de la tumba y empezó a arrojar tierra encima. En ese momento no pude controlarme más y rompí a llorar, como si hasta aquel momento hubiese conservado la esperanza de que no estuviese muerta. Pero cada palada de tierra sobre su cuerpo hacía que esas esperanzas se desvaneciesen. Estaba muerta y yo no había podido hacer nada para evitar que la matasen, ni para impedir que tratasen así su cuerpo... Jon se acercó a mí y se sentó a mi lado. Intentó pasarme un brazo sobre los hombros para consolarme pero yo me revolví y me aparté de él. Ya era tarde para ofrecerme su apoyo.*

*Unos minutos después el agujero volvía a estar cubierto de tierra. Entre todos recogieron agujas de pino y unas rocas, intentando disimular que el terreno había sido removido. Cuando acabaron, todos se reunieron y Mikel me llamó con un gesto. Me giré para limpiarme las lágrimas de la cara antes de acercarme. No tenía ganas de estar con ellos pero quería que esa noche acabase cuanto antes, así que completé el círculo que formaban.*

*— Ya está hecho— dijo Mikel, con voz solemne—. Si la policía descubre que hemos ocultado el cuerpo, no tendremos ni la más mínima posibilidad de que crean que no hemos sido nosotros. Por eso tenemos que jurar todos que no vamos a decir una palabra de esto. A nadie. Nunca.*

*La voz de Oscar pronunció inmediatamente un rotundo "lo juro". Esteban tardó unos segundos y su voz fue más débil, pero también dio su palabra. Jon intentó buscar mi mirada, no sé si pidiéndome perdón o permiso pero yo intenté que mis ojos sólo expresaran rechazo. Al fin pronunció el juramento, con voz clara y segura. Todas las caras se volvieron hacia mí, esperando mi respuesta.*

*— No voy a jurar eso— susurré, intentando controlar mi furia—. Entre nosotros hay un asesino, una persona inocente ha muerto y, en vez de comportaros como personas normales, me habéis arrastrado al medio del bosque para cometer esta salvajada. Desde el principio he dejado muy claro que no estaba de acuerdo.*

*— Tienes que jurarlo, Luis— me dijo Mikel. Su tono sugería más una amenaza que un consejo.*

*— ¡No! Esto es ridículo... ¿De verdad creéis que no van a descubrirlo? Ha muerto una chica, habrá una investigación... — mi voz se convirtió en un grito de suplica pero no encontré comprensión en sus rostros—. Sólo uno de nosotros es culpable. Si se lo contamos todo a la policía ahora, descubrirán quién ha sido. Los demás no tenemos por qué cargar con esto el resto de nuestras vidas...*

*— Ese culpable del que hablas es uno de tus amigos— me interrumpió Mikel—. ¿No serías capaz de guardar este secreto por fidelidad a él?*

*— No. Ha matado a una persona, a una pobre cría...*

*— Sólo era una puta, Luis... Y nosotros somos tus amigos— insistió él—. Debes jurar.*

*Un brillo plateado surgió de la mano de Oscar y se colocó a escasos centímetros de mis ojos en cuestión de un segundo. No podía creer lo que*

*estaba viendo. ¿Hasta dónde iba a degenerar la pesadilla? Sabía que Oscar llevaba navaja, pero habría apostado cualquier cosa a que nunca utilizaría un arma contra un amigo. Hasta esa noche, en la que todo se había vuelto del revés.*

*— Vas a jurar, Luis... Te aseguro que vas a jurar— la luz de los faros reflejándose en la navaja la hacía parecer muy afilada, mortalmente peligrosa. La apartó de mí y fue señalándolos a todos—. Todos vamos a jurar, pero no sólo que vamos a guardar el secreto para siempre, sino también que haremos todo lo posible por llevar a la tumba a quien no lo haga. Y yo seré el primero en prometerlo. Si algún día yo, o alguno de nosotros, está en peligro de que le descubran porque alguien se ha ido de la lengua, buscaré a ese traidor y le haré pagar. Con su vida.*

*Volvió a señalarles con la navaja, indicándoles el turno en el que cada uno de ellos debía jurar en voz alta. Cuando los demás lo hubieron hecho, volvió a colocarse frente a mí y me puso la navaja en el cuello. Sentí el filo a punto de rasgarme la piel y contuve la respiración todo lo que pude. En aquel momento tuve la convicción de que había sido él y que estaba loco. El brillo animal de sus ojos me lo confirmó. Estaba furioso y asustado, me mataría sin dudarlo si me negaba a seguirle el juego. Sentí una gota de sudor frío bajando por mi espalda. Intenté tragar saliva para hablar, temiendo que el solo movimiento de mi garganta al pronunciar una palabra hiciese que el filo cortase mi piel.*

*— Lo juro— separó un poco la navaja de mi cuello, para permitirme hablar con más libertad—. Tienes mi palabra de que nunca diré nada.*

*Se separó de mí con una sonrisa de triunfo y se acercó a Mikel para palmearle la espalda. Parecía que hubiesen ganado un trofeo de fútbol. Recogieron las palas y las guardaron en el maletero. Jon se sentó al volante y los demás le siguieron. Les miré entrar en el coche. No me daba pena que se fuesen. En ese momento tome la determinación de no volver a verles en toda la vida. No quería tener nada que ver con aquellas personas. Pero tenía que hacer un gran esfuerzo por no soltar las lágrimas que invadían mis ojos cada vez que pensaba en mis amigos perdidos. Ya no existían, habían muerto todos aquella noche. Y, como la madre de esa chica desconocida, yo tampoco tenía una tumba a la que ir a llorarles.*

*— Entra en el coche, Luis— me dijo Jon.*

*— No, no quiero volver a veros nunca más— la voz se me quebró. Me sentí como un chiquillo—. Me voy del pueblo. Para siempre.*

*Empecé a andar por el sendero para salir de aquel lugar maldito. Jon arrancó unos segundos después y, cuando el camino se ensanchó, se puso a mi lado. Yo mantuve la vista fija en el sendero, sin mirar hacia el coche ni una sola vez. Sabía que Jon podría convencerme para que no me marchase pero no quería darle esa oportunidad. Unos minutos después, el coche aceleró y me rebasó. Levanté la mirada y lo vi alejarse. Creo que fue sólo mi imaginación pero, por un momento, me pareció distinguir el brillo de una navaja a través del cristal posterior, como un último recordatorio de mi promesa.*

*El resto del camino hasta casa está muy borroso en mi memoria. Sé que lloré mucho por mis amigos, por los días pasados con ellos que nunca volverían, por mí mismo... Y sobre todo por aquella pobre chica de la que ni siquiera conocía el nombre. Llegué a casa muy tarde. Había parado de llover y tras las montañas empezaba a clarear. Entré en casa intentando no hacer ruido para no despertar a mi tío. No me veía con fuerzas para dar explicaciones. Me quité la ropa y la tiré a la basura. Después pasé mucho tiempo lavándome, intentando que desapareciesen los restos de tierra roja. Cuando me di cuenta de que la pena no desaparecería por mucho que frotase, volví a vestirme y preparé el equipaje.*

*Cuando mi tío se despierte le diré que prefiero pasar el resto del verano en Bilbao y me marcharé para no volver nunca. Si insiste mucho, le diré que me voy por una chica. No dista mucho de ser la verdad.*

*Llevo un par de horas escribiendo esto y al menos he conseguido que las lágrimas paren. No voy a destruirlo. Quizá algún día necesite volver a leerlo, estudiarlo para saber hasta qué punto pude haber hecho más. Dentro de unos meses, o de unos años, podré analizarlo más fríamente y quizá me sirva para sentirme algo menos culpable. O para aceptar del todo mi parte de culpa y responsabilidad y reunir el valor necesario para denunciarlo.*

*Ya no sé qué pensar. Lo más fácil sería creer que lo hizo Oscar, tal y como se ha comportado esta noche. Pero, ¿y si lo hizo Mikel y Oscar sólo trataba de protegerle? También pudiera ser que las lágrimas de Esteban fuesen de culpabilidad y no de pena. O que Jon se excusase detrás de su sentido de la responsabilidad cuando en realidad trataba de esconder que había sido capaz de cometer un horrible crimen en un momento de su vida en el que no sabía muy bien quién era ni lo que estaba haciendo... Las hipótesis llevan horas dando vueltas en mi cabeza y ya no sé qué pensar. Voy a volverme loco. Quizá la locura sería un buen consuelo.*

*Ya es de día. El mundo parece renovado por la lluvia de anoche. Termino*

*este diario. Lo esconderé donde mi tío no pueda encontrarlo. Quizá en el agujero de la buhardilla donde guardaba los cigarrillos cuando tenía trece años. He vivido tantas cosas aquí, tantas cosas han terminado esta noche... Saldré una última vez, mientras el pueblo sigue durmiendo, y daré un último paseo por sus calles, por sus bosques, por el puente bajo el que nos pillamos nuestra primera borrachera, por la charca en la que pescábamos...*

# CAPÍTULO VEINTINUEVE.

Laura dio dos golpecitos a la puerta de la habitación y entró. Ander giró la cabeza y la saludó sonriendo desde la cama. Ella le devolvió la sonrisa, contenta de ver que la palidez de la tarde anterior había desaparecido de su piel. Ander tenía buen aspecto, a pesar del enorme vendaje que le cubría el hombro izquierdo.

— ¿Qué tal te encuentras?— dijo, sentándose a su lado y poniéndole encima de las piernas la caja de bombones que le había llevado.

— Bien, por suerte no ha sido nada— contestó él, abriendo la caja—. Muchas gracias, me encanta el chocolate.

— Es lo menos que podía hacer después de haber conseguido que casi te maten por mi culpa.

— ¿Cómo que por tu culpa?— protestó él—. Tú no tuviste nada que ver.

— Yo atraje la atención de Oscar hacia nosotros y la bala que te alcanzó estaba destinada a mí— dijo ella, sintiendo que su conciencia se descargaba al soltar los pensamientos que le habían atormentado durante toda la noche.

— En ese caso, la culpa sigue sin ser tuya, sino de la mala puntería de Oscar, ¿no crees?

Laura le observó mientras él rebuscaba en la caja de bombones. Le parecía un milagro que estuviese bien. Se planteó qué habría pasado con su vida si él hubiese muerto. Le parecía que, casi sin que ella se hubiese dado cuenta, aquel chico se había ido convirtiendo en alguien imprescindible. Sintió ganas de abrazarle, de decirle que le quería, pero supo controlarse. No era momento de hacer declaraciones apasionadas que podían deberse sólo a la tensión de los últimos días y de las que luego los dos podrían arrepentirse. Era preferible esperar a que la situación se calmase un poco para intentar que las cosas entre los dos funcionasen. Al menos, ahora estaba segura de que era eso lo que deseaba.

— ¡Cómo me alegro de que esta pesadilla haya acabado!— comentó él de repente—. Nunca habría imaginado que el culpable fuese Luis. Me han dicho que es muy probable que muera.

— Está muy grave. Los médicos no saben decir si sobrevivirá— contestó Laura.

— Espero que muera— dijo él, mirándola de frente muy serio—. Que pague por todo lo que ha hecho.

— Comprendo que estés furioso con él por lo de tu hermano pero la policía mantiene abierta la investigación— tomó aire durante un segundo para reunir el valor de seguir hablando—. Espero que no te enfades pero yo no creo que Luis sea el asesino. Ni de la chica, ni de todos los demás.

— ¿Y por qué dices eso?— preguntó Ander, confuso.

— Encontré un diario en mi casa. Lo escribió Luis cuando era un chaval y cuenta la noche en la que murió la chica. En el diario no dice quién la mató pero queda claro que no fue él.

Ander siguió mirándola, dándole a entender que no comprendía nada de lo que le estaba diciendo. Laura le contó todo lo que había descubierto en los últimos días: la identidad de la chica, la historia de sus últimos meses de vida y el relato de Luis sobre la noche de su muerte, el entierro y la promesa del grupo. Cuando acabó, Ander continuó en silencio unos segundos más, como si tratase de reordenar todos los datos en su mente.

— Bueno, tal y como yo lo veo ahora mismo tenemos tres posibilidades— dijo con el ceño aún fruncido por la concentración.

— ¿Y cuáles son?

— Primera: Luis es el culpable, una especie de psicópata sin conciencia. Asesinó a la chica y escribió todo eso para, en caso de ser detenido algún día, poder presentar el diario como prueba y echar la culpa a sus amigos. Cuando tú llegaste al pueblo y tuvo miedo de que alguno de ellos hablará, empezó a asesinarles.

— No creo que pueda ser así. Recuerda que en estos momentos su fantástico plan le ha conducido a la UCI.

— Sí, pero al menos es el único de los cinco que sigue vivo— la contradijo él—. Puede que no tuviera previsto que Oscar se comportase así o que pensara que no le heriría tan gravemente. Si sale de esta, seguro que tiene preparada una historia buenísima en la que el culpable es Oscar. Como ya no puede defenderse...

— Ya te digo que no me cuadra. Toda la historia del diario parece sincera

— insistió Laura, levantándose para andar alrededor de la cama mientras intentaba encontrar una respuesta a todas las preguntas que seguían agolpándose en su cabeza.

— Bien. Pasemos entonces a la segunda posibilidad: el asesino es uno de los otros cuatro. Se entera de que se ha encontrado el cuerpo de la chica y de que tu estás intentando reconstruir su rostro, piensa que la investigación se debe a que alguno de sus compañeros se ha ido de la lengua y decide eliminar a todos los testigos.

— Esa tendría más sentido— dijo Laura, asombrada de la capacidad de Ander de hilar tramas y concebir posibilidades—. El culpable tendría que estar muy perturbado para obrar de esa manera pero la tensión psicológica de haber guardado un secreto así durante tantos años tiene que haber sido insoportable.

— Continuemos por esta línea, entonces— prosiguió él—. Creo que podemos eliminar a Jon, Esteban y Mikel de la lista de sospechosos, ya que fueron asesinados. Sólo nos quedarían Luis y Oscar. Por las palabras y el comportamiento de Oscar en el cementerio, tendrás que estar de acuerdo conmigo en que sólo intentaba protegerse. Pensaba que era la última víctima, lo cual le descarta como asesino. Eso nos vuelve a llevar hasta Luis como único sospechoso.

— Ya sé que sólo cuento con sus palabras en un diario pero estoy totalmente segura de que él no ha sido— Laura volvió a sentarse en la cama y se frotó con fuerza las sienes, buscando algo tangible con lo que demostrar a Ander y a la policía que Luis era inocente—. No puedo justificarlo, es algo que simplemente sé, como un presentimiento, como un acto de fe...

— Está bien, pasemos ahora a la última posibilidad, que salvaría a tu amigo Luis. Ni él ni sus amigos fueron los culpables— ante la mirada de perplejidad de Laura, él se sentó un poco más rígido en la cama, haciendo un leve gesto de dolor al incorporarse, y siguió explicándose—. La chica fue asesinada mientras ellos estaban fuera, buscando a Luis. Se habrían pasado años escondiendo un crimen que ninguno de ellos cometió. Y eso nos lleva de nuevo a Zubeldia.

— Por Dios, Ander... Esto es ridículo— dijo ella, levantándose de nuevo para volver a pasear por la habitación—. ¿Pero es que a ti ese hombre te ha hecho algo personal?

— No. Pero a las hipótesis que estuvimos estudiando los últimos días tengo

algunos datos nuevos que añadir— contestó Ander, dando unos golpecitos en la cama para invitarla a volver a sentarse a su lado—. No pude comentártelos antes por todo lo que pasó con Mikel...

— Está bien, te escucho— Laura arregló un poco la almohada para que Ander estuviese más cómodo y volvió a sentarse.

— Estuve investigando en los archivos del ayuntamiento y, hará unos cincuenta años, en Erkiaga vivía una familia apellidada Zubeldia— Ander rió ante la cara de desconcierto de Laura—. Espera que esto es sólo el comienzo. Como en el fichero no pude encontrar ningún otro dato, fui a la biblioteca de Bilbao y busqué en sus archivos informatizados cualquier noticia de esa época que estuviese relacionada con Erkiaga o con esa familia.

— ¿Encontraste algo?— preguntó Laura, impaciente.

— Sí, claro que lo encontré— dijo él, asintiendo con la cabeza—. En 1962 hubo un desprendimiento en una de las minas. Varios hombres quedaron atrapados y, para cuando los encontraron, ya habían muerto asfixiados. El nombre de uno de ellos era Antonio Zubeldia. Hubo muchas protestas en el pueblo, los mineros estuvieron en huelga varios días porque según ellos el capataz de la mina no había hecho lo suficiente para sacarlos de allí con vida. ¿Adivinas el nombre de ese capataz?

— No tengo la menor idea— admitió Laura.

— Andrés Beraza— ante el gesto de incomprensión de Laura, continuó explicando—. El padre de Oscar. ¿No lo entiendes? Si Zubeldia echa al padre de Oscar la culpa por la muerte de su propio padre, ya tenemos el móvil para todo: la venganza. Pero ahí no acaba todo. La madre de Zubeldia continuó viviendo con él en el pueblo unos meses más, intentando mantenerse con los rendimientos que le daban sus tierras y un par de vacas.

— ¿Y cómo sabes tú eso?— preguntó ella, intrigada—. ¿También salía en los periódicos?

— No, tonta— contestó él, extendiendo el brazo sano para acariciarle el pelo en un gesto que a ella le pareció deliciosamente dulce—. Cuando supe que Zubeldia había vivido en Erkiaga de niño, me puse a preguntar a los viejos del pueblo. Lo que te decía: la mujer estaba totalmente arruinada y le pidió dinero a un vecino, poniendo las tierras como garantía. Pero la cosecha no fue buena y no pudo pagar. El vecino reclamó su dinero cuando terminó el plazo y ella tuvo que marcharse. Comentan que se fue a Bilbao, que tuvo que trabajar limpiando varias casas a la vez para mantener a su

niño. Ahora adivina el nombre del vecino.

— Te lo estás pasando bien con esto, ¿verdad?— le riñó ella.

— Está bien, te lo diré— dijo él, frunciendo el ceño en un gesto de fastidio —. José Avellaneda, el tío de Luis. Estás viviendo en la antigua casa de Zubeldia. Eso también podría explicar la manía que te tiene desde el primer momento.

— No lo entiendo... Veo el móvil pero no entiendo cómo pudo suceder— Laura negó con la cabeza y le miró fijamente a los ojos, buscando una explicación que él parecía percibir con total facilidad.

Ander se echó hacia atrás en la cama. Laura le observó, preocupada. Quizá le estaba exigiendo demasiado. Acababa de perder una gran cantidad de sangre y el esfuerzo de explicarle todo aquello debía ser agotador para él. Pero el aspecto de Ander no daba esa impresión. Parecía eufórico, lleno de energía. Se preguntó cómo habría podido sobrevivir tantos años en un pueblo como Erkiaga un chico que adoraba de aquel modo las intrigas. Claro que ella había vivido más intrigas en Erkiaga que en ningún otro lugar del mundo.

— Veamos, esto es sólo lo que yo imagino que pudo suceder— Ander se aclaró la garganta antes de seguir hablando—. Zubeldia planea vengarse haciendo desgraciados a Luis y Oscar. Les sigue y observa sus movimientos durante varios días, o quizá semanas o meses. Y un día se le presenta la oportunidad. Cuando dejan sola a la chica, él entra y la asesina. Seguramente él esperaba que el crimen fuese descubierto y que ellos acabasen en la cárcel, pero ellos consiguen ocultarlo durante muchos años. Cansado de esperar, compra el lugar donde la enterraron para que el cadáver sea descubierto "accidentalmente", con la esperanza de que ellos se pongan nerviosos y alguno se vaya de la lengua. Pero sigue sin suceder nada, así que decide empezar a asesinarles, esperando que al final la culpa caiga sobre alguno de los que él considera responsables del trágico pasado de su familia. Por eso deja a sus dos verdaderos objetivos para el final. Claro que él no pudo predecir que Oscar iba a volverse loco y liarse a tiros en el cementerio pero, aún así, si Luis muere, el plan le habrá salido perfecto.

— No tiene sentido— dijo Laura, pensativa—. Podría haberles matado directamente hace años. O pagar a alguien para que lo hiciese ahora que tiene tanto dinero. Además, según tus anteriores hipótesis, él era el culpable del incendio de mi cobertizo y me ha amenazado varias veces para que dejase la investigación. ¿Qué sentido tendría eso si él fuese el principal

interesado en que la investigación siguiese adelante?

— Quizá sospechaba que le irías con el cuento a la policía y que eso despertaría aún más interés en la investigación— contestó él, haciendo un gesto de dolor al intentar encogerse de hombros—. De hecho, es lo que ha sucedido.

— No sé qué hacer— Laura le agarró la mano, intentando que le transmitiese algo de su tranquilidad, de su manera de ver aquella historia como si fuese el guión de una película—. ¿Crees que debo llevarle el diario a la policía?

— Preferiría verlo antes si no te importa— contestó él, apretando sus dedos con suavidad—. Yo les conocía a todos en aquella época y es posible que logre captar algún detalle que a ti se te haya escapado. Creo que me darán de alta hoy, mañana como muy tarde. En cuanto me suelten, me pasaré por tu casa para verlo y discutiremos qué hacer a continuación. ¿De acuerdo?

Ella asintió. En aquel momento dos enfermeras entraron en la habitación, llevando un carrito lleno de vendas y medicinas. Ander frunció el ceño al verlas. Laura se puso de pie y recogió su bolso.

— Tienes ganas de salir de aquí, ¿verdad?— le preguntó, divertida ante su expresión.

— Ni te lo imaginas— contestó él—. Mataría por un cigarrillo.

— ¿Podría esperar en el pasillo mientras le hacemos la cura, por favor?— preguntó una de las enfermeras.

— Sí, claro. Yo ya me iba. Tengo cosas que hacer— se inclinó hacia Ander para darle un beso en la mejilla—. Nos vemos cuando “te suelten”.

Él giró la cara hacia ella y la besó en los labios. Por un segundo, Laura sintió vergüenza por lo que pudieran estar pensando las enfermeras pero correspondió a su beso. Qué demonios... Había estado a punto de perderle.

— Hasta pronto, entonces— le dijo cuando se separaron.

— Adiós, Laura— contestó él en un susurro.

Salió de la habitación, con una leve sensación de extrañeza. ¿Habían sido reales las lágrimas en los ojos de Ander o sólo habían existido en su imaginación? ¿Y por qué su voz le había parecido tan triste, como si se estuviese despidiendo de ella para siempre?

## CAPÍTULO TREINTA.

Cuando iba a adentrarse por el desvío que la llevaría a casa, Laura recordó que su nevera estaba prácticamente vacía. Las emociones de los últimos días no le habían permitido centrarse en cuestiones tan mundanas pero necesitaba comer algo. Al pensarlo se dio cuenta de que tenía hambre y que le apetecería prepararse una buena comida. Siguió por la carretera principal hasta llegar a la plaza del pueblo. Algunos ancianos estaban sentados en los bancos, hablando entre ellos y refrescándose con el suave aire que soplaba.

Laura se bajó del coche y se acercó al bar. Empujó pero la puerta no cedió. Entonces se fijó en el papel, pegado en el cristal, que decía: "Cerrado por defunción. Disculpen las molestias". ¿Cómo había podido olvidar por un momento que era la familia de Ander la que regentaba el bar? Se dirigió a su coche, sintiéndose frustrada. Tendría que intentar improvisar algo con lo que le quedase en casa. Seguramente acabaría cenando un par de huevos fritos. Se consoló pensando que había sido una suerte que la tienda estuviese cerrada. Lo más probable era que hubiese tenido que enfrentarse a una escena por haber matado al mejor amigo de su hijo mayor en el funeral de éste, aparte de haber estado a punto de provocar que acabasen a tiros con su otro hijo.

Otro coche entró en la plaza mientras ella abría la puerta del suyo: un enorme mercedes negro. El coche de Zubeldia. No tenía ganas de volver a enfrentársele y menos con las horribles hipótesis de Ander rondándole por la cabeza. El coche paró y Zubeldia salió disparado hacia ella. Parecía que él sí tenía ganas de hablar. Laura tomó aire, volvió a cerrar la portezuela y se le encaró. No iba a darle la satisfacción de parecer asustada, de que él pensase que sus amenazas de noches atrás habían dado resultado.

— Vaya, veo que sigue por aquí, señorita Ugalde— la saludó con una sonrisa forzada—. Me habían dicho que ya había terminado su trabajo.

— Bueno, el alquiler de la casa lo pago yo, así que yo decidiré cuando debo marcharme— contestó ella, simulando también una sonrisa.

— Pues decídalo pronto... Por su propio bien— el hombre echó mano al bolsillo de su chaqueta. Laura temió que fuese a sacar una pistola y dio un respingo involuntario. Deseó que Zubeldia no se hubiera dado cuenta cuando él sacó su pitillera de plata.

— Me está usted amenazando de nuevo— dijo ella tratando de mostrarse firme—. Y, tal y como le dije la vez anterior, no me impresionan sus amenazas.

Zubeldia encendió el cigarrillo con lentitud, dio una larga calada y le arrojó el humo a la cara. La sonrisa había desaparecido por completo. En sus ojos brillaba una rabia mal contenida.

— ¿Es que se ha propuesto arruinarme?— le preguntó, subiendo el tono de su voz—. Pues está a punto de conseguirlo. El pueblo ha salido en los periódicos de todo el país, en los telediarios... Primero el cadáver de una chica, después tres asesinatos y, como gran escena final, un tiroteo en el cementerio... ¿Cómo cree usted que voy a conseguir vender un solo chalet a gente que busca tranquilidad? ¿No ve que está arruinando el futuro de la gente de este pueblo solo por su tozudez?

Laura se dio cuenta de que él se estaba comportando como si estuviese dando un mitin político. Miró alrededor, estudiando las caras de los ancianos de los bancos y de algunos curiosos que se habían acercado. Le pareció observar una antipatía creciente hacia ella. Empezaban a murmurar, mirándola de forma desaprobadora. ¿Qué les pasaba? ¿Es que iban a creer en sus mentiras?

— Yo no tengo nada que ver con todo eso que está contando— contestó ella, furiosa.

— ¿No? ¿Acaso no fue usted la autora de los disparos que acabaron con la vida de Oscar Beraza, ciudadano de este pueblo desde hace más de treinta años?— Zubeldia ni siquiera la miró mientras le preguntaba esto. Se dirigía a su público y éste reaccionaba como él esperaba. Los murmullos subieron de tono y mucha gente asintió.

— A usted le importa una mierda el futuro de estas personas— le atacó ella —. Sólo le interesa enriquecerse.

— Claro que quiero hacerme rico. ¿Cómo voy a negar que me gusta el dinero? ¿A quién no le gusta?— la gente volvió a asentir, como quien adora a un Mesías—. Pero esa nueva urbanización significará más clientes para los negocios de esta gente, mejores servicios para Erkiaga. Y usted lo está estropeando.

El murmullo creció aún más. Muchas de las personas que les rodeaban se habían ido acercando, animadas por las palabras de Zubeldia. Le pareció que el gesto de algunas de ellas era amenazador y se planteó que debía hacer algo si no quería que la linchasen en medio de la plaza.

— ¡Basta de mentiras!— le gritó, intentando no sonar histérica—. Hemos descubierto su juego, Zubeldia. Sabemos lo del accidente de su padre y que perdieron sus tierras aquí y tuvieron que marcharse. Sabemos que odiaba a Andrés Beraza y a José Avellaneda y que ha intentado vengarse de Oscar y de Luis, sin importarle cuantas personas más cayesen en el camino.

Zubeldia la miró desconcertado y después se dirigió a su audiencia, encogiéndose de hombros, intentando hacerles creer que no sabía de qué estaba hablando ella. Laura admiró sus capacidades de actuación. Por unos segundos, incluso ella dudo de sus propias palabras.

— No entiendo nada de lo que me está diciendo— dijo Zubeldia, volviendo a posar sus ojos en ella. Sonreía triunfal y esta vez la sonrisa era autentica, aunque no por ello menos desagradable—. Esos nombres que ha citado no significan nada para mí.

— Estoy hablando de la muerte de su padre, Antonio Zubeldia, en el accidente de la mina— empezó a explicar ella.

— Mi padre se llama Ignacio, como yo— contestó él. Su sonrisa se ensanchaba por momentos. Laura miró a su alrededor, buscando apoyo. Por sus expresiones, la opinión de la gente parecía dividida entre echarla del pueblo a pedradas o internarla en un manicomio—. Y dudo mucho que haya pisado una mina alguna vez en su vida. Es director financiero.

— Pero entonces, ¿está vivo?— preguntó Laura, confusa.

— Por supuesto. Le presentaré sus respetos la próxima vez que le vea— contestó él, riendo. Algunas personas se unieron a sus risas.

Laura no pudo soportarlo más. Se estaba poniendo en evidencia con cada palabra que decía. Sabía que él estaba mintiendo, que sólo interpretaba un papel para conseguir su objetivo. Estaba intentando demostrar que ella estaba loca, poner a todo el pueblo en su contra para que ella no quisiera quedarse allí por más tiempo. Pero no se lo iba a permitir. Conseguiría pruebas de que lo que estaba diciendo era verdad y las presentaría allí, en la plaza, delante de todo el pueblo. Y, con las pruebas delante, él no podría seguir jugando a hijo de magnate de las finanzas, a ciudadano respetable que sólo quería lo mejor para Erkiaga.

— No voy a soportar esto por más tiempo— dijo, abriendo de nuevo la puerta de su coche—. Demostraré que lo que estoy diciendo es verdad y entonces será usted el que se vaya del pueblo para ir de cabeza a la cárcel.

Entró en el coche y cerró la puerta. Arrancó el motor pero la gente que

rodeaba su coche no se movió ni un paso. Laura sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Vio desconfianza en sus ojos, miedo, odio... Para ellos era una asesina, una loca peligrosa. Se lanzarían sobre el coche y la obligarían a bajar, la destrozarían allí mismo. Hizo rugir el motor pero continuaron sin moverse. Las manos empezaron a temblarle, las notaba cubiertas de sudor mientras apretaba el volante. Zubeldia se colocó delante del coche e hizo un gesto a la gente para que se apartase y la dejara pasar. Le obedecieron como autómatas. Él le sonrió burlón. Otra vez esa sonrisa de diablo. Sintió deseos de atropellarlo pero consiguió reprimirse y salió de la plaza. Una vez fuera del pueblo, aceleró intentando descargar en el pedal toda su rabia mientras se mordía el labio inferior para controlar las ganas de llorar.

Al doblar una curva a toda velocidad, un camión cargado de troncos se le echó encima. Laura dio un volantazo para volver a su carril mientras el conductor del trailer demostraba su enfado con un largo pitido mientras se perdía en el espejo retrovisor. Laura aparcó el coche en la cuneta. Así no podía conducir, tenía que tranquilizarse. Se repitió varias veces en voz alta que estaba a salvo. Cuando la angustia pasó, la única emoción que le quedó fue la rabia. Tenía que conseguir pruebas de que lo que decía era cierto. Sacó el móvil de su bolso y llamó a Marta.

— Dime, Laura— contestó la voz de su amiga al otro lado de la línea—. Tengo un poco de prisa.

— ¿Mucho trabajo?— preguntó Laura, intentando que su voz sonase despreocupada.

— Sí, bastante. ¿Qué querías?

— Necesitaría que tú o alguien de archivos me comprobase unos datos que he conseguido sobre los crímenes de Erkiaga.

— Laura, por favor. Ya te he dicho que los encargados del caso están casi convencidos de que el asesino es Luis. No tienes de que preocuparte. Deja este trabajo en manos de los profesionales y disfruta de unos días...

— De todas maneras me gustaría que los comprobaras— la cortó Laura con voz seca—. No te costara mucho tiempo.

— Ya te he dicho que tengo mucho trabajo.

Laura intentó controlar la rabia pero ésta crecía imparable en su interior. Lo que le estaba pidiendo no le llevaría ni diez minutos. ¿Tanto le costaba hacerle aquel favor?

— Me da igual que tengas mucho trabajo— ella misma se sorprendió por la furia que destilaban sus palabras—. Te recuerdo que, si estoy metida en este lío, es porque tú me lo pediste. He estado viendo y soñando cosas que casi me han vuelto loca y han estado a punto de pegarme un tiro. Y todo por hacerte un favor a ti. Así que no me digas ahora que no puedes ayudarme.

— Está bien, tomo nota— la voz de Marta sonó dolida—. Pero no sé cuando tendré los resultados.

Laura le dicto los datos que quería que comprobase y colgó. Se sentía culpable por haber tenido que tratarla así pero ya se disculparía más adelante. Volvió a arrancar el motor y condujo hacia casa.

Un par de minutos después su móvil volvió a sonar. Sorprendida por la velocidad con la que Marta había conseguido la información, paró de nuevo en la cuneta para contestar. No era Marta, sino el decano de su facultad. ¿Para qué la estaría llamando? ¿Habría olvidado algo importante? Contestó mientras se planteaba lo poco que se había acordado aquellos días de la universidad, de sus compañeros, de sus obligaciones...

— ¿Laura?

— Sí, soy yo. ¿Qué tal todo?

— Bien, te llamaba por la cena de esta noche. Supongo que te acordarás.

Laura permaneció unos segundos en silencio, haciendo un esfuerzo para recordar. ¿Una cena? Por más que pensaba, no conseguía acordarse de haberse comprometido a ninguna cena.

— La jubilación de Emilio, el catedrático de filosofía moderna— la voz sonó dubitativa al otro lado—. Llamaba para que me confirmaras tu asistencia. Sería una pena que no vinieras... La gente está preocupada por lo que te pasó y les gustaría ver que estás mejor.

Laura dudó antes de responder. La verdad era que no tenía ganas de ser el centro de atención de las miradas y las conversaciones pero, si no acudía, se dedicarían a hablar toda la noche de ella, de su extraño comportamiento de antes del verano... Además, no tenía nada que ocultar. Se encontraba con fuerzas para demostrarles a todos que aquella Laura lánguida y enloquecida había desaparecido.

— Por supuesto que me acordaba de que había una cena— mintió,

esperando que el decano no se hubiese dado cuenta de sus dudas—. No me había dado cuenta de que era hoy. Menos mal que me has llamado. ¿Podrías recordarme el sitio y la hora para asegurarme?

Esperó a que el decano le diese los datos, colgó y condujo de vuelta a casa. Después de preparar la comida con los restos que encontró en la nevera, se planteó qué hacer con el resto del día. Le parecía extraño haber terminado con el trabajo de la buhardilla. Por un lado, se sentía más tranquila. Había cumplido con su deber. Aquel cadáver volvía a tener una identidad, la historia de lo que le había sucedido se esclarecería por completo y su asesino pagaría por lo que le había hecho. Pero, por otra parte, se sentía vacía, perdida. ¿A qué iba a dedicar ahora sus días? Tendría que aprender a relajarse, a dejar pasar el tiempo. Después de todo, la paz del lugar era una de las razones que le habían impulsado a elegir Erkiaga como residencia. Ya era hora de empezar a disfrutar de aquella paz.

Salió de la casa con una toalla y una novela que había comprado hacía ya días y se tumbó en el patio trasero, bajo el almendro. Los rayos del sol se colaban entre las ramas y una brisa fresca acariciaba su piel, trayéndole la fragancia de flores lejanas. Se sentía tan a gusto que, unos minutos después, dejó a un lado el libro y se tumbó boca arriba, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, observando el azul brillante del cielo. Se sintió extraña por encontrarse tan a gusto a pesar de todo lo que estaba pasando a su alrededor. Y le pareció aún más raro no encontrarse sola sin David, Rahu, Ander o Marta a su lado. Había huido de Bilbao buscando la soledad para encontrarse a sí misma pero le daba la impresión de que no había estado sola de verdad hasta aquel momento. Incluso el caso de Carmen y los asesinatos habían supuesto una distracción que inconscientemente había agradecido. Pero ahora descubría que la soledad no era tan mala, que no se sentía incomoda consigo misma. Le gustaba la Laura en la que se estaba convirtiendo. Le parecía más libre, más persona... Quizá fuera ese efecto del que Luis hablaba en su diario según el cual Erkiaga te hacía percibir las cosas de una manera más real y vibrante.

Cuando el cielo empezó a volverse rojizo en el horizonte, recogió todo y entró en su habitación. Abrió el armario, pensando qué ponerse para la ocasión. Toda la ropa que había comprado con Marta era demasiado informal. Lo único que podría ser adecuado para ir a cenar a un restaurante era el vestido blanco que había guardado pensando que nunca tendría el valor de ponerse. Sería perfecto para demostrarles a todos que estaba bien, para que viesen a una Laura radiante. Cuando se lo puso y se ató las altísimas sandalias de tacón, se colocó delante del espejo para valorar el resultado.

Se sorprendió de su imagen. Su piel había tomado un tono dorado en los días que había pasado en el campo y sus ojos y su pelo se habían aclarado. No quedaba nada de la mujer frágil y enfermiza que recordaba como una fotografía en sepia. Parecía llena de luz, más segura, más mujer. Se peinó, dejándose la melena suelta y contempló el resultado final. Le faltaba algo pero no sabía precisar qué. Movida por un impulso, abrió uno de los cajones y sacó la cadena de plata con el ojo de gato. Lo contempló indecisa. Durante muchos días, aquella piedra la había tenido aterrorizada, pero ya no sentía lo mismo. Ahora que conocía la historia de Carmen, ya no sentía miedo, sólo la amargura por no haber podido hacer nada por cambiar su destino y una leve sensación de orgullo por haberla ayudado a descansar en paz.

— Supongo que me la dejas por una noche— le susurró a las paredes de la habitación.

Pasó los dedos suavemente sobre su superficie, sintiéndose a gusto con ella. Parecía brillar más que otros días, como si estuviera contenta. Se la ató alrededor del cuello y volvió a contemplarse. Le pareció que la piedra se calentaba levemente, como una caricia sobre su piel.

**CAPÍTULO TREINTA Y UNO.**

Laura encendió la música y canturreó mientras regresaba a casa recordando la cena de aquella noche. La verdad era que nunca habría pensado que se reiría tanto en una cena de sesudos catedráticos. Todos se habían pasado un poco con las copas, incluida ella. Rezó para no encontrarse un control de alcoholemia. No estaba borracha pero debería haber dicho que no a la última copa. Y a las tres anteriores... Al menos no había acabado bailando encima de la mesa como la profesora de lingüística y se había mantenido lo bastante sobria para defenderse del acoso del profesor de sociología. Se planteó cuantos miles de euros estarían dispuestos a pagar los alumnos por un video de aquella noche con el que poder chantajearles. El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos. Tampoco era Marta, de nuevo un número desconocido. Intentó recordar si le había dado su número al profesor de sociología y cuando estuvo segura de que no lo había hecho, descolgó.

— ¿Diga?— dijo extrañada.

— Laura, soy yo— contestó la voz de Ander al otro lado.

— Hola, ¿ha pasado algo?— le preguntó ella, preocupada.

— No, todo está bien. Es sólo que me han dado el alta y quería saber si podríamos vernos.

— No sabía que en el hospital de Cruces diesen el alta por las tardes— comentó ella, extrañada—. ¿No será que te has escapando?

— No del todo— la voz de Ander sonó divertida. Laura pudo imaginarse una chispa traviesa en sus ojos negros—. Me han dicho que ya estaba fuera de peligro y que sólo debería quedarme para guardar reposo, así que he pedido el alta voluntaria.

— Pero deberías haberte quedado allí unos días más— le riñó ella —. Perdiste mucha sangre.

— Laura, si me llegó a quedar allí, habrían acabado conmigo— explicó él con voz suplicante—. La comida era una mierda. He sobrevivido gracias a los bombones que me has traído. Y, si hubiera llegado a pasar sin tabaco una hora más, habría acabado asaltando a las visitas de los demás

pacientes en busca de un cigarrillo. No me riñas, anda.

— Está bien— contestó ella, riendo—. ¿Dónde estás? ¿En casa?

— No, no tenía ganas de oír a mi madre. Vine a la cueva, a estar un rato tranquilo y fumarme del tirón un par de paquetes de tabaco— bromeó él—. ¿Sabrás llegar hasta aquí? Iría a buscarte en la moto pero no creo que se me dé muy bien conducirla con un brazo en cabestrillo.

— Iré enseguida. Nos vemos en media hora.

— Laura— la llamó él, antes de que colgara—. No te olvides el diario. Me gustaría verlo.

— Tranquilo, lo llevaré. Hasta luego.

Condujo hasta casa lo más rápido que le permitía la oscura carretera. Quería cambiarse de ropa aprovechando que tenía que pasar por allí para recoger el diario. Ni el vestido ni los tacones resultaban muy apropiados para escalar por el monte y sentarse en el suelo de una cueva. Aparcó, subió las escaleras y rebuscó en su bolso hasta dar con la llave. Cuando la acercó a la cerradura, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta. Se quedó paralizada durante unos segundos, sin saber qué hacer. Estaba segura de que la había cerrado al salir. Tantos años viviendo con un gato le habían enseñado a asegurarse siempre de que la casa quedaba cerrada. Alguien había entrado. ¿Quién podría ser? ¿Seguiría dentro, esperándola?

Se planteó si debería quedarse fuera y llamar a la policía. Desechó la idea. Tardaría muchísimo y mientras tanto Ander tendría que seguir esperándola solo y se preocuparía. Además, si al final se había dejado la puerta abierta en un descuido, haría el ridículo más espantoso. Abrió la puerta despacio, intentando que los goznes no hiciesen ruido, encendió la luz y echó un vistazo.

Alguien había estado en la casa. Todo estaba revuelto y tirado por los suelos. Habían vaciado los cajones y esparcido su contenido, los cojines del sofá estaban removidos, las puertas de todos los armarios estaban abiertas... Se quedó de pie en el dintel de la puerta, con todos los sentidos alerta, esperando el menor ruido para escapar de allí. Un par de minutos después se relajó. Parecía que quien hubiese hecho aquello, ya se había marchado. Seguramente habían entrado buscando algo pero, ¿qué podía haber de valor en aquella casa? Si ni siquiera tenía televisor... Recordó el diario de Luis y se lanzó a la carrera escaleras arriba. Aquello sí tenía un gran valor para el verdadero asesino. Podía contener las pruebas que exculparan a Luis y mantuviesen abierta la investigación.

En cuanto llegó a la buhardilla, se arrodilló en el suelo y levantó la tabla que escondía el diario. Estaba allí. Si era aquello lo que el asesino había estado buscando, había tenido que marcharse con las manos vacías. Sintió que un escalofrío recorría su espalda. ¿Y si volvía ahora que ella estaba allí para obligarla a entregárselo? Metió el diario en su bolso mientras bajaba las escaleras y se lanzaba hacia la puerta, temiendo que en cualquier momento alguien apareciese y la agarrase. Las manos le temblaban tanto que no conseguía encajar la llave en la cerradura del coche. Una y otra vez giraba la cabeza para asegurarse de que no surgía ningún ser de las sombras de la noche dispuesto a atraparla. Cuando por fin consiguió entrar y cerrar los seguros, estuvo a punto de echarse a llorar del alivio.

Se forzó a tranquilizarse. Estaba al borde del ataque de histeria. Tenía que pensar con claridad. El asesino no sabía nada de aquel diario, no tenía ningún motivo para ir contra ella. Aquel ataque contra su casa habría sido un último intento de Zubeldia para que se asustase y se marchase de allí. Seguramente sus palabras de aquella tarde le habían hecho enfurecerse lo suficiente como para mandar a sus matones a que la hiciesen una visita. Era claramente su estilo pero no debía asustarse por ello. Si no le había hecho nada hasta aquel momento, no había razones para pensar que cruzaría aquella línea.

Arrancó el coche y condujo hacia el pueblo para tomar el desvío que llevaba a la zona de las minas. Avanzó muy despacio, intentando no perderse por aquel camino sin farolas. Sólo había estado allí una vez, y la mayor parte del viaje en la moto de Ander había estado más atenta a no caerse que a intentar memorizarlo. Reconoció el sendero arenoso por el que habían subido la vez anterior. Su coche no podría subir por allí así que aparcó. Recogió el bolso, salió y empezó a ascender. Tropezó varias veces y tuvo que agacharse para apoyarse y no caer. Unos segundos después, llegó a lo alto de la cuesta y vislumbró la tenue luz de una hoguera colándose por la entrada de la cueva. Se sintió feliz sabiendo que iba a estar con él de nuevo, los dos solos al lado del fuego como aquella primera noche, sin un solo ser humano en cien metros a la redonda.

Él la esperaba en la entrada, su silueta dibujándose contra la dorada luz de las llamas. Cuando ella llegó, él sacó el brazo del cabestrillo y le tendió ambas manos. La observó asombrado, mientras soltaba un silbido de admiración que la hizo sonrojarse como una colegiala.

— ¡Qué guapa estas! ¿He interrumpido algo?

— No, he ido a una cena pero ya habíamos acabado.

— ¿Con David?— la radiante sonrisa con la que la había recibido, desapareció por completo.

— No, claro que no. Con unos compañeros de la facultad— Laura retuvo su mano y entró en la cueva—. Teníamos que celebrar la jubilación de uno de los profesores.

— Vaya, no sabes como me alegro— Ander se sentó en una de las cajas de madera y soltó una carcajada—. No sé si será por la perdida de sangre pero casi me desmayo al plantearme que podrías haber vuelto con él.

— Hombre, habría estado muy feo por mi parte conseguir que casi te maten por mi culpa para huir al lado de mi marido aprovechando que estás hospitalizado— bromeó ella.

— Pero podrías haberlo hecho y tampoco tendría ningún derecho a pedirte explicaciones— dijo él con amargura—. Después de todo, no hay nada entre nosotros. ¿O sí?

Laura permaneció en silencio unos segundos, observando la mirada anhelante de Ander, su sonrisa nerviosa... Se preguntó si estaba segura de sus sentimientos, si estaba preparada para intentarlo, si era justo que le diese esperanzas. En su interior encontró la certeza de que sabía lo que quería, que llevaba mucho tiempo sabiéndolo y negándoselo a ella misma por miedo a dar el paso.

— Creo que tienes razón, ya es hora de que te responda— mientras hablaba, iba haciéndose consciente de hasta qué punto se estaba recuperando, de que por fin se hallaba en el camino correcto para liberarse —. He estado intentando no sentir, no vivir, concentrarme tan sólo en huir de los recuerdos y lo único que he conseguido ha sido que tomasen cada vez más fuerza mientras yo me iba debilitando. Ese camino no funciona. Lo que debo hacer es llenar mi vida de recuerdos nuevos, de experiencias diferentes, como estoy haciendo ahora aquí contigo.

— Entonces... eso quiere decir...— Ander se mantuvo en silencio, como si le diera miedo preguntarle más, mientras clavaba su mirada en ella—. ¿Has tomado ya una decisión respecto a David?

— Sí, ya he decidido. De hecho creo que hace mucho tiempo que lo hice— Laura asintió y le sonrió, tomando su mano con más fuerza—. Hace mucho que no pienso en él a cada momento, que no me torturan sus recuerdos, ni los celos y las dudas. Creo que lo pasé tan mal cuando todo terminó por el miedo a estar sola, porque él era una parte muy importante

de mi vida y no podía imaginarme como la viviría sin él y no sabía cómo enfrentarme a esos miedos. Pero ya lo he hecho. Creo que soy lo bastante fuerte como para seguir adelante. Incluso me ilusiona empezar de nuevo.

— ¿Y no le echas de menos? ¿Ya no estás enamorada de él?

— Creo que no— contestó, negando con la cabeza—. Creo que los dos habíamos cambiado mucho en estos años, que de los dos jovencitos enamorados que fuimos ya no quedaba nada. El David con el que me casé nunca me habría engañado y la Laura de aquella época no habría dejado que algo que le importaba tanto acabase sin luchar. La gente cambia y, aunque sea doloroso darse cuenta, las personas en las que nos hemos convertido no están destinadas a seguir juntas.

— ¿Y crees que la Laura que está sentada ahora enfrente de mí podría estar destinada a alguien como yo?— le preguntó con una sonrisa traviesa.

— No lo sé— dijo ella, riendo—. Pero podríamos intentarlo.

Él se acercó a ella, se arrodilló a su lado y la besó. Laura le agarró suavemente por la parte de atrás del cuello y le atrajo hacia ella. Cuando se separaron, Laura sintió que el rubor volvía a teñir sus mejillas, que la sangre hervía en su interior demostrándole que estaba viva de nuevo, que había estado equivocada al pensar que estaba acabada y que su corazón había muerto. Sonrió a Ander mientras intentaba controlar las ganas de volver a besarle, de lanzarse sobre él como una adolescente con las hormonas revolucionadas. Él debió leerle el pensamiento ya que se acercó más a ella, la agarró con fuerza y volvió a besarla, acariciando su cuerpo por encima del vestido, revolviéndole el pelo... Laura respondió a sus caricias, sintiendo un intenso calor que invadía su interior y parecía crecer a cada segundo. El ruido de su móvil les sobresaltó.

— No lo cojas, por favor— rogó Ander mientras la besaba suavemente en el cuello.

— Puede ser Marta— explicó Laura, estirándose para agarrar su bolso—. Llevo toda la tarde esperando su llamada.

— No puede ser tan importante como lo que estamos haciendo ahora mismo— susurró Ander en su oído mientras le mordisqueaba suavemente el lóbulo de la oreja.

Por unos segundos Laura estuvo tentada a dejar que el móvil siguiese sonando y abandonarse en los brazos de Ander. Pero las amenazas de

Zubeldia volvieron a su mente y recordó la rabia que había sentido ante sus burlas. Al pensar en Zubeldia y sus esbirros recordó aquel último ataque, la casa revuelta, su intimidad violada... No podía postergar aquello, no sabía hasta qué punto aquel hombre podía significar una amenaza real en sus vidas.

— Es urgente, de verdad— dijo Laura, separándole suavemente—. Zubeldia ha vuelto a amenazarme esta tarde y ha mandado a alguien a registrar mi casa. Puede que buscaran el diario de Luis.

— ¿Y lo han encontrado?— preguntó Ander, preocupado.

— No, lo tengo aquí— Laura abrió el bolso, le pasó el pequeño libro y sacó su móvil—. Puedes ir echándole un vistazo. Estaré contigo en un minuto.

Ander se separó de ella con el diario en las manos, se sentó en una de las cajas de madera y lo abrió, ojeando las páginas. Laura observó el teléfono. Por fin el número de Marta. Descolgó a toda velocidad, antes de que su amiga se cansara e interrumpiera la llamada.

— ¿Laura? ¿Te he despertado?

— No, es pronto todavía para ir a la cama— Ander levantó la vista del diario ante aquella afirmación y le dirigió un mohín de pena. Laura le sacó la lengua y contuvo la risa para poder seguir hablando—. No te preocupes. ¿Has encontrado algo?

— Pues la verdad es que te llamaba para decirte que llevo toda la noche buscando la información que me pediste sin encontrar nada. De hecho las minas de Erkiaga cerraron a principios de los años cincuenta.

— ¿Estás segura? No puede ser... Entonces no habría podido haber un derrumbamiento en 1962.

Ander levantó la mirada y la observó con gesto confundido, mientras negaba con la cabeza como si no entendiera. Se levantó y se colocó a su lado, intentando escuchar la conversación.

— Pues no he podido encontrar nada sobre ese accidente. De hecho no he encontrado datos sobre ningún derrumbamiento en ese año con víctimas mortales en toda Vizcaya— continuó Marta—. ¿Estás segura de que sucedió en Erkiaga en 1962?

— Bueno, puede ser que recordase mal los datos. Espera un momento...

Le tendió el móvil a Ander, que se lo pedía por gestos insistentemente. Cuando lo cogió, se alejó unos pasos, colgó la llamada y lo arrojó contra una pared. Laura se quedó paralizada, mirando confusa el montoncito de piezas en que se había convertido su teléfono. Después elevó la vista hacia Ander, preguntándole con la mirada qué estaba sucediendo allí.

— Lo siento, Laura. Lo siento tanto— dijo él en un susurro, con los ojos llenos de lágrimas—. No sé qué más puedo hacer para parar todo esto. Ya no puedo mentirte más.

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Laura continuó en silencio, mirando alternativamente a Ander y a su móvil destrozado. Ander se acercó a ella despacio y la abrazó, mientras su cuerpo empezaba a sacudirse por los sollozos. Laura correspondió a su abrazo y le acarició el pelo, intentando tranquilizarle. Todo aquello estaba siendo demasiado para él, era normal que al final hubiese estallado. Besó la frente del chico y se sorprendió por el ardor de su piel. Quizá debería llevarle cuanto antes de vuelta al hospital. Era posible que tuviese alguna infección en las heridas y que estuviese delirando por la fiebre. Ander se dejó caer hacia el suelo, haciendo que ella le acompañase, para acabar sentados sobre la húmeda tierra de la cueva. Él se separó y reclinó su cabeza en el regazo de Laura. Ella le acarició suavemente el pelo y enjugó las lágrimas que caían por sus mejillas.

— Creo que deberías volver al hospital, Ander— le dijo cuando los sollozos remitieron—. Tienes muchísima fiebre.

— No quiero ir a ninguna parte— contestó él—. Sólo quiero que nos quedemos aquí tú y yo, solos, para siempre... Quiero que el resto del mundo deje de importarnos, que nos olvidemos de Erkiaga, de los asesinatos, de la maldita cabeza de esa chica muerta...

— Si fuera tan fácil...— dijo Laura, suspirando—. Pero el resto del mundo no va a olvidarse de nosotros. Creemos que el asesino continua suelto. ¿Acaso crees que los asesinatos cesaran, que el asesino no vendrá por nosotros si nos olvidamos de todo esto?

— Sí lo creo— Ander se irguió y la miró fijamente a los ojos, asintiendo—. Todo esto parará.

Laura observó su expresión seria, su mirada segura. Sintió que una garra le aferraba el estomago mientras desviaba la vista hacia los trozos del móvil que él había arrojado contra la pared. Ander no hablaba de un deseo ni de una suposición. Tenía la certeza de que los crímenes pararían. Intentó bloquear aquel pensamiento, no saber, no caer en la cuenta de que sólo había una persona que pudiese decir con esa seguridad que el asesino se detendría.

— Sí, fui yo. Todo el tiempo fui yo— los sollozos volvieron a quebrar su voz—. Lo siento tanto, Laura... Sólo quería que todo terminase pero cada vez se volvía más difícil...

— No lo entiendo. No puedes haber sido tú— dijo Laura, intentando aferrarse a cualquier esperanza. Tenía que estar entendiéndole mal o estar en una de sus pesadillas.

— Sí, yo les mate. Maté a aquella chica hace muchos años y he tenido que ir matando a mis amigos, a mi propio hermano... Todo para que no lo descubrieras, para que te asustaras y dejaras de investigar— el volumen de su voz fue bajando hasta convertirse en un susurro—. Lo he intentando todo para no tener que matarte a ti.

Laura sintió que el terror le agarrotaba los músculos, que la garganta se le cerraba impidiéndole gritar. Estaba sola en aquella cueva, sin nadie a quien pedir ayuda con el asesino que llevaban tanto tiempo buscando. Pensó en levantarse e intentar huir pero sabía que Ander la alcanzaría apenas diese unos pasos. Y, además, a pesar de que cada centímetro de su cuerpo la instaba a huir de aquel depredador, su mente se empeñaba en quedarse y saberlo todo. Algo en su interior seguía convencido de que todo aquello era imposible. Era Ander, su Ander, el chico dulce y romántico que la besaba de forma apasionada unos minutos antes.

— Todo esto no tiene sentido— consiguió pronunciar al fin—. ¿Por qué ibas a matar tú a aquella chica?

— Fue un accidente— Ander sacó un cigarrillo y lo encendió con manos temblorosas—. Yo estaba abajo, esperando a que Luis les convenciera para que me dejasen entrar en la fiesta. Solo, amargado, despreciado por todos, resentido... Como siempre... Y entonces escuché unos gritos y vi salir a Luis. Todos los demás salieron detrás de él, así que decidí subir un minuto para saber qué habían estado haciendo. Cuando entré, me encontré con la chica, que estaba terminando de vestirse. Ella se asustó y empezó a gritar y a llorar. Yo me acerqué para tranquilizarla. No quería que los demás la oyeran y volvieran. Habrían creído que estaba intentando hacerle algo y que ella me estaba rechazando. En un segundo pude imaginarme perfectamente la escena: el gesto de desprecio de Oscar, las burlas de mi hermano, las miradas de fastidio de los demás hacia el puto crío que intentaba imitarles en todo y no hacía otra cosa que estorbar... Intenté que dejara de gritar pero cada vez estaba más histérica. Le tapé la boca pero empezó a retorcerse y a intentar arañarme, así que la empujé hacia el sofá y me tumbé encima para que se estuviera quieta y callada hasta que se le pasase. Esperé mucho rato hasta que dejó de moverse y entonces me levanté, creyendo que ya estaba más tranquila.

Ander estalló de nuevo en sollozos. Todo su cuerpo se convulsionaba con la fuerza del llanto. Laura sintió deseos de abrazarle de nuevo y

tranquilizarle. Le parecía estar viendo a aquel chiquillo de catorce años que contemplaba incrédulo aquel cuerpo sin vida, aterrado por lo que había hecho, sintiéndose perdido y desesperado.

— No supe qué hacer, me quedé paralizado mirándola durante mucho tiempo. Entonces les oí volver. No era capaz de pensar, mi cabeza era un torbellino. Me parecía que el tiempo estaba distorsionado, como en una pesadilla. Me escondí detrás de unas cajas, sin saber qué hacer o qué decir, cómo explicar lo que había pasado— Ander hablaba con la mirada perdida, como si estuviese aún sumido en aquella escena—. Cuando ellos llegaron y empezaron a hablar, no pude creerme mi buena suerte. Pensaban que había sido uno de ellos, se acusaban los unos a los otros y hablaban de esconder el cuerpo. Seguí agazapado, temblando, temiendo que en cualquier momento recordarían que yo había estado cerca aquella noche, que se darían cuenta de lo que había ocurrido en realidad. Pero no sucedió. Recogieron a la chica y bajaron. Unos minutos después escuché como arrancaban el coche. Regresé a casa tan deprisa como pude, entré por una ventana y me acosté, para que mis padres no supieran a que hora había llegado. Mucho rato después escuché a Mikel entrando en casa. Temí que viniera a por mí, que se hubiesen dado cuenta... Pero se metió en la cama sin más. Pasé el resto de la noche llorando y temblando, convencido de que no podía ser tan fácil...

— ¿Y así acabó todo?— preguntó Laura, aún confusa—. ¿Lo dejaste pasar? Dejaste que la desaparición de aquella chica quedase sin explicación y que tus amigos cargasen con una culpa que no les correspondía.

— Ellos no cargaron con ninguna culpa. Todos ellos pensaban que el asesino había sido otro— se disculpó Ander—. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

— Deberías haberte entregado... Por dios, Ander... Eras un crío, lo habrían entendido.

— Quizá sí pero no lo creo. Habrían pensado que intenté violarla y que la maté a sangre fría. Nadie me habría creído. Habría destrozado a mi familia si aquello se hubiera sabido, me habría convertido en un paria para siempre, en un indeseable... Aún más de lo que ya lo era— la voz de Ander volvió a quebrarse—. Lo pensé muchas noches, agobiado por la culpa y el miedo a ser descubierto. Pero nunca tuve valor.

Ander apartó la mirada y se levantó, poniéndose de espaldas a la hoguera, como si le faltase el valor para seguir hablándola mientras ella le miraba a

los ojos.

— Mi mayor miedo siempre fue que hablaran entre ellos y se diesen cuenta de que alguien más había estado allí aquella noche y había podido cometer el crimen. Pero aquello nunca pasó. Luis se marchó del pueblo para no volver, Jon se casó y se volcó en su familia y en su nuevo trabajo, Esteban empezó a salir con un nuevo grupo de amigos que conoció en la universidad... Tan sólo Mikel y Oscar continuaron juntos en el pueblo, pero nunca me parecieron lo bastante inteligentes para suponer un peligro. Los años fueron pasando y llegó un momento en que ya casi no pensaba en ello, ya no me despertaban las pesadillas en mitad de la noche, no me sobresaltaba cada vez que alguien llamaba a la puerta de mi casa. Y entonces apareció su cuerpo.

Los hombros de Ander temblaron de nuevo por los sollozos contenidos. Durante un momento, se tambaleó y tuvo que apoyarse en una pared para no caer. Laura estuvo tentada de levantarse para ayudarle. No sabía qué le sucedía, por qué sólo sentía lastima por él en lugar de sentirse aterrada ante las confesiones de un asesino.

— Mi mundo se convirtió en un infierno. Pensé en huir y esconderme pero sabía que aquello les pondría inmediatamente tras mi pista. Así que tuve que quedarme, controlar mis nervios y continuar mi vida como si no pasara nada mientras temía a cada segundo que se presentaran en mi puerta para detenerme. Sabía que si Mikel y los demás habían dejado cualquier pista mientras la enterraban, mi nombre acabaría saliendo en los interrogatorios— Ander se giró de nuevo y volvió a sentarse para encender otro cigarrillo. Parecía más tranquilo a medida que iba hablando, como si se estuviese liberando de aquella carga que había soportado durante demasiado tiempo—. Una noche, temiendo que estallaría si continuaba encerrado en casa, fui al cementerio a componer algo de música. Eso siempre me había relajado. Una vez allí recordé que tenía las llaves de la casa del tío de Luis y decidí ir allí a pasar unas horas para estar a solas, tranquilo y poder pensar. Y allí estabas tú, con el cráneo de aquella chica entre las manos, intentando descubrir mi secreto y condenarme.

— ¿Pensaste en matarme aquella noche?— preguntó Laura con un hilo de voz.

— No, claro que no. Por un momento no pude creer en mi buena suerte. Tan sólo tenía que mantenerme cerca de ti para saber cómo iba la investigación, para confundirte y llevarte por caminos equivocados, para asustarte y conseguir que abandonaras.

— ¿Entonces sólo estabas conmigo por eso?— Laura sintió que su corazón, reparado en aquellas semanas, volvía a fragmentarse—. En realidad yo no te caía bien ni te importaba...

— Ese era el plan— Ander esbozó una tímida sonrisa en su rostro surcado de lágrimas—. Pero me acerqué tanto al fuego que me acabé quemando. Me enamoré de ti.

Laura bajó la cabeza y miró fijamente al suelo, intentando pensar con claridad sin caer en el hechizo de sus ojos insondables. No sabía por qué pero le creía. Todo lo que le decía encajaba perfectamente con sus continuas apariciones, sus intentos de desviar la investigación hacia Zubeldia, sus presiones para que abandonase el caso pero continuase a su lado.

— Entonces, ¿fuiste tú el que incendió el cobertizo?— preguntó, volviendo a mirarle.

— Sí, mi idea era que ardiese toda la casa y eliminar así esa dichosa cabeza. Y si eso no funcionaba, pensaba que al menos te asustarías y lo dejarías. No sabía que serías tan cabezota— Ander tomó aire, como si le costase seguir explicándose—. Cuando comprendí que no ibas a dejarlo, que acabarías el trabajo y descubrirías la identidad de aquella chica, no tuve ninguna duda de que al final la relacionarían con mis amigos y que la policía acabaría descubriéndome. Tenía que acabar contigo o con ellos y la decisión estaba muy clara.

— Pero ellos no sabían nada. Según el diario de Luis, él nunca les dijo que estabas abajo, esperando para entrar.

— Es una pena que yo no supiera eso. Todos ellos podrían seguir vivos. Y el único que en realidad sabe algo que puede incriminarme, tiene posibilidades de salir con vida— Ander agarró una de las latas vacías del suelo y la arrojó con rabia contra la pared—. Puta suerte.

— Entonces les mataste a todos, incluso a tu hermano...— Laura aún esperaba que todo aquello no fuese cierto. A pesar de sus palabras, no podía creer que el Ander que conocía hubiese podido cometer aquellos asesinatos a sangre fría.

— Sí, empecé por Jon porque me parecía el más fácil de encubrir. De hecho, durante un tiempo la policía creyó que se había suicidado. Intenté que el asesinato de Esteban pareciese un accidente y, aunque no lo conseguí, al menos tuve la suerte de que encontraras el cuerpo. Pensé que aquello te asustaría, que decidirías abandonar. Pero tú seguías firme,

acercándote cada vez más. La cabeza de la buhardilla cada vez se parecía más a ella. Era como un reloj que marcase el tiempo que me quedaba para impedir que me descubrieran, que me empujaba a no pensar, a seguir adelante eliminando cada cabo suelto— la voz de Ander ya no expresaba angustia. Parecía furioso con el mundo, consigo mismo, con ella...—. Tuve que matar a mi propio hermano... Nunca nos habíamos llevado bien pero, de alguna manera, le quería. Acabé destrozando a mi familia, justamente aquello que llevaba años intentando evitar. Ya sólo quedaban dos. Oscar me daba miedo y a Luis le tenía cariño pero por suerte se eliminaron entre ellos.

Ander recogió el diario que había quedado abandonado en el suelo y lo abrió. Durante unos segundos fue pasando las páginas con manos temblorosas, dejando que nuevas lágrimas regasen aquellas líneas.

— Cuando por fin creí que todo había acabado, que podría conquistarte y empezar contigo una nueva vida sin miedo, sin pesadillas, me hablaste de este diario— Ander elevó su mirada dolida hacia Laura—. Un relato de aquella noche con todo lujo de detalles, una historia en la que sin duda aparece mi nombre. ¿Por qué no pudiste dejarlo estar? ¿Es que acaso lo que teníamos no merecía que te olvidases de todo y dejases de investigar?

— Ander, ha muerto mucha gente. ¿Cómo quieres que lo olvide todo? ¿Acaso crees que la policía lo dejara estar?— la cabeza de Laura era un torbellino. Todo aquello era demasiado para ella, necesitaba que el tiempo parase para poder pensar.

— La policía habría acabado culpando a Oscar o a Luis. Esa chica ya esta identificada, su familia tendrá las respuestas que quería y podrán enterrarla. No hacía falta seguir dándole vueltas y mucho menos preguntarle a Marta por esos datos que te di. ¿No comprendes que me has puesto en el punto de mira al descubrir esas mentiras?— la voz de Ander fue subiendo de tono, reflejando toda su ira—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué vamos a decirle a Marta para que no lo descubra todo?

— No tenemos que inventar nada más, Ander— Laura intentó que su tono fuese firme y suave al mismo tiempo—. No puedes seguir así, escondiendo esta mentira con más muertes. Tienes que confesar.

— No voy a confesar. Nunca— Ander cerró el diario de golpe y le clavó una mirada furiosa—. He hecho todo esto para que no se supiera, para no ir a la cárcel. No voy a permitir que no haya servido de nada.

— Quizá no vayas a la cárcel— intentó convencerle Laura—. Eras un crío cuando sucedió el primer asesinato y los demás sólo han sido producto de la tensión que has sufrido durante todos estos años. Tus facultades psíquicas estaban alteradas...

— Tampoco voy a declararme loco. No lo estoy— la cortó Ander, gritando—. No voy a acabar mis días en un puto manicomio.

— ¿Qué quieres hacer entonces? ¿Iras a matar a Luis si consigue recuperarse? ¿Matarás a Marta por si algún día consigue atar cabos?— Laura tuvo que contener un estremecimiento antes de hacer la última pregunta—. ¿Me matarás a mí para que no diga nada?

Ander se mantuvo en silencio, con la vista fija en el suelo y los puños crispados por la rabia. Laura se dio cuenta en aquel momento de que no sabía cómo iba a reaccionar él, que no podía prever cómo iba a comportarse aquel ser acorralado y torturado por tantos años de incertidumbre. Y tuvo miedo.

— Ander, no puedes seguir así— le dijo con voz dulce, alargando una mano para tomar las suyas y tranquilizarle—. Todo esto tiene que acabar.

Él empezó a llorar de nuevo, con más fuerza, como un niño perdido y desesperado. Se dejó caer desde la caja en la que estaba sentado, se arrodilló frente a ella y la abrazó con fuerza, ocultando el rostro en su hombro, apretándola contra su cuerpo como si intentara retenerla para siempre. Laura le acarició el pelo mientras le mecía entre sus brazos, tratando de calmarle mientras se preguntaba como era posible que siguiera queriéndole después de todo lo que había escuchado.

— Tienes razón, no puedo seguir escondiéndome. Quiero quedarme aquí, tu y yo en esta cueva, unidos para siempre— dijo él con la voz rasgada por el llanto—. Se acabará todo: mi miedo, mi angustia, tu dolor... Se acabará todo... Para siempre...

Laura se preguntó qué querría decir él con aquellas palabras. Todo le resultaba tan confuso... Notó que él aflojaba un poco el abrazo y que empezaba a acariciar su espalda y sus brazos, subiendo hasta sus hombros. Antes de que se diese cuenta, el rodeó su garganta con ambas manos y empezó a apretar con fuerza. Ella intentó apartarse, se removió con todas sus fuerzas pero la presión no cedió. Le miró desesperada, sin comprender, sintiendo que la vida se le escapaba y que su única esperanza era conseguir que él se apiadase de ella.

— Tranquila, mi vida— le dijo él, llorando—. Enseguida estaré contigo.

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS.

Laura intentó negar con la cabeza, suplicarle con los ojos... El aire empezaba a faltarle, no conseguía pronunciar ningún sonido. Tenía que haber algo que ella pudiese hacer para detenerle pero el pánico le impedía pensar con claridad. El pecho empezó a dolerle, amenazando con estallar. El tiempo se le estaba acabando. El techo de la cueva empezó a volverse brumoso, blanquecino... Los contornos de su alrededor empezaron a nublarse. Incluso los rasgos de Ander, tan cercanos, se estaban volviendo difusos... Todo se fundía con una niebla blanca menos aquel brillo rojizo en el hombro de Ander... Su sangre, la herida se había abierto... Debía dolerle... Mucho... Intentó reunir todas las fuerzas que le quedaban para levantar uno de sus brazos de plomo y clavarle las uñas en el hombro tan profundamente como le fue posible.

Ander dio un grito de dolor y aflojó la presión. Ella utilizó el poco aire que pasó por su garganta para coger fuerzas y apretar aún con más saña, deseando poder llegarle al corazón a través de la herida. Él le soltó el cuello, la empujó para liberarse y reculó un par de pasos agarrándose el hombro mientras gritaba. Laura se quedó de rodillas en el suelo, tosiendo, intentando que el aire volviese a llegar a sus pulmones... Sabía que no tenía mucho tiempo, debía hacer algo si quería salvarse.

Se levantó, ignorando la sensación de mareo, y salió corriendo hacia el interior de la cueva. Si aquello era una mina abandonada, era muy posible que alguna de las galerías condujese a otra salida. Y aunque no la hubiera, lo importante en aquel momento era alejarse de Ander. Estaba segura de que, si le dejaba algo de tiempo, se tranquilizaría y se daría cuenta de la locura que había estado a punto de cometer.

En cuanto hubo recorrido unos metros, la oscuridad lo cubrió todo. Siguió corriendo, tanteando la pared con una mano a pesar de las piedras que le raspaban la piel, intentando introducirse por cualquier galería con la que se cruzaba en su camino para despistar a Ander. Le oía detrás, muy cerca, escuchaba sus pasos. Algunas veces, cuando él se acercaba demasiado, veía el reflejo de una luz contra las paredes de la cueva. Él se había entretenido en coger una linterna, por eso ella había podido sacarle unos metros de ventaja pero, ¿cuánto tiempo podría mantener esa distancia a ciegas, sin saber si estaba corriendo directamente hacia él?

No podía calcular el tiempo que llevaba corriendo. Le dolía el costado por el esfuerzo y la garganta lastimada le dificultaba respirar. Se paró unos segundos, apoyando la espalda contra la pared, intentando percibir algo. Aprovechó para quitarse los zapatos y dejarlos tirados. No podía seguir corriendo con aquellos tacones. Esperó en silencio, con todos los sentidos atentos al más mínimo detalle. No se veía nada. La oscuridad de la cueva era más profunda de lo que había imaginado nunca. No podía compararse a la noche más cerrada. En aquella negrura absoluta todos los monstruos de su niñez parecían estar esperándola, alargando sus putrefactas manos para agarrarla... Intentó parar aquellos pensamientos. No debía dejarse llevar por la histeria. Sus demás sentidos parecían haberse aguzado. Percibía el sonido de alguna corriente subterránea, un leve soplo de aire... No escuchaba los pasos de Ander, ni el sonido de una respiración que no fuese la suya. Quizá había conseguido despistarle. Ahora sólo tenía que encontrar una salida.

Extendió la mano, intentando percibir de donde venía la corriente de aire. Debía seguirla hasta su origen, avanzando en su contra. Se separó de la pared, sintiéndose más vulnerable en medio del pasillo. Le parecía que en cualquier momento alguien, o algo, agarraría su brazo extendido y la obligaría a quedarse para siempre allí abajo. Tragó saliva, respiró varias veces y volvió a caminar lentamente, intentando detener el desenfrenado torbellino de su imaginación. La galería le parecía inmensa, sus pasos y su respiración producían un eco que debía escucharse a muchos metros de distancia. Daba la impresión de que llevaba horas andando por aquellos pasillos. La corriente de aire no aumentaba de intensidad, incluso a veces parecía desaparecer, dejándola sola en la oscuridad.

Empezó a pensar que quizá había conseguido despistar a Ander del todo, que se habría cansado de buscarla en la mina. O tal vez había pensado que ella había conseguido encontrar otra salida y estaba buscándola por el pueblo. O quizá conocía las minas mejor que ella y sabía que se quedaría vagando perdida para siempre... Sintió deseos de sentarse en el suelo, esconder la cabeza entre los brazos y ponerse a llorar como una niña. Estaba cansada, sedienta, asustada... Sus manos y sus pies descalzos estaban llenos de cortes, debía estar perdiendo mucha sangre. Sabía que debía seguir adelante, que cada hora perdida en aquel lugar sólo empeoraría su situación, le quitaría fuerzas... Pero no podía más. Se dejó caer al suelo, sintiendo que la conciencia la abandonaba...

Una luz potente golpeó sus pupilas, dejándola ciega. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquella luz? Debía haberse quedado dormida. Entrecerrando los ojos, intentó enfocar la visión para distinguir qué era aquel bulto oscuro que se le

acercaba. Algo la empujó, obligándola a que se tumbase de nuevo. Una rodilla se clavaba con fuerza en su pecho, impidiendo que se levantase. Los recuerdos llegaron a su mente, con la fuerza y la claridad de un relámpago. Era Ander, la había encontrado. Sintió de nuevo la presión en el cuello, la falta de aire en los pulmones. Ander se había colocado encima, inmovilizándola con ambas piernas. Se retorció con todas sus fuerzas, haciéndole perder el equilibrio. Él resbaló de encima de ella pero no aflojó la presión. Laura intentó incorporarse, tensando el cuerpo, ayudándose con los brazos. Él también luchaba para impedírselo pero parecía que la herida del hombro y la perdida de sangre le habían debilitado. Laura consiguió sentarse, mientras sentía que la presión aumentaba en su pecho, en su cabeza... Si pudiese llegar de nuevo a la herida. Pero sus movimientos eran cada vez más costosos y torpes, sus miembros más pesados... Sus pensamientos se convertían en niebla, le pedían que se dejase llevar...

La presión en el cuello disminuyó de pronto. Abrió los ojos, confusa... Ander se había arrepentido, se había dado cuenta de que no podía matarla... Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de gratitud, de alegría... En verdad la quería, como ella había pensado todo el tiempo. Levantó la mirada hacia él y, a la luz de la linterna, le vio retroceder, arrastrándose, con la cara desencajada por el pánico. ¿Qué estaba pasando? Sintió que algo cálido, como una caricia, tocaba su pecho. Bajó la vista. La piedra estaba iluminada y emitía una suave claridad verdosa. La luz iba subiendo de intensidad, aumentando su radio de influencia, rodeándola de una suave neblina protectora. Sentía que una nube de calor la envolvía. No sabía qué era aquello pero no tenía miedo, se sentía a salvo. Sus pensamientos seguían siendo confusos, inconexos, como si la invitasen a dejarse llevar por la inconsciencia. Sintió que el mundo iba volviéndose más y más borroso. Los rasgos de Ander se difuminaron, ya no podía seguir intentando interpretar aquella mueca de terror en su rostro. Intentó apoyarse en el suelo para levantarse. Sus miembros le respondieron de manera mecánica, antinatural, como si estuviese perdiendo el control sobre ellos. Le extrañaron los mechones ondulados que se deslizaron por sus hombros al agacharse. Ella no tenía el pelo tan largo, ni tan oscuro... ¿Y por qué su vestido blanco aparecía cubierto de flores azules? No entendía nada pero la sensación de la piedra contra su pecho era cada vez más cálida y acogedora, como estar cubierto por las mantas en una noche de invierno, mientras fuera llueve... Debía dejarse llevar, todo estaría arreglado cuando despertase. Su mente fue cayendo en un sueño profundo, aunque su cuerpo siguió moviéndose hacia la figura de Ander.

Despertó mucho tiempo después, volviendo a sentirse desorientada. En la profunda oscuridad, el haz de una linterna encendida apuntando a un trozo vacío de pared destacaba como un faro en medio de una tormenta. Se arrastro sobre las rodillas para cogerla y apuntó a su alrededor. Cuando la luz lo enfocó, Laura cayó hacia atrás por la impresión, mientras seguía alumbrándole. Era Ander, pero le costó tiempo reconocerle. Estaba sentado, apoyado contra una pared, agarrándose las rodillas con las manos mientras balanceaba su cuerpo adelante y atrás. Un hilo de baba le resbalaba por la barbilla hasta ir a caer sobre la pechera de su camisa. Se acercó despacio, temiendo que se moviese y volviera a agarrarla, pero él siguió acunándose sin interrupción y ni siquiera la miró. Laura movió la linterna delante de sus ojos pero no observó ninguna reacción, sólo el reflejo en unos espejos muertos.

Intentó no pensar, no recordar lo que acababa de suceder. No quería dejarle allí solo en aquel estado pero si no se movía, se quedaría paralizada por el terror. Los dos solos por toda la eternidad dentro de aquella cueva, como él había deseado. Se alejó de él, llevándose la linterna. Caminó perdida por las galerías, dudando qué caminos elegir, empezando a temer que se quedaría allí perdida para siempre. El dolor de la garganta era insoportable y la sed lo hacía aún peor. Habría dado cualquier cosa por un vaso de agua fresca que calmase aquella aspereza. Las heridas de los pies habían vuelto a abrirse, dejado un sendero de huellas sangrientas a su espalda. Paraba de vez en cuando, intentando percibir algún sonido del exterior, alguna pequeña luz, otra corriente de aire que la guiase. Se levantaba de nuevo en cuanto notaba que el sueño volvía. Estaba perdiendo mucha sangre y, si se quedaba dormida, era posible que no despertase nunca más.

Las manecillas fluorescentes de su reloj marcaban las seis y media. ¿De la mañana? ¿De la tarde? ¿De qué día? Daba la impresión de que en aquel lugar el tiempo no fuese importante, quizá no existiese. Se apoyó un momento en la pared, intentando descargar algo de peso de sus pies doloridos. Llevaba tiempo intentando cambiar su punto de apoyo, primero pisando con las puntas, luego con los talones pero sentía que las fuerzas se le acababan, que pronto no podría caminar más. La luz de la linterna perdió intensidad y se apagó definitivamente al cabo de unos segundos. Laura la golpeó con fuerza contra su mano, intentando que reviviese, pero fue en vano. Volvía a estar perdida en la oscuridad. Tanteó la pared en busca de la entrada a la galería que había elegido antes de que la luz se fuese y entonces lo vio. Una leve claridad a lo lejos, al final de la galería por la que estaba andando. La luz de la linterna, más potente, le había impedido que la viese antes. Caminó hacia la luz, temerosa de que desapareciese, de que sólo fuese una ilusión pero la luz fue haciéndose más fuerte, más real.

Unos minutos después, llegó a la entrada de la mina, al mismo lugar del que había partido tanto tiempo atrás. Miró alrededor, dejando que la suave luz del amanecer inundase sus pupilas. Todo estaba tal y como lo habían dejado: las latas de cerveza apiladas, el diario tirado en el suelo... Las velas se habían consumido por completo. Buscó el lugar en el que habían quedado las piezas de su móvil. Quizá pudiese arreglarlo. Se arrastró hacia allí y recogió la batería y la tapa. ¿Dónde estaba la tarjeta? Tanteó el suelo con las manos, buscando desesperada. La encontró e intentó juntar todas las piezas. Las manos le temblaban y le costó varios intentos encajarlo todo. Pulsó el botón de encendido, rezando para que funcionase. La pantalla se iluminó, haciéndole pensar que nunca había visto algo tan bello. Buscó el número de Marta. Cuando su voz adormilada sonó al otro lado de la línea, el rostro se le cubrió de lágrimas de alivio.

— Marta, soy Laura... — sollozó con la poca voz que le quedaba—. Por favor, tienes que venir a ayudarme.

## EPÍLOGO.

El sonido de un motor hizo que levantase la vista de los dientes de león que estaba plantando. El coche de Marta se acercaba por el sendero. Se levantó, sacudiéndose la tierra que se le había quedado pegada a las rodillas y la saludó con la mano. Marta aparcó, salió del coche y se acercó a ella con los brazos abiertos.

— ¡Qué buen color tienes!— la saludó, plantándole un sonoro beso en cada mejilla—. Cada día estás más guapa.

— Bueno, llevo dos semanas dedicándome a descansar, tomar el sol y cuidar el jardín— contestó Laura, riendo—. No es una vida que estrese demasiado. ¿Quieres un café?

Marta asintió y ambas entraron en la casa. Laura puso la cafetera en el fuego mientras su amiga esperaba sentada. Cuando se giró, vio que la estaba mirando fascinada.

— ¿Pasa algo?— le preguntó, sentándose enfrente.

— Es que no puedo creerme que estés tan bien... — contestó Marta, negando con la cabeza—. Cuando te vi, antes de que te metiesen en la ambulancia... Tanta sangre... Y estabas tan pálida... Pensé que iba a perderte.

Laura le agarró con fuerza la mano y sonrió. La verdad era que hubo momentos en la mina en los que ella tampoco habría apostado nada a que iba a salir de aquella situación.

— Pues ya ves... No hay quien pueda conmigo. Estoy totalmente recuperada.

Laura se levantó y terminó de preparar los cafés. Los llevó a la mesa y volvió a sentarse. Marta mantenía la cabeza baja, como si estuviera estudiando el mantel.

— ¿Qué estás pensando?— le preguntó.

— En lo terrible que tuvo que ser estar en aquella mina... Y en Ander... — se mantuvo unos segundos en silencio, dudando si debía seguir hablando

—. Sigue en estado catatónico, los médicos no saben si podrá recuperarse. Dicen que la causa tuvo que ser un trauma muy fuerte pero, como no puede hablar, están totalmente perdidos. ¿Tú sabes qué pudo pasarle?

Laura negó con la cabeza, evitando mirarla a los ojos. ¿Cómo iba a explicarle lo que sucedió? No lo creería. Había muchos días que ella misma se planteaba que debía haberlo soñado.

— Está bien, como quieras— dijo Marta, concentrándose en revolver el azúcar de su taza para dar por zanjado el tema, aunque la leve arruga en su ceño expresaba que no la creía—. ¿Has visto a Luis últimamente?

— Sí, fui a visitarle al hospital hace dos días— contestó Laura—. Está mucho mejor, espera que le den de alta en unos diez días. Su sistema digestivo no volverá a permitirle comerse un chuletón, pero está muy animado.

— Tiene que estarte muy agradecido— señaló Marta—. Le salvaste la vida.

— Eso mismo dice él— contestó Laura, encogiéndose de hombros—. Quieren regalarme esta casa en señal de agradecimiento.

— ¿Y qué les has dicho?— preguntó Marta.

— Que no es necesario. Por el momento, sigo pagándoles el alquiler religiosamente. Y es posible que en el futuro me plantee comprarla— explicó ella—. Todo depende de si la urbanización de Zubeldia sale adelante y llena este lugar con yuppies agresivos, esposas ideales y niños endemoniados.

— ¿Estás segura de querer seguir viviendo aquí después de todo lo que ha pasado?

— No lo sé. Me gustaría tener este lugar como refugio, para venir de vez en cuando a ordenar mis pensamientos— dijo ella, mirando alrededor soñadora—. Pero no podría quedarme aquí de forma definitiva. Hay mucha gente en el pueblo que me mira como si fuera un imán de desgracias.

— ¿Y dónde vas a ir entonces?

Laura volvió a sonreír, se levantó, le hizo un gesto para que esperara y corrió hacia la habitación. Regresó unos segundos después, llevando un sobre en la mano. Sacó una carta de su interior y se la tendió a su amiga.

— "Por la presente le confirmamos que su solicitud para trabajar como colaboradora en las excavaciones que se están realizando en el municipio

de La Horra (Burgos) ha sido aceptada”— leyó Marta en voz alta—. “Rogamos se presente en el ayuntamiento de dicha localidad el día 1 de Octubre para hacerse cargo de su puesto como especialista en antropología y reconstrucción”. ¿Qué es esto? ¿Te vas?

— Sí, durante un año al menos— contestó Laura, ilusionada—. Ya he pedido la excedencia en la Universidad.

— Pero no lo entiendo. Pensaba que te gustaba la enseñanza.

— Y me gusta... — Laura se mantuvo en silencio unos segundos, intentando encontrar la manera de explicarse—. Te contaré una cosa, aunque no me guste hablar de ello... Cuando estuve en la mina y Ander me encontró e intentó matarme... Bueno, hubo un momento en que pensé que iba a morir... La gente dice que, cuando vas a morir, toda tu vida pasa por delante de tus ojos en un segundo. A mí no me ocurrió eso. Mi mente se quedó anclada en un solo recuerdo, en un momento de felicidad. Veía las hogueras del campamento de Burgos, a la gente sentada alrededor, cantando... Fue tan real como si lo tuviese delante...

— Pero no vas a cambiar toda tu vida por un flash momentáneo, ¿no?

— No es por un flash... Lo he pensado mucho. ¿Has jugado alguna vez a uno de esos juegos de ordenador en los que puedes salvar el desarrollo de la partida por si luego sale mal?— Marta asintió, aunque indicó con su expresión de desconcierto que no comprendía la relación que tenía aquello con lo que estaban hablando—. El campamento de Burgos es el último lugar en el que recuerdo haber sido totalmente feliz, el punto en el que debería haber salvado mi partida. Quiero volver a cargar el juego desde ahí, intentar jugar bien esta vez. ¿Lo entiendes?

Marta asintió, no muy convencida. Miró su reloj y se tomó lo que quedaba del café de un solo trago. Después se levantó y cogió su bolso.

— Se me ha hecho muy tarde. Tengo que marcharme ya— le dijo, dirigiéndose a la puerta—. Supongo que quedaremos antes de que te marches a Burgos, ¿verdad? Podríamos salir de juerga como cuando estábamos en la universidad, a modo de despedida.

— Me dan un poco de miedo tus juergas. Todavía recuerdo las broncas que montabas cada vez que estabas borracha— le dijo Laura, acompañándola a la puerta—. Pero iré. Tenemos que celebrar mi nueva vida.

Marta le dio otros dos besos de despedida antes de salir. Bajó los escalones de entrada, se quedó parada un segundo y se giró, como si hubiese

recordado algo.

— Se me olvidaba. Se ha cerrado el caso del asesinato de Carmen. Hemos encontrado a su familia y ayer se efectuó la entrega del cuerpo— le explicó, volviendo a acercarse—. Mañana por la tarde será el funeral en la iglesia de Gallarta. No sé si querrás ir.

— Creo que no— dijo Laura, negando con la cabeza—. Esa chica ha hecho cosas muy importantes por mí. Está demasiado presente en mi cabeza como para que quiera ver como la entierran. ¿Podrías ir tú por mí? Me gustaría que le entregases algo a su madre.

Marta asintió, aunque su mirada de extrañeza demostraba que no entendía de qué estaba hablando Laura. Ésta entró de nuevo en casa, se dirigió al dormitorio y volvió con la cadena de plata en la que colgaba reluciente el ojo de gato. Marta lo cogió con cuidado, intentando tocarlo lo menos posible, como si pudiese hacerle daño.

— A la pobre mujer le hará ilusión que se lo devolvamos— dijo Marta, tras guardarlo en el bolso—. Le ayudará a sentirse algo más cerca de su pequeña.

— Quizá mucho más de lo que imaginas— dijo Laura.

Marta caminó hacia su coche, arrancó y sacó la mano por la ventanilla a modo de despedida antes de salir disparada por el sendero. Laura contempló como se alejaba y después volvió a su trabajo en el jardín. Horas después, cuando el sol estaba bajo, decidió dejarlo hasta el día siguiente. Entró en la casa y la contempló por unos minutos. Pronto la dejaría, sin saber si volvería alguna vez. La echaría de menos. Se acercó a la chimenea y acarició los grabados de la piedra. Le habría gustado verla encendida en una tarde de invierno, sentarse delante con una taza de café caliente... Se planteó que podía hacerlo, sólo para verla, aunque no hiciese frío. Salió de casa y entró en el cobertizo a recoger unos leños. Cuando estuvo dentro, recordó que había sido Ander quien lo había arreglado. Y también quien lo había incendiado. Su mente aún se negaba a aceptar lo que había pasado. Ni siquiera se sentía con fuerzas para plantearse todo lo que él le había contado. Si lo pensaba demasiado, su mente empezaba a llenarse con hipótesis que la herían: si ella nunca hubiera ido a Erkiaga, cuatro hombres seguirían con vida, Ander no estaría encerrado en un psiquiátrico con la mente sumida en una pesadilla sin fin, ella no le habría conocido y no tendría de nuevo el corazón destrozado... Había días en que incluso se preguntaba si habrían podido hacer algo para acabar juntos, muy lejos de allí, dejando atrás todo lo que había pasado. Había momentos en los que

seguía planteándose que habría podido quererle y ser feliz a su lado a pesar de todo lo que él había hecho. Era mejor no pensar en todo aquello si no quería volverse loca.

Seleccionó unos cuantos leños y salió con ellos de vuelta a casa. Pasó mucho rato intentando que prendiesen, ayudándose con papeles de periódico. Tras varios intentos lo consiguió y se quedó contemplando como las llamas se hacían más fuertes. Acercó un sillón y se sentó enfrente. Merecía la pena el esfuerzo de encenderla por poder contemplar el fuego.

Un ruido en la puerta la sobresaltó. Parecía que algo la empujaba débilmente, como si rascara la madera intentando entrar. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Sería algún animal salvaje que había salido del bosque? Al primer maullido, saltó del sillón y corrió hacia la entrada, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Rahu estaba allí, sentado frente a la puerta, como si sólo hiciese media hora desde que se había marchado. El gato se levantó, se acercó y restregó su cabeza contra las piernas de Laura. Ella se agachó a recogerlo, lo metió en casa y volvió a sentarse en el sillón con el gato ronroneando en su regazo. El baile de las llamas se reflejaba en sus pupilas, arrancando destellos amarillo verdosos.

— Ya todo está bien— le susurró, acariciándole la cabeza—. Bienvenido a casa.

###

**NOTA DE LA AUTORA**

Hay una escena en la novela de Peter Pan en la que Campanilla le explica que, cada vez que un niño dice no creer en las hadas, una de ellas cae muerta y que, por esa razón, cada vez quedan menos. Ante esa revelación, Peter Pan se dirige a todos los niños lectores y les pide que, si creen, lo demuestren mediante sus aplausos, para así poder salvar la magia del mundo.

Me leyeron esa escena con ocho o nueve años y, si no aplaudí como una loca, es porque estábamos en medio de clase y me habría ganado una fama de friki que no me habría quitado hasta terminar el instituto. Pero juro que tuve ganas de aplaudir, de demostrarle al mundo que yo sí creía en la fantasía.

Os estaréis preguntando por qué os cuento esto. Bueno, yo no soy un hada ni nada que se le parezca (de hecho, soy un poco bruja) pero, como todos los escritores, necesito saber que mis lectores creen en mí, que hay alguien al otro lado que se está dejando llevar por mis historias, que durante un momento una persona, en cualquier parte del mundo, ha dejado de lado su vida cotidiana para sumergirse en los mundos que yo he creado.

No os voy a pedir que aplaudáis, tranquilos. Lo único que pido es un comentario, un eco de respuesta. Para ello, he creado una página de facebook en la que espero recibir vuestras opiniones, tanto buenas como malas. La página es ésta:

https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2

Por el momento, no hay mucho en ella pero espero que vayamos llenándola entre todos. En ella podréis encontrar los enlaces de descarga de mis obras terminadas y noticias sobre lo que voy escribiendo. Espero que lo encontréis interesante.

Os dejo también la sinopsis de mi otra novela terminada, por si todavía no os habéis aburrido de leerme y queréis acompañarme un rato más. Espero que disfrutéis de la lectura de mis obras al menos una pequeña parte de lo que yo he disfrutado escribiéndolas.

Un abrazo,

Gemma Herrero Virto

**LA RED DE CARONTE**

Los cadáveres brutalmente mutilados de varias adolescentes aparecen abandonados en parajes apartados de Vizcaya. No hay pistas sobre el asesino, nadie sabe nada del misterioso asaltante y lo único que tienen en común todas las víctimas es que son jóvenes solitarias.

La investigación lleva a la joven forense Natalia Egaña y al inspector de homicidios Carlos Vega a descubrir que el asesino contacta con sus víctimas a través de Internet. Usando el sobrenombre de Caronte se acerca poco a poco a ellas, descubre sus secretos más íntimos y las enamora hasta conseguir una cita que será fatal para ellas.

En esta novela se reúnen elementos clásicos de la novela negra, como la investigación policial y la psicología criminal, con las más modernas técnicas de piratería informática, en una obra en la que la tensión emocional aumenta con cada nueva aparición de Caronte.

**VIAJES A EILEAN I:**

**INICIACIÓN**

Luna, una estudiante de instituto madrileña, consigue que sus padres le permitan pasar el verano con su tía Emma, una mujer enigmática a la que no ve desde su niñez. Una vez allí, Luna descubre que su tía es una bruja con auténticos poderes, descendiente de una estirpe de hechiceras que se remonta siglos atrás.

Mientras Luna empieza a ser instruida, sin mucho éxito, en los secretos de la magia, su tía le confiesa que lleva semanas sintiendo que alguien intenta introducirse en su mente para espiar sus pensamientos. A pesar de que ha utilizado contra ese ser sus conjuros más potentes, no consigue expulsarlo.

Una noche durante un sueño una mujer pide ayuda a Emma para salvar un mundo llamado Eilean, en el que la magia se está agotando. Para ayudarles Emma sólo debe realizar un ritual de cambio de plano que no entraña ningún peligro. Sin embargo, durante la realización del ritual algo no funciona correctamente y Emma cae muerta, fulminada por un rayo, ante los ojos de su sobrina.

Luna decide llevarse con ella el libro de las sombras de su tía, el lugar en el que apuntaba todos sus hechizos. Antes de cerrarlo, escribe en la última página la promesa de encontrar al ser que la acosaba y vengar su muerte.

Semanas después, de vuelta en Madrid, Luna descubre, debajo de lo que ella escribió, tres nuevas palabras, escritas con la letra de Emma, que harán tambalearse todo su mundo: “No estoy muerta”.

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

**FECHA DE LANZAMIENTO: Junio de 2014**